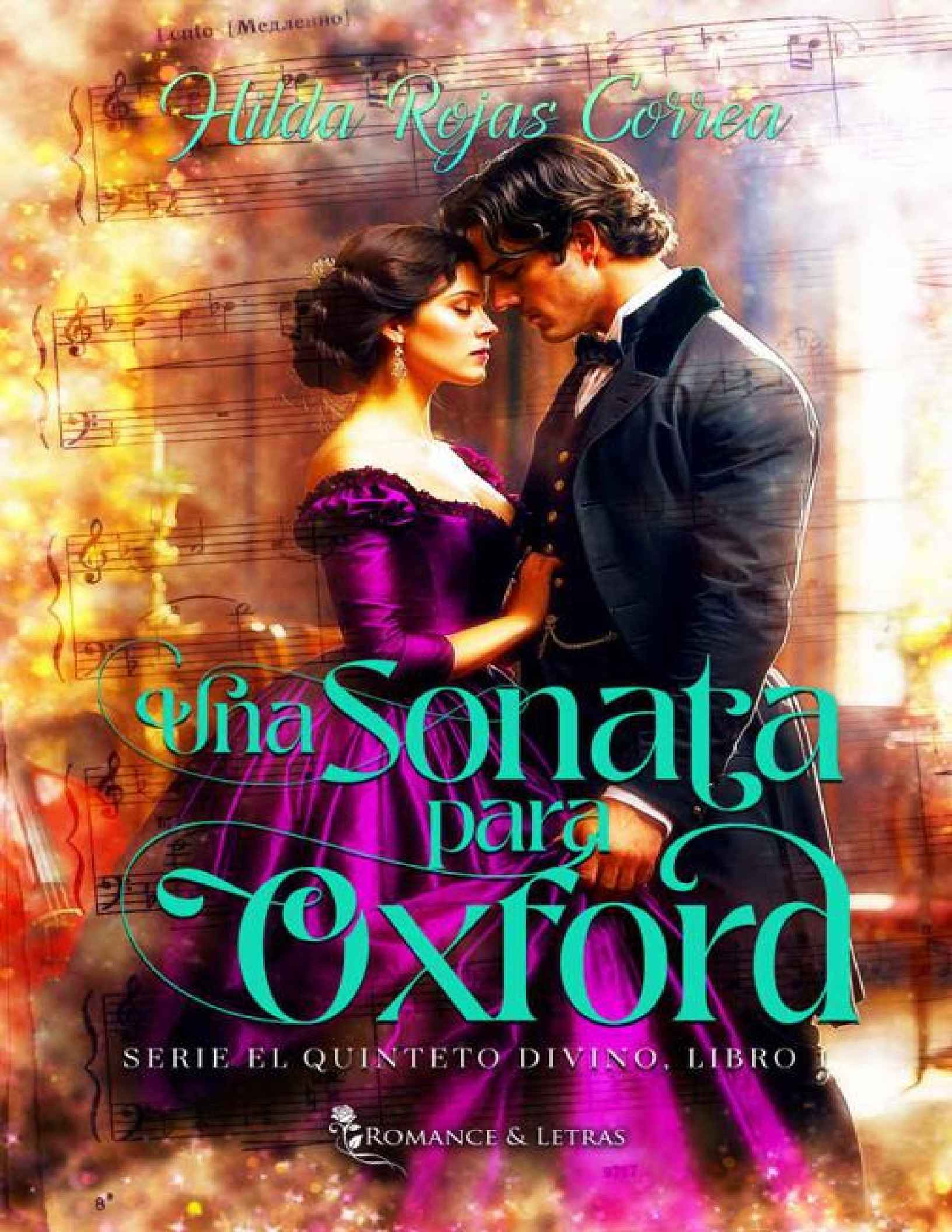
Lento (Медленно)

Hilda Rojas Correa



Una Sonata para Oxford

SERIE EL QUINTETO DIVINO, LIBRO 1

Romance & Letras

8°

Tabla de contenido

Sonata

Primer movimiento: Adagio

Sforzando

Andante

Moderato

Segundo movimiento: Allegro

Crescendo

Forte

Decrescendo

Scherzo

Pianissimo

Spiccato

Tercer Movimiento: Vivace

A piacere

Vibrato

Da capo

Ritornelo

Accelerando

Cuarto Movimiento: Presto

Mezzoforte

Sull'arco

Giù arco

Presto

Allegro

Bis

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos aquellos que alguna vez se les erizó la piel, o derramaron alguna lágrima con la música. Son el testimonio de que aún somos humanos.

Sonata

(/sə ˈ n aː tə/; italiano: [so ˈ na : ta]; del latín e italiano: sonare, «sonar»).

En música significa: una pieza tocada en oposición a una cantata, una pieza cantada.

Según el modelo clásico, la sonata es una pieza musical completa, generalmente compuesta para grupos musicales de menos de tres instrumentos, se divide en movimientos (usualmente cuatro) y tiene un desarrollo de composición en donde se exponen dos temas que contrastan entre sí.

Primer movimiento: Adagio

Londres, viernes 3 de julio de 1835.

Sebastian salió a la terraza de Westwood Hall a tomar aire fresco. El calor dentro de la mansión del anfitrión, el duque de Ravensworth, era sofocante. Varios invitados dirigieron su atención hacia él; su salida no había sido tan discreta. Incómodo ante el escrutinio, les brindó una leve inclinación de cabeza y los demás volvieron a sus conversaciones privadas.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la frente y de las manos. El corazón le latía más rápido de lo normal. No entendía por qué se sentía así, con ganas de salir corriendo.

Ahogado.

Tantas expectativas por cumplir, tantos deseos que satisfacer, tantos deberes que asumir, y ninguno era enteramente suyo.

En ese momento comprendió a esas pobres muchachitas que enviaban a debutar en sociedad con diecisiete o dieciocho años. Él apenas era mayor. A sus veintidós se sentía del mismo modo, con una carga inconmensurable sobre sus hombros.

Su padre, el duque de Oxford, llevaba siete años muerto.

No fue fácil tomar un ducado a los quince. Tampoco lo era en ese instante.

No tenía tiempo, debía buscar una esposa. El año anterior Dios le había enviado una señal. Para Sebastian, la vida era tan frágil como un diente de león a merced de la brisa, y pocas veces daba segundas oportunidades.

Apoyó los antebrazos en la balaustrada de mármol y admiró el amplio jardín. El aroma a césped recién cortado y a tierra húmeda le conferían al ambiente una frescura que llenaba sus pulmones y lo tranquilizaba. Las peonías en flor cambiaban sus tonos pasteles a dorados gracias a las lámparas colgadas por doquier.

No muy lejos de la terraza, divisó a una dama sentada en un columpio. Apenas se mecía, se daba un flojo impulso con su pie derecho. Desde su posición no podía reconocer quién era.

Sebastian hizo un listado de todas las damas solteras de esa temporada. Sus cualidades, sus dotes, sus árboles genealógicos, su situación financiera y los cotilleos asociados a ellas para decidir a quién cortejar.

Durante los meses de la temporada las conoció a todas, ya fuera por medio de un saludo, un baile o una conversación.

Estaba seguro de que nadie le había presentado a la joven del columpio. Hubiera recordado ese largo cabello negro… De hecho, ahora que lo pensaba mejor, todas usaban peinados elaborados, ese era el símbolo del paso de la niñez a la adultez. Era extraño ver a una joven con el cabello suelto, apenas sujeto por horquillas.

La curiosidad fue más fuerte que esa vocecita que le advertía que no se acercara a la dama misteriosa, ni a una situación comprometedora.

El primer paso que dio hacia ella enmudeció la razón. La joven le daba la espalda. A medida que se acercaba, distinguió la voz afinada y cristalina que tarareaba una melodía que le era familiar.

¿Mozart? ¿Bach? ¿Chopin?

Sus pasos se detuvieron. No quiso interrumpirla, su voz era preciosa. No pretendía cautivar a una audiencia explotando todo su potencial, solo lo hacía para ella. La melodía mezclaba dulzura y melancolía, y el resultado le producía una inquietante sensación de atracción.

Su resolución duró poco. Reanudó su avance.

Ella dejó de cantar y miró por sobre su hombro. Jadeó y ahogó un gritito, a la vez que se llevaba la mano al pecho y entornaba los ojos. El tiempo se detuvo, congelando el vaivén del columpio. Pronto, una dulce risa nerviosa emergió de su garganta.

La dama abrió sus ojos. Sebastian vio algo notable. ¿Era su imaginación o ella tenía un ojo más claro que el otro? A la luz de las lámparas, no podía distinguirlo del todo, pero se preguntó de qué color podrían ser.

—Su excelencia, casi me mata del susto. —Soltó un largo suspiro, se aferró a las sogas del columpio y se dio un leve impulso.

Sebastian alzó sus cejas. Ella lo reconoció, pero él estaba seguro de que nunca habían sido presentados, por lo que hizo la obvia pregunta:

—¿Nos conocemos? —preguntó y se situó frente a la joven.

Ella volvió a reír y luego negó con la cabeza.

—Yo sé quién es usted —respondió, alzando la mirada—. Está en la boca de todo el mundo, pero nunca hemos tenido el placer de ser presentados.

—Me siento en desventaja, y me temo que no hay nadie que haga los honores.

La dama seguía meciéndose. Ahora que Sebastian la observaba más de cerca, se dio cuenta de que no vestía de gala. ¿Quién era?

—Por el momento puede llamarme Grace, su excelencia.

—¿Solo Grace?

—¿Qué hace aquí? —preguntó para desviar la conversación—. ¿No debería estar disfrutando del baile?

—Me sentí sofocado.

Grace miró de reojo el gran salón a la distancia y luego al duque.

—Me lo imagino… —Ladeó su cabeza—. Usted me intriga.

Sebastian pensó lo mismo, pero su lengua actuó más rápido que su cerebro.

—Usted también me intriga.

Grace sonrió. A Sebastian le pareció que esa joven era opuesta a las tímidas y complacientes damas que había conocido esa temporada. Su irreverencia no llegaba al punto de lo irritante. Y, si de algo estaba seguro, era de que aquella señorita era una aristócrata con todas sus letras.

La risa coqueta y femenina lo sacó de sus pensamientos. Ella, pese a estar sentada y él de pie, no parecía estar en una posición inferior, y le replicó:

—Pero yo lo dije primero. Satisfaga mi curiosidad.

Sebastian no respondió. Sin embargo, Grace no esperó su autorización y añadió:

—¿Por qué busca esposa siendo tan joven? Por lo general, los caballeros esperan pasar de los veinticinco para recién pensar en el matrimonio y engendrar un heredero.

Muchos le formulaban esa pregunta, él siempre usaba de pretexto el deber. No obstante, el verdadero motivo surgió antes de cuestionarse si estaba cometiendo un error y confesó:

—El año pasado enfermé de fiebres, y casi no sobrevivo para contarlo. —Grace detuvo el vaivén del columpio, prestándole toda su atención—. Me di cuenta de que el tiempo es un bien escaso. Considero que poco y nada he hecho con mi vida. Además, tengo que cumplir con mi deber de engendrar a mi heredero.

Grace asintió, volvió a darse impulso.

—Estar cerca de la muerte es un buen incentivo para apurar los planes que otros postergan solo por disfrutar de la juventud.

—Nunca se sabe… Tengo que aprovechar lo que me queda de vida.

—Ya habla como un anciano, su excelencia, mas no lo culpo… —Inclinó su cabeza—. Dígame, ¿ya tiene a su elegida?

Mientras admiraba esos ojos que lo contemplaban con interés, Sebastian respondió:

—Hay una o dos que me parecen adecuadas.

—¿Adecuadas? —La sonrisa de Grace comenzó a desvanecerse—. Oh, me decepciona, su excelencia. Pensé que era un romántico.

—En mi posición, el amor y el romance son un privilegio.

Grace rompió el contacto visual. Su mirada se perdió en el oscuro verdor del césped.

—Todos dicen lo mismo. Pero, a lo largo de mi vida, yo he sido testigo del milagro que obra el amor en el matrimonio y lo nefasto que llega a ser la conveniencia… —Volvió a mirarlo—. ¿Le puedo dar un consejo?

—Creo que usted me lo va a dar de todas maneras.

—Cuando se decida por su dama adecuada, propóngase amarla… Créame, cualquier mujer que acepte su cortejo y luego se convierta en su duquesa, tendrá la secreta ilusión de que su matrimonio no será una simple transacción. Haga que surja el amor. Usted es joven y atractivo, y me atrevo a conjeturar que aún no ha sido contaminado con ese pensamiento de que los hombres son amos y señores de sus mujeres. Tiene el privilegio de poder hacerlo bien, con esperanza, sin cinismos ni hipocresías. En lo personal, como mujer, me parece terrible la idea de pasar toda la vida con un hombre que solo me use para tener descendencia… Las mujeres también somos personas.

Por un instante, Sebastian se imaginó desayunando una mañana cualquiera al lado de esa joven, conversando de lo humano y lo divino como iguales. Era absurdo, pero se sentía correcto, se sentía perfecto… Grace era un misterio, no buscaba su aprobación, se atrevía a darle consejos y le hablaba como si no existiera ningún rango que los distinguiera. Tal vez era su voz o la forma en que lo miraba, pero no le ofendía ni le escandalizaba que ella saliera de toda norma o protocolo. Se preguntó si su madre la aprobaría.

No, ni en un millón de años. Grace era todo lo contrario a lo que su madre le aconsejaba buscar en la futura duquesa.

Sin embargo…

—Y usted, ¿se sentiría ilusionada si la convierto en mi duquesa?

Grace rio a carcajadas.

—No, usted no se atreverá a cortejarme siquiera. Por eso estoy aquí y no ahí adentro.

¿Qué motivo tan poderoso podría impedir que él la cortejara? Sebastian necesitaba saber, e interpeló:

—¿Acaso usted no es una dama?

El vaivén del columpio se detuvo. Algo cambió en la expresión de Grace. El orgullo se impregnó en el tono de su voz cuando respondió:

—Sí y no… La sangre de mis padres es tan azul como la suya, pero no nací dentro de un matrimonio. Soy lo que llaman una bastarda. Grace Archer-Montague, «la bastarda», «la que trae en la sangre la maldición de las Archer», «la que, probablemente (eso nunca se sabrá), ya está mancillada».

Esa ristra de duros apelativos y rumores él los había escuchado antes. A Sebastian se le fue el alma a los pies.

Estaba frente a la hija mayor del anfitrión. Hacía más de veinte años, el duque de Ravensworth era el libertino más grande de Londres, y se acostó solo una vez con lady Castairs, una condesa viuda que se suponía que era estéril. En esa noche de pasión concibieron a Grace, y

el duque no se enteró de la existencia del fruto de esa fugaz relación hasta que la condesa murió… Se especulaban incontables historias —tanto de la madre como de la hija— que nadie sabía qué era cierto y qué era falso.

Era *vox populi* que el año anterior fue la última temporada de la joven, y finalizó de forma abrupta cuando toda la aristocracia se enteró de que, tras la muerte de lady Castairs, Grace quedó al cuidado de su tía abuela, una dama caída en desgracia que ejercía la prostitución en Whitechapel.

En ese entonces, Grace tenía seis años. Unos decían que la mujer vendía a su sobrina nieta a cambio de dinero y alcohol, otros, que en una borrachera no pudo impedir la deshonra de la niña.

Aquella historia confirmaba que todas las mujeres de la familia Archer traían consigo la desgracia. La madre de Grace no dio herederos legítimos, por lo que el título pasó a manos de un derrochador que dilapidó la fortuna del condado de Castairs. La tía abuela enlodó el honor de su familia cuando se embarazó estando soltera y fue expulsada de su casa con lo puesto; su hijo no sobrevivió al parto. También se decía que la abuela materna de Grace envenenó a su esposo, pero nunca lo probaron.

Sebastian miró a su alrededor, parecían estar solos. La razón le decía que no era buena idea seguir sosteniendo esa conversación.

En los labios de Grace se dibujó una sonrisa que no llegó a sus notables ojos. El suave vaivén se reanudó.

—No se preocupe, su excelencia, esto no es ninguna clase de ardid para atrapar a un pobre caballero incauto. No estamos solos, mis abuelos están observándome desde la pérgola. —Grace miró hacia su derecha e hizo un gesto de saludo con sus dedos.

Sebastian dirigió sus ojos en esa misma dirección. Era cierto, los vizcondes Grimstone los observaban a la distancia y los saludaban de vuelta. El duque también imitó el gesto.

Ese fue el instante en que Sebastian constató que era un imbécil. Con un inmenso sentimiento de culpa, se apresuró a decir:

—Perdón, no fue mi intención.

—Estoy acostumbrada. No es que me esté rompiendo el corazón. —Suspiró, impulsó el columpio con un poco más de fuerza. Forzó una sonrisa—. Fue divertido nuestro flirteo mientras duró… Soy demasiado para usted y su familia. De seguro, no sabe a ciencia cierta si los rumores son verdad, y yo no me rebajaré a estar aclarando si mi virtud está intacta o no. A un hombre, bien hombre, no le importará en lo más mínimo. Y bueno, yo no aceptaré a cualquier caballero, de la edad que sea, que vea el matrimonio como un intercambio en el que él «salvará mi honor y mi linaje», y que yo, la dama agradecida, terminaré convirtiéndome en una dichosa productora de herederos.

Fue el turno de Sebastian de desviar la mirada hacia el césped. Se avergonzó de admitir:

—Por mucho que lo desee, mi madre jamás me permitiría cortejarla. Nos haría la vida imposible.

—La madre de ningún aristócrata lo permitiría, eso lo sé. Pero convengo que la suya pondría especial énfasis en su oposición. Soy todo lo contrario a lo conveniente y lo tradicional. —Dejó de impulsarse, el columpio redujo su velocidad. Tras un instante en silencio, añadió—: Tengo entendido que ni su madre ni su difunto padre aceptaban las invitaciones del ducado de Ravensworth, ¿por qué usted sí?

Sebastian se atrevió a volver a mirarla a los ojos y admitió:

—Conveniencia.

Grace meditó lo que involucraba esa palabra. Hizo un mohín que aprobaba la respuesta.

—Y hablando de conveniencia, cuénteme, ¿quiénes son sus candidatas adecuadas?

—Lady Gloria Fawcett y lady Felicity Aylett.

El columpio se detuvo tras un último y lánguido balanceo. Grace tenía una opinión muy clara acerca de las dos damas y resolvió con determinación:

—Descarte a lady Gloria, es insufrible. Aparenta ser una buena persona, pero es una víbora. Me cae bien lady Felicity, debutó el año pasado. Si yo fuera usted, la elegiría a ojos cerrados.

La actitud y la respuesta de Grace le llamaron la atención a Sebastian. No veía artificios ni mala intención. Debía reconocer que respetaba y le importaba la opinión de ella y preguntó:

—¿Por qué?

—Lady Felicity no es altanera, conversa con las floreros, es amable, su belleza radica en su forma de ser más que en la armonía de sus facciones. También tiene buen carácter, mas no es del todo sumisa… La duquesa la aprobará sin objetar, por lo que, si sigue mi consejo, tendrá un gran matrimonio.

—¿Cómo sabe todo eso?

—He conversado mucho con ella, fui una de las floreros. Nuestra amistad no prosperó como nos hubiera gustado, ya sabe, no soy buena influencia para nadie… Pero es una excelente jovencita.

Sebastian rio. A Grace le gustó su risa.

—Ahora usted habla como una anciana.

—Ya tengo mi lápida social. —Destiló ironía cuando dijo—: «Grace Archer-Montague, tres temporadas, cero cortejos, cientos de suposiciones. Mala influencia. Solterona». Solo me falta languidecer y fenecer en soledad.

A Sebastian no le gustó cómo se vislumbraba el presente y el futuro de Grace. ¿En serio no había nadie de su famoso y escandaloso círculo íntimo que se atreviera a cortejarla? Tal parecía que incluso ellos tenían sus límites. Quiso abrirle los ojos, tal vez no era tan tarde.

—¿Y qué hay de sus amigos y familiares? ¿No hay ningún Heredero del Diablo que la corteje?

—Ay, no. Los adoro, pero no puedo verlos como hombres. Los he visto crecer, cambiar la voz, convertirse en idiotas. —Fingió un escalofrío—. Me siento como si estuviera tratando de enamorarme de uno de mis hermanos, y le puedo asegurar que ellos tienen ese mismo pensamiento. Gracias, pero no… —Apoyó su cabeza en una de las cuerdas que sostenía el columpio y se dio un leve impulso—. Nosotros somos muy exigentes, nos gustan los desafíos. Es muy fácil dejarse seducir por la idea de unirme a una persona que me conoce demasiado bien.

Sebastian se metió las manos a los bolsillos y pontificó:

—Creo que eso no es tan malo. Eso garantiza un entendimiento más profundo de lo habitual en una pareja.

—No lo había pensado desde ese punto de vista… Aun así, no hay desafío.

—No todo en la vida es una competencia.

—Todo en la vida es una competencia… —Un movimiento que percibió por el rabillo de su ojo le llamó la atención. Detuvo el columpio y dirigió su mirada hacia la terraza—. ¿Ve? No es el único que piensa que lady Felicity es una candidata adecuada. Ahí está lord Alston haciendo gala de su labia.

Grace se levantó del columpio e hizo una reverencia colmada de gracia y elegancia.

—Ha sido un placer conversar con usted. Espero que sea muy feliz con la mujer que elija.

—Gracias… Usted ha sido…

—¿Irrespetuosa? ¿Irreverente? ¿Metomentodo?

—Interesante.

Grace se quedó pensando en la palabra por unos segundos y sonrió.

—Lo tomaré como un halago.

—Lo es.

Grace enfiló sus pasos hacia Westwood Hall, mas no al gran salón. Sebastian sintió que esa conversación aún no terminaba, quiso hacer una última pregunta.

—¿Qué melodía estaba tarareando, señorita Archer-Montague?

Los pasos de ella se detuvieron y dio media vuelta. Pocos la llamaban así, con naturalidad y respeto. Quizás él no la despreciaba del todo.

—Chopin, *Nocturne, opus 9, número 2*. La estoy estudiando para hacer un arreglo y ejecutarla en un quinteto. Creo que va a sonar de maravilla… —Sus palabras murieron. No quiso agregar nada más o se quedaría hablando de música hasta el amanecer y Sebastian debía cortejar a lady Felicity—. Que tenga buenas noches, su excelencia.

—Usted también.

—Suerte con el cortejo.

Sebastian se quedó observando a Grace hasta que entró a la mansión. Parpadeó. Tuvo la sensación de que aquel encuentro no fue real, sino una especie de sueño.

El columpio no se mecía.

De pronto, a sus oídos llegaron los sonidos de la fiesta; las conversaciones, la música, las risas. Inspiró profundo.

Tenía que cortejar a una dama.

Sforzando

Casi siete años después… Londres, domingo 24 de abril de 1842.

Esa mañana, en el salón de música de Westwood Hall, Grace esperaba a su hermano, Caleb; a su primo, Mathew; y a sus amigos, Anthony y Florence. Juntos conformaban un grupo de músicos que se hacía llamar «El Quinteto Divino». El nombre era una sátira del apodo de sus familiares y amigos que eran conocidos como los Herederos del Diablo, destacados hombres —civiles y aristócratas— que poseían riquezas, poder e influencias en todos los ámbitos de la sociedad inglesa.

Al fin habían logrado reunirse para poder ensayar juntos el repertorio del compromiso de su amigo, Justin, fiscal de Old Bailey que formaba parte de los Herederos del Diablo. La vida adulta complicaba que todos coincidieran. Grace, como directora del quinteto, decidió qué piezas ejecutarían y envió las partes a cada integrante para que las estudiaran antes del ensayo, momento en el cual afinarían y acoplarían sus partituras.

Aún faltaban unos minutos para que fueran las diez. Sentada junto al piano, abrió el periódico para leer mientras esperaba. Tenía la macabra costumbre de revisarlo desde la última página. Empezaba por el obituario.

Esa mañana se arrepintió de haberlo hecho.

—Santo Dios…

Sudó frío al leer:

> *MUERTE DE LA DUQUESA DE OXFORD.*
>
> *Lamentamos anunciar la muerte de su gracia Felicity March, duquesa de Oxford, que expiró el jueves 21 de abril en su residencia Oxford House, tras una larga enfermedad derivada de complicaciones de su embarazo. La duquesa estaba en su vigésimo sexto año de vida, habiendo nacido el 30 de mayo de 1817. El 4 de septiembre de 1836 contrajo matrimonio con su gracia, Sebastian March, duque de Oxford, con el cual deja como descendientes a lady Lydia y lady Mary Ann de cuatro y cinco años respectivamente. Durante el miércoles y el jueves, el médico que la atendió, el señor Holland, dio pocas esperanzas de que se recuperara. Los dolores de la muerte fueron atenuados por calmantes para la estimable dama, y partió a un mundo mejor y más puro acompañada de su hijo nonato, teniendo su lecho rodeado de sus lazos más queridos. La muerte de Su Gracia ha enlutado a varias familias distinguidas, entre ellas a su padre, su señoría, Richard Aylett, Conde de Redstone; y a sus hermanas, la marquesa Grosvenor y la vizcondesa Surrey.*

Una miríada de sentimientos atravesó el pecho de Grace, alternaban entre la sorpresa, la tristeza y la culpa.

Pensó en Sebastian… Perdón, en el duque de Oxford.

Después de esa conversación que ambos sostuvieron hacía casi siete años atrás, sus caminos nunca coincidieron, mas a ella le alegró constatar que ese matrimonio resultó ser exitoso. Según los cotilleos, después de la conveniencia, surgió el verdadero amor.

No podía mentirse a sí misma y decir que no le daba envidia. El tiempo pasó, inexorable y, bueno… El amor nunca llegó de ninguna forma.

Sin embargo, una parte de ella lamentó haber aconsejado al duque de cortejar a lady Felicity. Él convirtió a la joven dama en su duquesa, aprendió a amarla, tuvieron dos hijas y ella murió en el intento de darle un heredero.

De manera indirecta, condenó a lady Felicity a la muerte.

Y eso no era todo. Al duque de Oxford le llovía sobre mojado.

El mundo resultó ser un lugar muy pequeño. Precisamente, su amigo, Justin Montgomery, celebraría en los próximos días su compromiso con la media hermana de Sebastian, Evelyn Hudson.

La joven fue el fruto de la traición del antiguo duque de Oxford a su familia, de la cual no se enteraron de su existencia hasta hacía poco.

Grace supuso que el golpe debió ser brutal para la madre de Sebastian. El ducado de Oxford siempre se jactó de tener un linaje impoluto y de un comportamiento inmaculado. Seguían los lineamientos morales y religiosos impuestos por la sociedad y la iglesia, con una rigurosidad que no admitía matices entre blanco y negro —o cualquier otro color, en realidad—.

¿Podía haber algo peor que descubrir que el intachable antiguo duque de Oxford tenía una hija ilegítima? Pues sí, esa hija heredó el negocio de su madre, El Palacio de Madame Écarlate, uno de los burdeles más exclusivos de Londres, el cual Evelyn regentó en las sombras por más de una década, pero que ya estaba en vías de ser clausurado para siempre.

Pobre Sebastian, su mundo se desmoronaba. Y Grace tenía el presentimiento de que faltaba mucho más.

Inspiró hondo. Dejó el periódico a un lado. Era absurdo sentir lástima por la debacle que estaba viviendo el duque de Oxford. Ellos no eran nada más que una fugaz conversación íntima de una noche de verano. No obstante, ella siempre lo recordaba con un sentimiento agridulce.

En cierto modo, él le confirmó que el matrimonio, ya fuera por amor o conveniencia, le era vedado a una mujer como ella. No importaba si surgía una chispa de atracción, no importaba su dote, no importaba como ser humano.

Lo que importaba era el origen, una virtuosa reputación, ser «lo que se espera».

Había días en que Grace se consolaba, diciéndose que ella era más que cualquier damita ingenua que luchaba por la atención de un caballero para que la convirtiera en «la esposa de». Ella vivía su pasión por la música, explotaba su talento de distintas maneras; componiendo, haciendo arreglos para el quinteto, impartiendo clases de etiqueta a las futuras amas de llave en la Academia Hope y también enseñaba música a los niños del Colegio New Hope.

Su familia le permitía divertirse con libertad, sin importar si era una actividad destinada a los varones; montar a caballo a horcajadas, esgrima, pistolas, tiro al arco, nadar.

Tenía dinero, era independiente, contaba con el inmenso amor de una familia numerosa y amigos que la aceptaban tal como era.

Su vida era perfecta, ¿cierto?

Entonces, ¿por qué se sentía tan sola?, ¿por qué no le consolaba el hecho de que su vida era un verdadero privilegio?, ¿por qué era tan ambiciosa?, ¿por qué no era suficiente?, ¿por qué quería más?

Muchas veces, cuando Sebastian volvía a sus recuerdos, surgían los cuestionamientos de su propia existencia. Él simbolizaba el fin de la inocente esperanza.

Su pecho se apretó, sus ojos escocieron. El aire que salía de sus fosas nasales se sentía caliente.

En ese momento golpearon la puerta. Apresurada, Grace parpadeó rápido y se sorbió la nariz. Del otro lado se escuchaban las voces de Anthony que le comentaba a su hermana

Florence:

—Por tu culpa Grace nos va a matar por llegar tarde.

—Ay, solo son cinco minutos.

Abrieron la puerta. Anthony y Florence la observaron con sus cejos fruncidos.

—¿Pasa algo malo, Grace? —Se apresuró a preguntar Florence.

Grace compuso una expresión de desconcierto y replicó:

—¿Por qué lo dices, querida?

No obstante, ella no podía engañarlos. Anthony alzó su rubia ceja inquisidora e intervino:

—Florence lo dice porque tienes la nariz colorada y los ojos vidriosos.

Grace sorbió su nariz.

—No pasa nada.

Anthony y Florence hicieron el mismo gesto de incredulidad. Se notaba que eran hermanos.

Florence no alcanzó a presionar a Grace cuando la voz de Caleb intervino:

—¿Por qué estás llorando, Grace?

—No estoy llorando, Windlesham. —Llamar a su hermano por su título de cortesía no era buen augurio.

Para mala suerte de Grace, Caleb no venía solo. Lo acompañaba su primo, Matthew, quien terció:

—Grace, tu cara dice otra cosa.

—¡No estoy llorando!

Y procedió a llorar como no lo hacía en mucho tiempo.

Caleb se sentó a su derecha, Matthew a su izquierda, Florence la abrazó por su espalda y Anthony se arrodilló frente a ella y le tomó las manos.

Ante aquella muestra de cariño y apoyo, el llanto de Grace fue *in crescendo*. Su soberbia al sentir lástima por Oxford se le devolvió en ese momento.

Esa lástima ahora la sentía por sí misma.

Las lágrimas tenían el poder de atenuar el dolor de la cicatriz abierta. Grace no dejaba de sentirse miserable, pero ese agrio sentimiento era una señal. Su vida tenía que cambiar.

Solo necesitaba saber de qué modo.

Anthony le ofreció su pañuelo y ella lo recibió:

—Gracias, Tony.

—De nada… ¿A quién hay que golpear?

Grace rio mientras se secaba las lágrimas.

—¿A mí?

Florence, quien seguía abrazándola, la reprendió:

—No bromees así. Sabes que puedes contar con nosotros.

—Son cosas de vieja…

—¡¡No eres vieja!! —exclamaron todos al unísono.

—Les recuerdo que cumplí veintinueve hace veintitrés días.

Entre ella y Anthony, quien era el que le seguía en edad, había seis años de diferencia. La brecha parecía no ser significativa, pero estaban en etapas distintas. Florence ya iba por su tercera temporada y tenía varios pretendientes, mientras que Caleb, Matthew y Anthony estaban a punto de terminar sus respectivas carreras universitarias. El quinteto sobrevivió el paso a la adultez debido al compromiso de todos de practicar mientras estaban separados, y ensayar al máximo cada vez que se daba la oportunidad.

Cuando Grace tenía trece años ya era una violinista virtuosa. Estudiaba con ahínco lo teórico, mas era perezosa en lo práctico. En un impulso juvenil, decidió formar el quinteto aprovechando que sus parientes y amigos más cercanos en edad ya estudiaban un instrumento; Caleb, piano; Florence, viola; Anthony, violín; y Matthew, violonchelo. Al principio fue una especie de juego para presionarse a practicar más, pero con el pasar del tiempo se fueron compenetrando y el quinteto fue consolidándose y se transformó en una faceta importante de sus vidas.

Los años los separaban, la pasión por la música los unía.

Se produjo un breve pero incómodo silencio. No obstante, Caleb lo rompió diciendo:

—Ya vemos que incluso cuentas los días… No eres vieja, Grace, ni solterona, ni cualquier otra etiqueta ridícula que los demás te quieran poner.

Anthony convino con Caleb y opinó:

—Si ningún tarado es capaz de ver lo que eres, es mejor que sigas tal cual, ingobernable.

Florence asintió y agregó:

—Ya quisiera tener el talento y la valentía de hacer todo lo que te propones.

Grace agradeció en su fuero interno el intento de los demás por darle consuelo, el cariño atenuaba su pesar. Suspiró y admitió:

—Cada cierto tiempo me dan estos arranques melancólicos. Supongo que es natural que suceda. No se puede tener todo en la vida y cuesta asumirlo.

Matthew meditó las palabras de Grace. Para una mujer como ella era natural no conformarse, por lo que propuso:

—¿Y si te pones un nuevo desafío? Conociéndote, sé que hay otros sueños que no has cumplido. ¿Por qué no lo consideras?

Grace miró a Matthew con nuevos ojos, ¿en qué momento maduró tanto? Le sonrió y pensó cuándo había sido la última vez que soñó algo distinto a encontrar el amor y formar su propia familia. Quizás su destino era dar vida a algo que fuera suyo, pero no en la manera que esperaba.

El Quinteto Divino no contaba como parte de ese sueño, era algo que Grace no consideraba del todo suyo, ella solo era una pieza de ese engranaje.

—Lo tomaré en cuenta. —Inspiró profundo—. Bien, estamos aquí para ensayar. Démosle a Justin y a Evelyn una fiesta que no olvidarán.

Cuando Sebastian vio a Grace tocando junto al Quinteto Divino en la fiesta de compromiso de su media hermana, volvió a su memoria esa noche de verano en que la conoció.

Recordó la curiosidad y los secretos confesados. Estaba seguro de que ese flirteo se habría convertido en cortejo si él hubiese sido un hombre diferente. Más resuelto, más maduro, más valiente. Menos hipócrita y prejuicioso.

La señorita Archer-Montague desapareció de los salones de Londres, salvo para actuar con el Quinteto Divino en conciertos especiales. Él no asistía. Su objetivo era evitar la tentación de suponer, necesitaba evadir ese pensamiento intrusivo que le susurraba «¿Qué hubiera pasado si…?».

Su vida hubiera sido diferente. Solo eso se respondía, convencido.

Y no se arrepentía de la decisión tomada. La señorita Archer-Montague tuvo razón en todo. Se consideraba un hombre inmensamente feliz. Elegir a Felicity, elegir amarla, fue lo mejor que pudo haberle sucedido.

Y también lo más doloroso, su pérdida era irreparable.

Su esposa llevaba muerta once días, y fue el inicio del culmen de su apocalipsis personal, que venía gestándose desde hacía años, y explotó en su cara en poco más de un mes.

Todo lo que creía verdadero y correcto no lo era. Su título no era más que eso, pues estaba en la más absoluta quiebra. Evelyn, su media hermana, le dio una lección que jamás olvidaría, demostrándole que ella, a pesar de haber pasado la mitad de su vida regentando un burdel, era un ser humano íntegro y valioso. Y su madre… Ay, su madre se convirtió en su peor enemiga.

Y ahí estaba Sebastian en medio de esa celebración, rodeado de esas personas que su padre siempre despreció. Él tampoco era mejor, solo por conveniencia empezó a aceptar las invitaciones de aquellas familias escandalosas y con mala reputación. Con el paso del tiempo, lo hacía como un acto de rebeldía y castigo, mancillando la memoria y los preceptos de su progenitor.

Felicity lo entendía, ella lo habría apoyado en todas sus decisiones…

Sebastian no permitió que su esposa se enterara. Él no quiso perturbarla con todos sus problemas, mientras ella estaba luchando por su vida…

Y perdió la batalla.

¿Cómo era posible sentirse destruido y a la vez renovado?

Felicity ya no estaba, pero tenía dos hijas que eran la razón de su cordura y había ganado una hermana… Y esa hermana contaba con el apoyo de cada una de las personas que abarrotaban ese salón inmerso en la alegría de una nueva unión.

No les importaba el origen ni la antigua ocupación de Evelyn. Solo les concernía el presente, el resarcir errores y el amor.

Sebastian necesitaba aire fresco, se sentía sofocado.

—Si me disculpan, caballeros —se excusó ante el grupo de conversación compuesto por el marqués de Bolton y el conde de Swindon.

—Cuando vuelvas, te comentaré lo del negocio de almacenes portuarios —le anunció el conde.

—Sí… Solo será un momento.

Rock Hall, la residencia del duque de Hastings, era una vasta propiedad en Trafalgar Square. Sebastian salió por las puertas francesas directo al jardín.

La tarde estaba muriendo y el frescor le dio la bienvenida. Los rosales, con su suave fragancia, colmaban sus sentidos.

Caminó por el sendero de guijarros hasta llegar a una banqueta de hierro y madera, y se sentó.

Se derrumbó.

No fue consciente de cuánto rato estuvo ahí, llorando en silencio. Lo único que supo fue que, de pronto, aparecieron la punta de unos zapatos verdes que sobresalían de un vestido del mismo color.

Sebastian no se atrevió a levantar la mirada.

—Lamento mucho su pérdida, su excelencia. Lo acompaño en su sentir.

Casi siete años sin escuchar esa voz, pero él la recordaba.

Sacó un pañuelo, enjugó sus lágrimas y limpió su nariz. Sus iris verdes se encontraron con los peculiares ojos de Grace. A la luz de la tarde se podía distinguir con claridad que uno era azul y el otro verde. Notables, sin duda.

También era notable el dolor que reflejaban. Ella perseveraba por no llorar frente a él.

Sebastian luchó por deshacer el nudo que aún apretaba su garganta, mas fue inútil. Su voz

sonó trémula al responder:

—Gracias, señorita Archer-Montague.

—¿Cómo están sus hijas? —Grace se arrepintió de inmediato de hacer esa estúpida e impertinente pregunta.

Sebastian rompió el contacto visual y respondió:

—Extrañando a Felicity… como todos nosotros.

El silencio los envolvió. Grace se atrevió a sentarse al lado de él y lanzó un resoplido, tenía el cuerpo adolorido.

A decir verdad, estaba cansada y había salido al jardín por un breve receso. Ni siquiera hizo el intento de evitar al duque de Oxford cuando lo vio sentado en la banqueta. Se le partió el alma al constatar que él lloraba, pero era demasiado tarde para retroceder, ya estaba ahí frente a él.

Sus pasos la habían llevado hasta el duque por dos motivos. Tenía curiosidad y necesitaba darle su pésame. En los días previos a la fiesta Grace pensaba cómo lo iba a hacer, qué palabras le diría. Se cuestionaba si era apropiado, pues consideraba que ella no era nadie para dar su pésame.

Sin embargo, vio su oportunidad, no lo pensó más y la tomó.

Sebastian rasgó el silencio al preguntar:

—¿Cómo ha estado usted?

A Grace le sorprendió la pregunta. No le importó abrir su corazón al confesar:

—Estoy intentando dilucidar qué hacer con mi vida.

«Somos dos», pensó el duque mordiéndose la lengua. En cambio, dijo:

—Estoy seguro de que encontrará la forma. Lo tiene todo.

—Ya veré… Quiero hacer algo de lo que pueda sentirme orgullosa de mí misma. Mirar atrás y decir con satisfacción: «Todo esto lo hice yo, este es mi legado».

—¿Le puedo dar un consejo?

Grace sintió que la historia se repetía, pero al revés.

—Creo que me lo va a dar de todas maneras —parafraseó las palabras del duque, dichas hacía una vida.

Sebastian esbozó una débil sonrisa y repuso:

—Haga lo que tenga que hacer, pruebe lo que tenga que probar, lo que dicte su corazón y su juicio, no el de los demás… Arrepiéntase de lo que hizo, de cometer errores, así nunca la perseguirá el «¿Qué hubiera pasado si…?».

Sí, ella tenía a su haber varios «¿Qué hubiera pasado si…?».

—Se nota que el tiempo ha transcurrido sin piedad, su excelencia. Tomaré en cuenta su consejo… Cuando llegue el momento, también dígaselo a sus hijas.

—No me las imagino ni siquiera teniendo quince años.

Grace rio con suavidad.

—Claro que no las imagina. Pero crecerán. —Suspiró—. Mi receso ha terminado… Programé varias piezas para que uno de nosotros pudiera descansar quince minutos sin que la música se detenga. Es el turno de Matt… se nota cuando falta él porque perdemos el sonido grave del violonchelo, así que todos tocamos más de dos instrumentos para suplir a quien haga falta. Pero cuando es el turno de Florence de relevar a Matt siempre se queja de las cuerdas, y claro, ella está acostumbrada a la viola y… —Sus palabras dejaron de fluir. Sebastian la miraba con una leve sonrisa.

—Su expresión cambia cuando habla de música.

—Es mi pasión más grande en la vida.

—Quizás no tiene que pensar demasiado acerca de su legado. Transmita su misma pasión a las siguientes generaciones.

—Ya enseño música en el Colegio New Hope.

—Sí, pero no al nivel que le gustaría, ¿o me equivoco?

Grace se quedó pensativa. Sí, Sebastian tenía razón, disfrutaba enseñando música, creando, aprendiendo. Recordó la época en que el quinteto se inició, fue todo eso y más.

Sonrió.

—Gracias, lo tendré en cuenta… —Se levantó de la banqueta. Iba a empezar desde ese momento a poner en práctica el consejo de Sebastian. Sin embargo, antes de despedirse del duque, Grace necesitaba saber algo más—. Satisfaga mi curiosidad, su excelencia.

—Dígame e intentaré satisfacerla.

—¿De verdad la conveniencia se transformó en amor?

Sebastian apretó los labios y asintió.

—¿Fueron felices?

—Más de lo que imaginé… El consuelo que tengo en este momento son las últimas palabras de Felicity.

Grace no se atrevió a preguntar cuáles fueron. No obstante, Sebastian las dijo de todas formas, frente a la señorita Archer-Montague revelaba más de lo que quería:

—Me dijo: «Nunca esperé que me amaras, pero lo hiciste y transformaste mi vida en el Paraíso… No me arrepiento de nada. Fui una mujer feliz».

Con el dorso de su mano, ella se limpió las lágrimas que empaparon sus mejillas. Grace no sabía que ansiaba constatar si esa unión había valido la pena para Felicity. Esa culpa que sintió por alentar ese matrimonio que terminó en tragedia se diluyó. Sebastian añadió:

—El consejo que me dio esa noche fue un regalo valioso, señorita Archer-Montague… Felicity siempre supo que usted fue nuestra «casamentera», y a veces me comentaba que una dama como usted no merecía estar soltera, sino vivir un gran amor.

Grace rio entre lágrimas que no dejaban de fluir. No le sorprendía esa sentencia, era lo que siempre le decía Felicity. Esculcó un bolsillo secreto de su vestido y sacó un pañuelo. Secó su rostro y limpió su nariz.

Dio un suspiro entrecortado y aseveró:

—A veces no se puede tener todo en la vida, aunque se merezca… —Sorbió su nariz—. Además, ¿qué hombre va a soportar a una mujer que habla siempre sobre música?

—¿Un músico?

Grace rio.

—Tal vez, pero… —Negó con su cabeza—. Sería una lucha de egos. No hay desafío si hablamos el mismo lenguaje. También es bueno aprender otro «idioma», complementarnos.

—Y también dicen que son demasiado bohemios.

—E infieles.

—Un desastre.

—Sí, un desastre. —Grace notó que la música cesó a lo lejos—. Debo irme… Espero verlo pronto.

Sebastian observó cómo ella corría hacia el interior de Rock Hall con su cabello negro al aire, se preguntó si lo llevaba de esa forma por rebeldía.

Las palabras finales de Felicity resonaron en su memoria, mas él no se las había dicho todas a Grace porque el llanto de la dama lo frenó.

«No me llores, porque he vivido. Hónrame viviendo, siendo feliz… amando como me

amaste».

Volvió a llorar en silencio. No podía evitarlo, el dolor era demasiado reciente. Quizás llegaría el día en que viera la vida como Felicity.

Andante

—He tomado una decisión.

Durante una semana, Grace meditó las palabras de Sebastian y llegó a una conclusión.

Los miembros de su numerosa familia —en ese momento, dos hermanos, dos hermanas y sus padres— la miraron y dejaron de lado el desayuno, que ya estaba llegando a su fin. Su padre, Gregory, duque de Ravensworth, solo la contempló.

Sí, su hija tenía esa mirada. La misma que veía en su esposa, Emma, cuando llegaba a una resolución.

Era una ironía que ambas se parecieran tanto. Quizás algo había en la sangre que se heredaba más allá de rasgos físicos, pues, además, su hija mayor y su esposa eran primas en segundo grado y, desde que Grace entró a sus vidas, Emma la consideró tan suya como si la hubiera engendrado.

Mucha gente todavía alzaba las cejas cuando se enteraban del hecho de que su esposa y él eran primos, y luego miraban a sus hijos en busca de alguna clase de deformidad, o les formulaban ridículas preguntas que intentaban probar si eran idiotas o no.

Gregory se limpió la boca con la servilleta, miró subrepticiamente a su esposa y, con cierta cuota de temor, preguntó:

—Y, ¿qué decisión tomaste, hija?

—¿Podemos hablar mamá, tú y yo en tu despacho?… en privado. Creo que los demás no están preparados para lo que quiero anunciarles.

Las pequeñas, Caroline e Iris, de diez y siete años respectivamente, se miraron consternadas, para que su hermana mayor no hablara con franqueza ante ellas, debía tratarse de un tema serio. Iris parpadeó y sus ojos se tornaron vidriosos.

—No va a pasar nada malo, ¿cierto?

Grace, con el alma en un puño, intentó consolarla esbozando una sonrisa:

—No, querida, no te asustes. Solo que hay temas que deben ser conversados entre adultos.

La palabra «adultos» resonó en la estancia. Caleb, el hijo mayor y heredero, estaba a punto de cumplir veintidós, y Jack, el que le seguía, diecinueve. No obstante, pese a ser los hermanos mayores, tampoco estaban invitados a esa conversación.

Nathaniel, fue el único que se ahorró la desagradable sorpresa de no ser incluido, por estar en Eton. Él era el menor de los varones y tenía dieciséis años.

Gregory asintió y se levantó de su asiento. Extendió su mano e invitó a Emma, quien la tomó y se puso en pie.

Grace temblaba, su silla chirrió al levantarse y reverberó en el comedor familiar.

En silencio se retiraron de la estancia, dejando a la progenie del ducado de Ravensworth desconcertados y rebosantes de curiosidad.

Mientras avanzaba detrás de sus padres, Grace repasaba su discurso articulando las palabras sin voz. Las palmas de las manos le sudaban y se las secó en su vestido.

Una vez en el despacho de Gregory, todos tomaron asiento en los sillones situados frente a la chimenea. Del fuego de la noche anterior solo había rescoldos que apenas temperaban el ambiente.

No obstante, Grace se sentía sofocada.

Tras un instante de silencio, en el que sus padres solo la miraban, ella sentenció:

—Papá, mamá… He tomado la decisión de dejar de impartir clases en la academia y el colegio.

El intenso escrutinio de sus padres era la reacción que esperaba. Sin embargo, le asombró que no se abalanzaran sobre ella con cuestionamientos. Solo había silencio. Grace carraspeó y añadió:

—También he decidido que usaré el dinero de mi dote para comprar una pequeña propiedad. Mi intención es usarla como vivienda y, además, pretendo abrir una academia de música. Así aseguraré mi futuro. Soy una mujer adulta, y yo ya no quiero depender más de ustedes… La verdad es que no quiero ser considerada una carga, ni que el día de mañana tenga que recurrir a Caleb. —Inspiró hondo imaginando ese escenario, eso implicaba que su padre ya no estaría con ellos, sino en un cementerio—… Si es que estoy viva para cuando él tome el ducado… Desde hace años que está claro para todos que yo no me casaré.

Emma lanzó un suspiro. Miró a Gregory y luego tomó su mano. Entre ellos hubo una conversación sin palabras, que nadie más podía entender. A la postre, dijo:

—Sabíamos que tarde o temprano esto sucedería. —Los ojos de Emma se colmaron de lágrimas. Sus labios temblaron al tratar de sonreír—. Te conozco tan bien que estaba segura de que un día nos dirías que deseas dejar esta casa… estuvieras casada o no.

Gregory apretó la mano de su esposa. Sabía que toda la sociedad miraría con malos ojos a su hija, pero qué más daba, ya lo hacían. No pudieron protegerla de los rumores que se dispersaron ocho años atrás. El daño estaba hecho y lo único que les quedaba era apoyarla en sus decisiones.

Grace no podía creer que fuera tan fácil. Necesitaba asegurarse y preguntó:

—Entonces, ¿eso quiere decir que no intentarán convencerme de lo contrario?

Gregory apretó los labios para controlar las lágrimas que pugnaban por salir.

—Creo que ha llegado el momento en el que me tendré que tragar mi orgullo de padre y cabeza de familia. Prefiero que mi hija me ame viviendo su vida fuera de esta casa, a que me odie por intentar retenerla a mi lado. ¿Qué más podemos hacer? ¿Encerrarte? ¿Hacerte infeliz?

Grace soltó el aire de los pulmones ante la respuesta de su padre. Sin embargo, el alivio se esfumó cuando su inseguridad se reflejó en la pregunta:

—¿No me ven como un fracaso?

Las lágrimas de Emma cayeron gruesas y pesadas. Se levantó de su asiento y abrazó a su hija. Besó su frente y dijo:

—Oh, por Dios, no. Jamás te hemos visto de esa manera y tampoco ahora. Eres lo mejor que nos pudo pasar.

Gregory imitó el actuar de su esposa casi al mismo tiempo. Alzó la barbilla de Grace, la miró a los ojos y declaró con convicción:

—No pudimos pedir mejor hija que tú. Si nadie fue capaz de ver lo maravillosa que eres, ni tuvo la valentía de ignorar las habladurías, entonces ningún hombre de este país es digno de ti.

El mentón de Grace tembló. No pudo resistir. Sus lágrimas fluyeron raudas. En medio de su llanto, lo único que podía decir era:

—Gracias, papá… Gracias, mamá…

—Te amamos, hija.

—Estamos orgullosos de ti.

Cuando las lágrimas remitieron y sus corazones se aquietaron al mismo compás, tranquilo y regular, se centraron en continuar con el punto de la conversación.

Dado que Grace tenía un plan. Gregory decidió entrar en materia:

—¿Y ya tienes hechos los cálculos para llevar a cabo tu proyecto?

—Pues sí. Destinaría la mitad de mi dote para adquirir una propiedad y la otra para

financiar el primer año de funcionamiento de la academia… También quiero establecer un plan de becas destinado a los alumnos destacados del Colegio New Hope.

—Por la propiedad no te preocupes, será mi regalo para celebrar tu independencia. Dedícate durante lo que queda de temporada a establecer contactos con el Hanover Square Rooms y distintas sociedades musicales. Debes hacerte un nombre y entablar relaciones con los músicos destacados que llegan a Londres…

Emma intervino:

—Podríamos visitar a la duquesa de Pemberton y pedirle que apoye tu proyecto. Estoy segura de que le encantará la iniciativa… También sería bueno estudiar otras academias y ver sus debilidades y fortalezas.

Grace agradeció al cielo tener unos padres como Emma y Gregory. Sabía que estaba pidiendo demasiado y que cualquier otra familia, por muy liberal que fuera, se habría negado.

Debía honrar ese voto de confianza, su academia sería todo lo que ella esperaba de una institución para formar músicos…

Su sueño se había transformado. En vez de formar una familia y que ellos fueran su legado, lo serían los músicos que aprenderían en su academia.

Tal como dictó el presentimiento de Grace, a Sebastian no dejaron de sucederle calamidades. Su madre tenía una última jugada para arruinar la existencia de la hija ilegítima del antiguo duque de Oxford.

La misma noche en que Evelyn pasaba la última jornada en el Palacio de Madame Écarlate, el cual ya estaba vacío, la apresaron debido a una denuncia en la que la imputaban de regentar el burdel.

Constance, la madre de Sebastian, actuó desde las sombras y orquestó la acusación, compró testigos falsos e incluso llegó al extremo de coludirse con el juez de la causa para amañar el juicio.

Sebastian no lo permitió e hizo lo que su madre jamás imaginó que haría: enlodó el nombre del ducado, admitiendo su parentesco con Evelyn, y aseguró que él era el dueño del palacio que fue un conocido burdel, y no su media hermana.

Con su declaración en el juicio echó por tierra las pretensiones de su madre por acabar con la reputación de Evelyn, solo por existir.

Constance no soportó la traición de su hijo.

Dejó de hablarle. Así también lo hizo aquella parte de la sociedad que siempre intentaban complacer, dándoles la espalda.

Constance enfermó y quedó postrada, con la mitad del cuerpo paralizado.

Sebastian visitaba la alcoba de su madre todos los días. Y, pese a que ella no le dirigía la palabra, él optó por llenar el silencio, fingiendo que mantenían una conversación civilizada. Miraba por la ventana hacia el inmenso jardín de Oxford House y reflexionaba sobre cualquier cosa que habitara en su mente en esos momentos: reproches a sí mismo, hacia sus padres por la forma en que fue educado y lo perjudicial que llegó a ser; de lo que sintió al enterarse de la doble vida de su difunto padre; de lo difícil que era dejar de lado el orgullo para levantar el ducado de la ruina económica; lo duro que era echar por tierra todo lo aprendido y abrazar nuevas convicciones que no eran propias; lo agradecido que estaba de la ayuda que recibía de parte de los familiares políticos y amigos de Evelyn; de su dolor por la pérdida, no solo de su esposa, sino de su antigua vida.

A veces hablaba de sus miedos, arrepentimientos e inseguridades.

Cada vez que Sebastian entraba en la alcoba de su madre, la mirada de ella se centraba en solo un punto indeterminado del cielo raso. Constance quería castigar la debilidad de su hijo con su indiferencia. A Sebastian aquella actitud no le afectaba del modo que su madre pretendía, pues lo quisiera o no, ella estaba obligada a escuchar.

Algunas veces Sebastian era acompañado por sus hijas, Lydia y Mary Ann. Solo en ese momento Constance hablaba, con tal de dirigirse a las niñas. Aunque lo hacía con dificultad, debido a su parálisis, pero no por eso dejaba de reflejarse el amor que sentía por sus nietas. Ellas eran un respiro en su tormentosa situación. Para ella, su hijo no existía desde el minuto en que la traicionó, aceptando en su familia a la bastarda de su esposo.

A través de la ventana de la habitación de Constance pasó la primavera, el verano...

El otoño se acercaba.

—Hoy estoy de aniversario de matrimonio —dijo Sebastian, admirando el atardecer por la ventana—. Cada año llevé a Felicity a un concierto de música. Aunque fuera verano y Londres estuviera vacío, siempre se presentaba la oportunidad de celebrarlo de esa forma. —Rio al recordar su vida con su esposa—. No le gustaba asistir a los conciertos que daban las debutantes, decía que eran terribles, porque nadie estaba a la altura de los que ofrecía Grace… La señorita Archer-Montague… antes de su caída social.

Sus palabras murieron. Cada vez que Felicity le insinuaba las ganas que tenía de asistir a un concierto del Quinteto Divino, Sebastian buscaba una excusa para no ir. Era absurdo, pero la idea de estar en la misma habitación con su esposa, observando el despliegue artístico de la señorita Archer-Montague, le hacía sentir algo parecido a la infidelidad.

Por todos los medios posibles, procuró evitar cualquier instancia que gatillara en su mente el «¿Qué hubiera pasado si…?».

—Hoy honraré la memoria de Felicity. Iré a un pequeño concierto que se ofrecerá en los Jardines de Vauxhall.

Sebastian dio media vuelta y, por un breve segundo, sus miradas se encontraron hasta que su madre rompió el contacto.

—Sé que la extrañas también… Era todo lo que esperabas de la nueva duquesa de Oxford. Mejor dicho, casi todo. A tu juicio, los defectos de Felicity podías pasarlos por alto, no era tan terrible su sensibilidad y su manera de criar a las niñas.

En ese momento golpearon la puerta y entró Meyer, el mayordomo de Oxford House.

—Su excelencia, los señores Montgomery han llegado. Lo esperan en la sala de estar.

—Perfecto, Meyer. Muchas gracias, iré en seguida.

El mayordomo se retiró y la estancia quedó sumergida en el denso silencio. Sebastian podía sentir la penetrante mirada de reproche de su madre.

—Evelyn y Justin se quedarán esta noche con las niñas. Ayer tuve que despedir a la niñera porque estaba reprendiendo mucho a Mary Ann por llorar sin motivo… ¿Sin motivo? Perdió a su madre hace casi cinco meses, por todos los santos, no sé qué diablos pretendía.

No esperaba verla ahí.

Sin embargo, Sebastian no fue capaz de huir. Se vio obnubilado por la puesta en escena. Hasta ese momento, él nunca había sido consciente de la belleza y elegancia del pabellón de la

orquesta de los Jardines de Vauxhall. Debía reconocer que era por la música que ella interpretaba.

Era mágico.

El centro de atención era el piso intermedio del pabellón, que era sostenido por una base cuadrada, y que en su conjunto formaba una estructura de estilo oriental de tres niveles que culminaba en una cúpula. Cada nivel estaba embellecido con arcos ojivales y balaustradas que añadían un aire de ligereza.

Grace se presentaba en el medio del pabellón; solitaria e inalcanzable. Nada evidenciaba que ella había reparado en la mundana presencia de Sebastian.

Toda esa atmósfera lo mantuvo quieto en su silla.

En el programa del concierto no aparecía el nombre de Grace Archer-Montague. Quizás, de haber sabido, él no hubiera ido. Cuando anunciaron al dueto compuesto por la duquesa de Pemberton junto con la señorita Lizbeth Cross, creyó que estaba alucinando. Sebastian tuvo que mirarla con atención para convencerse de que no eran parecidas, sino la misma persona.

La mujer que estaba sobre el escenario era la señorita Archer-Montague y, a la vez, no lo era. No solo el nombre era diferente, también su apariencia. Su cabello negro lo llevaba recogido, y contrastaba con un llamativo vestido rojo de gala ornamentado con pedrería. Pero lo más desconcertante era el parche que combinaba con el color de su atuendo y que cubría su ojo izquierdo, el azul, como si quisiera esconder un defecto.

Sebastian conjeturó que Grace, necesitaba un *alter ego* para poder presentarse en público. Su pasado y su reputación siempre la seguirían. Quizás ella había desaparecido de los bailes y eventos sociales de Londres, y su rostro fue olvidado por la mayoría, pero solo por sus ojos podía ser descubierta por aquellos que alguna vez la conocieron.

Dudaba que aquel anonimato fuera a durar mucho.

La duquesa y la señorita Cross interpretaron el *Nocturno, opus 9* de Frédéric Chopin, en un arreglo para piano y violín, donde el peso de la melodía se la llevaba este último instrumento y daba otro matiz a las dulces y melancólicas notas, dotándolas de una emoción diferente, más profunda.

Después de esas tres piezas, la señorita Cross, junto con su primo, Matthew, el vizconde Hudswell, interpretaron *Tres Duetos para violín y violonchelo M.S. 107* de Niccoló Paganini.

Mientras Grace ejecutaba el violín con pasión y maestría, Sebastian se dejó envolver. Entornó los ojos y disfrutó del momento. La música lo llevó lejos de ahí, a días más felices y menos oscuros. Imaginó que Felicity estaba a su lado, apoyando la cabeza sobre su hombro, celebrando su sexto aniversario.

«Hónrame viviendo».

«Trato de hacerlo, Felicity», pensó. «De verdad, lo intento». Había días en que la desolación lo devoraba al sentir el lado vacío de su cama. Otros días sonreía al recordar a su esposa y agradecía los años vividos. A veces se preguntaba si ella lo habría seguido amando cuando él cambió y dejó de ser el Sebastian que conoció, si hubiera soportado las estrecheces y la austeridad.

¿Habría sido suficiente el amor?

Conociendo a Felicity, sí. Su muerte fue un antes y un después y el detonante de sus cambios.

—Notable la ejecución de la señorita Cross —susurró una mujer que estaba situada detrás de él y lo sacó de su ensoñación.

Un caballero respondió:

—Hace unos meses irrumpió en la escena musical y ya tiene muchos admiradores. Algunos dicen que es la versión femenina de Paganini, pero claro, es una exageración desproporcionada.

Sebastian alzó una ceja ante ese comentario tan cáustico.

La mujer lanzó un femenino «Já» y añadió:

—La señorita Cross ostenta la misma pasión y no tiene nada que envidiar. Yo vi al maestro Paganini en París hace muchos años. Oh, fue todo un espectáculo.

—Por eso mismo, ella no le llega a los talones.

—Lo dices solo porque es mujer. Su estilo en el escenario es diferente, no tan dramático y teatral. Pero aquello no le resta virtuosismo.

El hombre no respondió de inmediato. No obstante, repuso cambiando ligeramente el tema:

—¿Por qué llevará un parche en el ojo?

—Unos dicen que un admirador rechazado la atacó y le enterró una pluma en el ojo.

Sebastian apretó los labios para no reír a carcajadas. Si eso hubiera pasado, él se habría enterado por parte de Evelyn, su cuñado… o cualquier Heredero del Diablo. Sus lazos con aquellas familias se volvieron más estrechos, pero solo había vuelto a coincidir con la señorita Archer-Montague una vez antes de ese concierto, en el matrimonio de su hermana con Justin Montgomery. En esa oportunidad apenas intercambiaron una mirada y él se retiró temprano con sus hijas.

Estuvo tentado de alimentar la ridícula historia que comentaba la pareja desconocida —y que ya tenía ribetes de leyenda— diciendo que el ojo de la señorita Cross fue dado en sacrificio en un ritual pagano para tener fama, talento, belleza y fortuna…

No obstante, jamás le haría eso a la señorita Archer-Montague. Ese tipo de historias podían tomar rumbos retorcidos. Ella no lo merecía.

—Espera —dijo el desconocido a sus espaldas—, la última vez que vi a la señorita Cross llevaba el parche en el otro ojo.

—Oh, tienes razón —replicó la mujer—. Quizás tiene estrabismo…

Sebastian negó con su cabeza. Tal parecía que la señorita Archer-Montague usaba el parche por mera diversión, pero no era rigurosa en su mentira.

Esbozó una sonrisa y miró hacia el cielo estival, claro y salpicado de estrellas. Imaginó que Felicity estaba a su lado sonriendo, disfrutando del concierto, escuchando esos disparatados cuchicheos. Casi podía sentir su cabeza apoyada en su hombro.

«Feliz aniversario, querida».

La música terminó. Después de un breve silencio en el que los asistentes salieron del trance, dieron una gran ovación y se levantaron de sus asientos con entusiasmo. Sebastian hizo lo mismo. Aplaudió por Grace, se sintió contento por ella. Al menos uno de los dos estaba avanzando. La dama había tomado en cuenta su consejo. Eso le produjo una sensación de haber hecho algo bien… Al fin.

Estaban a mano.

Grace sonreía orgullosa de sí misma. Recibió un ramo de rosas blancas, al igual que sus acompañantes en los duetos. El joven lord Hudswell parecía sorprendido y azorado por el gesto, y lanzó una broma diciendo que era el primer hombre en recibir flores estando vivo y no en su funeral.

Sebastian rio. Hudswell tenía toda la razón.

Inspiró profundo.

De pronto, el sonido de los tradicionales fuegos artificiales irrumpió en el ambiente. Todos, artistas y espectadores, gozaron del espectáculo.

El cielo estrellado se colmó de hermosos y resplandecientes colores; rojos, verdes, azules y dorados. Las explosiones retumbaban en el pecho de Sebastian, recordándole lo vivo que estaba en ese instante.

La vida seguía, alternando entre tormentas que parecían no acabar y días soleados que eran tan fugaces como un suspiro.

Algo especial tenían los fuegos artificiales. Envolvían en un mágico hechizo a quienes los admiraban, provocándoles la ilusión de ser intocables, inmortales.

Quizás algo tenía de cierto. Porque cuando Sebastian desvió su mirada hacia el escenario, se encontró con la de Grace. Se reconocieron. Y los dos supieron que nunca olvidarían las sonrisas que se regalaron en ese momento.

Moderato

Siete meses después. Londres, domingo 2 de abril de 1843.

A Grace le tembló la mano antes de tomar la aldaba de bronce de Oxford House.

—No seas tonta, es por una buena causa —se amonestó, mientras empuñaba y abría la mano.

Inspiró, asió la aldaba y tocó la puerta con una tonada de siete notas.

Grace no debió aguardar por mucho tiempo. El mayordomo abrió la puerta, la miró por un breve instante y dijo solemne:

—Su excelencia la espera. Sígame, por favor.

Grace se quedó con la palabra en la boca y entró. Le entregó al mayordomo su sombrilla y su bonete, que fueron colgados en una percha. Acto seguido, se internaron por unos cuantos metros en el amplio vestíbulo. El hombre se detuvo frente a una puerta a la derecha y la abrió para internarse en una antesala.

—Anunciaré su visita, espere aquí, por favor. —La voz del mayordomo resonó en la estancia.

Ella asintió. De soslayo constató que la situación del duque no era la mejor. Por lo general, una antesala era una muestra del dinero y poder del propietario. Era el lugar donde se exhibían esculturas de mármol, muebles finos y elegantes, floreros rebosantes de rosas, tulipanes y lirios, retratos de los antepasados más renombrados, alfombras persas y cortinajes de excelencia. No obstante, esa antesala era fría y desnuda, solo tenía un recibidor y un par de sillas.

Al duque parecía no avergonzarle el hecho de que, probablemente, tuvo que vender todo lo de valor. No se percibía el intento de ocultar al mundo su situación.

—Señorita… —La llamó el mayordomo, trayéndola al momento.

Grace le brindó una sonrisa amable y entró a la biblioteca. Al menos esa estancia parecía conservar el antiguo esplendor del ducado y ofrecía al visitante una cálida bienvenida. No era muy grande comparada con la de Westwood Hall, la mansión en la que vivió con su familia hasta hacía algunos meses, pero, aun así, no tenía nada que envidiar; anaqueles repletos de libros, una chimenea en la que bailaban tímidas llamas, muebles cómodos y acogedores.

Al fondo y al centro se encontraba el escritorio. Él se ponía en pie.

Grace hizo una reverencia; Sebastian una digna inclinación y le ofreció asiento, señalándole una silla frente a su escritorio.

El duque de Oxford no se valió de ninguna formalidad para iniciar la conversación y dijo:

—Vaya forma de volver a vernos, señorita Archer-Montague.

Grace hizo un gesto que solo decía «Ni que lo diga» y añadió:

—Todos sabíamos que tarde o temprano alguien retaría a duelo a Lawrence.

Sebastian gestualizó igual que Grace, conviniendo con ella.

—Yo, antes de conocerlo, era de los que pensaban que él sería retado a duelo por un marido ofendido. Pero ahora que es mi amigo, me doy cuenta de que era absurdo ese prejuicio, pues era aficionado a las viudas.

—Un marido muerto no reta a duelo, pero ya nos quedó claro que no solo un esposo ofendido puede exigir satisfacción, sino también familias conservadoras y un tanto despóticas como lo son los Fawcett. —Hizo una pausa y esbozó una tímida sonrisa—. Ha cambiado mucho en el último tiempo, su excelencia… ¿Quién lo diría? Usted siendo el segundo en un duelo de un Heredero del Diablo.

—Supongo que hay que estar a la altura de las circunstancias. Para eso están los amigos. —Sus ojos verdes se entrecerraron levemente y preguntó—: ¿De verdad usted es tan buena disparando? Cuando Lawrence me dijo que la citó para practicar su puntería, no le creí al principio.

—Pues soy muy buena. Debería creerle a cualquier Heredero del Diablo lo que dice de mí.

—Lawrence me comentó que la esgrima es la única práctica masculina en la que usted no lo supera.

—Nadie es perfecto… —Sonrió antes de decir—: Y hay que aprender a lidiar con ese hecho.

Se hizo un ligero silencio en el que ambos se estudiaron.

—Usted también ha cambiado, señorita Archer-Montague.

—Quizás… Aparte de dedicar todo mi tiempo a la música, ya no vivo en Westwood Hall.

El semblante de Sebastian pasó de la ligereza a la consternación.

—¿Tuvo algún problema con su familia?

—Oh, no, nada de eso. —Grace no supo por qué esa muestra espontánea y genuina de preocupación la sintió como una caricia. Inspiró y se deshizo de la sensación para añadir—: Todos debíamos admitir que ya no había esperanza de que cumpliera lo que se espera de una mujer. Yo no quería ser la carga de nadie, por lo que opté por hacer mi propio camino… Sola.

El semblante de Sebastian se relajó ante esa respuesta. Un sentimiento extraño lo invadió. Admiraba la decisión de Grace de abandonar todo lo conocido y hacer su vida lejos del seno familiar. Había orgullo y determinación en sus acciones, y no habría podido llevarlas a cabo si se hubiera casado; la vida de una emergente y talentosa violinista no era compatible con la de una esposa. Sin embargo, no concebía la imagen de ella viviendo en soledad.

—Debió ser difícil para su familia aceptar y acceder a esa decisión.

—Mis padres me conocen bien. Tarde o temprano iba a suceder. No por eso va a ser más fácil, mas necesitaba hacerlo. De vez en cuando extraño a mi familia y mis rutinas cotidianas, pero hago tantas cosas durante el día que no hay cabida a los arrepentimientos… En todo caso, veo a mi familia los domingos y, con regularidad, mis hermanas me visitan con mi madre.

Sebastian hizo un inapreciable gesto de aprobación.

—Me alegra que le esté yendo bien. Se le nota.

Y vaya que se le notaba. Parecía ser ama y señora de su vida.

Grace sonrió ante las palabras del duque y dijo:

—Gracias, su excelencia… —Ladeó levemente la cabeza y preguntó—: ¿Y usted? ¿Cómo ha estado?

—Mi situación es conocida por todo Londres.

—A eso no me refiero… sino a usted, a la persona.

Una sonrisa de medio lado fue la admisión de que fue atrapado por su respuesta evasiva. La mayoría la aceptaba, pero ella no. A la postre, confesó:

—Hay días buenos y malos… Pronto se cumplirá el primer aniversario luctuoso de Felicity.

«Ya ha pasado un año, santo Dios», fue el pensamiento que atravesó a Grace. El día anterior, la celebración familiar de su trigésimo cumpleaños se vio interrumpida por la noticia del duelo de Lawrence. La gravedad del asunto le hizo olvidar el paso del tiempo, lo mucho que cambiaba la vida en un año.

Y ella sabía muy bien cuánto cambiaba. Pensó en su madre, la que le dio la vida, cuando respondió:

—Entiendo… Es así el primer año cuando perdemos a un ser muy amado… ¿Cómo están sus hijas?

—Mejor que yo en muchos aspectos. Evelyn ha sido una bendición para ellas, y han podido sobrellevar el hecho de que su madre no volverá.

—Una imagen femenina positiva siempre ayuda. Cuando mi madre falleció…

Las palabras de Grace se desvanecieron. No solía contarle a nadie sobre el año en que su madre murió, y mucho menos, lo que sucedió en los meses posteriores. Pese a que habían transcurrido veinticuatro años, algunos episodios los recordaba con claridad, como si hubieran ocurrido el día anterior.

El silencio de Grace dijo más que mil palabras. Sebastian sabía que ella llegó a la vida del duque de Ravensworth cuando era apenas una niña. Se le encogió el corazón al imaginarla; huérfana, pequeña y vulnerable…

—No debió ser fácil.

—No, no lo fue… Sobre todo, porque nadie me explicaba nada. No sabía por qué mi madre no despertaba. Tampoco me dieron una razón que me hiciera entender por qué tenía que marcharme de mi casa a vivir con mi tía abuela. Ella tampoco era muy buena para explicar, pero pronto entendí que era mejor estar en la calle cuando la visitaban los clientes. Era la única forma que tenía para protegerme… —Grace se dio cuenta muy tarde, de que había admitido lo que siempre ocultó. No por vergüenza, sino por conservar su dignidad ante las especulaciones. Ya era tarde, pero tampoco importaba—. Sí, ella se vendía para poder sobrevivir, aunque a su edad no ganaba mucho… Vi cosas que una niña de seis años jamás debe ver u oír. Gracias a Dios, cuando a mi padre le contaron la verdad, me fue a buscar de inmediato. Quizás, si hubiera demorado más, no me habría encontrado viva. Mi tía abuela fue asesinada por un cliente unos meses después de que mi padre me llevara con él… Ni ella ni mi madre debieron tener los finales que tuvieron.

Ante aquel descarnado relato, Sebastian sintió vergüenza del hombre que fue. Ese hombre que prestaba oídos a los cotilleos y juzgaba bajo criterios inhumanos que eran disfrazados de rectitud. No sabía qué decir frente a esa confesión. Una parte de él se arrepintió de haber sido cobarde y prejuicioso cuando conoció a Grace. La otra sentenciaba que esa misma decisión le hizo vivir un matrimonio feliz, le enseñó a amar. Pudo amar, fue amado. ¿Cuántos tenían el privilegio de decir lo mismo? No se podía arrepentir de su vida con Felicity, ella valió la pena. A pesar de todo, lo valió.

No obstante, aquello no atenuaba esa mancha en su conciencia.

Grace no supo cómo interpretar la mirada de Sebastian en medio de su expresión seria.

—Lo siento, no debí hablar tanto. No quise agobiarlo.

Sebastian se apresuró a sacar de su error a Grace y se atropelló con sus palabras:

—No, no, no, por favor, no se preocupe. Usted se sintió con la libertad de contarme sobre su experiencia, y se lo agradezco. Me siento honrado de que deposite su confianza en mí.

Grace se aclaró la garganta. ¿Por qué no solo se limitaba a hablar del clima con el duque? Sus conversaciones siempre terminaban siendo más profundas de lo que pretendía.

—En fin… Suele pasar cuando converso con usted…. Bien, al punto que quería llegar, es que cuando me fui a vivir con mi padre y mi madre… bueno, mi segunda madre, no sé si usted me entiende…

—Madrastra no aplica, ¿cierto?

—Eso mismo. Hasta se escucha cruel e injusto para ella, porque solo me dio amor, paciencia y soporte como si me hubiera engendrado. Me ayudó mucho a superar ese primer año

sin mi madre.

—La duquesa de Ravensworth es una mujer extraordinaria. Usted tuvo mucha suerte de contar con una madre como ella. —Hizo una breve pausa, mas pronto, sin darse cuenta, se vio reconociendo—: Es una lástima que la mayoría no haya podido ver a la gran hija que crio, debido a esa ceguera puritana que padecíamos. Usted no recibió un trato justo por parte de nosotros, y sí, me incluyo. Los rumores que sembraron sobre su pasado fueron retorcidos y malintencionados. Me siento con el deber de ofrecerle mis más sinceras disculpas.

A Grace le sorprendió aquella admisión. El tiempo había pasado y trajo la resignación, esos rumores ya no importaban ni le afectaban. No obstante…

—Disculpas aceptadas, su excelencia. En ese entonces, usted era muy joven y tenía otras convicciones. No hay resentimientos por mi parte. —Sonrió—. Si le sirve de consuelo, usted fue mi último flirteo, y el más descarado. Qué mejor que haberlo hecho con el partido más sobresaliente de esa temporada. No me puedo quejar.

—Tal parece que usted solo ve el lado positivo.

—Si me centrara en lo negativo sería muy deprimente.

—Es una gran filosofía de vida.

La conversación se vio interrumpida por Meyer, quien anunció la llegada de Lawrence, el marqués de Bolton, y el motivo por el cual Grace estaba en Oxford House.

Cuando el marqués entró en la estancia y vio a Grace solo dijo:

—Perdón por la tardanza.

Grace hizo un gesto despreocupado y replicó:

—Como siempre, has sido muy puntual, demonio. Yo fui la que llegó demasiado temprano. —Se levantó, le tomó las manos a su amigo y dijo—: No sé si perfeccionaremos tu asquerosa puntería, pero sé que dispararás mejor después de practicar.

—Tan amorosa como siempre. —Se llevó la mano al pecho, con dramatismo—. Me conmueve, mi querida señorita Archer-Montague.

Grace reprimió una sonrisa y unos hoyuelos se marcaron en sus mejillas. Sebastian no entendió por qué le sorprendía, no podía dejar de mirarlos.

Parpadeó y volvió al momento.

—Vamos al patio trasero. Ya tengo todo dispuesto para la práctica.

Durante una hora los disparos de Lawrence fueron nefastos para los altos estándares de Grace. Ella se limitaba a observarlo con expresión ceñuda. A veces corregía su postura, en otras lo reprendía por disparar en el momento equivocado, y también hizo un par de demostraciones en las que salía a relucir su pericia.

Ver a Grace en esa faceta sorprendió a Oxford. La señorita Archer-Montague era una maestra estricta y conocedora de su capacidad, mas no llegaba al punto de ser desagradable o altanera.

Sin embargo…

—Estás resollando como un caballo de carreras, demonio —amonestó Grace—. Así mueves mucho el brazo. Relájate. No respires cuando hales del gatillo.

Lawrence resopló.

—Pero si no respiro, Grace. ¿Acaso quieres que me ponga morado por aguantar?

—Sí, respiras. Te estoy observando. Estás demasiado inquieto, y no te das cuenta. —Se situó frente a él y le palmeó las ásperas mejillas, mirándolo a los ojos. Eran verdes, pero

diferentes a los de Sebastian, los del duque tenían vetas castañas. Se reprendió, no era el momento de hacer comparaciones y añadió—: Solo tienes que inspirar tranquilo, mantener el balance de tu brazo y disparar.

A sus espaldas, Sebastian limpiaba y cargaba armas de repuesto, pendiente del intercambio. Ella era implacable y, para su alivio, el desempeño de Lawrence no era mediocre, sino todo lo contrario, superior al promedio. Pero la competencia que había entre los Herederos del Diablo y Grace era feroz. Sin embargo, no se contuvo de justificar a su amigo:

—De haber sido Fawcett, Lawrence le habría dado en el hígado. No sea tan estricta, señorita Archer-Montague… Pensé que Lawrence era pésimo para disparar, pero se defiende bastante bien.

Grace puso sus ojos en blanco y sus manos se anclaron en sus caderas. Se acercó al duque y replicó:

—Si no soy estricta, este demonio terminará en el infierno, o peor aún, en la cárcel. La idea es que le dispare en el brazo, no en el corazón o la cabeza… Y no sea tan formal conmigo, usted es un miembro honorario de los Herederos del Diablo, solo le falta ponerse un apodo acorde a la cofradía. Basta con que me llame señorita Grace, es más cómodo para ambos.

Ella dio media vuelta.

Sebastian arqueó una ceja. Le sorprendía que ella lo considerara un miembro honorario de los Herederos del Diablo. Sí, no era de extrañar, pues pasaba la mayor parte de su tiempo libre con Lawrence, Evelyn o Justin, tenía negocios con Thomas y Alec y asistía a la mayoría de los bailes de sus familias. No obstante, sentía que no era digno de ello.

Al rato después, Grace descubrió que a Lawrence se le dificultaba ver de lejos con uno de sus ojos, por lo que cambiaron la estrategia, y eso mejoró aún más la precisión de sus tiros. De errar seis de diez, disminuyó a tres.

Al finalizar la práctica, el rostro de Grace era engalanado por una sonrisa plena de satisfacción. Lawrence se retiró apresurado debido a que tenía una cita con su tío August, el que también era su abogado. A pesar del diagnóstico optimista de cara al duelo, le apremiaba cambiar algunas cláusulas en su testamento. Estaba a punto de casarse y no quería dejar a su prometida fuera de su última voluntad.

Grace y Sebastian se quedaron a solas en el patio, terminaban de ordenar las armas y las municiones que usaron en la práctica. Cuando ella cerró la última caja, sentenció:

—Bien, esta fue una jornada provechosa. Más vale que este idiota salga vivo. —Lo miró a los ojos—. Usted también cuídese mucho, no vaya a ser que una bala le llegue en vez de a Lawrence.

—Eso no sucederá… Estaremos a una distancia prudente.

—De todas formas… No se muera.

Sebastian notó que esas palabras no eran una mera cortesía. En cierto modo le hizo recordar a Felicity, mas no de una forma dolorosa. Percibió afecto… Uno muy diferente al que recibía por parte de sus hijas, su hermana o sus amigos.

Su respuesta no alcanzó a salir de su boca. Unas dulces voces rompieron el momento, y exclamaron a lo lejos:

—¡Papá! ¡Papá!

Eran Lydia y Mary Ann, que corrían hacia él. El abrazo no se hizo esperar y lo rodearon. Sebastian les besó sus coronillas y les preguntó:

—¿Cómo lo pasaron con tía Evelyn y tío Justin en el zoológico?

Los ojos de Lydia brillaban de alegría infantil cuando respondió:

—¡Impresionante!

Mary Ann no se quedó atrás e intervino:

—¡Había un oso!

—¡Y monos!

—¡Muchos monos!

Las niñas gesticulaban, entusiasmadas, atropellándose una a la otra para relatar su aventura. Pronto llegaron Evelyn y su esposo, Justin. Ambos tenían sendas sonrisas en los labios, que evidenciaban lo contentos que estaban. No cualquiera podía llevar a dos niñas a un lugar que les era vedado a las personas que no pertenecieran a la Sociedad Zoológica de Londres. Sin embargo, la familia de Justin tenía las conexiones precisas para concederles una exclusiva visita guiada. Gracias a ello, Oxford pudo ofrecer su casa para la práctica de tiro.

Sebastian dirigió su atención a Evelyn y a Justin y preguntó:

—¿Se portaron bien las niñas?

—Como unos angelitos —respondió Justin.

—No hubo ningún inconveniente —convino Evelyn. Miró a Grace y la integró a la conversación—: ¿Cómo les fue con Lawrence?

—Mejor de lo que esperaba… ¡Ve pésimo con el ojo derecho! Algo de miopía tenía que heredar de su padre. En fin… si lo cierra y apunta con el izquierdo, aumenta mucho sus posibilidades.

Justin intervino y aseveró:

—Solo hay que esperar que Fawcett falle.

Oxford asintió y dijo:

—Según su segundo, Fawcett es un tirador regular, pero no me fío.

Entre ellos se instaló el silencio, que solo era interrumpido por los cuchicheos de Lydia y Mary Ann, quienes no osaban intervenir en una conversación de adultos.

Grace lanzó un leve suspiro. No tenía nada más que hacer. Era momento de retirarse.

—Bien, me tengo que ir a casa… Supongo que pronto nos veremos. Espero que sea en un matrimonio y no en un funeral.

Oxford no lo pensó ni dos veces y ya se escuchaba a sí mismo diciendo:

—Enviaré a preparar el carruaje y la escoltaré a su casa.

Grace desestimó el ofrecimiento con un ligero ademán de su mano, y respondió:

—No se preocupe, su excelencia. A decir verdad, vivo cerca.

—Entonces la acompaño caminando.

—Acaban de llegar sus hijas, dedíqueles su tiempo.

—Insisto, si vive cerca no me demoraré tanto.

—Son las tres de la tarde, no me pasará nada.

Evelyn lanzó un resoplido y decidió que debía cortar por lo sano. Ambos eran muy tercos y, si seguían así, aquella discusión no terminaría nunca, por lo que propuso:

—Nosotros nos podemos quedar un rato más con las niñas. Ve, Sebastian, acompaña a Grace. —Miró a la aludida—. Por favor, deja que él recuerde lo que es ser un caballero.

Grace puso sus ojos en blanco y claudicó.

Cinco minutos después salían de Oxford House. Sebastian le ofreció su brazo y ella lo tomó. No quiso abrir su sombrilla, la sintió como una barrera, suficiente era el bonete.

No avanzaron demasiado cuando Sebastian preguntó:

—Y ¿hacia dónde nos dirigimos?

Grace sintió sus mejillas arder. Cuando su padre le mostró la propiedad en aquella calle, a

ella le pareció una divertida coincidencia, un absurdo motivo por el cual elegir su futuro hogar. Ahora no era tan divertido, temía que el duque pensara cualquier tontería cuando escuchara:

—Oxford Street.

Sebastian miró a Grace, ella tenía la vista fija al frente. Él no podía ver su rostro debido al bendito bonete. Una brisa fresca se deslizó entre ellos y percibió en el aire un tenue aroma a lirios. Provenía de ella. No quiso pensar nada más sobre aquella casualidad, pero le sirvió para tener una conversación más ligera.

—¿Sabe por qué se llama así esa calle?

—No… ¿Su linaje tiene algo que ver?

—Me encantaría decirle que es en honor a alguno de mis antepasados, pero lo cierto es que solo se llama así porque era la antigua ruta romana que llevaba a la ciudad de Oxford.

Aquella explicación le dio cierto alivio a Grace. No era gran cosa vivir en la calle con el mismo nombre que el duque.

—Interesante. ¿De dónde sacó esa información?

—Mi padre me lo contó cuando era un niño.

Llegaron a Saint James Street y doblaron hacia el norte. No dijeron nada más hasta Picadilly. En ese punto, Sebastian rasgó el cómodo silencio.

—Oxford Street es una calle larga, ¿a qué altura vive usted? —preguntó para saber qué dirección tomar.

—Justo en la intersección con Regent Street.

Sebastian alzó sus cejas, horrorizado. Algo le quedaba de su pasado conservador cuando interpeló:

—¿Pretendía ir sola hasta allá?

Grace rio. Solo eran veinte minutos caminando en uno de los barrios más elegantes y seguros de Londres.

—No es la primera vez que lo hago, su excelencia. Mayfair no es Whitechapel. Créame, es mucha la diferencia, mi padre no hubiera permitido que yo viviera sola en cualquier otro lado de Londres.

Sebastian no pudo rebatir aquel hecho. Pero no quiso que ella se quedara con la última palabra.

—Deje de dirigirse hacia mí con tanta formalidad. Usted ya me dio su venia de llamarla por su nombre, así que yo le daré la misma atribución. Oxford… Puede llamarme Oxford, tal como lo hacen todos mis amigos, señorita Grace.

Para su desdicha, a ella le encantó cómo sonaba su nombre en la voz de Sebastian. Qué lástima. Casi se arrepintió de haberle dado aquella libertad. Ese sentimiento quedó atrás cuando ella dijo con propiedad:

—Está bien, Oxford… Y, a propósito de nombres, ¿ya ha pensado qué apodo demoniaco va a usar?

Oxford rio.

—No soy un muchacho de doce años para tener un apodo extravagante.

—No es cualquier apodo. Apuesto que no me puede contradecir que aquello les otorga una mística especial a los Herederos del Diablo. Es un nombre que se elige de acuerdo a la identidad o porque se siente alguna afinidad, no es uno que imponen los padres y una no puede decir nada al respecto.

Sebastian nunca se había cuestionado el asunto de nombres. Jamás se preguntó si le agradaba o no. No obstante…

—No puedo rebatir sus argumentos, señorita Grace.

—Es más, Marian tiene un apodo, es «Dumah», ¿lo sabía? Ella es una Heredera del Diablo, por mérito propio.

—No lo sabía. ¿Las mujeres de su familia pueden tener un apodo?

—Sí, aunque nos enteramos muy tarde de los requisitos.

—¿Y cuáles son?

—Pues no son imposibles de cumplir; ser de la familia por lazos de sangre o amistad, haber pecado, no seguir convenciones sociales, brindar apoyo a los Herederos del Diablo y, por último, usar un apodo por voluntad propia. Uno de los demonios tiene que proponer la entrada al círculo y también debe haber un padrino que guie al nuevo miembro.

—Vaya, para entrar se necesitan más requisitos que para ser socio del White's.

—Así es, pero no hay que pagar cuota.

—¿Y por qué usted no ha entrado?

—Porque no he cumplido con todos los requisitos. —Rio—. Me falta pecar.

—¿Considera que no ha cometido ningún pecado?

—No soy precisamente una santa, pero tampoco he pecado de una forma monumental como para sentirme digna. Ni siquiera mi condición de bastarda la considero grave.

Escuchar esa palabra en boca de Grace, hablando de sí misma lo devolvió a la noche cuando la conoció… Toda una vida desde ese entonces. Y, a diferencia de esa vez, no le produjo temor, decepción y rechazo. Bastarda era una cruel palabra para reducir el valor de una persona por un hecho del cual no se tenía control.

Sebastian tuvo que vivir la debacle de su vida para aprender a darle el real lugar a aquellos preceptos que su familia y la sociedad le inculcaron. Por ese motivo ahora era considerado un paria radical en el Parlamento. Sus antiguos camaradas no comprendían su cambio de visión del mundo. Sin embargo, tampoco le importaba que lo entendieran, tenía aliados que valían más que medio Parlamento.

—Supongo que algún día cometerá un pecado que le hará digna de unirse a los Herederos del Diablo.

—Mientras eso sucede, usted tendrá que entrar primero, así después propone mi nombre… ya me buscaré un pecado digno de los Herederos. ¿Se lo imagina?

Sus pasos los llevaron hasta Regent Street, calle que separaba el elegante Mayfair del menos respetable Soho, lugar donde se situaba la oficina del abogado de los Herederos del Diablo y sus familias, August Montgomery. La ubicación no era antojadiza, sino que constituía un filtro; cualquiera que era capaz de cruzar Regent Street y adentrarse en esa zona demostraba que no le importaban las apariencias.

Con razón Sebastian se escandalizó cuando ella señaló la intersección a la cual debían llegar, concluyó Grace al darse cuenta de ese hecho. Era la ruta más directa sin tener que avanzar y retroceder por las irregulares cuadras de Mayfair. Para él, transitar por Regent Street, era estar sobre una cuerda floja en la que pendía la reputación y la seguridad de Grace.

La voz de Sebastian la sacó de sus cavilaciones cuando dijo:

—¿Y por qué no le pide a un Heredero que proponga su nombre?

—Soy más cercana a los mayores, pero ellos ya están casados y demasiado ocupados con sus propias vidas. Mi primo Matt y mi hermano son mucho más jóvenes que yo, y considero que es muy ridículo que ellos me apadrinen… Piénselo, a usted no le falta nada para entrar. Estoy segura de que lo que está haciendo por Lawrence no va a pasar desapercibido para los demás.

Sebastian meditó el asunto. En cierto modo comprendía esa necesidad de pertenecer, era

intrínseco a la naturaleza humana. No consideraba la aspiración de Grace infantil, por lo que resolvió:

—Si quiere ser una Heredera del Diablo, entonces yo me buscaré un apodo. Entraremos los dos.

Grace alzó sus cejas. ¿De verdad él iba a acceder?

—¿No está bromeando?

—¿Usted cree que bromeo?

—No puede contestar con una pregunta. —Sebastian no le respondió. Ella alzó la mirada y se encontró con los ojos de él y su semblante serio. No, no bromeaba. Rompió el contacto y añadió—: Busque un apodo adecuado en el *Diccionario Infernal* de Collin de Plancy.

—Lo buscaré.

—Murmur es mi apodo… No he tenido oportunidad para usarlo.

—Y ¿quién es Murmur?

—Gran duque y conde del imperio infernal, demonio de la música.

—Muy acorde con su ocupación. Aunque… Murmur no suena tan imponente.

—No es la idea que sea imponente, es, como su nombre lo dice, un murmullo… —Bajó su voz para decir—: Un susurro.

Murmur… Murmur… Murmur…

Después de repetirlo en su mente varias veces, el apodo dejó de sonar extraño para Sebastian.

—Llegamos. —Escuchó la voz de Grace con cierto tono de orgullo.

Oxford se vio frente a una inmensa propiedad de cuatro pisos de alto. En el primer nivel se apreciaba un escaparate de una tienda de instrumentos musicales.

—¿Aquí vive? —interpeló con un aire de escándalo en su voz.

Grace rio, y luego repuso con tono orgulloso:

—Sí y no. Soy la propietaria de todo el edificio, pero el primer piso se lo alquilo al dueño de la tienda. De los tres pisos superiores, dos serán los que destinaré para mi futura academia. Yo vivo en el último, hace falta una remodelación, pero ya están listos los planos.

—¿Y para acceder a su vivienda tiene que pasar por la tienda?

—No, tiene una entrada independiente, es aquella puerta lateral.

Sebastian asintió, luego alzó la mirada y, a través de la separación de las cinco ventanas que conformaban un piso, vislumbró la amplitud de las estancias.

—Es bastante grande para una mujer soltera.

—Lo sé. Pero como ya le dije, dos pisos los convertiré en una academia de música. Mi padre me entregó mi dote y ese dinero lo usaré para empezar. No deseo impartir clases particulares solo a aristócratas, quiero que el alumno venga aquí y se reúna con otros, hombres y mujeres, que con el tiempo se formen orquestas, cuartetos, en fin. No solo aprender y ya. Tampoco me agrada el ambiente competitivo y estricto de los conservatorios, muchos terminan odiando la música por ello. Y, por supuesto, también tendré un sistema de becas para alumnos talentosos y de pocos recursos económicos.

Sebastian suspiró, el sueño de Grace era ambicioso, pero también era admirable.

Ella era admirable.

Sin dejar de observar el edificio, añadió:

—Entonces, solo se trata de disfrutar del aprendizaje…

—Sí, siguiendo el ritmo de cada uno, que avancen cuando sea el momento… Verlos crecer con el tiempo.

Sebastian esbozó una sonrisa. Su atención se dirigió hacia Grace y sus miradas se encontraron. El duque recordó la conversación que tuvieron el año anterior y sentenció:

—Su legado se hará una realidad en el corazón de sus alumnos…

—Y en la música que escribo, en quienes van a un concierto de la señorita Lizbeth Cross.

A propósito de nombres… La curiosidad fue más grande y Sebastian no reprimió el deseo de preguntar:

—¿Por qué eligió ese nombre y no usó su alias demoniaco?

—No puedo pedirle tanto a la sociedad. ¿Se imagina el escándalo? Tengo que ser realista. Soy una mujer, conmigo no van a ser tan complacientes como con Paganini, «el violinista del Diablo», a mí me van a hundir.

—Tiene razón…

—Son los nombres combinados de mis dos madres. Lizbeth me dio la vida y la infancia más dulce, y Cross es el apellido de soltera de mi segunda mamá. Es injusto que eso se pierda cuando las mujeres se casan.

—¿Por eso usted tomó el apellido Archer-Montague?

—Cuando cambié mi apellido no quise que el de soltera de mi madre se perdiera. Uso de forma compuesta el de mi madre y el de mi padre.

Sebastian asintió. De pronto, lo aplastó el ruido de los carruajes que transitaban, las personas que compraban en las tiendas de aquella calle, los chicos que voceaban el titular del periódico que vendían, las conversaciones de los transeúntes al pasar.

Hablar con Grace suponía una especie de hechizo.

Ella, al percatarse del repentino mutismo de Sebastian, le hizo ser consciente del final del viaje. Sus despedidas solían involucrar un largo tiempo, podían ser meses o años.

¿Siempre sería así? ¿Alguna vez se despedirían sin darse cuenta de que estaban dándose un adiós definitivo?

Aquella pregunta sin respuesta la llenó de un sentimiento melancólico, el cual le dio una lucidez ante un hecho que nunca quiso asumir, porque implicaba un imposible.

Le gustaba Sebastian en todas las dimensiones que él le había mostrado sin querer. La atracción física y mental que sentía por el duque era poderosa, al punto de fantasear. Sería tan fácil invitarlo a subir y…

Pero tenía orgullo.

Sí, podrían ser amantes. Amantes, porque ella era demasiado vieja para aspirar a ser la esposa de un hombre que necesitaba herederos. Su edad no era una garantía de fertilidad. Y, además, estaba segura de que Sebastian no la consideraba adecuada. Quizás podrían revivir la atracción que sintieron en el pasado, pero ella no quería ser el simple desahogo físico de un viudo, que aún resiente la pérdida de su amada esposa.

Anhelaba dejar su huella, trascender en el corazón… Amar y ser amada.

Grace tensó una sonrisa. Ya se iba a cumplir un año de la muerte de Felicity. Oxford estaba ante la inminente presión por conseguir una nueva esposa y tener su heredero.

Tal parecía que estaba destinada a querer, a desear, pero jamás a ser correspondida.

Lanzó un profundo suspiro. Se separó del brazo de Sebastian y se alejó un par de pasos que ampliaron ese vacío que sentía en su pecho.

—Bien, Oxford. Ha cumplido con su misión. Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer. —Volvió a mirar la fachada del edificio. Podía imaginar a Grace impartiendo clases—. Avíseme cuando inaugure su academia. —Su atención se desvió hacia los notables ojos de ella—. Me gustaría que mis hijas aprendan música con usted.

—No será necesario el aviso. De todas formas, sabrá de mí… Suerte en el duelo de mañana, cuídese, por favor.

—Lo haré. Hasta pronto, señorita Murmur… No olvidaré nuestro trato.

Grace asintió. Una parte de ella deseó que esas palabras no fueran solo cortesía.

Segundo movimiento: Allegro

Nueve meses después. Londres, lunes 8 de enero de 1844.

Esa mañana Sebastian anotaba las entradas y salidas de dinero en sus libros contables. A medida que hacía sus cálculos, sus labios se iban curvando.

Escribió la última cifra. Su sonrisa se reveló amplia. Tras largos segundos en que no desviaba su mirada de los números, su visión se tornó borrosa. Con premura, se secó la incipiente humedad de sus ojos con el dorso de su mano y se sorbió la nariz.

Inspiró hondo. Aguantó la respiración y tensó la mandíbula, largo, largo, largo… y soltó.

Ese día, al fin, sus resultados no eran negativos.

Sus deudas estaban saldadas. Ahora solo tenía que mantener el rumbo de sus inversiones y de la administración de las tierras del ducado.

Todos los esfuerzos valieron la pena: vender las obras de arte, las joyas y las propiedades que no estaban ligadas al título; no organizar ninguna clase de evento social; reducir el personal doméstico al máximo; vivir con lo justo, dejando de lado cualquier gasto que no fuera esencial.

El año anterior, el único lujo que se permitió fue conmemorar su séptimo aniversario de matrimonio. Asistió a un concierto de violonchelo que ofreció la señorita Lizbeth Cross, en el Hanover Square Rooms.

Ella se presentó en conjunto con otros músicos solistas, e interpretó la *Suite Número 1 en Sol Mayor* de Johan Sebastian Bach. Para la mayoría, la música barroca estaba pasada de moda y preferían composiciones más románticas y llamativas. Sin embargo, la pasión con que la dama ejecutó la pieza le dio una nueva dimensión, la que no pasó inadvertida para el público. Ni para él.

Mientras escuchaba la profunda música, se dio cuenta de que el dolor que sintió en el aniversario anterior, cuando fue a los Jardines de Vauxhall, era menos intenso. Las melancólicas melodías del grave violonchelo no evocaban tristeza, sino una cálida resignación.

Al terminar el concierto, no pudo saludar a Grace, quien se vio rodeada de admiradores que deseaban intercambiar algunas palabras con ella. No obstante, le envió una nota de felicitaciones por la exitosa presentación junto con una rosa blanca, cortada de su jardín. Ella contestó con otro mensaje, agradeciendo el detalle.

No se veían con regularidad. A lo largo de los meses, coincidieron en el matrimonio de Lawrence —por fortuna, salvó ileso del duelo, y se aclaró el malentendido que lo provocó—; en el bautizo de su sobrino, el pequeño Ambrose, nacido a finales de septiembre; en otro bautizo, el de lady Penélope Croft, la hija de Thomas, conde de Swindon, el hombre que se había convertido en uno de sus guías en el complejo mundo de las inversiones. Gracias a él y a otros Herederos del Diablo, Sebastian pudo saldar sus deudas y, si tenía suerte, pronto podría devolver al ducado su antiguo esplendor y entregarles un futuro prometedor a sus hijas.

Si hubiera tenido whisky, habría brindado en silencio por él mismo y por aquellas personas que le tendieron una mano cuando los demás le dieron la espalda.

En vez de ello, cerró el libro de cuentas con solemnidad, cuyo membrete era:

Octubre - Noviembre – Diciembre
1843

A pesar de todo, el año pasado fue uno bueno. 1844 se iniciaba como uno mejor, ya podía

permitirse ver el futuro con más optimismo.

Se levantó y guardó el libro en el anaquel destinado para los registros contables del ducado. Al volver a su escritorio, revisó la escasa correspondencia. No le extrañaba, pocos le escribían. Su padre y su madre provenían de familias pequeñas, por lo que solo recibía y contestaba cartas de dos o tres primos y un par de tíos. De la familia de su difunta esposa poco y nada sabía, debido a que rompieron relaciones con él, por varios motivos: el escándalo que significó atestiguar a favor de su hermana, acusada de regentar el Palacio de Madame Écarlate; el cambio radical de sus ideales políticos, que eran todo lo contrario a los de la familia de Felicity; y porque no aprobaban sus nuevas amistades.

Incluso lo amenazaron con quitarle a sus hijas, pero bastó con jugar sus cartas al estilo de los Herederos del Diablo. Contrató al detective privado oficial de sus amistades, Horatio Montgomery, quien averiguó los sucios secretos de los Aylett, y le dio las armas suficientes para que Sebastian diera vuelta las tornas con las amenazas.

Por supuesto que lo dejaron tranquilo.

Tomó la primera carta. Esbozó una leve sonrisa. Se trataba de su tía Edna, cuñada de su difunto padre.

Oxford, viernes 29 de diciembre de 1843.

Estimado Oxford:

Recibí tu carta hace unos días, en casa estamos muy contentos de tus buenas noticias financieras y de tu familia en general.

Sé que han sido tiempos difíciles para el ducado y hemos orado para que Dios te dé la sabiduría de tomar las decisiones que estimes convenientes, porque me temo que las dificultades no cesan.

—Precisamente la sabiduría no ha venido de Dios, sino del diablo —musitó Sebastian y continuó con su lectura.

No sé cómo contarte esto, pero no me queda más que ser directa. Tu primo, Clarence, ha enfermado y su estado es grave. No quise alarmarte, al principio pensamos que solo se trataba de un resfriado mal cuidado, pero no era tal, y el médico le ha diagnosticado tuberculosis.

Sebastian pudo haber jurado que su corazón se detuvo por unos segundos. Releyó el último párrafo. La distancia entre sus cejas se redujo. No, no había leído mal.

Resopló y continuó.

Al momento de escribir esta carta, nos quedan pocas esperanzas de que se recupere, porque solo empeora, cada día siento que llegará el final para él. Esta enfermedad se está llevando a mi Clarence a una velocidad alarmante. Estoy devastada, es mi único hijo, y también es el último de los March. Aparte de él, no hay nadie más que tú. Y ya sabes lo que eso significa.

Sebastian se revolvió el cabello, y su mano se quedó ahí aferrándose a unos mechones.

A menos que suceda un milagro, el que debía ser tu presunto dejará de

existir. Sé que la partida de Felicity fue dolorosa para todos, ya se cumplirán dos años de su deceso, mas el tiempo vuela y el título corre el peligro de quedar extinto.

Aún eres joven, es imperativo que vuelvas a casarte con una mujer adecuada para que el título no retorne a la corona. Debes velar por tus hijas y no dejarlas desamparadas. Además, ellas necesitan una madre, hay cosas que los hombres no pueden hacer. Ha sido una lástima que mi Clarence no haya desposado a su prometida a tiempo, de lo contrario habríamos podido tentar a la suerte.

Lamento ser la portadora de estas noticias. Pero es hora de que busques una solución a este problema.

Con afecto.

Edna March

Sebastian soltó una exhalación. Su espalda descansó todo su peso en el respaldo de la silla y echó la cabeza para atrás. Lamentó mucho el estado de salud de su primo, el cual era menor que él por tres años, y todavía no se había casado. Clarence siempre fue la alternativa para prolongar la estirpe de los March si la muerte se llevaba primero a Oxford sin dejar un heredero.

Y, según la carta de su tía, estaba a punto de perder esa alternativa.

Si buscaba una señal para dar el primer paso, esa era.

Desde hacía varios meses que estaba considerando el asunto, pero siempre había algo que le restaba prioridad.

Al principio fue el dolor, acostumbrarse a él, resignarse, aprender a vivir solo. Luego, fue destinar toda sus energías en no perder lo poco que quedaba. En ese entonces, no podía ofrecerle ningún futuro a una mujer; su título no valía nada, y todavía conservaba algo de orgullo para no convertirse en un cazafortunas. Y ahora…

Ahora, la única persona que aparecía en su mente cuando pensaba en casarse otra vez era Grace Archer-Montague.

¿Por qué? Era una muy buena pregunta. De todas las mujeres en la aristocracia, ella no era la ideal. Su edad ponía en entredicho su fertilidad, su linaje estaba tan manchado como su reputación, no tenía dote, y todo el mundo sabía que las personas que se dedicaban al arte eran inestables en sus afectos y poseían una moral más que cuestionable.

Y nada de eso lo persuadía de cambiar de idea.

Era su hora para desterrar de su mente la maldita pregunta que irrumpía en sus pensamientos «¿Qué hubiera pasado si…?».

¿Qué hubiera pasado si él hubiese tenido el valor de cortejar a Grace? ¿Qué hubiera pasado con esa sensación de atracción que sentía cuando estaba frente a ella?

Algunos podrían calificarlo como una obsesión. Para él era retomar el camino que él mismo desvió por miedo a su madre, a darle importancia al qué dirán e inmadurez.

Ni siquiera consideró la recomendación de su tía de buscar una mujer adecuada. Ese término variaba dependiendo de la persona que lo interpretaba, y para él, Grace era más que adecuada.

Sebastian se incorporó. Sí, habían pasado casi nueve años desde su primer encuentro. Era momento de empezar de nuevo.

Era hora de cortejar a Grace y cumplir con su trato.

Ocho días después, Grace se recostó, extenuada, cuan larga era en la *chaise longue* de su nueva sala de estar. Esa tarde, el tímido sol invernal se coló entre las nubes e iluminaba la estancia. Una risa bobalicona emergió de su garganta. Se sentía contenta, satisfecha. Durante las últimas caóticas semanas, dos de los tres pisos superiores de su propiedad se estaban convirtiendo en la «Academia de Música Cross», la cual dirigía la señorita Lizbeth Cross.

Jamás habría podido sola. Lawrence hizo los planos y llevó a cabo la transformación de la propiedad, tanto de los dos pisos que conformarían la academia, como del piso donde vivía ella. Por su parte, Grace se encargó de desembolsar el dinero, organizar lo necesario para la fiesta de inauguración y publicitar la pronta apertura de la academia, tanto en periódicos, como en sus conciertos.

Se preguntó si Sebastian se habría enterado. Daba lo mismo, al día siguiente debía enviar por correo las invitaciones de la inauguración de la academia, que se llevaría a cabo en un mes más, y una era para él. Mientras tanto, iniciaría la marcha blanca con algunos estudiantes becados del Colegio New Hope.

Suspiró ante la idea… Siempre suspiraba cuando evocaba la mirada intensa enmarcada en pestañas largas y cejas pobladas del duque.

Cada cierto tiempo pensaba en él y en cómo estaba. En los meses recientes, ellos coincidieron más que en los últimos nueve años. Sus conversaciones no alcanzaban a ser profundas, pues casi siempre él estaba acompañado por sus hijas y el ambiente festivo no lo permitía.

Las pequeñas y adorables Lydia y Mary Ann, no se separaban de su padre a menos que estuviera Evelyn o Justin cerca. Ellas eran parecidas a Sebastian y poseían el mismo color de los ojos de Felicity, castaño claro.

No obstante, de vez en cuando, a pesar de la fugacidad y superficialidad de los encuentros, Grace sorprendía a Sebastian mirándola más de la cuenta… y viceversa.

Aparte de ello, no se había dado ninguna oportunidad de coquetear… Y tampoco iba a forzar la situación. Tan solo plantearse la idea de iniciar un juego de seducción le hacía sentir como si fuera una inexperta debutante, ansiosa por reclamar atención masculina.

No tenía dieciocho… sino casi treinta y uno.

Suspiró.

Estaba pensando demasiado en Sebastian. Y todo fue por culpa de ese demonio, su amigo, Lawrence. Esa tarde, cuando él llevaba a cabo la inspección final a la academia, le comentó algo de lo más peculiar…

——¿A qué no sabes quién va a ser un nuevo Heredero del Diablo?

—¿Mark? —preguntó Grace, aludiendo a su pequeño primo de once años, el último que ingresó a Eton.

—Dios, eres terrible, estás demasiado atrasada con las noticias de tu propia familia. Mark tomó el nombre de Abraxas hace casi dos años. Supongo que recuerdas a tu hermano, Nathaniel, y tu primo, Malcolm. —Chasqueó su lengua—. Ellos hicieron el último ritual de iniciación, son los únicos que quedan en Eton… —Suspiró—. Es un poco deprimente, no creo que nuestros hijos sigan con esa tradición. No arrastrarán la misma reputación de sus familias como nosotros.

—¿Tú crees? —Con un fingido gesto, Grace apreció sus uñas cortas y limpias—. No sé tú, pero a mí me parece que lo del duelo y que hayas sido un libertino van a repercutir en Kane.

Lawrence puso sus ojos en blanco. La sociedad ya había dejado atrás lo del duelo, mas nadie de sus parientes y amigos lo iba a olvidar, por lo que se desentendió del asunto diciendo:

—Como sea… Es otra persona la que será un nuevo Heredero.

Grace centró su atención en Lawrence y replicó:

—Entonces, ¿quién?

—Sebastian.

—¿Oxford?

—¿Hay otro Sebastian?

—No respondas con una pregunta…

Lawrence rio, le encantaba fastidiar a Grace de esa forma, y repuso:

—Ay, pero qué gruñona. —Resopló, exagerando un inexistente cansancio—. Desde el año pasado yo pretendía proponer su nombre como miembro honorario de los Herederos del Diablo, pero bueno, pasaron cosas como mi matrimonio, mi viaje de bodas, ponerme al día en los asuntos que dejé pendiente de mi viaje de bodas, el nacimiento de mi hijo…

—Resume, ya me quedó claro que estabas muy ocupado.

Lawrence la amonestó con la mirada y añadió:

—El asunto es que hace un par de días, Sebastian fue a Clover House y me dijo: «He elegido un apodo». Y yo, sabiendo a lo que se refería, le dije: «¿Ahora hay que llamarte Sebas?». Hubieras visto cómo me miró. —Rio. Grace se cruzó de brazos, sin una pizca de ganas por secundarlo, Lawrence estaba alargando el relato a propósito. A él le pareció que sus dos amigos reaccionaban de forma similar—. Solo me dijo: «Azael». No me acordaba quién era, por lo que tuve que buscarlo en el Diccionario Infernal*, y resulta que fue uno de los ángeles que se rebeló contra Dios. Según la tradición rabínica, está encadenado en el desierto, esperando el juicio final.*

—Muy ad hoc… y dramático. —Esbozó una sonrisa—. ¿Y accediste?

—Por supuesto. Thomas será su padrino. Haremos su iniciación en cuanto el demonio mayor venga a Londres.

—Frank está demasiado cómodo en Somerton. —Su memoria evocó el recuerdo de su presentación en sociedad. Frank y Thomas asistieron y bailaron con ella. En aquella época tuvo la ilusión de romper esa especie de maldición que tenían las mujeres Archer, de solo conocer la infelicidad. Qué tiempos tan inocentes.

Al menos no podía quejarse de su vida. Sus sueños debió transformarlos en función de su realidad y sus pasiones. No era infeliz, pero…

Solo que había veces en que se preguntaba si era digna de ser amada de la misma forma en que su padre amaba a su madre, o cómo sus amigos adoraban a sus mujeres, al punto de no enclaustrarlas, permitirles perseguir sus sueños y llevar a cabo sus pasiones más allá del rol de esposas y madres.

En fin, no se podía tener todo en la vida.

Lawrence contestó el comentario de Grace, sacándola de sus cavilaciones:

—Sí, pero ese viejo demonio está obligado a venir a Londres para matrimonios, bautizos y una que otra festividad. El año pasado se zafó de varios por el nacimiento de August. Ya sabes que hay que cuidar la salud de los pequeñines. En fin, de todos modos, les avisaré a los demás para que vayan preparándose. Me temo que será nuestro último ritual.

—Ustedes se olvidan de nosotras. —Una sonrisa ladina curvó sus labios—. No solo Marian usa un apodo.

Ante esa críptica revelación, Lawrence entreabrió la boca en una expresión que estaba

entre la sorpresa y la alegría.

—¿Quién de ustedes usa apodo? Dime.

—Lo sabrás a su debido tiempo. A las Damas del Diablo no les llaman así porque sí.

—Son unas bribonas…

—Claramente.

Grace sintió un poco de hambre. Era la hora del té de la tarde.

Se levantó, ese té no se haría solo.

Contaba con un austero servicio doméstico proveniente de la Academia Hope: Danielle se encargaba del aseo, Doris era su ama de llaves y Francesca gobernaba la cocina. No necesitaba nada más. Ellas tenían sus habitaciones en el piso inferior, que pertenecía a la administración de la academia, lo cual les daba privacidad y dignidad.

El hogar de Grace era un amplio espacio abierto, que cubría todas sus necesidades. Las estancias separadas eran su alcoba, el baño y la cocina. Si alguien entraba, lo primero que vería sería una inmensa habitación con tres amplios ambientes bien definidos; una zona destinada como sala de estar, donde también había un librero y, al lado de este, un escritorio; en el costado opuesto se encontraban un atril, un mueble para almacenar sus partituras, y sus instrumentos, la mayoría, dentro de sus estuches para protegerlos de los elementos: un violín, una viola, un violonchelo, una flauta traversa y un piano; lo que restaba, lo ocupaba un comedor pequeño para cuatro personas.

Cuando no recibía visitas, Grace prefería comer con su servicio doméstico en la misma mesa. Así podía conversar con mujeres de su edad y que la conocían desde que ella impartía clases en la Academia Hope, por lo que había un grado de confianza, respeto y compañerismo.

Se dirigió a la cocina y, al llegar, se asomó por la puerta. Intentaba no llamarlas con una campanilla, a menos que fuera estrictamente necesario. Las tres mujeres que estaban sentadas alrededor de una pequeña mesa la miraron, interrumpiendo su animada conversación. En el ambiente se percibía el aroma de galletas horneándose. Sonrieron con genuina amabilidad y cariño. Grace devolvió el gesto y dijo:

—Necesito mi cuota de té y una porción de esas galletas que se están horneando.

Francesca, la cocinera, respondió:

—Ya se había tardado, señora Grace … El agua está a punto de hervir. En un momento se lo dejaré listo a Doris para que se lo lleve a la salita. ¿Desea algo más?

En ese momento sonó la campanilla que anunciaba un visitante. Grace alzó sus cejas, no esperaba a nadie. Eso mismo sabía Doris, el ama de llaves, quien dijo:

—Iré a ver de quién se trata.

Grace abrió más la puerta y le permitió a Doris salir, a la vez que les hacía un gesto de despedida a las demás.

Enfiló sus pasos hacia la salita, mas se detuvo a medio camino. Mejor practicaba sus escalas en el piano por unos minutos; su filosofía docente era no sobreexigir a un alumno, era mejor la calidad que la cantidad de horas de práctica. El proceso de aprendizaje podía tardar más, pero era el germen de la disciplina. Un músico, agobiado por largas y monótonas horas tocando su instrumento, rendía menos que aquel que practicaba en sesiones cortas, varias veces al día.

El agobio mataba la pasión.

Ningún maestro pensaba como ella, creían que fomentaba la holgazanería con su disciplina tan flexible y poco rigurosa. En ese punto nunca podría coincidir con ellos, funcionó con los integrantes del Quinteto Divino. Con su método aprendieron más y aún les apasionaba lo que

hacían.

Se sentó frente al piano y abrió la lustrosa cubierta.

Sus dedos viajaron por las teclas; primero lento, grave y constante. En cada escala aumentaba el *tempo* y el tono.

—Señora Grace. —Escuchó a su lado la voz de Doris. Ella no dejó de tocar—. Su excelencia, el duque de Oxford, pide una entrevista con usted.

El sonido cesó abruptamente. Sus dedos se congelaron.

Crescendo

Mil preguntas invadieron la mente de Grace, pero las acalló para no pensar ni conjeturar ninguna respuesta.

Inspiró hondo y autorizó al ama de llaves:

—Dígale que pase, por favor… y luego avísele a Francesca que prepare té para dos.

—Como usted ordene.

Grace continuó con su práctica. Sus escalas cambiaron de *tempo* con rapidez, de *grave* a *presto*, pasando por todas las velocidades intermedias. Solo se concentró en el sonido y la agilidad de sus dedos. Para ella, aprender a tocar el piano fue una opción natural después de pasar por instrumentos de cuerda frotada. Lo que le animó a perfeccionarse fue que el piano, independiente de la pericia de quien lo tocara, brindaba un buen sonido.

El violín era otro cantar, por muy afinado que estuviera, si el músico no tenía experiencia, el sonido que se lograba era similar a un gato siendo torturado.

«¿Cuánto tardará en entrar Oxford? La escalera de acceso no es tan larga», pensó con cierta ofuscación.

Miró por sobre su hombro hacia la puerta y jadeó.

—Casi me mata del susto, Oxford, por todos los cielos —reprendió, llevándose la mano al pecho.

—No fue mi intención, se lo aseguro. No quise interrumpirla, se veía muy concentrada.

Sebastian la observaba a conciencia. Llevaba un ramo de muérdagos blancos y rojos. Qué peculiar…

Grace se levantó e hizo una leve y elegante genuflexión. Sebastian inclinó su cabeza con esa seguridad que solo los aristócratas de alto rango podían tener.

Típico de los duques, Grace estaba rodeada de ellos.

—Oxford, tanto tiempo —saludó con ligereza. Hizo un gesto señalándole el área de estar—. He pedido té para los dos. No va con prisa, ¿cierto?

Mientras se sentaban uno frente al otro en sendas poltronas, Sebastian respondió:

—Hoy he venido con todo el tiempo del mundo. —Se inclinó hacia ella y le ofreció el ramo de muérdagos—. Para usted, señorita Grace.

—Gracias. Es muy… original. —Recibió el ramo y frunció el ceño—. La Navidad pasó hace tres semanas. Viene muy tarde por su beso bajo el muérdago.

Grace se reprendió por haber coqueteado con tanto descaro... «Pero él empezó trayéndome este ramo», se justificó en su fuero interno.

Sebastian esbozó una media sonrisa y replicó:

—El muérdago no es solo una tradición navideña que nos da una excusa para besarnos. Parece que tantos años fuera de los bailes, le ha hecho olvidar *El lenguaje de las flores*.

Grace rio.

—Nunca me interesó demasiado ese libro. En realidad, hubiera sido una pérdida de tiempo, porque nunca hubo un pretendiente que me obsequiara flores con un mensaje secreto.

—Bueno, técnicamente le he regalado bayas, pero tiene un significado especial.

—Por favor, ilústreme.

Doris interrumpió el momento con el sonido del carrito de servicio entrando en la estancia. En silencio y con eficiencia, dispuso de todo sobre la mesa de centro que separaba a Grace y a Sebastian. A la postre, el ama de llaves se marchó, dejándolos a solas.

Solo intercambiaron palabras cuando Grace dejó el ramo sobre la mesa de centro para

servir el té. Sebastian lo pidió con un poco de leche y dos terrones de azúcar, y ella se lo sirvió cargado y sin endulzar.

Probaron sus infusiones. Sebastian retomó la conversación interrumpida:

—Los muérdagos significan: «Supero mis dificultades».

—Y, ¿es un mensaje para mí o para usted?

—Podría ser para ambos. —Estudió la estancia con un barrido visual—. Es muy bonito su hogar... —La miró. Grace percibió algo diferente en los ojos del duque, una inusitada intensidad—. Felicitaciones por la pronta inauguración de la academia. Espero que reciba a mis hijas como alumnas.

Grace bebió un sorbo de té antes de responder:

—Por supuesto que sí. Si lo desea, puede traerlas mañana al mediodía. Estoy haciendo una marcha blanca, impartiendo clases a un pequeño y selecto grupo de estudiantes del Colegio New Hope. Si es que no le molesta que ellas compartan el mismo espacio que ellos, son más que bienvenidas.

Sebastian asintió y Grace esbozó una sonrisa aprobatoria. Ambos bebieron té.

—Tanto mejor —dijo Oxford—. Creo que deben conocer y tratar con todo tipo de personas, de todas las clases. No puedo ocultarles para siempre cómo es el mundo fuera de Oxford House.

—Una sabia filosofía…

Un grave silencio inundó la estancia. Ambos comieron un par de galletas. Sin embargo, ese mutismo no duró demasiado tiempo. Sebastian fue el primero en hablar:

—Usted ha superado con éxito las dificultades que la agobiaban hace casi dos años… Y yo también. —Dejó su taza de té en la mesita. El pecho de Sebastian se amplió cuando tomó una bocanada de aire para decir—: He superado mis problemas económicos y he decidido buscar una esposa. Hace unos días me llegó una carta de mi tía, informándome el fallecimiento de mi primo, Clarence, él era la única persona que podía heredar el ducado. No hay nadie más que yo para engendrar uno nuevo. De lo contrario, el ducado se extinguirá… —Volvió a inspirar—. Pero ni siquiera eso es relevante. La fragilidad de la vida me recordó que el tiempo no pasa en vano.

Grace no sabía qué decir. Solo sentía una horrible opresión en su pecho. Inspiró hondo. Las manos le temblaban. No comprendía por qué le sorprendía tanto su declaración. Era algo que Oxford debía hacer tarde o temprano, mas ella no sabía que el título se iba a extinguir. Aquella nueva información le daba un matiz diferente a la imagen que tenía de él. La idea de verlo con otra... no la soportaba.

—Mi más sincero pésame por su pérdida, Oxford… —Dejó su taza sobre la mesa y por poco la vuelca. Apretó sus labios antes de atreverse a formular la misma pregunta que hizo casi nueve años atrás—: ¿Y ya tiene a su candidata adecuada?

—A decir verdad, sí. —Estudió el gesto de Grace ante su respuesta. En el pasado había visto dolor, tristeza, alegría, enfado y jovialidad en esos ojos bicolores, pero esa seriedad tan solemne de ese instante era inusual—… Usted es mi candidata.

La incredulidad se reflejó en esas cejas bien arqueadas, al igual que en esa boca que se entreabría ahogando un jadeo.

Luego, esa expresión se transformó en un ceño fruncido y fuego en los ojos. Furia.

—Si es una broma, es la peor que me pudo hacer, su excelencia.

La expresión de Sebastian era imperturbable. Sereno, grave y feroz, replicó:

—Jamás hago bromas de mal gusto, y menos a la mujer que respeto y admiro. Debería saberlo, señorita Grace.

La furia amainó solo un poco con ese elogio. Ella se levantó, no podía permanecer quieta por más tiempo. Debía convencer a Sebastian de que su propuesta era una estupidez. Se alejó unos pasos del área de la sala de estar… Necesitaba espacio para moverse a sus anchas. Se paseó de un lado a otro con sus puños apretados.

Tras un largo rato que pareció inacabable, lo miró e increpó:

—¿Acaso se ha vuelto loco?

—No.

Grace negó con la cabeza.

Por supuesto que no estaba loco, era un insensato. Duque obstinado. Grace contraatacó:

—Oxford, ¿sabe cuántos años tengo?

Sebastian ladeó ligeramente la cabeza y respondió sin siquiera pestañear:

—Cumplirá treinta y uno el primero de abril. Yo los cumplo el diecinueve de marzo. Ambos nacimos en 1813.

Los pasos de Grace se detuvieron. Reprimió el impulso de expresar su sorpresa, mas falló porque su traidora boca se entreabrió. En su mente masculló cientos de blasfemias en un segundo y repuso:

—Eso mismo debería ser una señal inequívoca de que estoy muy lejos de ser una candidata adecuada... Míreme, soy una vieja. Usted necesita un heredero, y yo no ofrezco ninguna garantía de poder engendrar.

—Ni la mujer más joven del mundo da ninguna garantía… Una jovencita de dieciocho años presenta las mismas incertidumbres que una mujer de treinta y uno. —Se levantó y se acercó a Grace, guardando cierta distancia—. Su negativa solo me señala que está considerando mi ofrecimiento.

—No estoy considerando nada. Solo le estoy haciendo notar la realidad… Piense en sus hijas, yo no soy ningún ejemplo de madre para ellas.

Sebastian alzó una altiva ceja:

—¿Una mujer que se ha hecho a sí misma, que es talentosa y segura, no es un buen ejemplo para mis hijas? Permítame diferir.

—Pues debería recordar que mi reputación no es intachable.

Sebastian se cruzó de brazos. A Grace le pareció que la espalda del duque se había ampliado al punto de distraerla. Él avanzó un paso y replicó:

—A estas alturas de nuestras vidas, la mía es peor. Y la suya es del todo infundada.

Grace debió admitir que fue mala idea proponer que su reputación era peor que la de él. De ser el mojigato y conservador duque de Oxford, pasó a ser el liberal y disruptivo Sebastian. Le quedaban pocas opciones… Debía jugar sucio.

—Y… Y… Y ¿su madre? Eso, ¿qué dirá su madre? Estoy más que segura de que ella no me aprobará. Imagínelo, nos hará la vida imposible.

—Mi madre no aprueba ni a su propio hijo. Desde el día del juicio contra Evelyn, no me dirige la palabra. Así que es casi imposible que solo me hable para decirme que la desaprueba a usted como mi esposa. He muerto para ella.

Aquel intercambio cesó. Grace percibió el dolor en las últimas palabras de Sebastian. Se le acababan los pretextos… Se aferró con dientes y uñas a su única y cruel tabla de salvación.

—Usted todavía ama a Felicity. No la ha olvidado.

—Esa pregunta es injusta, pero es legítima, señorita Grace. ¿Usted ha olvidado a su madre?, me refiero a lady Castairs, ¿la ha dejado de amar?

Grace alzó su barbilla antes de replicar con un firme:

—Jamás.

—¿Ama a su madre, la duquesa?

—Con mi alma… Pero no es lo mismo una madre que una esposa.

—Lógico que no es lo mismo, pero en cierto modo, los sentimientos se parecen. Felicity es y será una parte importante de mi vida… Pero soy yo el que vive, el que quiere otra oportunidad, porque amarla me demostró que puedo dar y recibir amor… No solo una vez en la vida y de una sola forma. —Sebastian dio otro paso que acortó la distancia entre ellos y admitió—: Estoy cansado de actuar según lo que los demás esperan de mí. Tuve suerte al seguir su consejo hace casi nueve años… Pero ya no soy el mismo de ese entonces.

—Y yo tampoco, Oxford.

—Pero me gusta quién es usted ahora, y la atracción que siento no amaina con el paso del tiempo… ¿Por qué no lo quiere intentar? ¿He llegado demasiado tarde?

Grace inspiró entrecortado. Por puro instinto de autopreservación se abrazó a sí misma.

—Usted no puede atarse a mí de esa forma, no me conoce… Es sumamente imprudente su propuesta.

Sebastian no se atrevió a dar un paso más, pero no se contuvo de insistir.

—Sé que mi propuesta es imprudente, egoísta e inadecuada, y no me importa. Lo único que me importa es aprovechar esta oportunidad para conocerla, saber lo que usted quiere… Pero antes de darme una respuesta negativa, piénselo bien. ¿Quiere quedarse con la duda? ¿Quiere preguntarse todo el tiempo si su vida hubiera sido diferente de haber obedecido a lo que su corazón deseaba?

—Todos los días me lo pregunto, Oxford. No eres el único que tiene arrepentimientos. A veces… —Se mordió la lengua. Se dio cuenta muy tarde de que cambió a un trato más personal e íntimo. Él lo notó, y lo sintió como un paso enorme. Grace añadió—: Pero de nada vale cuando el tiempo y la vida pasan.

Sebastian se acercó un poco más a ella para sentenciar:

—La vida y el tiempo solo pasan y se acaban con la muerte, Grace. Antes de eso estamos vivos. —Si ella lo tuteaba, él también—. Dame una oportunidad… Sé que también te preguntas qué hubiera pasado si yo no hubiera sido un cobarde.

—No puedes ser más arrogante. Duque tenías que ser.

—Admítelo, Grace.

Ninguno de los dos rompió el contacto de sus miradas. Sus respiraciones estaban sincronizadas al mismo frenético compás, el mismo que disparaba sus latidos a una velocidad antinatural.

Sebastian sabía que Grace iba a levantar sus barreras, pero no contempló que serían tan altas.

Era casi inexpugnable. Maldijo al joven y cobarde Oxford de hacía nueve años.

La distancia se redujo aún más. Grace se dio cuenta de que nunca había estado tan cerca del duque, ni siquiera cuando él la acompañó a casa en abril. Ella podía sentir el aroma masculino de Sebastian; limpio, tenue y fresco. El tibio calor que emanaba de su cuerpo la incitaba a tocarlo.

¿Por qué tenía tanto miedo de aceptar, si en el fondo ese era su deseo y él le estaba haciendo una propuesta honorable?

—Si me atrevo a aceptar tu propuesta, perderé todo lo que he logrado. —Esbozó una sonrisa triste y miró de reojo su espacio, el símbolo de su independencia y su libertad. Posó su mano sobre el corazón de Sebastian y añadió—: Sé que tu cortejo se concretará en un matrimonio, y todas mis posesiones pasarán a ser tuyas. ¿Acaso me permitirás conservar mi

hogar? ¿Aceptarás que tu duquesa sea una maestra de su propia academia? ¿Me dejarás continuar con mi carrera? ¿Soportarás mis conversaciones sobre música?

Sebastian empuñó la seda del vestido magenta. Tenerla tan cerca, le estaba demostrando que él estaba vivo y podía sentir. El femenino aroma a lirios de Grace entraba por sus fosas nasales y lo obligaba a seguir aspirando la adictiva fragancia. Debía reconocer que tenía ganas de besarla, de probar su sabor… Tocarla.

Ni el mismo reconoció la gravedad de su voz cuando respondió:

—Las respuestas que buscas solo las obtendrás cuando me conozcas más… O ¿eres una cobarde?

Grace tensó la mandíbula. Si él osaba tratarla de cobarde… Sebastian no sabía con quién se estaba metiendo.

—Solo aceptaré tu cortejo cuando te atrevas a ser mi amante —desafió, amenazando el último bastión de la rectitud del duque; caer tan bajo como su progenitor.

Sebastian le alzó su barbilla. Si tenía que ceder…

—Que así sea, Grace.

Estaba dispuesto a todo…

Y la besó.

Grace abrió sus ojos, asombrada. Ya no tenía voluntad para negarse a vivir. Sebastian había ganado. A ella no le quedó más remedio que cerrar sus ojos, alzarse sobre la punta de sus pies para alcanzar el cuello de él… y se dejó llevar.

Sintió la enorme mano de Sebastian poseyendo su cintura, atrayéndola hacia él, y la otra sosteniendo su cuello con el pulgar sobre su yugular.

Antes de ese beso, Sebastian siempre se preguntó si Felicity aparecería en su mente cuando él estuviera con otra mujer. No obstante, el fantasma de su difunta esposa no se hizo presente. Todos sus sentidos estaban centrados en Grace, en esa boca inocente, casi inexperta, intentando seguir el ímpetu del intercambio.

Sebastian succionó con gentileza el labio inferior de Grace y murmuró:

—Abre la boca, Grace… Los amantes se besan saboreando sus lenguas. —Lamió el hinchado labio inferior, tanteando, tentando—. Recíbeme, pruébame.

La voz grave de Sebastian era una melodía que hechizaba a Grace, y obedeció sin cuestionar. Abrió su boca y sintió la húmeda lengua de él, penetrándola como si fuera su…

Dios, sentía el insolente miembro de él, incrustándose en su vientre. En ese momento la imagen que ella tenía de Sebastian, el hombre recto y sereno, se difuminó. Él era de carne y hueso, después de todo.

Un hombre, tan solo un hombre.

Grace saboreó a Sebastian. Aprendió a jugar con su lengua y a entrar en él. Disfrutó de esa igualdad de condiciones.

Y ese beso la despojó de su último vestigio de inocencia y pudor. Las manos de Grace descendieron, perdiéndose en un viaje de reconocimiento al viril cuerpo que se le ofrecía sin contemplaciones.

Al mismo tiempo, la mano de Sebastian vagaba rumbo a uno de los glúteos de Grace y, al encontrarlo, apretó la carne firme y madura. Ella siseó, su espalda se arqueó de puro gusto y quiso más.

Sebastian no necesitó más señales, y su mano libre traspasó la barrera del escote y lo bajó junto con el corsé para atrapar la tierra inexplorada de uno de sus pechos.

Grace gimió. Fue consciente de la humedad entre sus piernas. Esa que a veces sentía bajo

ciertos estímulos en la soledad de su alcoba y terminaba empapando sus manos y dedos. Ella, impúdica, no dejaba de explorarse hasta alcanzar esa sensación primigenia y placentera que, luego del culmen, la abandonaba temblorosa y saciada.

Sin embargo, jamás había alcanzado ese grado de excitación, sentía que la humedad se escurría entre sus muslos. Movió sus caderas hacia adelante, necesitaba el contacto, el roce perfecto. Sabía cómo lograrlo.

El jadeo de Grace se ahogó dentro de la boca de Sebastian en el mismo instante en que él, por encima de la ropa, acarició su feminidad, adueñándose de su monte de Venus. Lo apretó firme pero gentil, como si quisiera exprimir su esencia.

Una de las piernas de Grace se ancló en la pantorrilla de Sebastian para darle más acceso a esa gloriosa mano, y sus caderas adoptaron ese movimiento ondulante y sensual que buscaba solo placer. Sebastian no soportó más, cortó el beso.

—Los amantes se acuestan, Grace… —sentenció sobre sus labios, crudo, a punto de estallar—. Con eso sellan el pacto.

—Al fondo, a la izquierda.

Grace tomó la mano de Sebastian y lo guio a su alcoba.

Forte

Grace le daba la espalda a Sebastian mientras intentaba cerrar la puerta con llave.

Él no perdió el tiempo, bajó aún más el escote, liberando el otro pecho ya desnudo para jugar con ambos. Le besaba el cuello con avidez y codicia. Rozó su erección contra el trasero de esa sorprendente mujer que pronto sería suya. Siseó, estaba al borde de perder la razón. Necesitaba recuperar el control.

A duras penas, Grace giró la llave. Dio media vuelta, sedienta de beber de la boca de Sebastian. Él parecía adivinar todos sus deseos, asoló sus labios con urgencia y frenesí. Sus lenguas se batieron a duelo, desafiándose a seguir rebasando los límites.

Las manos de Sebastian tomaron las muñecas de Grace. Ella forcejeó para liberarse. El duque cortó el beso y la soltó.

—Obedece… Te conviene. Manos arriba.

Grace arqueó una ceja, su tono fue burlón cuando dijo:

—¿Siempre será así? ¿Tú dando órdenes?

Sebastian, serio, respondió:

—Solo aquí… solo para tu placer.

—Sabes que es mi primera vez, ¿cierto?

—Y será una que no olvidarás… —Saqueó la boca de Grace, a la vez que sus dedos tentaban con delicadeza, por encima de la ropa, en la cálida entrepierna femenina. Ella se movió por pura necesidad. Sebastian susurró sobre sus labios—: Y estoy seguro, de que no eres del todo inocente… En treinta años ya te haces una idea de lo que sentirás, ¿o me equivoco? Dime, Grace… ¿Has jugado aquí? —Su mano apretó sensual, abarcando todo el monte de Venus, y un poco más allá, arrancándole un siseo a su amante.

—Ya lo has dicho, en treinta años no se es del todo inocente. Puedo apañármelas sin un hombre —replicó altanera y belicosa.

Sebastian se mordió el labio inferior, y lo soltó con exacerbada lentitud. Grace no podía dejar de mirar el gesto. La mano de él aún estaba en su intimidad, quieta.

—Eso me hará la tarea más fácil, querida… Manos arriba, por sobre la cabeza.

—Di las palabras mágicas, Sebastian.

—Ahora.

—Las otras palabras mágicas.

—Por favor… y no lo volveré a decir.

Grace alzó sus manos entregándose a lo desconocido.

Sebastian, honrado por aquella muestra de confianza, apresó las muñecas femeninas solo con una mano. Grace se dejó hacer. Constató que era posible soltarse de ese agarre si quisiera, mas anhelaba saber hasta dónde podía llevarla ese juego.

Sebastian le brindó una media sonrisa. La contempló y la admiró; su respiración agitada que solo resaltaba y exponía esos pechos para él; esa boca hinchada y jadeante; esos ojos velados por el deseo; esos cabellos negros y desarreglados.

Con su mano libre, acarició la tersura de la piel del rostro ovalado.

—Sé que esto no es lo que alguna vez imaginaste. Seré dulce, entraré en ti lentamente… Pero si te arrepientes, si es demasiado para ti y dices que no, me detendré… Lo volveré a intentar mañana; sin embargo, tarde o temprano serás mía y yo seré tuyo.

Grace no quiso indagar preguntándole a Sebastian hasta qué punto él sería de ella. A esas alturas de su vida no se iba a ilusionar con el amor, pero esa oportunidad de vivir, de

experimentar la pasión, no la tendría otra vez, y no quería desperdiciarla por cuidar su virtud —la cual no servía de nada si estaba condenada a ser una solterona—. Siempre le gustó Sebastian y había fantaseado con sentir en carne propia lo que era estar con un hombre.

Un hombre como él.

No sabía hasta dónde los llevaría esa locura. Sin embargo, si de algo estaba segura, era de que no se iba a casar con Sebastian si él no la amaba. Eso no lo entendía el duque, él actuaba siguiendo el honor y el deber. Esa complicidad que tenían ambos, esa extraña confianza, no era base suficiente para un matrimonio.

¿Y ella? ¿Sentía amor? Eso lo pensaría después.

—¿A dónde te has ido, Grace? —preguntó de pronto Sebastian—. ¿Quieres continuar?

—Sí… Seré tuya.

Sin soltarla, él la volvió a besar.

Sebastian acarició sus pechos. Solo en ese momento Grace fue consciente de que ya estaban expuestos. La bruma de la lujuria le desprendía la razón a pedazos. Soltó un gritito cuando él los asedió con sus labios, dientes y lengua. Mientras se ocupaba de uno con la boca, estimulaba el otro con su mano libre.

Apretaba, amasaba y pellizcaba. Mordía, lamía y chupaba.

Una y otra vez. Inclemente.

Sebastian no le daba tregua. No obstante, de tanto en tanto le brindaba un tortuoso y efímero alivio cuando el duro y musculoso muslo masculino se situaba entre sus piernas y presionaba. Grace movía sus caderas y lograba la bendita fricción que la acercaba al éxtasis.

Sin embargo, cuando ella estaba a punto de cruzar el voluptuoso umbral, él se alejaba y la besaba.

Grace podía liberarse del agarre de Sebastian, pero le gustaba ser su prisionera, pese a la fatiga de sus brazos y de ese sensual juego de dar y quitar.

De súbito, el duque liberó a Grace. Ella hizo una mueca de dolor al sentir sus brazos entumecidos. Sebastian no tardó en brindarle alivio, dándole tiernos y suaves masajes para soltar la tensión de sus músculos.

—Eres perfecta… —susurró Sebastian, frotando con gentileza sus brazos—. No te dejaré ir, Grace… —La miró a los ojos y pensó: «No tienes idea de lo que estás haciéndome»—. ¿Ya los sientes mejor?

—Sí, mucho mejor… no estoy habituada a estar en esa posición.

Sebastian arqueó una ceja y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Ya te acostumbrarás… Ahora, déjame ver cómo te desnudas.

Grace inspiró hondo y asintió. Cada beso, cada caricia, cada orden la alejaba de quien fue alguna vez.

Sebastian se sentó sobre la cama con dosel y cuatro postes. Era perfecta para lo que iban a hacer. Dio un rápido barrido visual de la habitación de su amante. Muebles sencillos: un tocador, un escritorio pequeño, mesitas de noche a ambos lados de la cama, cortinas gruesas y pesadas. Paredes empapeladas con motivos florales sobre fondo blanco. Un espejo de cuerpo completo. Una mullida alfombra frente al hogar, cuyas brasas templaban la habitación. Y en la pared, rodeado de pinturas decorativas, un reloj.

Eran las cinco y media, pronto la luz del día iba a menguar.

Contempló a Grace. Sus dedos temblaban al desabotonar el corpiño de su atuendo, mas aquello no la detenía. Mientras tanto, él se quitaba la levita sin dejar de mirarla.

La falda y las enaguas se transformaron en un montículo de color magenta y blanco a los

pies de Grace, lugar donde fue a parar la ropa de Sebastian; su pañuelo y su chaleco azul marino.

Grace vislumbró la pálida piel masculina, que se revelaba a medida que él desabotonaba la camisa. Las venas del dorso de sus manos se le marcaban con cada movimiento y se sintió tentada a tocarlo entero. No obstante, la mirada que Sebastian le propinaba le señalaba que él también deseaba lo mismo y se contenía.

Se deshizo del corsé y sintió el peso de sus propios pechos. Sebastian ya se había despojado de la camisa y las botas. Grace comprendió que las prácticas de esgrima del duque rendían frutos en su físico. El cuerpo de Sebastian era felino y estilizado, nada sobraba, nada faltaba. Era perfecto.

Era insoportable, no podía dejar de mirarlo. Le lanzó el corsé para deshacerse del hechizo y cayó sobre el impúdico promontorio que escondían los pantalones. Sebastian alzó una ceja y lo tomó.

—Eres una atrevida. —Aspiró el aroma a lirios de la prenda—. Adictiva… Quédate con las medias puestas —le ordenó Sebastian cuando ella se quitaba el camisón. Su voz se percibía tensa.

—Como quieras.

El camisón y el calzón empapado fue a parar a la montaña de ropa que ambos habían formado. La vergüenza que sintió Grace al principio de esa especie de ritual se esfumó. Quizás el motivo de su falta de pudor era el hecho de que Sebastian hiciera lo mismo, o que él tragara saliva cada vez que ella se desprendía de una prenda.

Se sentía hermosa, deseada. Una mujer…

Una que, de súbito, no sabía qué hacer. Nada perdía con preguntar:

—Y ahora, ¿qué?

—Te adoraré… Aférrate al poste de la cama, abre las piernas e inclínate… Sí, así mismo…

En la posición que ella se encontraba, toda su intimidad se expuso. Grace no sabía a ciencia cierta qué era lo que él iba a hacer, pero no sentía miedo, su instinto le indicaba que podía confiar en Sebastian.

El duque se levantó de la cama, se situó detrás de Grace, acariciándole la espalda, el trasero, y se arrodilló.

Solo en ese momento, ella entendió a qué se refería él con adorar. Con sus pulgares abrió los pliegues húmedos y resbaladizos de su intimidad y lamió.

Comió y bebió todo de Grace, dándole un placer que nunca pensó experimentar de esa forma tan… animal. Y ella, la muy desvergonzada, solo pedía más, exponiéndose más, gimiendo y rogando por más.

Y él le dio lo que su amante pedía.

Grace lanzó un largo jadeo. Algo entró en ella con firme delicadeza. Con plena consciencia de aquella intrusión, infirió que no podía ser el miembro de él, Sebastian aún estaba de rodillas. Debía ser uno de sus dedos.

Ella cerró los ojos cuando aquel dedo empezó a entrar y salir, trazando círculos en su interior con languidez. Al mismo tiempo, Sebastian seguía lamiendo ese punto tan sensible que la colmaba de ansia.

Grace estaba en el cielo, estaba en el infierno. Tan cerca de liberarse, y tan lejos. Sebastian disfrutaba atormentándola. La acercaba al éxtasis y luego la abandonaba.

—Eres un canalla, déjame terminar —rogó, desesperada de tanto, de tan poco, de ese juego que la estaba dejando sin cordura.

—Di las palabras mágicas. —Sebastian, perverso, le dio de su propia medicina.

—¡Ahora!

—Las otras palabras mágicas… —Succionó esa ínfima perla que coronaba la cúspide del sexo de Grace—. Te conviene.

—Por favor…

Sebastian se lamió los labios.

—Abre más las piernas. Entraré. No te sueltes del poste.

Lo siguiente que Grace sintió fue la lenta intrusión de Sebastian. No podía verlo, solo escuchaba su agitada respiración y sus graves siseos.

Poco a poco su interior se fue abriendo y acoplando a la ardiente longitud masculina. Se sentía llena de él. Sebastian no solo estaba dentro de ella, también se encontraba en su piel, que aún sentía el calor de sus caricias; en su olfato, que percibía su viril aroma; en sus oídos, que escuchaban ese tono de voz nuevo, grave, sensual y erótico.

—Relájate, querida… Respira conmigo. —Sebastian ralentizó sus resuellos—. Inhala… Exhala. —Entró un poco más, y ella tensó sus músculos internos, que le propinaron un ramalazo de placer que casi acabó con él—. Dios, ¿cómo hiciste eso?…

—¿Esto? —Volvió a tensarse. Recibió una cariñosa palmada en el trasero—. Auch, querido.

—No lo vuelvas a hacer si quieres que esto dure. —Acarició el lugar donde asestó su suave nalgada, y Grace disfrutó con el contacto—. Déjalo para más rato. Inhala… Exhala…

Grace respiraba con él. Cada vez que soltaba aire, él invadía un poco más su interior y ella sentía la necesidad de atraparlo y no liberarlo.

Un leve pinchazo… Ella dio un respingo. Se tensó, mas pronto se relajó, no hubo dolor.

—Ya está… ya pasó. —Sebastian le abrazó la cintura y se quedó quieto dentro de ella, enterrado hasta el fondo—. Eres formidable… Perfecta… No tienes idea de cuánto… No te muevas todavía, deja que tu cuerpo se acostumbre a mí.

Grace lo miró por sobre su hombro y dijo:

—Supongo que esto no es todo.

Sebastian soltó una risa grave.

—No, pero de esta forma me sentía más seguro de no arruinarlo para ti… Si me ves podría haberte dado miedo.

—¿La tienes grande?

—No… creo que no. No me paso por la vida comparándome con otros.

Se retiró de ella, tan solo un poco, y volvió a entrar. Sebastian se sintió en el paraíso. Había olvidado ese placer. Sin embargo, con Grace se exacerbaba.

Lento, entró y salió…

Entró y salió…

Sus estocadas ganaron velocidad. Grace gemía de puro gusto. Sebastian alcanzaba un punto sensible, no para llevarla al éxtasis, pero sí para excitarla más si eso era posible.

El sonido de sus cuerpos colisionando era una voluptuosa melodía para Grace. Una que se detuvo de golpe.

—No puedo más… —Sebastian tembló, reprimiendo su propio placer. Tener a Grace ahí, a su merced, perdiendo el juicio con él, era más de lo que podía soportar.

Necesitaba escucharla gritar. Solo así él podría dejarse llevar.

Se retiró, provocando una sensación de vacío dentro de Grace. Sebastian la instó a soltarse del poste y a quedar frente a él. Ella no reprimió el impulso de mirar hacia abajo.

—Dios santo… ¿eso estuvo dentro de mí?

—Por eso no dejé que lo vieras. No importa el tamaño, a ustedes siempre les impacta al principio. Pero la naturaleza es sabia, las mujeres están hechas para recibirnos.

Sebastian atrajo a Grace a su cuerpo y la besó. Ah, qué deliciosa sensación del roce de sus pieles. Ambos gozaron el uno del otro. Ella se atrevió a empuñar y acariciar el rígido miembro. Era caliente, tenía su propia humedad impregnada. Su puño bajó y subió con ritmo. Se alimentó de los gemidos de Sebastian.

Él cortó el beso y dijo:

—Ven… Móntame…

—¿En serio quieres que lo haga? —preguntó, sorprendida.

No había que ser muy observadora para notar que Sebastian tenía una actitud dominante en la intimidad; Grace no imaginó que ella estaría sobre él, sino lo contrario. Tal parecía que él no tenía prejuicios respecto a quién está encima de quién.

—Yo no hago bromas, Grace.

—¿Y cómo sabes que lo haré bien?

—Tú conoces tu cuerpo, encontrarás el camino. Tu placer será el mío.

Sebastian se terminó de quitar el pantalón y las medias. Se acostó encima de la cama y Grace lo siguió.

Ella se montó a horcajadas sobre él, en un movimiento grácil y fluido. Sebastian empuñó su miembro y tanteó la entrada de Grace, quien fue a su encuentro, descendiendo milímetro a milímetro, llenándose de él. Después de la primera intrusión, no costó volver a penetrarla, ni ella sintió nada que se pareciera al pinchazo experimentado con anterioridad.

Las manos de Sebastian se anclaron en las caderas de Grace. No se contuvo de apretar fuerte.

Y así iniciaron la danza final.

El instinto de Grace solo se limitó a rememorar cómo ella se movía en aquellas ocasiones, cuando se valía de una almohada para darse ese secreto y prohibido deleite. No obstante, Sebastian era mucho más duro y la sensación era más estimulante al estar unidos. Contacto, roce, humedad… otra piel

Debía admitir que nada podía imitar o reemplazar a un hombre.

Pronto Grace se vio moviendo sus caderas con furor, buscando el vaivén perfecto. Jadeaba, envuelta en frenesí. No sabía qué le producía más placer, cabalgar a ese hombre, la grave voz de él animándola a seguir, o cuando él acometía con fuerza contra ella.

Sin prisa ni pausa, Grace se fue reclinando sobre él. El calor de sus pieles fue un estímulo más. Sus manos buscaron un asidero y lo encontró en los firmes glúteos de Sebastian.

Ah, el bendito impulso. Ahí estaba…

Sebastian la embistió, fue al encuentro con ella. Una. Y. Otra. Vez. Cada vez que sus cuerpos colisionaban, esa catapulta se tensaba más y más para enviarla al cielo.

Las voces de ambos, jadeantes y excitados, era música para ellos, una melodía desenfrenada y ardiente. El aroma de sus pieles y la fragancia del sexo se impregnaban en todos sus sentidos.

—Oh… Sebastian… Sebastian…

—Grace… Grace… Te siento… Grace…

Embestida. Profundo. El punto de ignición…

—¡No pares, Sebastian!

Y él no se detuvo. La velocidad de sus movimientos eran bestiales, rápidos, rozando el dolor.

—¡Sebastian!… ¡Sebastian!… ¡Aaaaah!

El grito que lanzó Grace fue el reflejo del placer que la azotó sin piedad. El sublime éxtasis la envolvió en fuego y transformó su sangre en lava. No quería detenerse, alargaba la gloriosa sensación, enterrándose más en el miembro de Sebastian, y tenerlo más adentro si eso era posible.

—¡Grace!

Él no soportó más. En medio del deleite de Grace. Sebastian dejó ir su pulsante simiente y la llenó, dando sus últimas embestidas al mismo ritmo del palpitante interior de su amante. Una extraña sensación lo invadió, como si hubiera estado toda su vida perdido y, de pronto, hubiese encontrado el camino a su hogar.

Era la primera vez que hacía lo que realmente quería. No era el deber, no era una imposición, no estaba poniendo a otro por encima de sus deseos.

Había una mezcla de regocijo, nostalgia y gozo en su alma. Ya no era el mismo Sebastian de hacía un rato.

No quería volver a separarse de Grace.

Porque con ella, y solo con ella, había podido hacer lo que nunca pudo hacer con su esposa. Solo el espíritu combativo de Grace le dio la confianza de probar ser quién era en la intimidad.

Ella no era una niña inocente e ignorante, pero tampoco era una mujer experimentada y hastiada de la vida y de amantes inexpertos, que los toma y los desecha cuando ya se acaba el entusiasmo. Era una combinación rara y preciosa que encajaba a la perfección con su manera de ser.

A él le gustaba tener el absoluto control de lo que sucedía en la cama, y para ello, daba órdenes con el fin de dominar la situación. Necesitaba lograr que su compañera rogara por más. Que claudicara a sus deseos. Que confiara ciegamente en él. Pero lo que más disfrutaba era arrancarle el placer a jirones. Que no hubiera nadie que pudiera hacerle lo mismo que él.

Era un sentimiento egoísta y egocéntrico que solo se manifestaba en la cama. Ni él mismo lo comprendía.

Intentó demostrarle su naturaleza a Felicity, mas su esposa era demasiado tierna e impresionable y temió arruinar la imagen que ella tenía de él. Era la mujer perfecta para el resto de la sociedad, pero Sebastian nunca se atrevió a ser demasiado duro y exigente. Contenía su propia naturaleza para que ella lo siguiera amando, que recibiera con agrado sus atenciones. Por mucho tiempo pensó que él era el extraño, el que tenía algo mal en la cabeza.

Pero Grace era perfecta. Ella jugaba, respondía, obedecía, confiaba, pero nunca con pasiva sumisión.

Acarició con ternura la espalda de Grace, mientras ambos recuperaban el aliento. La habitación se encontraba sumida en una oscura penumbra. Desde donde estaban se podía ver el reloj.

Las seis y cuarto.

—¿Estás bien? —preguntó Sebastian con un atisbo de temor.

Con su voz lánguida y cansada, Grace respondió un escueto:

—Ajá.

—¿Hice algo que te molestara?

Grace no contestó de inmediato. Pensaba en su respuesta, intentando rememorar todo lo vivido. Sebastian no dejaba de acariciar su espalda. Si seguía así, se dormiría en cualquier momento. Se sentía inmersa en una bruma cálida y calma donde todas las tribulaciones del mundo quedaban fuera. Tenía la sensación de que en ese momento Sebastian estaba con ella a un

nivel superior al físico, se comportaba tierno y delicado, después de haber sido… ¿Cómo podía definirlo? ¿Carnal, animal, erótico? Y, sin embargo, se sintió segura, confiada de ser ella misma. Él no la juzgaba ni la castigaba por saber más de la cuenta. Por un instante, tuvo el temor de que él, al terminar, solo se iba a vestir y se marcharía. Temió sentirse desechada.

Pero se trataba de Sebastian, él era un caballero. Incluso siendo amantes, no dejaba de lado el honor.

Mientras disfrutaba de la cercanía de sus cuerpos, ella respondió:

—Todo lo que hiciste fue divertido. Y delicioso. Me gustó mucho estar contigo. Superaste cualquier expectativa.

—Muy bien. Hemos sellado como se debe nuestro pacto de amantes.

—Sí… ¿Podemos repetir?

—No, lo siento… Tengo un compromiso con Thomas y no puedo llegar tarde. Cuando dije que venía con tiempo no contemplé esto... Déjame aprovechar lo poco que me queda. Si no tienes ningún compromiso, mañana volveré.

—Mañana no, estaré impartiendo clases. Ay, me encontraré tan ocupada estos días… ¿Qué tal el martes?

—Me parece perfecto… —Le besó la coronilla—. La próxima vez que te dé una orden en esta habitación, obedece.

—Solo si dices las palabras mágicas. —Y no se refería precisamente a «por favor». Bostezó.

Sebastian rio.

—Es un trato…

Él no se cansaba de acariciar la piel de Grace, tan suave y cálida. Aún estaban unidos. Deseaba prolongar un rato más esa sensación de pertenencia. Ambos se poseían.

—Nunca dejes de ser cómo eres, Grace —susurró y le besó la sien.

No hubo respuesta. Ella respiraba con regularidad. Se había dormido. Dejó de rozar su piel solo para abrazarla. Inspiró hondo y el tenue aroma a lirios llegó a su nariz.

Dicha…

—Estoy seguro de que envejeceré contigo. Hazlo, es una orden.

Decrescendo

Al día siguiente, Sebastian madrugó. Afuera, la ciudad todavía estaba inmersa en la fría oscuridad que precedía al amanecer. Sentado frente al escritorio de la biblioteca, se encontraba sumido en un denso silencio. A la luz de las velas, miraba el libro de cuentas, pero su mente no estaba en cuadrar sus gastos y sus haberes.

Lo único que tenía en la cabeza era la señorita Archer-Montague.

De todas las formas que imaginó cómo proponerle matrimonio a Grace, ninguna llegó al extremo que alcanzó el día anterior.

Ella no atendía razones y argumentos, y tenía respuesta para todo… Pero cuando lo desafió a romper sus propios límites —su código moral le impedía tomar una amante— ya no pudo más, se rindió. Si con eso tenía la posibilidad de casarse con Grace, la tendría de amante. Lo obligaba a cambiar de lugar todas sus prioridades, mas también tenía el deber de no olvidar su objetivo: que ella se convirtiera en su duquesa.

Suspiró y cerró los ojos.

Jamás olvidaría cómo perdió la cabeza cuando la besó.

Todo encajaba en su lugar.

Mientras estuvo casado pudo reprimir con éxito cualquier instancia que lo acercara a Grace. Le enfermaba serle infiel a Felicity, incluso con el pensamiento. Desde que le propuso matrimonio hasta la última exhalación de su esposa, no pensó en la señorita Archer-Montague.

Sin embargo, a lo largo de los últimos dos años, cada vez que Grace se cruzaba en su vida, se preguntaba «¿Qué hubiera pasado si…?». Y después de que formulaba esa incógnita sin respuesta, en su mente siempre aparecía la fugaz imagen de él besándola, poseyéndola. Era demasiado tentador para él. No se permitía ni siquiera imaginar, desechaba esos inapropiados pensamientos de inmediato.

A pesar de lo anterior, la viudez eliminó cualquier barrera mental, e hizo que esos pensamientos fueran recurrentes. Con el paso del tiempo y del dolor, el deseo carnal emergía con más frecuencia, pero no era su difunta esposa a quien evocaba en sus lúbricas fantasías, sino a Grace.

Había momentos en que cedía a la tentación y se autocomplacía pensando en ella, imaginando todo lo que él hizo el día anterior, mas debía admitir que la realidad se quedó corta.

Grace era una mujer osada, segura, receptiva y, pese a su inexperiencia, también era un ser muy sexual. Quizás por eso él se sintió con la confianza de dejarse llevar por sus deseos más ocultos, esa naturaleza que rayaba la obsesión y que reprimió durante su matrimonio. Sabía que ella no huiría, que no era impresionable. Era una mujer hecha y derecha.

La mujer.

Sebastian abrió los ojos. Se excitaba con tan solo recordar la entrega y el placer de Grace. Su instinto se rebelaba cada vez con más fuerza contra el raciocinio y todo lo que se suponía que era correcto. Más que poseerla, ella lo poseyó a él. Y ese era el encanto de su tendencia a controlar lo que sucedía en la alcoba.

Pero de nada servía todo eso sin la compañera adecuada. Y Grace era, en pocas palabras, perfecta. Obedecía una orden si le daban un buen motivo; elegía considerando sus propios deseos; lo dejaba hacer y deshacer con su cuerpo sin temor, sin darle cabida a la duda; confiaba en que él jamás le haría daño, y él honraba esa confianza asegurándose de que el único dolor que provocaría sería el de dar un placer tan intenso que llegara a ser insoportable. La valentía y la independencia de Grace estaba filtrándose en su interior de una forma que sobrepasaba cualquier

expectativa.

Si antes experimentaba una fijación hacia ella, lo que sentía en ese momento era indefinible. No sabía a ciencia cierta si era amor lo que emergía de su pecho, pues no era igual a lo vivido con su difunta esposa.

Amar a Felicity fue como un transitar por un sendero dulce y tranquilo. No había temor ni incertidumbres.

Por otro lado, lo que sentía por Grace era como lanzarse libre por un acantilado al mar embravecido, sin saber si se sumergiría en lo profundo o si se azotaría contra las rocas.

No obstante, cuando evocaba lo vivido el día anterior con Grace, sentía que su respeto y admiración por ella aumentó. La fuerza indomable de ese espíritu le atraía de una forma diferente.

¿Y ella? ¿Sentía algo por él?

Si tenía que sacar algo en limpio, Grace lo estimaba lo suficiente como para proponer una relación de amantes. La atracción física existía, la compatibilidad sexual era evidente, sus intelectos eran igual de agudos. Sin embargo, el corazón era un lugar que le estaba vedado. No tenía que ser muy inteligente para notar que la insistente negativa a rechazar lo que había entre ellos era miedo. Lo estaba probando porque no confiaba.

Y claro que no confiaba, Sebastian casi podía asegurar que él fue el último hombre que la descartó como una mujer elegible, digna de ser cortejada para ser la esposa de alguien. Y si hubo otros, no fueron mejores que él; un imbécil soberbio que se creía dueño de la verdad, demasiado importante como para arriesgar su lugar dentro de la sociedad.

Pero ya no era aquel. La vida ya le había golpeado de todas las formas en que un hombre puede ser vapuleado. Le quitó todo aquello que le daba identidad; posición, riquezas, una esposa, la admiración hacia sus padres y sus raíces, sus convicciones y sus valores.

Despojado de su antigua vida, solo quedaban sus hijas. Ellas le dieron la fuerza suficiente para encontrar la luz en medio de la oscuridad, la que le permitió vislumbrar el mundo y su vida tal como eran. Solo así pudo recobrar la fuerza para poder levantarse otra vez.

Por eso sentía la necesidad de convencer a Grace, demostrarle que él no era el mismo de hacía nueve años, sino mejor, más afín con la singular vida de la dama.

Sabía que ella no sería la perfecta duquesa, la que estaba ocupada de los cotilleos y hacer conexiones políticas.

Grace no se desviviría por organizar fiestas y bailes para demostrar el poder del ducado.

Ella no iba a estar pendiente de lo que dijera la sociedad, salvo sobre la calidad de su arte.

Grace jamás iba a ser Felicity… Y eso era bueno, no se trataba de reemplazarla. Eran mujeres distintas que lo marcaron en épocas diferentes de su existencia. No era justo compararlas, pues ambas, a su modo, eran incomparables.

A él ya no le importaba el qué dirán, porque los demás no vivían su vida, solo les gustaba llenarse la boca con cotilleos y juicios preñados de hipocresía.

Sí, tal vez era un romántico. Un iluso idealista.

Quería pasar la prueba de Grace… Aunque le costara caro. Porque si se enamoraba y ella no sentía lo mismo, él estaba seguro de que no podría intentarlo nunca más con nadie.

Le daba igual el ducado. Aseguraría el futuro de sus hijas y que lo demás se fuera al demonio.

Era su vida y su corazón lo que estaba en juego. Si iba a ser infeliz, no arrastraría a nadie más a su infierno solo por el afán de conseguir un heredero.

Debía convencer a Grace de que no tenía nada que perder, él ya estaba convencido.

Sería su amante, la iba a cortejar, todo al mismo tiempo. La vida era demasiado inestable e impredecible como para desperdiciarla con vacilaciones.

Era todo o nada.

Se levantó de su asiento y tomó el candelabro que estaba sobre el escritorio. Buscó en la biblioteca un libro especial. Tardó en encontrarlo, no recordaba el lugar donde lo había dejado la última vez.

Sonrió al leer la cubierta: *El lenguaje de las flores*, escrito por *madame* Charlotte de La Tour. Era una versión con litografías.

Salió de la biblioteca y se dirigió a la sala de pintura.

Horas después, Grace recobraba su consciencia paulatinamente. Los estertores de su sueño, en el cual ella tarareaba una extraña música, se mezclaban con algunos recuerdos aislados de la noche anterior.

Poco a poco ganaba fuerza la imagen de Sebastian deambulando por su habitación. Se vistió a oscuras. Luego buscó algo en su tocador. Ella despertó a medias cuando él aseó su intimidad con una toalla húmeda, al tiempo que le susurraba que siguiera durmiendo, que él se ocupaba de todo. Con suavidad, cubrió su cuerpo con los cobertores de la cama. También recordó cuando él se despidió.

Había una infinita ternura y preocupación en sus gestos y acciones. Sebastian resultó ser un amante más que considerado en sus afectos. Acarició su cabello, besó con suavidad su frente, aspiró el aroma de su piel.

Un susurro.

«Me perteneces, tanto como yo te pertenezco».

Grace se incorporó con un jadeo. Luego se quejó y fue consciente de cada músculo de su cuerpo, le dolía todo. Incluso su vientre estaba adolorido. Todavía podía sentir a Sebastian en su interior, embistiendo con fuerza, aferrado a sus caderas.

Miró la hora en el reloj. Las nueve de la mañana.

Contó con sus dedos cuanto tiempo durmió.

—¡Quince horas! ¡Ay, no, qué tarde es!

Se restregó la cara y se resignó a salir de la cama. Tenía muchas cosas que hacer.

Se levantó con la rapidez de una tortuga, sentía sus piernas flojas y pesadas. Buscó su ropa tirada en el suelo.

—¿Dónde diantres está? —murmuró escrutando a sus pies.

No obstante, su vista periférica detectó un extremo de su vestido magenta y luego halló el resto. Sebastian había dejado todas sus prendas ordenadas en la otomana que se encontraba al final de la cama.

Caminó hasta el tocador, arrastrando los pies. En el respaldo de la silla reposaban el camisón y un salto de cama. Se los puso. Su mirada se desvió hacia sus artículos personales. Ahí estaba la toalla que él usó para asearla. Había un rastro con un ligero color café. Sangre seca. La prueba de su virtud mancillada.

De seguro él no lo notó en la oscuridad.

«Pero sí, cuando te penetró», dijo su mente conjurando la sensación de sentirlo en su interior. Juntó sus piernas para acallar ese descarado palpitar entre ellas.

—Libidinosa —se reprendió.

Grace salió de su habitación, directo a la cocina. En su trayecto le hizo una señal de saludo

a Danielle, quien sacudía el polvo de los muebles. La mujer intentó no expresar nada en su rostro, mas fracasó reprimiendo una ladina sonrisa, y solo respondió haciendo una leve inclinación de cabeza.

Grace resopló. Al menos contaba con la simpatía y afecto de las mujeres que componían el servicio doméstico, y no iban a estar ventilando sus indiscreciones.

Cuando Grace abrió la puerta, encontró a Doris, el ama de llaves y a Francesca, la cocinera, conversando sobre el menú de la cena. Sus voces se apagaron en el momento en que escucharon que alguien entraba.

Las miradas que se dieron dijeron más que cualquier conversación incómoda. Ellas sabían lo que Grace había hecho. No obstante, no hubo muestra de censura o juicio. Después de todo, ninguna de ellas era puritana precisamente. La Academia Hope, el lugar de donde provenían, les daba educación y oficio a mujeres caídas en desgracia. No solo amparaban bajo su techo a viudas y mendigas, también a prostitutas.

Francesca y Doris lo fueron. Ellas intentaron ver con naturalidad el hecho de que viniera un duque, conversara con la señora Grace y luego se la llevara a la cama, y tampoco las escandalizó que ellos no fueran para nada discretos.

Se notó que lo habían pasado de maravillas. Al menos el duque salió de la habitación de Grace con una expresión de satisfacción que intentaba disimular. Si bien se le veía serio, en sus ojos se reflejaba todo.

El silencio se tornó incómodo. Grace se rascó la cabeza evitando mirarlas. Sin embargo, Doris decidió romperlo de una vez por todas:

—¿Le llevo agua caliente para su baño?

Grace asintió y, tratando de que su voz sonara natural, respondió:

—Si fueras tan amable… Supongo que ustedes ya comieron algo.

—Así es, señora Grace. ¿Va a desayunar o esperará la hora del almuerzo?

—Tomaré un té y un emparedado… Gracias…

Salió de la cocina.

Doris y Francesca negaron con la cabeza y soltaron unas risitas pícaras.

Grace logró escucharlas al otro lado de la puerta. Con su rostro encendido dirigió sus pasos hacia su habitación. Sus pensamientos iban a una velocidad tan vertiginosa, que no podía ordenarlos.

Se detuvo antes de llegar a su alcoba. Inspiró hondo.

Sebastian fue glorioso, pero lo vivido con él no encajaba con lo que ella sabía —demasiado en aspectos teóricos, casi nulos en términos prácticos—. Se suponía que todo era suavidad, ternura y amor… Bien, tenía que sacar algunas cosas de la ecuación y cambiar el orden. No había amor, solo afecto… sí, afecto. Podía admitir que la ternura de Sebastian se expresaba de una forma atípica, pero lo que prevalecía era la dureza. A ello tenía que agregar la brutal franqueza, y grandes cuotas de erotismo.

Fue intenso, sucio y satisfactorio.

¿Era eso posible? ¿Era correcto? ¿Todos los hombres eran así?

Necesitaba respuestas, pero ni muerta se las haría a alguna de sus amigas casadas. No porque fueran a criticarla, sino porque había una posibilidad de que ellas no comprendieran del todo que ella, un alma libre e independiente, en el terreno sexual, obedeciera y confiara a ciegas en un hombre que no era su esposo.

Dio media vuelta. Francesca y Doris podían darle respuestas, después de todo, se acostaron con una infinidad de hombres. Conocían lo peor de la humanidad. Ellas le darían una idea de si

lo que hizo Oxford estaba dentro de lo normal.

Dio media vuelta y abrió la puerta de la cocina de golpe. Francesca y Doris dieron un respingo. Grace no le dio más vueltas al asunto y dijo:

—Necesito hablar con alguien… Ustedes son perfectas, saben muchas cosas del tema.

El ama de llaves y la cocinera se miraron subrepticiamente y se encogieron de hombros.

Francesca fue la primera en preguntar:

—¿Qué desea saber en específico?

—¿Todos los hombres se comportan igual de dictatoriales en la cama?

Doris alzó las cejas y, reprimiendo una sonrisa, se sentó a la mesa e invitó a Grace para responderle:

—Por lo general son quienes toman la iniciativa, mas no lo catalogaría como dictatorial. También hay algunos que prefieren que la mujer se haga del control. Nuestra experiencia siempre ha sido con imbéciles que buscan un desahogo, por lo que solo actúan como bestias. Me paraece que su excelencia fue diferente, ¿o no? ¿Qué le dijo su instinto, mi señora?

Grace parpadeó… No se había hecho esa pregunta.

—Pues nunca sentí temor… Pese a que daba órdenes. —«Sensuales, pero órdenes al fin y al cabo», pensó—. Era bastante hábil en su forma de… hacer el asunto. Supongo que es porque estuvo casado… Bueno, él es viudo, no estoy rompiendo un hogar.

Y en su mente apareció la esposa de Sebastian. Se preguntó si él imaginó que estaba con Felicity mientras estaba dentro de ella…

La boca se le llenó de hiel.

—Créame, los más imbéciles son los casados —enfatizó Francesca—. Son pocos los hombres que son considerados con las mujeres en la cama, y no me refiero a qué tan delicados y dulces sean. De hecho, hay algunos que saben que nosotras podemos sentir placer, lo buscan y lo estimulan. Pero para la mayoría es fácil fingir que no existe eso para nosotras.

—Aaaaaaah… Interesante.

Doris añadió:

—Nunca se sabe que un hombre es imbécil hasta que se acuesta con él, es cosa de suerte. Muchos solo son simples fanfarrones.

«Pues creo que he sido muy, muy afortunada», pensó Grace. A la postre preguntó:

—¿Es normal disfrutar si no hay dulzura o demasiado romanticismo?

Doris esbozó una sonrisa y dijo:

—El sexo se disfruta y expresa de tantas formas que, en realidad, nada se puede catalogar como normal. Si usted no sintió miedo, si lo que hicieron fue de su agrado, si él respetó sus deseos y no la obligó a nada, pues todo está bien. Cada ser humano tiene sus propias definiciones sobre lo bueno o lo malo en ese aspecto.

Grace meditó el asunto. No tenía nada que objetarle a Oxford, ni siquiera sus órdenes. Entre ellos parecía aplicar la máxima «El fin justifica los medios».

—Entiendo… Vaya. —Les sonrió—. Gracias, es que, bueno, soy nueva en esto.

—Señora —llamó Francesca y, con cautela, preguntó—: ¿Ustedes hicieron algo para evitar un embarazo?

El rostro de Grace perdió su color. Ninguna palabra pudo salir. Se sentía una tonta, conocía algunos métodos. Ay, Oxford la pilló desprevenida. Luego un hecho apareció en su mente, sintió alivio y repuso:

—Tengo treinta, a mi edad no es posible que suceda eso la primera vez.

Doris la miró con una expresión de «Pobrecilla, no sabe nada» y procedió a explicar:

—Señora, esa es otra mentira. Una mujer de treinta es tan fértil como una de veinticinco o veinte. Eso lo dicen los hombres para poder casarse con jovencitas sin sentir culpa de estar asaltando una cuna. —Grace abrió su boca y luego la cerró. Era un balde de agua fría—. Quizás cuesta un poco más concebir, mas eso no lo hace imposible. Si tiene suerte, nada va a suceder, pero le recomiendo que tome una infusión de poleo para que bajen las flores.

Grace frunció el ceño, no había escuchado esa expresión:

—¿A qué te refieres con bajar las flores?

—El sangrado femenino… Es muy mal visto forzarlo entre las mujeres de su clase, señora. Aunque en realidad es una práctica que hacen en secreto, ya sabe, para no llenarse de niños y mantener las apariencias de que todo es natural.

Grace puso sus ojos en blanco e ironizó:

—Aristócratas siendo hipócritas, qué novedad. —Hizo una breve pausa antes de preguntar—: ¿Qué tan efectivo es, Doris?

—Depende… A algunas mujeres les funciona y a otras no tanto. En el lugar donde trabajábamos, los clientes debían usar condón, pero cuando se rompía, pasábamos todos los días bebiendo poleo hasta que las flores bajaban. —Suspiró, no siempre era efectivo. Algunas morían tomando medidas más radicales—. Ambos pueden usar sus métodos, pero a veces los bebés se aferran a la vida y nada podrá impedir su venida al mundo. Y si su excelencia es un hombre de honor… —Doris dejó las palabras en el aire.

Y si eso sucedía… Ahí sí tendría que casarse con Oxford. Ya no era tan agradable la idea de ser amantes, no le gustaba lo que implicaba un matrimonio forzado por el deber y el honor. Tenía que analizar la situación con la cabeza fría.

Grace soltó un suspiro. Francesca le sirvió una taza de té y un emparedado. La campanilla de la puerta de acceso irrumpió en ese pensativo silencio. Doris anunció:

—Iré a ver quién es.

Grace desayunó, el calor de la cocina era reconfortante y le abría el apetito. Se detuvo a pensar en todo lo ocurrido el día anterior. A pesar de que Sebastian le dio argumentos sólidos y hasta esperanza para unir sus vidas, ella estaba empecinada en ponerlo a prueba.

Por un segundo, pensó que Oxford la rechazaría cuando le dijo que solo aceptaría el cortejo si él se atrevía a ser su amante en primer lugar. Jamás imaginó que él claudicaría con tanta facilidad.

Suspiró. No podía arrepentirse. El disfrute que experimentó fue inigualable, al punto de que ya tenía ganas de volver a acostarse con él. No sabía por qué, pero le gustó cómo era Sebastian en ese ámbito, era una inusitada mezcla de pasión, fuerza y virilidad. Él no era fanfarrón, sabía lo que quería y cómo obtenerlo. Le gustaba ese juego de sentirse subyugada, sabiendo que podía decir que no.

Curioso. Esa palabra nunca se le cruzó por la cabeza.

¿Y los sentimientos?

Eso sí era un caos.

Si imaginaba a Sebastian casado con otra mujer, emergía una sensación desagradable.

Celos.

Pero los celos no eran indicativo de amor, sino de posesión, ¿o no?

Ay, necesitaba hablar con alguien más… Alguien que supiera todo sobre el amor. Pensó en varias personas, pero solo una era la más idónea.

Doris entró en la cocina, traía una caja rectangular de color dorado, no muy grande y delgada.

—Para usted, mi señora.

—Gracias.

Grace desató la cinta que aseguraba la caja y la abrió.

Era una pintura en acuarela de unas flores desconocidas para ella. Eran elegantes y sencillas. Tenía hojas lanceoladas que formaban una especie de roseta. Desde el centro de la planta, se elevaban tallos y, a lo largo de ellos, colgaban flores blancas con forma de campanillas.

¿A qué podían oler?

Asunto aparte era el arte de la acuarela. Era hermosa, la técnica evidenciaba el talento del artista y su afán de perfección.

Francesca, fascinada con la pequeña obra de arte, preguntó:

—Es precioso, señora. ¿Quién se lo envió?

—No lo sé. —Pero en su interior deseó que fuera Sebastian.

—Vea el reverso, tal vez tiene algo escrito.

Grace, curiosa, hizo lo que Francesca le propuso. Tenía razón. Había un mensaje escrito. La caligrafía era firme y sobria, carecía de florituras.

LIRIO DE LOS VALLES
El regreso de la dicha

El lirio de los valles se complace en las cañadas, a la sombra de los robles y en la margen de los ríos; sus flores de marfil se entreabren en los primeros días de mayo e impregnan el aire con sus perfumes. El ruiseñor abandona los setos, y va a buscar en el fondo de las selvas una compañera, soledad y eco que responda a su voz; guiado por el perfume del lirio de los valles, presto elige su asilo el lindo pajarito; se establece en él, aleja de allí a sus rivales, y con trinos melodiosos entona un himno a la soledad, al amor y a la flor hermosa que todos los años le anuncia el regreso de la dicha.

Ese es el mensaje de estas flores. Mi querida amante, eres el lirio de los valles.

Tuyo.

Oxford

El lenguaje de las flores… «Después de todo, Sebastian sí es un romántico. No llevamos ni un día siendo amantes y ya me está cortejando», pensó Grace esbozando una sonrisa. No podía negar que, entre todos los sentimientos que albergaba en su corazón, ella sentía algo muy parecido a la dicha.

A su mente volvió la melodía que soñó… Sí, era hermosa. En la yema de sus dedos sintió la vibración de las cuerdas del violín y el sonido. El tempo, adagio. Sería una sonata.

Una sonata para Oxford.

Se levantó, necesitaba un pentagrama, pluma y tinta.

Debía escribirla antes de olvidarla.

Scherzo

Grace observó a los cuatro niños que vestían el uniforme del Colegio New Hope. Joel, Martha, Colin y Ronald la miraban de vuelta con la emoción bullendo en su interior. Sus edades fluctuaban entre los siete y nueve años. En opinión de Grace, tenían todo para aprender a tocar un instrumento; inteligencia, perseverancia, ganas de adquirir conocimiento y ritmo.

El talento no era un requisito indispensable, pero en ese grupo sobraba.

La sala de clases de la Academia Cross era cálida, pequeña y solo tenía sillas. Nada de pupitres. Una pizarra con un pentagrama pintado en ella ocupaba una de las paredes blancas.

Grace inició la clase abriendo el estuche que protegía un violín de tres cuartos, el cual era un poco más pequeño que uno normal. Sacó el arco y ajustó la tensión de las crines.

—Niños, ¿se acuerdan de lo que es esto? —Los cuatro levantaron la mano. Grace sonrió y dijo—: ¿Martha?

—Es el arco del violín, señorita Cross.

—Muy bien. Si se dan cuenta, la parte que frota las cuerdas no es rígida, son crines y…

En ese instante golpearon la puerta y se abrió. Se trataba de Josephine Anderson, su secretaria recepcionista de la academia.

—Señorita Cross, disculpe la interrupción. Su excelencia, el duque de Oxford, ha traído a sus hijas a clases. Me dijo que ayer lo acordaron.

Grace intentó por todos los medios no reflejar su turbación al escuchar las palabras de Josephine. En ese momento rememoró su conversación del día previo, antes de que se torciera todo. Había invitado al duque a que llevara a sus hijas al mediodía para la clase inicial con niños del Colegio New Hope.

Envaró su postura y respondió:

—Hágalo pasar, por favor.

—Muy bien.

Grace sonrió, tensa, a los niños y dijo:

—Esperemos un momento, se unirán dos niñas más. —Miró a Martha y añadió—: Al parecer, ya no serás la única.

Marta sonrió.

La puerta se abrió.

A Grace nada la preparó para ver a Sebastian entrando en la sala de clases llevando a sus hijas. Pero ahí estaba él tomando de la mano a Lydia y Mary Ann. Como siempre, la expresión del duque era solemne e imperturbable.

¿Cómo diablos le hacía Sebastian para fingir que no habían estado retozando como animales la tarde anterior?

Grace instó a los niños a ponerse de pie para saludar. Por su parte, ella hizo una reverencia.

—Su excelencia, lady Lydia, lady Mary Ann, sean bienvenidos.

—Gracias por recibirnos, disculpe la demora… tuvimos un pequeño inconveniente. —Le propinó una mirada acusatoria a Lydia, la menor de sus hijas. A sus seis años, ella todavía se aferraba a un pañuelo que había pertenecido a Felicity. No iba a ninguna parte si no estaba en su bolsillo.

Grace asintió.

—No hay problema. —Miró a las niñas y advirtió con un tono suave pero firme—: Sin embargo, deberán llegar a la hora la próxima vez, no podemos atrasar la lección ni yo volveré a explicar, por lo que tendrán que preguntarles a sus compañeros al final de la clase. ¿Es un trato?

—Sí, señorita —respondieron las niñas al unísono.

—Bien. Niños, los dejaré un momento a solas para que se conozcan. —Dirigió sus ojos hacia los de Sebastian—. Su excelencia, necesito conversar un par de cosas con usted en privado.

—Soy todo suyo.

Grace se aclaró la garganta. «Descarado», pensó.

—Sígame, por favor.

Salieron de la pequeña sala hacia un rellano y caminaron hasta el fondo. La puerta que tenía el membrete de «Dirección» estaba entreabierta. Ingresaron a una antesala, donde se encontraba la señorita Anderson sentada frente a un pequeño escritorio, redactando una carta. Les dedicó una leve sonrisa y continuó con su labor.

Grace entró a su oficina e invitó a Sebastian. Al cerrarse la puerta se miraron, mas ninguna palabra salió.

Qué ridícula situación. Grace compuso una incómoda sonrisa y ofreció asiento con un gesto.

El escritorio los separaba. Él no le quitaba la mirada de encima. Bien, si él no iniciaba la conversación, ella haría como que nada pasaba.

—Las clases empiezan al mediodía, los lunes, miércoles y sábado, y tienen una duración de dos horas con un intervalo de descanso de quince minutos. Tendrán lecciones teóricas y prácticas.

»El valor semanal de las clases es de tres chelines por alumno. En su caso, como trae a dos, se le hace una rebaja y el valor queda en cinco. Puede pagar por adelantado la semana, el mes o el año. La academia proveerá instrumentos para la clase, pero si desea que sus hijas practiquen, le aconsejo que les compre uno. La tienda del primer piso les hace descuentos a los alumnos de la academia.

Sebastian asintió y solo respondió lacónico:

—Me parece perfecto.

—Bien… Es necesario firmar el contrato para… Sellar nuestro pacto.

—Por supuesto.

—Iré a buscar el contrato. Deme un segundo.

Grace se levantó y pasó por el lado de Sebastian. Él la tomó de la muñeca frenando en seco su retirada. Ella miró la enorme mano y luego los ojos de él. El verdor de sus iris apenas era un ribete gracias a sus pupilas dilatadas.

Le dio un leve tirón que solo indicaba que se acercara a él.

Grace cerró sus ojos con franca frustración. Su cuerpo, rebelándose contra ella, la traicionó; el corazón le latía desbocado y el deseo se derramaba por sus venas, caliente y denso. Obedeció.

Sin palabras, él la instó a sentarse en su regazo. La mano libre de su amante viajó por debajo de su falda y de las incontables enaguas hasta alcanzar su muslo. A su oído llegó el susurro de la aterciopelada voz masculina que ordenaba:

—Bésame, Grace… Ahora.

Sus bocas se devoraron en un intercambio profundo y rebosante de necesidad, en el que sus lenguas se batieron en una competencia cuyo objetivo era determinar quién saboreaba más del otro.

El gemido involuntario de Grace fue engullido por la boca del duque.

Sebastian terminó el beso con brusquedad y la respiración agitada. Su mano ya había franqueado la abertura ribeteada de la ropa interior femenina, y sus dedos indagaban entre los húmedos rizos de su amante.

Se perdió en los ojos de Grace. Susurró, suave y sensual:

—Cásate conmigo.

Grace alzó levemente su barbilla y musitó un firme:

—No.

Sebastian esbozó una sonrisa. Adecentó la ropa de Grace y se chupó los dedos que habían acariciado la palpitante intimidad.

—Pronto me dirás que sí.

—Engreído.

—Soy un duque después de todo.

La liberó de su agarre.

Ella se puso en pie y arregló su ropa. Sentía las mejillas ardiendo. No podía remediarlo con rapidez, por lo que se limitó a inspirar hondo antes de salir de su oficina.

Sebastian se quedó a solas y se reacomodó en la silla. Desconocía la reacción instantánea de su cuerpo. En cuanto vio a Grace, lo invadió la urgencia de tocarla y enterrarse en ella. Fue un infierno el sentimiento de culpa que lo atenazó por sentirse de esa manera frente a sus hijas. A veces le costaba admitir para sí mismo que, aparte de ser padre, también era un hombre.

Uno que estaba empezando a vivir de nuevo.

No obstante, cuando Grace le pidió hablar en privado, el deseo se erigió como una ola sobre él y apenas la pudo domar. Tenía su encanto el cariz clandestino de su relación, y fingir que no eran más que un par de conocidos.

Grace volvió con el contrato y procuró quedar fuera del alcance de Sebastian. Él era peligroso para su voluntad. Se sentó frente a él y le entregó el papeleo.

Mirándola de soslayo, y con una sonrisa bailando en sus labios, leyó las condiciones del contrato. Finalizó el trato firmando con la pluma que le proporcionó Grace.

Esculcó su bolsillo y pagó un mes por adelantado.

—Seré puntual la próxima vez, señorita Cross. —Se levantó e inclinó levemente su cabeza—. Ha sido un placer hacer negocios con usted… Me despediré de mis hijas. Volveré en un par de horas.

—Nos vemos al rato, su excelencia.

Sebastian se retiró de la estancia. Grace esbozó una sonrisa.

Le gustaba ese duque bribón.

Cuando Grace volvió a la sala de clases, se encontró con el grupo de niños jugando. Mary Ann y Lydia lucían eufóricas; corrían junto a Martha, Ronald y Joel intentando escapar de Colin. Reían y gritaban.

De haber sido una maestra tradicional, habría amonestado a todos los alumnos y hubiera castigado al instigador del desorden. Ella sabía bien quién era, Joel. Cada vez que el niño se aburría, organizaba juegos, arrastrando a los demás.

Sin embargo, Grace ganaba más de otra forma. En silencio entró, tomó el violín y comenzó a afinarlo. Poco a poco, la curiosidad se apoderó de los niños, sus miradas y oídos se centraron en su maestra.

—Bien, ahora sí iniciaremos la lección.

Las personalidades de Mary Ann y Lydia eran muy marcadas, y salieron a relucir mientras Grace impartía la lección. En el instante en que le entregó a cada niño un violín, la hija mayor de Sebastian lo tomó con cuidado e hizo los ejercicios iniciales, concentrada y obediente. Por otro

lado, la menor fue más curiosa y movió las clavijas, tocó las cuerdas y probó el sonido con el arco antes de siquiera recibir alguna instrucción.

No obstante, ambas prestaban atención y, tal como los demás, estaban entusiasmadas. Tal parecía que no tenían mucho contacto con otros niños de edad similar, y menos que tuvieran un interés en común.

El trabajo con un grupo de niños no era fácil, pero Grace lo disfrutaba. Tenía cierta afinidad con ellos y, a pesar de que era una adulta, los entendía. Una parte de ella seguía recordando lo que era ser una niña; las ilusiones, los miedos, la forma en cómo veía el mundo, lo simple que era.

Al terminar la clase, los alumnos del Colegio New Hope se retiraron con una de las maestras que los fueron a buscar en un carruaje de la institución. Se despidieron con alegría, esperando ver a las hijas del duque una vez más.

Grace se quedó a solas con Lydia y Mary Ann. En sus rostros, la euforia y entusiasmo se disipaban, dando paso a la curiosidad. Conocían a su maestra debido a que coincidían en algunos eventos a los que su padre era invitado, pero no iban más allá de las cortesías.

Sin embargo, jamás habían estado a solas con la señorita Grace, y Mary Ann fue la primera en soltar una pregunta que llevaba mucho tiempo sin respuesta:

—Señorita Archer-Montague… —llamó con un tono respetuoso.

Grace, quien guardaba los instrumentos en los estuches, centró su atención en la hija mayor de Sebastian, la cual tenía siete años. Se encontraba sentada al lado de su hermana menor de seis años. Las piernas de ambas niñas colgaban del asiento, y las movían en un inquieto vaivén.

—Dígame, lady Mary Ann.

—¿Por qué aquí la llaman «señorita Cross»?

—Ah… —Cerró el último estuche—. Bueno, porque ese es mi nombre artístico.

Lydia entreabrió la boca, frunció el ceño y arremetió con otra pregunta:

—¿Se puede tener un nombre artístico?

«Ah, la inocencia», pensó Grace y, mientras tomaba una silla y se sentaba frente a ellas, respondió con naturalidad:

—Sí... ¿Por qué no?

Mary Ann y Lydia se miraron y sopesaron la respuesta. A la postre, la menor preguntó:

—¿Por qué no usa su nombre real? ¿No le gusta?

Grace rio y respondió:

—Me encanta, pero quise hacerles un homenaje a mis madres. Como violinista y compositora, uso el nombre de mi primera madre, Lizbeth, y el apellido de mi segunda madre, Cross. Así quedó mi nombre artístico, Lizbeth Cross.

Fue el turno de Mary Ann de entreabrir la boca, extrañada. Pero Lydia fue más rápida haciendo la pregunta:

—¿Tiene dos madres? ¿Se puede tener dos mamás? —En el rostro de las pequeñas había cierta congoja. A Grace se le partió el corazón.

—Mi primera madre fue la que me dio la vida y vivió conmigo hasta que cumplí seis años. Lamentablemente, ella enfermó y falleció.

—Como mi mamita —añadió Mary Ann.

Grace asintió y suave, replicó:

—Así es, viví lo mismo que ustedes. Pero en ese entonces yo no tenía papá.

Lydia imaginó esa situación… Era dolorosa, y sus ojos se tornaron vidriosos. No concebía su vida siendo huérfana de madre y padre. Mary Ann, conmovida, y con ganas de saber más,

preguntó:

—Y luego tuvo papá, ¿cierto?

Grace asintió, recordando la primera vez que lo vio. En ese momento, ella no sabía quién era él y, ante el extraño, solo se defendió pateándolo y escupiéndolo como una salvaje. Era un recuerdo agridulce. Miedo y esperanza a partes iguales.

—Sí, me encontró y me llevó con él. —Grace meditó cómo narrar los sucesos que, para las niñas, podían ser incomprensibles. Ni siquiera ella misma entendía bien su situación en ese momento, solo se adaptaba a las nuevas circunstancias. A medida que crecía, fue consciente de los alcances de su origen y lo que de verdad significaba—… Y ahí conocí a mi madrastra, pero prefiero llamarla mamá, ella me crio y me dio tanto amor como si fuera su hija de sangre.

Lydia, con sus ojos bien abiertos por aquel relato, interrogó:

—Entonces, ¿no era mala como la madrastra de los cuentos de hadas?

Con una sonrisa, Grace negó.

—Mi mamá es la mujer más formidable del mundo. Gran parte de lo que soy es gracias a ella. No todas las madrastras son como en los cuentos.

Mary Ann inclinó levemente la cabeza y cuestionó:

—¿A qué mamá quiere más?

Grace ni siquiera tuvo que pensar y respondió:

—Las dos son importantes para mí, a las dos adoro por igual… El corazón es una fuente inagotable de amor. —Y cuando terminó de decir esas palabras, recordó a Sebastian. Se preguntó si en el corazón del duque había espacio para ella, o si solo se trataba de reivindicarse o sacarse la espina clavada.

Lydia, no conforme con aquella respuesta, preguntó distrayendo a Grace de sus propias inquietudes:

—¿Y no extraña a su primera mamá?

Grace inspiró hondo. Quién diría que terminaría su día con esa conversación que no tenía nada de infantil o trivial. Las preguntas de las hijas de Sebastian eran legítimas, y ella jamás minimizaba el sentir o curiosidad de un niño.

—Cuando era pequeña la extrañaba mucho, mucho, mucho. Pero con el amor de mi segunda mamá la añoranza se hizo pequeña, mas no por eso dejé de quererla. A veces intento recordar cómo era su voz o su rostro, pero no puedo… Ni siquiera tengo un retrato de ella. —Tragó saliva, era triste no poder evocar sus facciones. Si existía una pintura de su madre, debía estar en una de las propiedades de lord Castairs, quien repudió a la condesa viuda cuando se enteraron de que estaba embarazada—. Pero hay cosas que me la recuerdan. Cada vez que me miro al espejo, puedo ver sus ojos, porque los míos son iguales a los de ella… O cuando siento el aroma a la colonia de limón. Era su favorito, cada vez que lo huelo, logro sentir el calor de mi mamá…

Mary Ann no pudo aguantar la emoción y dos lagrimones cayeron en su lozana piel. Lydia no tardó en hipar en silencio. Grace sacó un pañuelo de su bolsillo y enjugó los rostros de las niñas mientras decía:

—Lo siento, no quise que se entristecieran. Me gusta hablar de mi mamá, recordarla… Ella vive en mi corazón.

Ambas niñas rompieron en un llanto doloroso, y Grace no pudo mantenerse al margen. En el fondo, Mary Ann y Lydia le recordaban a ella misma, y sabía que lo único que necesitaban era un abrazo.

Y así lo hizo.

Cobijó entre sus brazos a las niñas que habían perdido a su madre, una buena madre. Era cosa de ver cómo eran Mary Ann y Lydia, la manera en que la extrañaban y añoraban su amor.

Se preguntó, si ella se casaba con Oxford, ¿las niñas la aceptarían? Se dio cuenta de que era un factor determinante. No quería sentirse como una intrusa.

Ah, maldito fuera el duque, le estaba haciendo pensar demasiado.

Lydia y Mary Ann se aferraron a Grace, quien las mecía levemente, porque eso hacía su madre cuando ella necesitaba consuelo. Algo había en ese movimiento suave y lánguido que traía calma. A cada una les depositó un beso en la coronilla… Olían a limpio… a limón.

Como Lizbeth. Evocó su calor y su amor... Cerró sus ojos, y la melodía que le tarareaba su madre hizo eco en su voz, en un sutil murmullo. Todavía recordaba esos pequeños momentos llenos de amor.

Un nudo se instaló en su garganta y sus ojos se anegaron.

Así las encontró Oxford cuando volvió. La preocupación suavizó su rictus siempre serio y, acercándose con cautela, preguntó:

—¿Sucedió algo malo? ¿Están todas bien?

Al escuchar la voz de su padre, las niñas alzaron su mirada y asintieron. Inspiraron entrecortado, la añoranza que las había engullido se disipaba con el consuelo de la señorita Cross.

Sin apuro, Lydia y Mary Ann se separaron de Grace. Ella les enjugó una última vez sus rostros con su pañuelo. Intentó sonreírles y tuvo que secar sus propias lágrimas que cayeron impetuosas, pese a lo mucho que intentó contenerlas.

Sebastian se agachó para recibir el abrazo de sus hijas, que se escondieron en su pecho, y él acarició sus pequeñas espaldas. Contempló a Grace y tuvo ganas de abrazarla a ella también.

No entendía qué había sucedido, nadie le explicaba, pero podía intuir que estaba relacionado con Felicity. Ningún otro tema afectaba tanto a sus hijas.

Sebastian le preguntó sin voz a Grace si estaba bien. Ella asintió. ¿Segura?, insistió…

—Un tema llevó a otro, y terminamos recordando a nuestras respectivas madres… —Una trémula inspiración reflejó que todavía no se recuperaba del todo—. Solo nos emocionamos y las extrañamos. Sus hijas huelen a limón, igual que mamá.

—Oh… Felicity eligió esa fragancia para las niñas. La usan desde siempre.

—Es una linda coincidencia. —Suspiró—. ¿Están mejor, lady Lydia, lady Mary Ann?

—Sí —respondieron las pequeñas.

Sebastian se levantó y alzó a sus hijas, una en cada brazo. La risita que soltaron al estar tan alto apaciguó del todo la nostalgia de las niñas.

Grace se quedó admirando a aquel hombre que adoraba a sus hijas. Él, consciente del escrutinio, anunció:

—Volveremos pasado mañana…

Ella parpadeó, saliendo de esa especie de trance, al cual había sido sometida sin darse cuenta.

—Claro… —Miró a las niñas y les consultó—: Desean volver, ¿cierto?

—¿Estarán Joel, Colin, Martha y Ronald? —preguntó Mary Ann.

—Sin falta.

Lydia y Mary Ann sonrieron. Hicieron un gesto de despedida con sus manos.

—Yo me aseguraré de traerlas con puntualidad. Ah, no olvide, señorita Grace, que vendré el martes, tal como acordamos ayer. —Sebastian le guiñó el ojo y se retiró dando una ligera inclinación de cabeza.

Grace se quedó sola en medio de la sala. Sus manos se anclaron en sus caderas y arqueó su espalda… Se sentía agotada.

Miró la hora en el reloj que estaba en una de las paredes. En cinco minutos iniciaría el ensayo con el quinteto. Tenía que aprovechar de recuperar el tiempo perdido. Matt, Caleb y Tony concluyeron sus estudios en la universidad y ya disponían de más horas para perfeccionar el quinteto. La que superó sus expectativas fue Florence, quien residía en Londres y logró un nivel envidiable. Ella siempre fue meticulosa y perfeccionista.

La puerta se abrió de golpe.

Sebastian.

Grace no alcanzó a reaccionar y ya estaba siendo asaltada por la boca de él.

Ah, sí… No sabía que necesitaba un beso de despedida. Uno que le durara hasta su próximo encuentro. Sebastian enmarcaba su rostro con una delicadeza que contrastaba con la dureza del intercambio.

El duque cortó el beso y dijo:

—No podía irme sin más…

La volvió a besar. Grace se aferró a la cintura de Sebastian y disfrutó de los pocos segundos que les quedaban.

Era adictivo. Con razón los amantes no podían dejar de serlo.

A los oídos de Sebastian llegó un jadeo femenino. No era de Grace. Ella también lo notó. Ambos se separaron como si sus labios lastimaran. Sus miradas horrorizadas se dirigieron a la puerta.

Era Florence.

Y su mandíbula llegaba hasta el suelo.

Pianissimo

La joven se cubrió el rostro, como si eso hiciera desaparecer de su mente el impúdico beso del cual fue testigo.

—Ay, perdón por interrumpir. No tenía idea… ¡Ay, lo siento! —Su cara ardió. Había visto a sus padres besarse, pero no de esa forma. Tan… tan… Ni siquiera encontraba las palabras para describirlo.

Florence no sabía qué diablos sucedía.

Grace no sabía cómo explicar.

Sebastian no sabía cuál era la forma apropiada para actuar.

Estaba metido en un buen lío y si todo el mundo se enteraba…

En el estricto rigor, estaba comprometiendo a Grace, y eso le convenía a él, pues era su objetivo. No obstante, no se atrevía a pasar por encima de la voluntad de la mujer que se negaba rotundamente a ser su esposa. Eran amantes, pero el fin de esa relación era demostrar que él no coartaría la libertad de Grace en su matrimonio, que no sería un desastre su unión. No quería obligarla, por todos los santos.

Miró a Grace. En su rostro se traslucía el pánico.

Sí, ella no quería casarse con él. Por lo menos, no de esa forma.

Al parecer, tenía que comportarse como un canalla. Con un tono de voz arrogante y comedido, dijo:

—Señorita Witney… —Florence no respondió, mientras su mirada seguía parapetada tras sus manos—. Usted no ha visto nada. Olvide que nos vio en esta situación.

Florence se descubrió el rostro, escandalizada con esa absurda orden.

—¡Por Dios! ¿Cómo pretende que lo olvide, su excelencia?

Sebastian hizo acopio de todo su temple para decir:

—Porque Grace es una mujer adulta e independiente. No se entrometa en sus asuntos personales. Ella sabe a la perfección cómo conducirse en su vida.

—Grace es mi amiga —subrayó, casi no creyendo que estaba reprendiendo a un duque… ¡A un bendito duque!—. Todo lo que le sucede me incumbe y me entrometeré, porque ella me importa.

—A mí también me importa… —Miró de soslayo a Grace—. Más de lo que imagina, señorita Witney.

—Si fuera así como lo dice, habría pedido su mano.

«Ah, si supiera», ironizó Sebastian para sus adentros.

Las palabras de Florence repicaron como las campanas de una iglesia en la mente de Grace. La inminente amenaza de un matrimonio forzado hizo que saliera de su aturdimiento, e intervino firme:

—Florence… Ya te explicaré… —Los ojos de ella centellearon hacia Sebastian y añadió—: Oxford ya se iba… ¿Cierto?

Al duque no le agradaba en lo más mínimo la idea de dejar a Grace en esa tesitura, pero era la más apropiada para manejar a Florence. Él estorbaba y solo podía empeorar las cosas. Además, sus hijas lo esperaban en el carruaje y estaba tardando más de lo debido.

—Exactamente, me estaba despidiendo… Señorita Witney, señorita Grace…

—Adiós, Oxford.

El duque hizo una apresurada inclinación de cabeza hacia Grace y Florence, y se retiró en una exhalación.

El silencio se extendió entre ellas como un manto agobiante y pesado. Florence observaba a Grace, seria. No sabía por qué no se alegraba ante ese inesperado descubrimiento, quizás ellos sí se iban a casar. Sin embargo, la respuesta que indicaba lo contrario radicaba en el férreo mutismo de Grace. Ella no aparentaba ser una mujer que estuviera deseosa de contraer matrimonio, ni el duque parecía tener la intención de actuar con honorabilidad.

Florence se acercó a Grace. Su amiga no era capaz de sostener el contacto visual. A la postre, le preguntó sin rodeos:

—¿Me puedes contar qué está pasando entre ustedes?

«Lujuria, en esencia», pensó Grace, mas no podía darle semejante información a una señorita que ni siquiera ha dado su primer beso.

Bueno, ella tampoco lo había dado hasta el día anterior.

¿Cómo explicar lo inexplicable?

—Solo puedo decirte que estamos averiguándolo. —Soltó el aire de sus pulmones—. Es complicado.

—Para mí es bastante claro. Ustedes tienen una relación y parece que no va precisamente al altar… —Alzó su barbilla y añadió—: No me subestimes, Grace. No tengo diez años, sino veintidós. Para todo el mundo ya soy una solterona, aunque mamá insista en que debo tener una temporada más.

—Todavía hay oportunidades para ti, Florence. Aún eres joven y…

—Solo me han pretendido cazafortunas, mentecatos y arrogantes. —Resopló. Ningún caballero era suficiente. Sin embargo, no iba a caer en la trampa de Grace de desviar la conversación—: Mira, no te voy a hacer más preguntas, pero… No me dejes afuera, confía en mí. Aunque tengamos nueve años de diferencia, eres mi mejor amiga.

Grace pensó que si le contaba todo a Florence arruinaría su inocencia… Aunque, trabajando en la Academia Hope, era lo primero que se perdía ante los descarnados relatos que escuchaban de las mujeres que ahí buscaban una segunda oportunidad.

De alguna manera, sintió que perdería el respeto de Florence si le contaba la situación en la que estaba envuelta.

—Cuando tenga más claridad, te prometo que te lo contaré.

Aquella respuesta no tranquilizó del todo a Florence. Pero sí, tenía que aceptar que Grace no era una niña… Y hasta donde conocía al duque, podía atreverse a asegurar que no era un canalla.

—Está bien… Debes agradecer al cielo que los sorprendí yo y no Matt, Tony o… Ay, no quiero ni pensar en la cara que habría puesto tu hermano.

El rostro de Grace se contrajo con tan solo imaginar el escándalo. Caleb era capaz de retar a duelo a Oxford. Lawrence no fue una buena influencia, ahora todos encontraban plausible esa forma de buscar satisfacción, cuando se trataba de defender el honor y los ideales.

—Gracias, Florence, por entender… —Hizo una pausa, esperando a que su amiga dijera algo, pero solo recibió silencio—. Bien, aprovechemos para revisar las partituras mientras llegan los demás.

Tres días después, Oxford entraba en la habitación de su madre. Como siempre, ella lo ignoró dirigiendo sus ojos al techo. Él centró su atención hacia la señorita Berrow, una joven que atendía las necesidades de Constance y la acompañaba.

—Déjenos a solas, señorita Berrow. —Era la invariable orden que Sebastian daba a diario.

La muchacha asentía con humildad y dejaba a la duquesa viuda, no sin antes mirarla de reojo, como si buscara una confirmación de su ama, la cual no dejaba de observar la nada.

Cuando quedaron a solas, Sebastian suspiró. Hacía unos días, el médico de la familia hizo su visita mensual para constatar los progresos de la parálisis que aquejaba todo el lado derecho del cuerpo de Constance. El galeno le había informado que, si su madre se lo proponía, podría volver a caminar y recuperar sus capacidades. No en su totalidad, pero sí lo suficiente para darle autonomía.

No obstante, su madre se empeñaba en no salir de su habitación. Incluso Sebastian le ofreció comprar una silla de ruedas, pero solo recibió el duro silencio por parte de Constance.

Aún no le contaba acerca de sus intenciones con Grace. No temía a la reacción de su madre, sino a las consecuencias.

¿Y si ella se moría de la impresión?

Resopló. No podía ocultarle por demasiado tiempo la verdad a su madre. Tarde o temprano ella se enteraría. Un secreto que era revelado a un tercero —por voluntad o accidente— no garantizaba que no fuera a ser divulgado. La señorita Florence Witney era una amenaza en potencia.

Sebastian supuso que Grace pudo tranquilizar a su amiga, de lo contrario, ya hubiera tenido al duque de Ravensworth exigiendo restablecer el honor de su hija con el matrimonio.

Caminó hacia la ventana, afuera llovía y corría un viento que azotaba con fuerza las gotas en el vidrio.

—Hace unos días recibí una carta de mi tía Edna… —Detuvo su relato. Discreto, miró de reojo a su madre y dijo—: Clarence murió.

Constance entornó sus ojos. Para ella, aquella noticia era un golpe terrible que recibía el ducado. Otro más. ¿Hasta cuándo tendrían que pasar penurias?

Ajeno a los pensamientos de su madre, Sebastian añadió:

—En tres meses se cumplirán dos años de la muerte de Felicity. —Volvió a enmudecer. Sus recuerdos de esos aciagos días eran solo una neblina de emociones que lo abrumaban al punto de entumecer la realidad. Lo único que permanecía intacto eran las últimas palabras de su esposa, parecía conocerlo mejor de lo que suponía. Llenó de aire sus pulmones y sentenció—: Me volveré a casar.

Constance no esperaba esa firme y repentina resolución. Miró a su hijo con una expresión desconcertada. ¿Acaso al fin estaba entrando en sus cabales? Esas palabras eran un reflejo de lo que ella consideraba correcto.

Sebastian no podía llorar eternamente a su esposa, debía pensar en el futuro del ducado y de sus hijas. A sus oídos llegó la voz firme de su hijo que informaba:

—La señorita Grace Archer-Montague es la mujer con la que quiero casarme.

El duque se giró hacia su madre. Sus ojos se encontraron.

—¡Sobre mi cadáver!

No importaba que su madre no pudiera hablar tan claro como antes. Con aquella severa exclamación, Sebastian recibió la confirmación de que ella no iba a morirse de la impresión.

Al menos le estaba hablando. No sabía si sentirse contento o harto de tanta intransigencia. En casi dos años Constance no cedía ni un milímetro.

—¿Y se puede saber por qué, su excelencia? —Aquella pregunta solo la formuló para provocar a su madre a que hablara otra vez. Quizás había sido su imaginación.

—Su linaje está manchado. ¿No te basta con tener una media hermana bastarda, que quieres una esposa igual?

No, no fue su imaginación. Ahí estaba Constance March haciéndole la vida imposible.

—Si no tienes mejor argumento que ese, pierdes tu tiempo, madre.

—¿Es que acaso lo olvidaste?, porque yo no. Esa mujer vivió meses con una prostituta… ¡Una prostituta!

—Era apenas una niña…

—¿Y te consta que ella no fue vendida? ¿Acaso no sabes que hay hombres que pagan por acostarse con niñitas?

La crudeza de las palabras de Constance le recordaron lo imbécil que fue hacía nueve años… Lo diferente que era en ese momento.

Sebastian se tuvo que morder la lengua para no gritarle que el único hombre que mancilló a Grace fue él. Pero no iba a ventilar los alcances de su relación a su madre.

En cambio, solo replicó con desdén:

—Me importa bien poco si fue vendida o no… Su valía como persona, como mujer, es independiente de si supuestamente un depravado la mancilló. ¿Acaso no te escuchas? ¿Qué culpa puede tener una niña de semejante aberración? Imagina si eso le sucede a Lydia o a Mary Ann, ¿estarías juzgándolas de esa manera tan asquerosa? —Silencio—. No, ¿cierto?… porque ellas fueron concebidas dentro de un santo matrimonio. ¿Cómo osas juzgar a las personas por asuntos que no pueden controlar?

—¿Por qué la defiendes tanto? —En el rostro de Constance apareció la sospecha, y luego la incredulidad—. No me digas que te enamoraste de ella. Confiesa. ¿Cuándo sucedió? ¿Te atreviste a serle infiel a tu esposa? ¿Te revolcaste con esa mujer?

Sebastian frunció el ceño. A diferencia de la mayoría de los hombres, la furia no la manifestaba como una volcánica explosión, llena de vociferaciones vehementes. Sus palabras se convertían en un estoque acerado y afilado, y su mirada, gélida, casi ni pestañeaba. Era inquietante.

Y más inquietante fue su tono, bajo, lento y severo al decir:

—No te atrevas a juzgarme como si yo fuera padre. Ni con el pensamiento engañé a mi esposa. Yo amaba a Felicity, la respetaba. Era la madre de mis hijas. No soy Hebert March. Jamás, escúchame bien, jamás seré como él… Y si defiendo tanto a Grace es porque no merece tus ataques.

»¿Me preguntas si me he enamorado de ella?... La quise para mí antes de cortejar a Felicity. Y solo por complacerte y cumplir con tus exigencias de lo que debía ser la duquesa de Oxford, no dejé que enraizara esa atracción fugaz e impulsiva. Esta misma reacción que tienes ahora, me hizo desistir de mi intención de cortejarla hace nueve años… Pero ya no soy un cobarde que teme enfrentar a toda una sociedad llena de hipócritas. Por primera vez en mi vida voy a hacer lo que realmente deseo, y lo que deseo es a Grace Archer-Montague como mi esposa, te guste o no.

—Estás encaprichado, Oxford. Ve a un burdel y desahógate.

—Parece que sí has cambiado un poco. Ya hablas de prostitutas sin siquiera perder la compostura —ironizó—. No, madre… puedo pecar de muchas formas, pero no soy un animal. Grace no es un capricho. Yo la admiro, la respeto, disfruto los momentos que paso a su lado. —«La deseo», pensó. Sin embargo, desechó la idea de que solo se trataba de eso. No, definitivamente había algo más profundo. No podía señalar el momento, el segundo preciso en que su corazón volvió a colmarse de vida, en que empezó a sentirla en las venas, fluyendo en su sangre. Lo único que sabía era que no existía ese inmenso vacío que dejó Felicity… No concebía un futuro sin Grace, sin esa mujer que no aceptaba imposiciones, que hacía su voluntad, que era

un inmenso fuego que nunca menguaba. Debió admitir ante él mismo la verdad que emergió como un gigante que daba fuertes pisadas, arrasando todo en su corazón—. La amo.

Aquellas palabras salieron sin miedo. Sebastian esperó sentir culpa por decirlas a otra mujer, mas nada sucedió. Eran amores diferentes entre sí, por mujeres opuestas.

Una estaba viva, la otra… muerta. Ambas tenían un legado, uno que él deseaba amar y proteger con su vida.

Por Felicity el amor fue una decisión, un sentimiento tierno y nuevo que creció con el pasar del tiempo, con la convivencia, con los detalles que los fueron uniendo, con lo que formaban juntos.

Por Grace, el amor fue una acumulación de vivencias, de momentos trascendentales que explotó en medio de un choque de voluntades, del desafío, de probar y mostrar cómo era él en realidad… De esa certeza de que eran el uno para el otro.

No sabía si Grace iba a corresponder sus sentimientos. La idea de no lograrlo le dolió. Sin embargo, no desistiría. Valía la pena.

Lo invadieron unas locas ganas de verla, de tocarla, de desafiarla y besarla. Necesitaba alcanzar ese esquivo corazón.

Sí, nadie podría decir que no lo intentó.

Fue consciente de su madre, quien lo miraba con una expresión horrorizada.

—¿Qué ejemplo les dará a tus hijas, Oxford? Condenarás la reputación de mis nietas si te casas con esa mujer.

—Madre, te recuerdo que quienes condenaron la reputación de nuestra familia fueron padre y tú. Mis actos fueron la consecuencia. Si no hubiera transigido, si no hubiera cambiado, el ducado se habría hundido, y tú no estarías aquí en la comodidad de esta casa, sino mendigando en la calle… o tal vez muerta. Y si Grace me acepta como esposo, mis hijas tendrán el ejemplo de una mujer fuerte, que no se deja pisotear por nadie… ni siquiera por mí.

Constance negó con su cabeza. Sebastian se dirigió a la puerta, dando por finalizada esa especie de conversación.

Se preguntaba si su madre algún día aprendería a aceptar que no era perfecta, que cometía errores —y enormes—, que no todo era como ella pensaba.

Mientras tanto, Sebastian sintió como un pequeño avance que Constance le hablara, aunque solo fuera para lanzar cuestionamientos y reproches.

Ya no estaba muerto para su madre.

Quizás era un iluso, pero pensó que no todo estaba perdido.

Al cerrar la puerta tras de sí, su espalda se encorvó. Resopló. Su madre tenía la capacidad de agotar toda su paciencia en menos de cinco minutos y dejarlo extenuado. Al levantar la vista, se encontró con Meyer, el mayordomo, el cual se aproximaba, apresurado.

—Su excelencia, lo estaba buscando.

Sebastian enderezó su postura y respondió:

—¿Pasa algo malo?

El mayordomo le entregó una carta sellada a Sebastian al tiempo que decía:

—Ha llegado un mensaje urgente de la señora Sullivan de Green Cross Park.

Sebastian lo abrió de inmediato. La señora Sullivan era el ama de llaves de la propiedad que él poseía en Liverpool. Una de las pocas que conservó, debido a los amplios terrenos y a su ubicación estratégica cerca del puerto. Hacía un año invirtió en la construcción de almacenes para alquilarlos. No era un negocio que estaba destinado a llenar sus arcas, pero sí era lo suficientemente rentable para tener una entrada constante de dinero, e implicaba poco trabajo y

mantención.

Al leer la escueta, pero precisa carta de su ama de llaves, masculló una maldición. Debía resolver el asunto en persona, por lo que era imperativo viajar. En su mente se formó el itinerario; primero, tomar el tren hasta Birmingham; segundo, pernoctar en esa ciudad; y tercero, tomar el tren a Liverpool. Un día completo de viaje.

No podría ver a Grace el próximo martes, y mucho menos llevar a sus hijas a las clases de música. Ellas disfrutaron mucho de las lecciones, y no dejaban de hablar de los niños del Colegio New Hope y de su maestra. Incluso él ya les había comprado un violín para sus prácticas. Rumió otra maldición.

El deber siempre se imponía recordándole sus responsabilidades. Lo único que anhelaba en ese momento era aprovechar su tiempo con Grace, con sus hijas, con las personas que lo querían.

Miró a su mayordomo, él ni siquiera se había movido de su lugar. Meyer sabía que, cuando llegaba una carta urgente, debía esperar las instrucciones del duque. Sebastian consultó la hora en su reloj de bolsillo.

Si tenía suerte, podría tomar el tren de las dos de la tarde.

—Iré a preparar mi equipaje. Mientras tanto, consiga a dos chicos de confianza para enviar un par de mensajes. —En su mente, solo hubo dos personas.

—Como usted ordene, su excelencia.

Sebastian se dirigió hacia su alcoba.

Al entrar, fue directo al escritorio. Decidió que primero escribiría un mensaje para Grace, era imperativo avisarle que estaría fuera de Londres por unos días. El otro iría dirigido a Evelyn, su hermana.

Desde que despidió a la niñera, Sebastian no volvió a contratar a otra. Durante su luto, él no quiso presionar a sus hijas más de la cuenta, imponiéndoles una carga académica que no podrían digerir. Sin embargo, el tiempo pasó, y cuando consideró que ya era hora, contrató a una institutriz para que Lydia y Mary Ann retomaran sus estudios.

Cuando las pequeñas se liberaban de sus deberes, se entretenían jugando, pintando… siendo niñas. Los apremios económicos y el dolor lo instaron a ser más que el padre que provee dinero, techo y comida. Debió ser el apoyo en la pérdida, la fuente de afectos, aprender a formar a futuras mujeres. En ese aspecto se sentía un completo inútil. Poco de lo que le enseñaron sus padres era digno de replicar.

Aquello le sirvió para abrir los ojos y apreciar el trabajo que hacía Felicity como madre, y luego Evelyn como tía. No era nada fácil. Al estar inmerso en el Parlamento y las preocupaciones económicas, no le había tomado la importancia al paso del tiempo y de lo que se perdía. Para un hombre era demasiado fácil fingir que no podía más con las cargas paternales, con las exigencias.

Sus hijas crecían, ya no quería seguir perdiendo.

El único problema que se le presentaba era que cada vez que tenía que viajar de improviso, debía pedir ayuda. Todavía no se acostumbraba a ello, pese a que Evelyn siempre accedía y él confiaba en su criterio. No importaba que su hermana tuviera un bebé de pocos meses, le insistía que prefería que le delegara el cuidado sus sobrinas a ella, en vez de a una extraña.

Su hermana era admirable.

Suspiró y pensó en la discusión con su madre. No sabía por qué todavía no desechaba la esperanza de que algún día ella comprendiera que, con su actitud tan soberbia y rencorosa, solo se perdía de la última oportunidad de ser feliz y disfrutar de algo que nunca tuvo siendo la gran duquesa de Oxford, estar rodeada de personas que la apreciaran de verdad.

Spiccato

Durante todos esos días, los nervios de Grace estuvieron a flor de piel. La idea de saber que tendría un nuevo encuentro con Sebastian la colmaba de una extraña emoción, donde la ansiedad se entrelazaba con la excitación. Su imaginación alternaba entre imágenes y sensaciones eróticas, y los sentimientos que pugnaban por salir de su corazón. Cuando estaba cerca de él, cuando escuchaba esa voz llena de seguridad y de convicción, sentía que su voluntad flaqueaba frente a algo parecido a la esperanza.

Pero la cautela le susurraba al oído que no debía ceder tan fácil. No sabía si lo que esos ojos verdes reflejaban era solo deseo, o escondían algo más profundo.

Si cedía y entregaba todo su corazón, toda su alma —el cuerpo no contaba— y Sebastian no correspondía, ni siquiera la esperanza le quedaría.

Consultó la hora en el reloj de la pared. Faltaban quince minutos para el mediodía.

Resopló. En breve terminaría la lección especial que estaba impartiendo y tendría el resto de ese día para descansar.

Sin embargo, la idea del descanso no le producía mayor emoción. Su mente volvía una y otra vez hacia Sebastian.

Se preguntó si él le anunciaría la hora de su encuentro amoroso con un mensaje, o si lo acordarían en persona cuando él viniera a dejar a sus hijas. No confiaba mucho en esa última opción, pues se dedicaban a robarse besos cortos y apasionados en cada instancia que se ofrecía. No había palabras, solo acciones y ansiedad.

¿Sería muy atrevido si tomaba la iniciativa y le indicaba la hora por medio de una nota? Él le enviaba mensajes por escrito, no veía inconveniente si ella hacía lo mismo. Si a Sebastian se le ocurría visitarla el martes por la mañana, se encontraría con la fastidiosa espera, pues en ese horario ella impartía clases particulares a músicos en ascenso que deseaban perfeccionar sus técnicas.

Sí, eso haría, mejor le escribiría.

Observó a Bruce White, uno de sus alumnos, que hacía el ejercicio que pretendía ser un *spiccato,* una técnica que se trataba de golpear las cuerdas con el arco para lograr un efecto de sonido particular.

—Aumente la velocidad poco a poco, señor White… hasta que el arco empiece a rebotar.

Bruce, concentrado, pero harto del monótono ejercicio, replicó:

—Es muy difícil, señorita Cross… —Dejó de tocar el violín—. Y, por favor, si le parece bien, llámeme por mi nombre. En su academia usted es la maestra y yo su alumno.

Grace esbozó una sonrisa. En cierto modo, el señor White tenía razón, a la mayoría de sus alumnos los llamaba por el nombre para establecer una jerarquía. Sin embargo, él era el hijo menor de un conde, y con los aristócratas nunca se sabía, algunos eran más flexibles que otros.

—De acuerdo. Si usted me da su venia, entonces lo llamaré por su nombre… ¿Continuamos? —Él asintió—. Bien, la técnica del *spicatto* es pura práctica. El método que estamos utilizando es el más efectivo para dominar el movimiento del arco. Algunos van directo a darle de golpes a las cuerdas y, al final, no tienen el control de nada. Este ejercicio es para entender la relación que hay entre el arco, las cuerdas y la velocidad.

Bruce comenzó a tocar. Grace aplaudía para marcar el *tempo*.

—Más rápido… Sin prisa…

En ese momento entró su ama de llaves en la sala de clases. Grace frunció el ceño. Doris no bajaba a la academia a menos que fuera importante. Su alumno dejó de tocar.

—No he dicho que se detenga, Bruce. Continúe. —Fue al encuentro de Doris—. *Da capo*[1].

Bruce lanzó un suspiro lastimero. Inició una vez más el ejercicio.

—Disculpe la interrupción, señora… —Y añadió con un tono más discreto—: Ha llegado un mensaje desde Oxford House. Supuse que querría leerlo de inmediato.

El ama de llaves le ofreció una nota lacrada.

—Gracias, Doris… Supusiste bien.

La mujer esbozó una sonrisa y se retiró.

Grace reparó en el sello. Alzó una ceja al constatar que Sebastian usó el blasón del ducado. Vaya osadía del duque de enviarle un mensaje a su amante revelando su identidad.

—Más rápido, Bruce…

Rompió el sello con cuidado. Leyó.

Mi querido lirio de los valles:

Asuntos urgentes e impostergables exigen mi presencia en Green Cross Park, mi propiedad en Liverpool, y me obligan a cancelar nuestro encuentro. No sé cuánto voy a tardar, pero haré lo posible por volver pronto.

Mi hermana, Evelyn, llevará a las niñas a la academia durante mi ausencia. Por nada del mundo se quieren perder una de tus clases… Como he pagado todo el mes, es mi deseo que mi dinero rinda frutos, y que a mi regreso mis hijas sean capaces de ejecutar una pieza de Paganini.

Contaré los días hasta que vuelva a verte.

A mi retorno, te haré mía una vez más para que no olvides a quién perteneces.

Yo no olvido que soy tuyo.

Oxford.

Su ánimo se fue al suelo. Inspiró hondo… Sentía que su mente y su corazón iniciaban una encarnizada pugna por imponerse.

Una parte de ella, la más inocente, romántica y esperanzada, creía y confiaba en Sebastian. No dudaba que él estaba entregado a que su relación funcionara. Que, incluso, existía la posibilidad de que en el corazón del duque había un afecto que se transformaba en algo más profundo, desde antes de proponerle matrimonio.

La otra, la cínica, desconfiada e insegura, decía que Sebastian ya había obtenido de ella lo que quería y que empezaría a poner distancia de a poco, para que al final no quedara nada. Quizás esos besos que se daban a escondidas cuando él llevaba a las niñas a clases fueron el preludio de una cruel y larga despedida en la que perdería su corazón.

Aquella nota no le hizo nada bien a sus contradictorios pensamientos y sentimientos. No quería pensar, no quería sentir.

Odiaba esa sensación de vulnerabilidad.

Porque aquello le hacía recordar el miedo a estar perdida en un mundo demasiado grande. Como cuando era una pequeña huérfana de pelo corto y con ropa de niño en pleno Whitechapel, esperando en la calle a que su tía despachara a un cliente.

Se concentró en el sonido del violín.

Dio media vuelta y dijo:

—Más rápido… ya casi lo logra…

Mentía. Ella sabía que Bruce no tendría éxito.

Al día siguiente, cuando Sebastian llegó a Green Cross Park, lo recibió de inmediato la señora Sullivan. Ella no era solo el ama de llaves de la propiedad, sino que también —con un cuantioso aumento de sueldo— se convirtió en la administradora del negocio de almacenes del duque.

El frío penetraba hasta la médula de los huesos y llovía como si el mismo cielo estuviera derramando cántaros a la tierra. No obstante, era diferente a Londres. El aire del mar que llegaba a él aligeraba la opresión que sentía en el pecho.

La señora Sullivan caminaba a su lado en dirección a los almacenes para cuantificar los daños. El sonido de la lluvia golpeaba su paraguas y les obligaba a elevar el tono de voz.

—¿Ya han venido los agentes del seguro? —preguntó Sebastian

—Sí, su excelencia. Ayer precisamente… Estaré pendiente del proceso, ya sabe que el trabajo de esos sinvergüenzas es evitar las indemnizaciones a toda costa.

—Se lo encargo. Si necesita que las comunicaciones sean más rápidas entre Liverpool y Londres, deberá contratar a alguien que lleve nuestras cartas en persona, y así nos saltamos el correo. ¿El señor Dutton ya ha sido informado?

—Así es. Gracias a Dios se encontraba en Liverpool cuando esto sucedió, y he organizado una reunión para que converse con usted en un par de horas. De igual modo, lo he hecho con otros clientes menores que compartían uno de los almacenes siniestrados.

—Bien… Buen trabajo, señora Sullivan.

—Lo hago con gusto. La verdad, es más interesante administrar su negocio que ser ama de llaves.

Llegaron a la zona de los almacenes. Sebastian se sintió afortunado de haberle hecho caso a su amigo, Lawrence, quien le aconsejó no hacerlos de material ligero e inflamable —como lo era la madera—, aunque fuera más costoso de financiar. De lo contrario, tendría que estar lamentando la pérdida de tres almacenes y no solo el contenido.

No obstante, aunque la construcción fuera hecha para resistir incendios, las mercancías del interior no. Todo, salvo la estructura sólida, fue arrasado por las llamas.

Cuando entraron a uno de los almacenes afectados, Sebastian pudo constatar que la pérdida del cargamento de té era total para su cliente. A paso lento recorrió el lugar. El olor a quemado y a humedad persistía en el ambiente.

Sebastian lanzó un resoplido.

—No hay que ser un genio para suponer que el incendio fue intencional —aseveró—. Con nuestras políticas de contratación pretendemos reducir el riesgo de accidentes o negligencias. ¿No ha sorprendido a nadie fumando dentro de Green Cross Park?

—El supervisor del personal y yo somos muy estrictos en ese sentido. Bastó con despedir a un guardia que fumó dentro de un almacén para que los demás supieran que esa regla no se rompe bajo ningún punto de vista. Concuerdo con que el incendio fue premeditado, su excelencia. Los bomberos harán su informe, pero creo que deberá contratar a un detective para reforzar la investigación. —La señora Sullivan hizo una pausa, antes de conjeturar—: El fuego afectó a uno de nuestros clientes más grandes… Pero… Considero que no debe tomar este evento a la ligera y asumir que solo querían perjudicar al señor Dutton. Convengamos que a mucha gente no le ha gustado su cambio de convicciones. ¿No ha tenido altercados políticos, recientemente?

Sebastian no respondió de inmediato.

Debía reconocer que en los últimos años había ganado enemigos, y no solo en la política, sino también por parte de la familia de Felicity. Si bien ellos se mantenían alejados de él y de sus pretensiones de quitarle a sus hijas, él no se confiaba del todo. Cada cierto tiempo pedía un informe de sus movimientos a su detective privado.

—Altercados no, pero, de cualquier modo, reforzaremos la seguridad de los almacenes. Le escribiré a Horatio Montgomery, él es hermano de mi cuñado y trabaja para mí en algunas investigaciones.

—¿Está hablando del mismo hombre que resolvió el caso del hermano del señor Dutton?

Sebastian asintió. El caso salió en todos los periódicos y tuvo un gran impacto en la sociedad. El hermano del señor Dutton resultó ser un asesino a sangre fría de varias mujeres, y fue condenado a muerte. Horatio investigó el caso y lo resolvió dos años atrás.

Había gente que pensaba que el señor Dutton debía pagar los pecados del hermano, echando abajo sus negocios.

Sebastian tuvo el mal presentimiento de que no podría resolver sus problemas en un par de días. Maldijo para sus adentros. Lo único que quería era estar en Londres con Grace, y demostrarle que la amaba. Con ella, la experiencia de amar y conquistar era nueva, y no se podía comparar con la de Felicity. Grace lo llevaba por un camino desconocido, en cada bifurcación descubría algo nuevo en ella y en él.

Y debía admitir que le fascinaba el resultado que estaba obteniendo. Grace espoleaba una parte de su carácter que siempre se mantuvo en las sombras. No tenía dudas, era una compañera ideal.

Su estómago rugió. No había comido ni un bocado desde el día anterior.

—Volvamos a Green Cross, señora Sullivan… ¿Hay algo de comer?

—Por supuesto, su excelencia. Llamé a la señora Robinson para que cocine, y también a la hija de ella para que mantenga todo limpio y dispuesto. Espero que sea de su agrado mientras dure su estadía.

—Perfecto. Vamos a almorzar.

Grace inspiró hondo en medio de la gélida y tenue lluvia. Temblaba, no sabía si era por los nervios o por el viento que arreciaba en ese momento. Su mente y su corazón llevaban dos días debatiéndose, y no lo soportó más. Esa tarde de lunes, ella salió apresurada de su casa, necesitaba escapar de sus pensamientos, a tal punto que olvidó ponerse los guantes.

Caminó desde su hogar hasta Bellway House, la residencia de sus abuelos, Iris y Adrien, los vizcondes Grimstone.

Cuando llegó frente a la puerta de la propiedad, tomó la aldaba. Le pareció tibia en comparación con la frialdad de su piel. Tocó su habitual tonada. Si había alguien en quien podía confiar y entendería sus decisiones, esos eran sus abuelos.

La historia de amor de ellos se podía resumir con una palabra: tiempo. Fueron amigos de la infancia, mas al pasar de la niñez a la juventud, sus vidas tomaron caminos separados. Veinticinco años después, el destino los unió cuando llevaban una larga viudez a cuestas. Eran personas que siempre regían sus actos con la mente, las convicciones y el corazón.

Esperó. Solo podía escuchar las gotas de lluvia golpeando su paraguas.

Hamilton, el mayordomo de Bellway House, abrió la puerta. Conocía la tonada de Grace, por lo que saludó con alegría:

—Bienvenida, señorita Archer-Montague.

—Gracias, Hamilton. ¿Está mi abuela en casa?

—Salió hace unas horas a la perfumería con lord Grimstone, pero ya debe estar por llegar. ¿La quiere esperar? —Abrió más la puerta, invitándola.

—Sí, claro. Iré a la cocina… ¿Baudin ha preparado algo delicioso para comer?

Hamilton esbozó una sonrisa.

—No sería Baudin, si no estuviera preparado alguna delicia.

Grace conocía esa casa como la palma de su mano. En cuestión de segundos entró en la cálida y moderna cocina, la cual era gobernada por el chef francés, que llevaba más de veinte años al servicio de los Grimstone.

—Oh, pero qué alegría tenerla en mi cocina, pequeña *madeimoselle* —saludó el chef. Su acento francés se había suavizado a lo largo de los años, pero aún era evidente.

—*Bonjour, mon cher Baudin* —saludó Grace con una buena dicción francesa. En el aire se respiraba un aroma familiar que la llevaba a la infancia. Se sentó frente al gran mesón de la cocina—. *Qu'est-ce que tu as de si délicieux pour moi?*

—Todo lo que tengo aquí es delicioso… Hoy está de suerte, hay *croissants* recién hechos.

—Ooooooh, ¿y tienes *confiture de lait*?

—*Bien évidemment*. Esa pregunta no se pregunta. Debo tener bien abastecido de *confiture de lait*, de lo contrario, *monsieur* Hamilton hace pucheros.

—No me puedo imaginar a Hamilton haciendo pucheros.

—Los hace, créame. Lo conozco bien, no por nada llevamos más de veinte años en esta casa.

—Veinticuatro, Baudin, a punto de cumplir veinticinco —intervino el mayordomo a espaldas de Grace—. Tantos años le hacen perder la cuenta. Llegamos a mediados de 1819.

—A usted le fascina llevar las cuentas. Pero para mí no pasa el tiempo.

—Es mi trabajo llevar las cuentas en esta casa.

A Grace le encantaba ver las interminables discusiones del mayordomo y el chef, las cuales eran inofensivas. No pudo evitar lanzar el impulsivo comentario:

—Ustedes dos parecen un matrimonio.

Hamilton y Baudin se miraron de soslayo. De inmediato, soltaron unas extrañas carcajadas. A Grace le pareció inesperada esa reacción. Por lo general, los varones se ofendían —o se aterraban— con cualquier insinuación que pusiera en tela de juicio su hombría.

Ella sabía que había mujeres y hombres que se sentían atraídos por personas del mismo sexo. Era bastante habitual verlos en el ambiente artístico, tras bambalinas. Algunos eran muy discretos, otros un poco más descarados. Todo dependía de cuánto les temieran a las leyes que castigaban esas relaciones. En lo personal, Grace no lo condenaba. Cuando usaban a Dios como excusa para dañar a alguien —contradiciendo las mismas enseñanzas de amar al prójimo—, no le parecía correcto.

—Ay, pequeña *madeimoselle*… —Baudin reía sin poder controlar del todo las carcajadas—. No le dé a Hamilton ideas para fastidiar.

—Un día traeré un anillo de compromiso —repuso el mayordomo mientras reía, imaginando la cara del chef. Se aclaró la garganta para volver a su solemne estado. Entre las carcajadas, había escuchado que abrían la puerta principal—. Creo que han llegado los vizcondes.

Baudin negaba con la cabeza y se limpiaba las lágrimas que desbordaron sus ojos por la risa. Le sirvió un *croissant* relleno con *confiture du lait* a Grace, el que ella devoró en un

santiamén, sin ninguna clase de refinamiento.

Eran su debilidad. No pudo evitar pensar en Oxford. Él también lo era… En cierto modo, siempre lo había sido.

Se dio golpecitos en el pecho para tragar el último bocado. Comió demasiado rápido. El mayordomo anunció:

—Los vizcondes la esperan en la sala de estar.

—Gracias, Hamilton. —Mientras se levantaba de su asiento, le indicó al chef—: Necesitaremos té y más *croissants*, por favor.

—Ya estoy en ello.

—Gracias… Espero que Hamilton le dé su anillo de compromiso —bromeó.

—Muy graciosa.

Grace salió de la cocina. A sus oídos le llegó la voz apagada de Hamilton que decía: «No sé cómo no se me ocurrió antes darte un anillo». Ella entreabrió la boca ante esa revelación.

Aunque, de alguna manera, no le sorprendió. Muchas piezas encajaron en ese momento, y les dio sentido a situaciones que antes no lo tenían. El inmenso secreto de Hamilton y Baudin estaba seguro con ella.

Al llegar a la sala de estar, la recibió su abuela con una gran sonrisa. Grace la abrazó y aspiró su aroma. Se sentía como en casa. Luego saludó del mismo modo a Adrien, su abuelo, quien siempre la consentía y le daba los mejores consejos.

Una vez que los tres entablaron la conversación de rigor —trivial pero necesaria— y que el té ya estuviera servido, Iris preguntó:

—¿Y cuál es el real motivo de tu visita, querida?

A Grace no le ofendió la pregunta, nunca visitaba a nadie sin una razón de peso.

Inspiró hondo… Y soltó:

—Oxford me propuso matrimonio.

Si hubieran estado bebiendo té, sus abuelos lo habrían escupido. Grace no esperó a que ellos la atosigaran con preguntas y repuso de inmediato:

—Lo rechacé… Le dije que accedería a algo más serio si él se atrevía a ser mi amante… Y aceptó.

Producto del impacto inicial, Grace aprovechó el silencio de sus abuelos y procedió a contarlo todo —omitiendo los detalles íntimos e impúdicos de su primera vez con Sebastian—, y vació su corazón y sus pensamientos, como si no hubiera nadie más en esa habitación.

A medida que avanzaba el relato, Iris y Adrien no se atrevieron a interrumpir, aún estaban impactados con la noticia de que el duque de Oxford le había hecho una propuesta de matrimonio a su nieta.

Ambos recordaron aquella noche de verano en que fueron testigos del primer encuentro de Grace con el joven duque. A la distancia no pudieron escuchar lo que ellos hablaban; sin embargo, intuían que no fue una conversación cualquiera. Iris recordaba muy bien cómo él caminó hasta llegar a su nieta, parecía estar sometido por alguna clase de embrujo. Por un instante pensó que sus oraciones habían sido escuchadas por Dios, y que le envió al caballero ideal para Grace, a juzgar cómo se miraban y se expresaban al hablar.

Pero solo fue eso, la ilusión de una vieja que lo único que quería era ver a su nieta feliz. El duque hizo público su cortejo al día siguiente a otra muchacha… lady Felicity Aylett.

Algunas cosas encajaron. Como aquella ocasión, cuando se hizo público el compromiso del duque, y apareció el anuncio en todos los periódicos de Londres. Nunca olvidaría esa sonrisa forzada en el rostro de Grace. En los ojos de su nieta había algo que en ese momento Iris no supo

interpretar.

Y ahora el duque deseaba retomar el camino desviado…

—¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Puedo esperar a que él me ame? ¿Y si después se arrepiente o se da cuenta de que es un error?

Grace tenía tantas preguntas y no hallaba las respuestas. Sin embargo, Iris y Adrien no escuchaban lo más importante, por lo que la gran dama indagó:

—Creo que tus preocupaciones estriban en lo que el duque siente, pero me parece que tú ya tienes sentimientos por él. ¿Lo amas, querida?

Grace se quedó en silencio por un instante, pero una pregunta la asaltó:

—¿Es posible amar a alguien sin haber vivido grandes cosas juntos?... Salvo los últimos acontecimientos, claramente.

Adrien le sonrió con ternura… ¡Ah, la juventud actual! Con frecuencia tendían a pensar demasiado, en vez de escuchar al instinto y al corazón, y solo arriesgarse.

—A veces lo único que se necesita es una mirada, y sabes que no es cualquier persona, que es especial. En otras ocasiones surge una complicidad natural de las almas que los va uniendo a través del tiempo. Otros lo construyen. No hay solo una forma de encontrar el amor, cada historia es diferente y no siempre se dan de manera sencilla… Y, lo de ustedes, parece ser una mezcla de todo. —Esbozó una sonrisa—. Creo que ya tienes tu respuesta, ¿o me equivoco?

—Es que… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. En el fondo, ella siempre lo supo. No sabría determinar cómo o cuándo se enamoró, mas no podía negar que era amor lo que sentía. Sebastian no era el aire que respiraba, sino la persona con la que deseaba respirar a un mismo compás—. ¿Y si no resulta? ¿Y si no me ama como yo lo amo? ¿Y si no me ama tanto como a Felicity?

A Iris se le partió el alma. Nunca había visto a Grace tan expuesta y vulnerable. Su nieta siempre se mostraba desenfadada, segura de sí misma, indolente ante el escrutinio que proviniera fuera de su círculo íntimo. Ser consciente de lo profundas que eran sus heridas, le hizo lamentar en su alma el hecho de que no podían protegerla tanto como querían. Si bien el modo en que Grace manejó el asunto era más que cuestionable, irónicamente, era lo que correspondía a su forma de ser.

No podía ser de otra manera. Iris le tomó las manos y sentenció firme:

—Pues, si eso pasa, no tendrás que arrepentirte de nada, porque aprovechaste tu oportunidad, lo viviste y lo diste todo. Si ocurre lo peor, lógico que dolerá… y mucho. Pero es más terrible vivir en el limbo de las conjeturas de lo que nunca fue.

»No te preocupes por la medida del amor, no todos amamos ni lo expresamos de la misma forma. Yo no te voy a juzgar por nada de lo que has hecho, eres una mujer. Viviste con las reglas que todo el mundo te impuso y ahora eres libre de actuar y decidir. —Sin embargo, se vio en la necesidad de agregar—: Oxford ya ha perdido demasiado en la vida como para estar jugando contigo. En el fondo, lo conoces lo suficiente para saber que él no es así. El miedo te está haciendo ver cosas que no son. Sí, te decepcionó su actuar hace nueve años, pero ten la fe de que él no quiere repetir su error.

Adrien compartía la opinión y el sentir de su esposa. Grace fue su primera nieta y una de sus mayores alegrías, por lo que se permitió añadir:

—Él amó a su esposa… Debes aceptar que nunca se deja de amar a quienes fueron importantes. Aún sigo amando a mi Rachel y a mis muchachos que fallecieron, Iris todavía ama a Charles… Los recordamos con amor y gratitud por haber estado con ellos durante el tiempo que pasaron por este mundo. Pero también agradecemos la segunda oportunidad que nos dio la

vida, y nos amamos profundamente. Jamás imaginamos que llegaríamos a esta edad juntos, pero ya pasaron veinticinco años, más de lo que vivimos con nuestros respectivos cónyuges. No es sano detener la vida a causa del dolor, y eso Oxford lo sabe. Si él está jugando con tus reglas para lograr casarse contigo, es porque no le diste otra alternativa, pero lo entiendo. Si él estuviera motivado solo por el deber, habría aceptado tu negativa y buscado a otra… Él también está aprovechando su oportunidad, porque ya no es el mismo muchacho inmaduro y prejuicioso de hace nueve años.

Las palabras de sus abuelos se parecían tanto a los argumentos de Sebastian. Quizás si se sinceraba… si lo escuchaba de verdad, sin que el miedo —más bien terror— interfiriera en su juicio…

No podía negarlo más, lo amaba… y debía decírselo para terminar de una vez por todas con esas noches intranquilas, entremezcladas con el anhelo, la esperanza y el temor.

Después de todo, Grace Archer-Montague ya había entregado su corazón, y ni siquiera se había dado cuenta.

Tercer Movimiento: Vivace

Cinco días pasaron desde que partió Oxford. Para no pensar más de la cuenta ni preocuparse, Grace se mantuvo ocupada todo el tiempo: después de impartir las lecciones a los niños, invitaba a las hijas de Sebastian y a Evelyn a almorzar en su piso; también se dedicó a organizar los últimos detalles de la inauguración de la academia; ensayó largas y productivas horas con el Quinteto Divino, pues ofrecerían una serie de conciertos en la semana de san Valentín, en el Hanover Square Rooms; visitó a sus padres y cenó en familia; siguió componiendo esa sonata, cuyas notas musicales borboteaban en su corazón, justo en aquellos momentos en que se detenía a pensar en Sebastian.

Desde que admitió para sí misma lo que sentía, el miedo fue desvaneciéndose, mas no del todo. Sin embargo, ya podía respirar con más serenidad y sus noches fueron más anhelos que pesadillas.

Esa mañana, concluyó la primera versión del primer movimiento de su sonata, lo escribió con un *tempo* de Adagio. La norma indicaba que una sonata solía empezar con un Allegro, pero a ella no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer —a excepción de las sensuales órdenes de Sebastian—, su corazón indicaba que debía ser lento, melancólico y majestuoso. Representaba la época en que conoció al duque y los trascendentales momentos que vivieron a lo largo de los últimos años. No era su tiempo para estar juntos, pero de un modo u otro estuvieron ahí, cerca.

Mientras tocaba en el violín el primer movimiento de su sonata y corregía algunas notas, entró Doris en la estancia y dijo:

—Ha llegado una carta para usted, señora.

Grace la miró con cierta confusión. Estuvo tan concentrada que ni siquiera escuchó la campanilla. Recibió el sobre que le ofrecía su ama de llaves.

—Muchas gracias, Doris.

El ama de llaves asintió y se retiró.

Solo en ese momento Grace estudió la carta. El sello era de Oxford.

Su corazón se desbocó. Sus dedos temblaron. Se reprendió por su torpeza al rasgar de más el papel. Cayó algo al suelo. Grace lo recogió, era un dibujo al carboncillo. En él pudo reconocer un arreglo floral compuesto por un ananá, claveles, rosas musgosas y tulipanes. Tragó saliva cuando desplegó la carta y leyó:

Green Cross Park, Liverpool. Sábado 20 de enero de 1844.

Mi querido lirio de los valles:

Apenas me desocupé de mis deberes de este día, me senté a escribirte. Has estado en mis pensamientos en todo momento y, lejos de perturbarme, solo me hace concentrar mis esfuerzos en terminar lo que me ha traído aquí para regresar a tu lado. Si no hay más inconvenientes, estaré volviendo a Londres el día 29 en la noche.

Hay tanto que quisiera decirte, pero me temo que es tan importante, que no se puede revelar por carta. Lo único que me voy a permitir es confesar que te extraño.

¿Cómo es eso posible, si antes no sucedía? Te has de preguntar.

Antes no te extrañaba, porque te mantenía en un rincón oscuro de mi mente y de mi corazón que no me permitía visitar. Lo hacía principalmente por cobardía. Es un defecto que me ha costado una vida superar. Antes de

proponerte matrimonio, estuve muchos días debatiéndome si era correcto alterar tu vida de esa manera.

Varias veces estuve frente a tu puerta y me retiré, pensando que ya era tarde para que hubiera un nosotros.

Sin embargo, hubo un momento en que me decidí, ya no me quería quedar con la eterna pregunta sin respuesta rondando mi mente.

Ahora te extraño porque me lo puedo permitir. He probado tus labios, tu cuerpo, tu esencia, toda tu piel. No sabes lo que has provocado en mí con ese acto de rebeldía al desafiar mis convicciones… Quizás aceptar tus términos ha sido lo más valiente que he hecho por mí y solo por mí. Aunque no lo creas, me atreví a mostrarte una parte de lo que soy y que nadie ha visto jamás, y eso me convence aún más de que eres lo que siempre supe; hace nueve años yo no era el hombre para ti. Tuve que descender al infierno y convertirme en un demonio digno de Murmur. Debía endurecer mi carácter, transigir mis valores y reemplazarlos por unos nuevos. Tenía que aprender a ser esposo, a ser padre, a ser un verdadero hombre. Ahora te has convertido en mi amante y no dejaré de insistir en que tengas el lugar que mereces, a mi lado, y seas mi compañera de vida, mi esposa.

Conozco tus temores y no sé cómo aliviarlos, porque depende de la confianza que tengas en mis promesas. Nunca te he prometido nada, solo has sido testigo de lo que puedo hacer por honor, por defender a las personas que sufren una injusticia o por resarcir mis errores.

Dicen que las palabras se las lleva el viento, pero aquí en este papel puedo inmortalizar una solemne promesa.

Si te casas conmigo, no impediré que continúes con tu carrera artística.

Seguirás siendo dueña de tu academia, haré lo posible para que eso no cambie, aunque sea de manera indirecta.

Continuarás con tu legado, formando músicos que te recordarán y que transmitirán tu pasión.

No tendrás la obligación de organizar bailes y hacer vida social en nombre del ducado. Desde que Felicity enfermó, no hubo nada de eso y, francamente, no vale la pena que te desgastes en gente que es menos que tú y que te despreció. Prefiero que me acompañes a los bailes que organizan tus familiares y amigos, ellos sí valen el mundo.

Te prometo ser fiel y leal a ti.

Hay otra promesa que quiero hacer, mas tengo que decírtela en persona. Sé que se contradice con lo que he escrito unos párrafos antes, pero es necesario que me veas a los ojos cuando te lo diga… Y todo dependerá de tu respuesta.

Si después de esa pregunta me dices que no, me retiraré, te dejaré en paz y me mantendré tan alejado de tu vida tanto como me sea posible. Volveremos a ser «su excelencia» y la «señorita Archer-Montague», uno que otro saludo casual y una conversación cortés. Nadie sabrá por mi parte lo que ha sucedido, me llevaré a la tumba el recuerdo del fugaz y maravilloso «nosotros». Sé que contradice el que no dejaré de insistir, pero toda regla tiene una excepción.

Tú eres la única excepción. Todo depende de ti, de tus deseos y de tu corazón.

Me he extendido más de la cuenta. La ventaja de una carta es que no me interrumpes cuando quiero decir algo importante. Vaya, incluso eso extraño de ti.

Tuyo, siempre lo seré.

Sebastian

Grace volvió a mirar el dibujo. Una vez más, Sebastian estaba usando el lenguaje de las flores para enviarle mensajes, mas esta vez omitió su significado. Era un romántico irremediable.

Sonrió. Ella le había mentido a Sebastian. Hubo una época en que sí le interesó saber el significado de las flores, sobre todo las más importantes. La inocente Grace de la primera temporada tuvo la ilusión de recibir un ramo con un mensaje secreto de su imaginario pretendiente.

No olvidaba el significado del ananá, el tulipán, la rosa musgosa y el clavel. «Eres perfecta»… «Declaración de amor»… «Amor voluptuoso»… «Amor vivo y puro».

—Tonto, pensaste que yo no sabía. Ya sé lo que me dirás y lo que me preguntarás. —Suspiró imaginando a Sebastian confesándole que la amaba y preguntándole si ella sentía lo mismo… Se prometerían amarse siempre. Parpadeó rápido para secar sus incipientes lágrimas y se sorbió la nariz—. ¿Qué día es hoy?

Se levantó de su asiento y consultó el calendario que descansaba sobre su escritorio. Veinticinco de enero.

Faltaban cuatro días para el regreso de Sebastian.

Volvió a leer la carta con una sonrisa en los labios.

—Yo también te extraño, mi demonio. Tu juicio final ha llegado, Azael, pero será Murmur quien te libere.

Al anochecer del día siguiente, Sebastian abrió la puerta de Green Cross y entró al vestíbulo. La cálida luz de las velas le dio la bienvenida.

Se sentía cansado pero satisfecho. El único problema que quedaba por resolver era hacer que el seguro se hiciera cargo con la indemnización. No quería llegar a las últimas consecuencias, las cuales implicaban entablar una demanda civil para obligarlos a pagar.

En el ínterin, había logrado llegar a un acuerdo con el señor Dutton respecto a la indemnización; esperarían el pago de esta hasta obtener la respuesta de la aseguradora. No obstante, no tuvo la misma suerte con los clientes más pequeños, a los que debió pagarles de inmediato por los daños a sus mercaderías.

Le costaría seis meses recuperarse de ese golpe.

La señora Sullivan salió a su encuentro.

—Bienvenido sea, su excelencia…

—Buenas noches, señora Sullivan —saludó, sintiendo el apacible calor del lugar—. ¿Ya está preparada mi alcoba? Creo que me iré a dormir de inmediato.

—Sí, ya está lista, su excelencia… Pero tiene una visita, el señor Gregory Montague. —Sebastian frunció el ceño. El ama de llaves, nerviosa ante ese gesto, añadió—: Llegó hace cuarenta minutos, insistió en esperarlo. Dijo que era muy importante conversar con usted. Se encuentra en la sala de estar.

Sebastian solo conocía a un hombre con ese nombre… El duque de Ravensworth, el padre

de Grace. Dudaba mucho que se tratara de una coincidencia.

Era extraño que el duque se presentara omitiendo su título, aunque no le sorprendía. Sin embargo, lo que le intrigaba era su presencia en Green Cross Park.

¿Acaso se había enterado de su relación con Grace? Maldijo para sus adentros. No quería un matrimonio forzado, quería la voluntad de ella… El amor de ella.

Su espalda se tensó.

—Iré enseguida. Gracias, señora Sullivan.

Sebastian se dirigió a la sala de estar.

Cuando cruzó el umbral, se encontró con el duque de Ravensworth sentado en el sillón orejero, dándole la espalda.

—Buenas noches, Ravensworth.

El duque se levantó y dio media vuelta. Sebastian arqueó sus cejas y entreabrió su boca.

No era Ravensworth. Era más bajo, de hecho. Se trataba de un joven delgado que se le parecía bastante; cabello negro, expresión risueña y despreocupada. Sus gafas de montura metálica y redonda enmarcaban unos ojos bicolores.

—¿Grace? —soltó antes de siquiera pensarlo por segunda vez.

El joven sonrió. Sí, era Grace.

—¿Qué… qué… qué… haces en esa facha?

—Mi mamá siempre me dijo: «Si alguna vez viajas sola fuera de Londres, hazlo como hombre si no quieres que te fastidien los desconocidos». Resultó ser cierto. Una pobre señorita viajaba de luto, sola, y un idiota no dejaba de molestarla. Tuve que defenderla y ser un caballero de brillante armadura para ella… Además, tengo que proteger tu reputación, no puedes recibir a una mujer soltera en la noche. —Y le guiñó el ojo.

Sebastian no salía de su asombro. Si no fuera por los ojos de Grace, lo habría engañado. Era notable el trabajo de sastrería que ocultaba todas las curvas femeninas.

—¿Por… por qué estás aquí? —Su boca vacilaba entre componer una sonrisa amplia y una «O» sorprendida.

Grace acortó la distancia hasta reducirla a medio palmo. Su corazón latía acelerado, al punto de pensar que podría salir de su pecho en cualquier momento.

—Recibí tu carta. Vine a decirte que yo también te amo.

Y, dicho esto, lo tomó de las solapas de su levita y lo besó.

Sebastian abrió sus ojos, impactado. Cuando la lengua de Grace acarició la suya, no le quedó más opción que atraer el cuerpo de su amante contra él y profundizar más el beso.

Sus lenguas se saborearon como la primera vez, mas ahora había un sentimiento nuevo entre ellos. El miedo y la cobardía empequeñecieron ante la inmensidad de lo que sentían el uno por el otro.

—Te amo, Grace —murmuraba Sebastian entre beso y beso. Liberando la mordaza que enmudecía su corazón—. Tanto…

Grace nunca imaginó que escucharía alguna vez esas palabras. Por un momento pensó que soñaba, pero ahí estaba Sebastian exigiéndole su entrega con cada caricia, con cada susurro.

—Yo también, Sebastian… —replicaba con su respiración agitada.

Sus manos pronto comenzaron a tocar el cuerpo del otro. Sebastian apretaba las nalgas de Grace y ella acariciaba el imponente y tenso bulto que escondía el pantalón.

—¡¡Oh por Dios!! —Escucharon los dos la horrorizada voz de la señora Sullivan y se separaron dando resuellos. El ama de llaves se tapaba la boca y los miraba con los ojos desorbitados.

¡El duque estaba besando a un hombre!

Sebastian pensó que estaban destinados a ser interrumpidos cada vez que se besaban. Se mesó el cabello y, vehemente, aseveró:

—No es lo que usted cree, señora Sullivan. Él es una mujer.

La pobre ama de llaves, paralizada, dirigía sus ojos hacia Sebastian y el jovencito con el que se estaba besuqueando. Pasaron largos segundos, de su boca no podía salir ni media palabra.

Grace consideró que ya era suficiente, debía sacar de su error al ama de llaves antes de que hubiera consecuencias graves.

Como una acusación por sodomía.

—Es cierto, señora Sullivan. Soy una mujer… —aseguró con su voz femenina y calma—. Me desnudaría, pero creo que sería demasiado. Solo mostraré lo suficiente…

Procedió a quitarse las gafas, la peluca y soltar su largo cabello que estaba confinado con una redecilla. La señora Sullivan miraba y miraba sin dar crédito a lo que era testigo; una prodigiosa transformación. Por último, Grace se quitó la levita y el pañuelo. Al desabotonar su camisa, se vislumbró la faja que confinaba los pechos de la dama. El ama de llaves se tapó los ojos y exclamó:

—¡Suficiente, suficiente! Le creo, le creo…

Sebastian se aclaró la garganta y dijo:

—Señora Sullivan, le presento a la señorita Grace Archer-Montague. Ella es mi… —Desvió su atención hacia la increíble mujer que estaba a su lado.

—Soy su prometida —terció con seguridad y, mirando de reojo a Sebastian, añadió—: Nos casaremos pronto, ¿cierto, querido? —Se aproximó al ama de llaves y le ofreció la mano. La señora Sullivan la miró como si estuviera loca, ¿la futura duquesa quería que estrecharan sus manos como si fueran iguales? ¿En qué mundo vivía?—. No muerdo, señora Sullivan. —El ama de llaves parpadeó, mejor obedecía—. Es un placer conocerla. Y disculpe por presentarme de esta forma. Es la manera más segura para viajar sin carabina… Aunque a mi edad no necesite de una. Pero no faltan los imbéciles que creen que tienen el derecho de importunar a las mujeres que van por el mundo sin compañía.

La señora Sullivan apenas pudo procesar la explicación de Grace, soltó la mano con nerviosismo y tartamudeó:

—El pla… el placer es mío, señorita Archer-Montague. Ve… venía a preguntar si ya habían cenado.

Grace y Sebastian se miraron y al unísono respondieron:

—Sí.

Una mentira monumental. Lo cierto era que deseaban saciar sus apetitos de otra forma antes de ser interrumpidos. De preferencia, en cualquier superficie plana.

—Bien. Si no necesitan nada más, me retiraré a mis aposentos.

Sebastian, serio y solemne, como si nada hubiera pasado, replicó:

—Vaya y descanse. Hasta mañana, señora Sullivan.

—Gracias, su excelencia… Hasta mañana… —No se atrevió ni siquiera a ofrecer que prepararan un aposento para la señorita Archer-Montague. No había que ser un genio para suponer que ocuparían solo una cama.

Rogó al cielo que fuera verdad que ellos ya estaban comprometidos. De seguro el viejo duque debería estar retorciéndose en su tumba ante la osadía de su hijo de mancillar la cama ducal sin estar casado…

—Hasta mañana —dijeron Grace y Sebastian al unísono.

Cuando la puerta se cerró, el duque abrazó a Grace por la cintura, la atrajo hacia él y, con una sonrisa asomándose en sus labios, preguntó:

—¿Eres mi prometida?

—Lo soy. No te atrevas a retirar tu propuesta.

—Ni en un millón de años. Espera, déjame hacerlo bien…

Se desató el pañuelo y lo dejó suelto a ambos lados de su cuello. Una cadena de oro se atisbaba sobre el pecho masculino. Sebastian tiró de ella, y ante Grace apareció un sencillo y reluciente anillo de oro.

El duque separó la cadena del anillo. Hincó su rodilla en el suelo y dijo:

—Grace Archer-Montague, cásate conmigo.

—Di las palabras mágicas.

—Ahora.

—En ese caso, acepto.

Sebastian sonrió mostrando todos sus dientes. Con los ojos vidriosos deslizó el anillo en el dedo anular izquierdo de Grace. A ella no le importó que fuera en la mano equivocada, alguna razón tendría el duque. Admiró la joya, toda la banda estaba labrada con hojas de muérdago. «Supero mis dificultades».

Grace se preguntó desde cuándo Sebastian tendría ese anillo colgado en su cuello.

—Ya eres mi esposa…

—Ah, por eso me pusiste el anillo en la mano equivocada.

—No me importan las bendiciones de un sacerdote. Eres mía y yo soy tuyo. —Sebastian se levantó—. Pero, de todas formas, quiero darte la boda que mereces.

Grace negó con la cabeza y replicó:

—Creo que mis padres y mis abuelos ya se han tomado esa atribución. Han soñado más que yo con mi boda.

—Tendrán que trabajar rápido… Un mes, dos como máximo. —En ese momento la realidad se hizo presente—. Pero primero debo hablar con mis hijas.

—Yo no me he olvidado de ellas… ¿Cómo crees que se lo tomarán?

Sebastian inspiró hondo. No podía guiarse solo por la actitud que tenían Lydia y Mary Ann respecto a las clases de música. Sin embargo, hacía tiempo que no veía tan eufóricas a sus hijas, no dejaban de hablar de Grace y de lo mucho que les gustaban sus lecciones y conversaciones.

Era un pronóstico esperanzador, por lo que respondió:

—Mi ilusión es que no haya ningún problema… A todo esto, ¿cómo han ido las clases? ¿Se han portado bien?

—Creo que, hasta el momento, les simpatizo y me respetan. Sin embargo, lamento decepcionarte, pese a su entusiasmo, inteligencia y talento, no tocarán como Paganini hasta dentro de unos diez o quince años. —Soltó un suspiro dramático.

Sebastian chasqueó su lengua.

—No eres tan perfecta como creía… —La besó con suavidad—. Pero eres perfecta para mí.

—Sebastian…

—Dime…

—Hazme el amor… Ahora.

Sebastian no respondió. Se limitó a alzarla y se la echó al hombro. Grace dio un gritito nervioso y rio a carcajadas.

—Silencio —la reprendió y le dio una cariñosa nalgada. Abrió la puerta y salió al enorme

vestíbulo. Sus pasos se dirigieron a la escalera que los llevaría a la segunda planta.

—No me dolió —se burló con voz cantarina.

Sebastian le propinó otra nalgada. Un poquito más fuerte.

—Mañana te dolerá todo —replicó subiendo los peldaños.

Grace, aprovechando su posición, apretó con ambas manos las nalgas de Sebastian. Tal parecía que ambos tenían una fijación con esa parte de sus cuerpos.

—Engreído. —Otro apretón.

—¿Lo soy? —preguntó. Llegaron al rellano. Sebastian dio un par de zancadas y abrió la puerta más cercana.

—No respondas con una pregunta.

—Lo soy… soy tu engreído.

Entraron a la alcoba iluminada solo por el fuego de la chimenea que otorgaba un dorado resplandor. Sebastian la depositó con cierta brusquedad sobre el colchón y Grace dio un leve rebote. Él, animal y felino, se cernió sobre ella.

Era su presa y la iba a devorar.

Grace ya estaba lista y dispuesta. Entre sus piernas se replicaba el acelerado latir de su corazón.

El duque se quitó el pañuelo del cuello y con voz grave ordenó:

—Manos arriba.

Grace, con una sonrisa en los labios, obedeció. Alzó sus manos y juntó sus muñecas. Sabía lo que Sebastian haría.

No temió. Confiaba en él.

Sebastian ató un extremo del pañuelo al respaldo de la cama y con el otro, las muñecas de Grace. La longitud le permitía a su prisionera moverse con cierta libertad, si así era su deseo, y el nudo estaba hecho de tal manera que restringía sin llegar a dañar. Con una media sonrisa, el duque observó su obra y advirtió:

—Si el nudo se tensa demasiado, avísame y te liberaré. ¿Entendido? —Grace asintió. A él no le bastó—: Dilo.

—Sí, su excelencia —replicó pícara. Se mordió el labio inferior. No sabía cuál sería el siguiente movimiento de Sebastian, pero señaló—: ¿No crees que aún estoy demasiado vestida? ¿Cómo me desnudarás si me acabas de atar?

—Ya verás. Asumo que trajiste equipaje.

—Sí, quedó en la sala de estar. —El sonido de su camisa que se rasgaba la tomó por sorpresa. Los botones saltaron lejos—. ¡Oxford, esa camisa era nueva!

—Te compraré diez… O quizás mañana te verás mejor con una mía… solo con eso.

La besó. Le quitó las botas. Desabotonó el pantalón y ordenó:

—Levanta las caderas o lo romperé.

Grace no perdió el tiempo. Enterró sus talones en el colchón y acató la orden.

Sebastian quitó la prenda llevándose consigo la ropa interior. Estudió la faja que confinaba los pechos de Grace. Miró hacia el escritorio que se encontraba cerca de la cama. Sobre él descansaba el cortaplumas.

—¿Le tienes mucho cariño a esto? —preguntó introduciendo el dedo entre los pechos de Grace y le dio un tironcito a la faja.

—No particularmente.

En un santiamén Sebastian fue al escritorio y volvió con el cortaplumas. Con sumo cuidado cortó la faja de algodón y liberó los pechos de Grace.

—Mucho mejor. —Dejó el cortaplumas en la mesita de noche, y procedió a masajear los pechos de su prometida, y ella gimió de alivio y gusto—. Te ves hermosa… Perfecta.

La única prenda que vestía Grace eran las medias y la camisa rasgada.

A su merced.

Sebastian se dio un festín. Devoró y lamió cada centímetro de la cremosa y tersa piel, al tiempo que aspiraba el sutil aroma a lirios impregnado en el pecho y en el cuello.

Grace se aferraba al pañuelo y arqueaba su espalda buscando más contacto. Era desesperante no tocar a Sebastian, mas disfrutaba de esa sensual vulnerabilidad. La perversa boca de su prometido viajaba entre sus pechos, se desviaba al izquierdo, lamía y chupaba la carnosa cúspide, y luego atendía el derecho con el mismo afán. La incipiente barba laceraba su piel dejando un erótico rastro de ardor.

Descendió trazando un húmedo sendero a lo largo de su vientre, erizándole la piel. Mordió la voluptuosa curva de su cintura con gentileza… Siguió bajando sin prisa ni pausa. Ella alzó sus caderas, ofreciéndose… Él abrió sus piernas. Continuó con sus lamidas y besos, y evadió su sexo a propósito.

Grace gimió, frustrada.

Sebastian besó la cara interna de los torneados y firmes muslos. El aroma del deseo de su

mujer penetró en sus sentidos y admiró la palpitante y anhelante feminidad, se lamió los labios, mas se contuvo… Solo un momento más.

Se irguió. Grace lo vio imponente. El pecho ancho y viril subía y bajaba con agitación. Sebastian demandó con su voz ronca:

—De rodillas.

La tomó de las caderas, la giró hasta que quedó boca abajo y luego le ayudó a arrodillarse.

—Aférrate al respaldo de la cama. —Escuchó Grace a sus espaldas—. Abre bien las piernas.

Grace fue consciente de lo húmeda que estaba. Miró hacia abajo; ligeros hilos de su propio néctar se pegaban a sus muslos.

Con ese paisaje se encontró Sebastian. Situó su cabeza entre las piernas de Grace. Sus iris coincidieron.

La devoró. Sin quitarle la vista de encima.

Sin contemplaciones, sin pudor. Con hambre.

A piacere.

Grace se retorcía de puro gozo. Sus gemidos emergieron de su garganta como un sensual lamento. Esa lengua caliente la castigaba, acercándola al éxtasis para luego retroceder. Sin embargo, ella no solo recibía, también se movía con desenfreno abandonándose a la búsqueda del placer.

Sebastian se alimentaba de ella, a la vez que apretaba sus pechos, sus caderas, sus nalgas una y otra vez. Sin palabras le exigía a que se moviera con más brío, que lo usara para alcanzar el cielo.

Con cada vaivén, con cada lamida, con cada agarre, Grace rasguñaba la gloria.

Tensión… Ese maravilloso roce.

Y Grace se rompió. Ni siquiera pudo gritar. Todo su cuerpo temblaba por retener el áureo deleite de esa liberación.

Sebastian, con la respiración agitada, besó cada uno de sus muslos y se retiró. Sin embargo, su abandono fue temporal, pronto él se apegó a su espalda. Grace percibió que su prometido todavía no se desnudaba. El contraste entre su piel, ardiente y sensible, y la textura de la ropa de él, la excitó más.

Acarició los brazos de su prometida hasta llegar al pañuelo que la restringía. Deshizo el nudo y Grace se derrumbó en la cama, desmadejada. Él la acogió entre sus brazos y le besó la nuca.

—¿Estás bien? —susurró sobre su piel.

—Ajá… —respondió apenas recuperando el aliento—. Fue demasiado… No me quiero mover.

Sebastian rio quedo.

—Entonces descansa.

—Sí, dame un momentito. —Suspiró y una floja sonrisa asomó en sus labios—. Mientras tanto, quítate la ropa. Quiero sentir tu piel.

Sebastian como única respuesta la besó y se levantó. Grace se volteó para admirar a ese hombre que siempre hacía su bendita voluntad.

Se quitó todas las prendas que lo cubrían de la cintura para arriba, hasta quedar a torso desnudo. Ah, sí, Grace casi había olvidado cómo era el cuerpo de Sebastian. Varonil y maduro. Sus músculos se tensaban y relajaban con cada movimiento.

Era perfecto.

Luego fue el turno de las botas, los pantalones y la ropa interior. El miembro se erguía rígido ante ella con soberbia. Grace se preguntó sí sería demasiado atrevido adorarlo tal como lo hacía él.

—¿Puedo? —consultó sin pensarlo demasiado. Deseaba probar cada parte del cuerpo de su prometido.

Sebastian sabía a qué se refería Grace, era cosa de ver cómo sus ojos bicolores se centraban en su miembro al mismo tiempo que se lamía los labios. Cayó en la tentación de fastidiarla por un instante y dijo:

—¿Quieres hacerlo?

—No respondas con una pregunta. —Sebastian rio—. Sí que eres un demonio, Azael, todos tienen una fascinación con molestarme de ese modo.

—¿Ya te sabes mi apodo? Lawrence es un cotilla.

—No has contestado mi pregunta.

—Soy tuyo. Supongo que eso es suficiente respuesta.

Sebastian se recostó al lado de Grace apoyando su espalda en las almohadas.

Con energías renovadas, ella se quitó la camisa rota y se arrodilló al lado de él, empuñó su miembro con codicia y lo estimuló tal como lo hizo la primera vez.

Ah, él era un verdadero instrumento musical. Con sus manos le arrancaba gemidos graves y sensuales. Acercó su boca a la punta roma y carnosa, le dio una erótica y húmeda caricia con sus labios. Un voluptuoso beso al centro del placer masculino.

Un siseo largo. Grace miró de soslayo a su hombre. Parecía estar relajado, con sus brazos descansando sobre las almohadas. Sin embargo, no era así, él estaba entregado a las sensaciones, sintiendo cada estímulo. Su abdomen tenso, el pecho ancho, la cabeza echada para atrás que exponía su cuello y su nuez de Adán. Era un verdadero dios siendo adorado…

Probó usar su lengua y rodeó aquel borde que parecía tan sensible. Sebastian acarició su cabeza, y recogió su cabello en una coleta para darle comodidad. Agradecida por la gentileza, Grace se atrevió a tomar ese miembro por completo.

Las caderas de Sebastian se impulsaron por puro instinto y se retiró abandonando la boca femenina. Soltó un jadeo como si estuviera agonizando de fruición.

Grace volvió a la carga, empuñó la base del miembro y engulló, procurando no hacerle daño con sus dientes. Su mano aprovechaba el movimiento de sus acometidas para estimular más allá.

Sebastian jamás había sentido semejante placer. Diferente a la mano o el sexo de su mujer. Los labios, la lengua, la humedad eran un peligro para su cordura.

—Si sigues así terminarás bebiendo de mí… —advirtió—. ¡Ah! ¡Grace! ¡Qué delicia, mujer!

Sí, le arrancaba a Sebastian notas que nadie había escuchado antes… Cambió el *tempo* de la melodía gradualmente…

Rallentando, hasta llegar al silencio. Orgullosa, Grace se incorporó y observó su obra.

Le gustó ese ligero cambio de poder.

Sebastian suspiró de alivio. No hubiera soportado ni diez segundos más. Estaba al borde del precipicio.

—Perversa, Murmur… Has adelantado lo inevitable con esa boca. —Inspiró hondo, se deslizó sobre la cama hasta quedar acostado—. Móntame, pero dame la espalda.

Ella arqueó una ceja. No iba a negarse a experimentar otra postura. Hizo lo que él le ordenó. Sebastian guio su erección al mismo centro femenino y penetró sin dificultad en el

acuoso y ardiente interior de Grace.

Era lo que ella necesitaba, se sentía demasiado bien tenerlo en su interior, llenando cada rincón de su ser.

—Cabalga por tu placer, estimúlate como bien sabes hacerlo, Grace. No tienes idea de lo sensual que te ves desde aquí… —Tomó sus caderas y sus pulgares cubrieron los voluptuosos hoyuelos del hueso sacro.

Embistió.

Los dedos de Grace fueron directo a aquel botón carnoso, que desencadenaba ese placer intenso y efímero cuando se estimulaba en solitario. No obstante, con Sebastian dando implacables acometidas, la sensación era muy, muy diferente.

Se dejó guiar por el instinto. Relució su lado animal.

La mirada de Sebastian se centró en ese punto donde se embestían, sentía cómo Grace lo apresaba y lo dejaba ir en su interior. Subía y bajaba con furor bestial. La imaginó autocomplaciéndose, usándolo.

Perdió la razón cuando sintió la exquisita tensión de ella, previa al clímax. No pudo más.

El placer lo arrastró fuerte y a borbotones. Se vació una y otra vez, parecía que no tenía fin. Y cuando pensó que ya no había más, sintió el estremecimiento de Grace y su extática oleada de calor que lo bañaba y alargaba un poco más su propio deleite.

Qué maravilloso era demostrar su amor sin reprimir nada. Sin aparentar nada. Sin temer a ser demasiado.

Grace lo miró por sobre su hombro. Una sonrisa satisfecha y diabólica surcaba ese hermoso rostro.

Qué no daría por verla siempre así.

—Te amo, Grace… Envejece conmigo.

A Grace se le encogió el corazón con esas dos simples palabras que exponían el más grande dolor y temor de Sebastian. Elevó una secreta plegaria al cielo y rogó por una vida larga al lado de ese hombre, y le respondió:

—Te aseguro que seremos un par de viejos gruñones.

De lo primero que fue consciente Grace, a la mañana siguiente, fue de la respiración lenta y regular de Sebastian. En algún momento de la noche se separaron de ese abrazo que los unía cuando se quedaron dormidos.

Se acurrucó en su pecho y él, inconsciente, la recibió, le besó la coronilla y balbuceó un «Te amo, Grace».

Sonrió… Uno de sus miedos era que Sebastian la llamara «Felicity» a la hora de tener intimidad —o en cualquier otra ya puestos—, pero de momento, parecía que eso no iba a suceder.

Ese miedo era uno de los factores que la abrumaba hasta que conversó con sus abuelos. Ellos le aseguraron que, si llegaba a pasar, no era precisamente porque la confundió con Felicity, sino que a veces sucedía cuando una situación o emoción era igual a la vivida con otras personas amadas. Le expusieron el ejemplo de Emma, que suele reprender a Caleb, pero pasa por todos los nombres de sus hermanos antes de llamarlo por el correcto. Grace tuvo que reconocer que también le sucedía cuando ella conversaba o bromeaba con sus hermanas, llamaba Iris a Caroline o Caroline a Iris.

«Lo peligroso, es cuando se vuelve recurrente. Pero no lo crucifiques si se le escapa un par

de veces», recordó Grace la sentencia de su abuelo.

Que Sebastian la llamara por su nombre en sueños o en pleno éxtasis, blindaba su seguridad.

Cerró los ojos e inspiró el aroma de la piel de su esposo en ciernes.

Cómo cambió tanto su vida en tan poco tiempo.

Sebastian parpadeó lento. Al estirar su cuerpo sintió el peso, el calor y el aroma de Grace. Se encontró con su mirada risueña.

—Hola, esposa mía.

—Buenos días… Debo informarte, esposo mío, que hoy me duele todo el cuerpo, más que la primera vez.

—Un golpe bajo a tu orgullo, sin duda.

—Un poco, quizás. Pero lo puedo transigir por todo lo vivido.

—Bien dicho… Ah, qué bueno que hoy es sábado. Podré quedarme todo el día en la cama contigo.

—Es un maravilloso plan… ¿Se escandalizará mucho la señora Sullivan si pedimos que suban el desayuno?

—Creo que después de ver a dos hombres besarse, ya nada puede ser peor para ella.

Grace rio. Pobre señora Sullivan.

Enredó sus piernas entre las de Sebastian. Esa cercanía era tan natural, tanto que se sintió con el ánimo de conversar con él. Conocerlo más.

—Sebastian…

—Dime. —Su pulgar acariciaba su brazo con pereza.

—Necesito hacerte una pregunta relacionada con Felicity y tu matrimonio. ¿Puedo?

Sebastian ya tenía asumido que Grace haría ese tipo de preguntas. Por el bien de ambos, siempre intentaría contestar con sinceridad.

—Hazla y responderé.

—En tu carta me contaste que me has mostrado una parte de ti que nadie más ha visto… ¿A qué te referías?

—A la forma en que hacemos el amor. A cómo yo me comporto contigo.

—¿Te refieres a tus órdenes y a tu tendencia a hacer lo que quieres? —indagó. Necesitaba confirmar sus suposiciones.

Sebastian le besó la frente. No temía revelarle a Grace los alcances de lo que implicaban sus gustos.

—Órdenes, el control de la situación, lo que te pido que hagas, las restricciones temporales, ciertas prácticas, posiciones, el vigor casi violento, las mordidas, los pellizcos… Solo para estimular tus sentidos y desatar tu placer. Es una especie de obsesión para mí lograr eso en una mujer.

—Entonces, eso quiere decir que… ¿No hacías esto con Felicity?

—Nada de esto. Con ella no podía, debía ser más «tradicional» si puedo definirlo de algún modo. Ella era tan…

—Dulce, suave, tierna, femenina… Tan adorable. —Si pensaba en Felicity, esas eran las palabras que venían a la mente de Grace. Lo poco que duró su amistad, la atesoró. No animó a que la joven desafiara a sus padres para sostenerla en el tiempo, y mucho menos quiso acercarse una vez que se casó con Sebastian, solo provocaría problemas.

—Sí. También era devota de Dios, recatada y muy impresionable. Me costó varias semanas que se relajara lo suficiente para que me permitiera explorar su cuerpo. Solo en esa instancia

pude hacerle el amor la primera vez. Ella no sabía nada y yo no pretendía forzarla, no hubiera podido… Deseaba de corazón que disfrutara a su tiempo y a su modo.

—Por eso no quisiste mostrarte la primera vez conmigo.

—Así es, pero tu actitud siempre fue diferente. Madura, instintiva, desenfadada, viendo el mundo sin el castrador velo del decoro y la virtud. Sabías cómo obtener tu placer.

Grace agradecía en su fuero interno que Sebastian le respondiera con tanta franqueza, le alentaba a preguntar más.

—¿Y cómo aprendiste todo esto? Supongo que estos gustos tan peculiares salieron de alguna parte.

Sebastian se quedó en silencio, ordenando sus ideas. A la postre respondió:

—Solo puedo decir que así soy. No tengo una explicación precisa que justifique mis gustos. Pero he de admitir que algunas prácticas las aprendí… Observando.

El ceño de Grace se contrajo de curiosidad. Acarició la áspera mejilla masculina. Sebastian se veía más acorde a su forma de ser con su rostro sombreado por la barba.

—Cuéntamelo. Me gustan las historias picantes.

Sebastian rio, mas pronto esas carcajadas murieron.

—Creo que es más sórdido que picante. —Inspiró hondo. No solía recordar a propósito el inicio de su despertar sexual—. Mi padre consideró que los doce años era una buena edad para convertirme en un hombre y, para ello, era apropiado debutar con prostitutas. La verdad, yo no quería, prefería hacer otras cosas, seguir siendo un niño, como cualquier otro… Todavía jugaba con soldaditos de plomo.

Pocas cosas escandalizaban a Grace, pero cuando alguien se metía con un niño le hervía la sangre. Maldijo al antiguo duque de Oxford y sentenció:

—Con todo respeto, tu padre fue un imbécil insensato.

Sebastian jamás imaginó que una ofensa a la memoria de su padre lo sentiría como una muestra de amor.

—Lo era —reconoció—. A esa edad solo hacía lo que él ordenaba porque su palabra era ley. Con el tiempo descubrí que su forma de ser era muy hipócrita. Hablaba de la santidad del cuerpo, mas no se medía en desdeñar y criticar a personas como tu padre, al mismo tiempo que consideraba correcto que me iniciara en un burdel lo más pronto posible. Según él, para dominar los impulsos de la carne.

El carácter de Grace explotó ante esa confesión y elevó su tono al decir:

—¿Acaso no consideró que, por lo bajo, te podías enfermar de sífilis? Pero qué tarado… —Rectificó su tono para preguntar con cautela—: ¿Lo pasaste muy mal?

—Quizás otro tipo de persona lo hubiera disfrutado, mas para mí no fue fácil… Ahí entra la parte de «observar». La primera vez que fui a un burdel estaba tan aterrado, que la señorita que me atendió, Rosie se llamaba, no me hizo nada. De hecho, dijo lo mismo que tú, que mi padre era un tarado. Ella sabía que no podía salir de la habitación sin alguna clase de prueba. Me desarregló el cabello, la ropa. Hizo sonar la cama saltando y chillaba lo bueno que era.

Grace siempre consideró que la mayoría de las prostitutas, pese a su ocupación, tenían un sentido de la moral y de la justicia más elevado que cualquier puritano.

—Rosie te protegió.

—En la medida que pudo… Mi padre no quedó convencido del todo. Cuando me pidió detalles, yo solo atiné a responder que no recordaba mucho.

—Se dio cuenta de la mentira.

—Quizás… Volvió a llevarme, pero esa vez quiso ser testigo.

Grace se tapó la cara ante la idea y gimió:

—Ay, no. Por Dios…

—Las prostitutas de ese burdel no eran malas personas, ni tampoco las animaba corromper a un niño que no quería ser un hombre a la fuerza. La *madame* del burdel no le permitió a mi padre que me viera en mi iniciación, le aseguró que sería contraproducente y me haría impotente. Él aceptó a regañadientes, siempre y cuando me atendiera otra chica por más tiempo.

—¿Y qué pasó?

—Me atendió Isabelle. Ella debió tomar medidas extremas. No me forzó, pero me contó con lujo de detalles cómo se hacía… Me llevó a una habitación donde había una pareja teniendo relaciones y observé por un rato.

—Entonces, ahí sí pudiste contarle a tu padre cómo fue.

—Así es. —La mirada de Sebastian se perdió—. Nunca era suficiente para mi padre, me llevó a ese burdel todos los meses hasta que falleció. Hablar de sexo con prostitutas, de cómo complacer a una mujer y tener ejemplos visuales se volvió una costumbre. Al igual que los interrogatorios de padre. —Una media sonrisa sardónica curvó sus labios—. Tenía una falsa fama de semental entre ellas, solo para complacerlo.

—Supongo que tanta información explícita te afectó física y mentalmente —reflexionó, pensando que los gustos sexuales de Sebastian eran una combinación de su forma de ser y también una consecuencia de lo vivido. Era lo único que podía controlar a su antojo en su vida. Él decidía reprimirlo o desatarlo, dependiendo de la mujer.

—Por supuesto que me afectó… Nunca quise desahogarme con ellas, ni con nadie. No podía, no funcionaba. Solo quería hacerlo con quien fuera mi esposa.

—Entonces, ¿tuviste tu primera vez con Felicity?

Sebastian asintió. Un deje de nostalgia se reflejó en su expresión.

—Ambos aprendimos. Disfrutamos mucho del proceso después de la primera vez… Lograr que Felicity me recibiera por amor y voluntad, en vez del deber, fue mi mayor satisfacción. No me importaba no poder hacer todo lo que mi naturaleza dictaba. Ella siempre estaba primero.

Grace sonrió. Sebastian era un buen hombre. Felicity era de esas mujeres que no podían fingir. Las pocas veces que la vio a la distancia, en compañía del duque, se notaba su dicha.

Sebastian, de haber sido otro tipo de persona, habría convertido ese matrimonio en un infierno.

—Me alegra mucho saber que haya sido así.

—Tu consejo me sirvió más de lo que imaginas, fue vital para mi matrimonio. Con amor, amándola, todo fue más sencillo.

—Soy la mejor dando consejos… Si te hubieras casado con lady Gloria Fawcett habrías sido infeliz.

Sebastian arrugó la nariz. Sí, en apariencia esa candidata era una buena opción, pero tenía algo que no le convencía del todo.

—Una vez que seguí tu consejo, esa dama no volvió a mi mente. En cambio, tú… No sucedía a menudo, pero, cada vez que pensaba en ti, me preguntaba qué habría pasado si me hubiera casado contigo. Le temía a la respuesta si profundizaba en las suposiciones, por lo que siempre me dije que solo sería diferente y seguía con mi vida.

—Yo sí lo he pensado últimamente. Habría sido difícil para ambos. En ese momento nuestras vidas y caracteres eran más que opuestos. Te habrías arrepentido.

—Quizás, pero lo habría intentado…

Ambos suspiraron a la vez. Al mismo compás.

—En fin, es mejor no especular —sentenció Grace—. Somos quienes somos en el tiempo perfecto. Ya estamos juntos… —Se incorporó lo suficiente, solo para besarlo. Fue un toque suave, colmado de ternura—. Es lo único que importa.

Se miraron por un breve momento, el cual fue interrumpido por un rugido proveniente del estómago de Grace.

—Creo que tengo más hambre que ganas de hacer el amor… ¿Podemos desayunar?

—Comeremos y después nos comeremos.

Luego del opíparo desayuno, saciaron su otra hambre con un verdadero banquete.

Vibrato

Ese sábado y domingo de finales de enero, Grace y Sebastian jamás lo olvidarían. Se regalaron historias, sueños, anécdotas, planes, secretos y confesiones. Se prometieron amor, fidelidad y compromiso. Sellaron sus pactos con la unión de sus cuerpos y la entrega total de sus almas.

En sus corazones ya eran un matrimonio. Solo faltaba plasmar sus firmas en el registro de una iglesia o en el ayuntamiento. Era tentador hacerlo simple y saltarse los convencionalismos. Sin embargo, la realidad no era sencilla: les debían anunciar a las hijas de Sebastian el nuevo cambio en sus vidas; necesitaban hallar un método pacífico para lidiar con la oposición de Constance; averiguar los vacíos legales o los medios para que Grace no perdiera su propiedad y su dinero con el matrimonio; y las ganas de celebrar esa unión en familia, como se debía.

El lunes fue el último día en Liverpool, Sebastian tuvo que destinar la mañana en las reuniones que acordó con sus clientes para finiquitar el pago de indemnizaciones. Grace se quedó en Green Cross Park —vestida de varón y con la camisa de Sebastian, para escándalo del servicio doméstico— para seguir componiendo su sonata; su violín la acompañaba a todas partes.

Durante esa mañana, compuso una cuarta parte del segundo movimiento. Sonrió al imaginar la cara de Sebastian cuando ella la presentara en público. Quería regalarle algo que significara tanto como las flores que pintaba o dibujaba su duque. Sí, él también tenía espíritu de artista. Un talento que solo pudo relegarlo a una secreta afición a la que volvía de vez en cuando.

Al mediodía ya estaban subiendo al tren hacia Birmingham, el cual llegó a las cuatro de la tarde a su destino. Una hora después, tomaban el tren que los llevaba a Londres.

A las once de la noche arribaron a la capital y a la realidad. Afuera de la estación terminal, Sebastian alquiló un carruaje y llevó a Grace a su hogar. La despedida fue un largo beso en el interior de la cabina y un «Hasta mañana».

Ambos compartían la vibrante y permanente emoción de estar verdaderamente vivos. No era la primera vez que la sentían, siempre emergía violenta y fugaz en los momentos más importantes de sus existencias. Pero eran solo eso, momentos.

Ahora había algo en el aire que respiraban, en los sonidos que escuchaban, en el sabor que percibían sus lenguas, en el roce que notaban en sus pieles, en la fresca saturación de los colores que veían. Una alteración en sus mentes que elevaba su paso por el mundo, y los dotaba de una nueva concepción de lo que era la vida, y los impulsaba a vivirla bien.

A la mañana siguiente, a Grace le tembló la mano antes de tomar la aldaba de bronce de Oxford House. Sebastian y ella decidieron que no iban a perder más tiempo, por lo que un carruaje con el blasón del ducado pasó a buscarla y la dejó en la entrada de la casa.

—Todo va a salir bien, Grace —se animó. Un copo de nieve cayó en su nariz. Miró al cielo en busca de otra señal y elevó una plegaria—: Ayúdame, mamita, quiero que Mary Ann y Lydia no me odien. Felicity, ilumina mi camino para completar tu tarea.

Llenó sus pulmones de aire, tomó la aldaba y tocó su habitual tonada de siete notas.

No tuvo que esperar demasiado, Meyer abrió la puerta. Al verla, su postura se volvió más solemne y dijo:

—Bienvenida sea, mi señora. Su excelencia la espera en la sala de estar.

—Muchas gracias, Meyer.

Grace entró y le entregó sus prendas que la protegían del frío. Bonete, guantes, bufanda y

abrigo. El mayordomo las dejó colgadas en un perchero y le hizo un gesto para que lo siguiera. La guio por el vestíbulo y, a diferencia de su última visita, se detuvieron frente a una puerta que se encontraba a mano izquierda.

—Permítame anunciarla, mi señora. —Ella asintió. El mayordomo golpeó la puerta y la abrió—: Ha llegado la señora Grace Archer-Montague, su excelencia.

—Gracias, Meyer. —Grace escuchó la serena voz de Sebastian—. Llame a las niñas, por favor.

—Como usted ordene.

Las piernas de Grace temblaron. Les exigió que se movieran con seguridad.

Cuando vio a Sebastian de pie, esperándola, su inquietud se apaciguó. Caminó hacia él, hacia esas manos que él le extendía para recibirla.

La puerta se cerró tras ellos.

Grace tomó las manos de Sebastian y él la atrajo hacia su cuerpo. La besó como si hubieran pasado semanas sin verse, en vez de diez horas. Ella pensó que, después de haber quedado saciada de él en los últimos días, la necesidad de hacer el amor con él disminuiría.

Pero solo aumentaba.

Conscientes del momento, del lugar y del motivo de la visita, se separaron. Sebastian la miró con una inusitada ternura y susurró:

—Hola, mi lirio de los valles.

—Hola, querido. —Escuchó a lo lejos el murmullo de las voces de las niñas y dio un paso al costado para alejarse lo suficiente de su prometido. Era una distancia decorosa.

Lydia y Mary Ann entraron a la estancia y detuvieron sus pasos al ver a Grace. La sonrisa que iluminaba sus rostros se esfumó.

Sebastian miró de soslayo a Grace y notó que ella envaró su postura.

Lydia y Mary Ann hicieron una reverencia respetuosa; no obstante, el desconcierto se reflejaba en sus inocentes ojos castaños y en su voz al saludar:

—Buenos días, señorita Archer-Montague.

Sebastian no logró sonreír para apaciguar a sus hijas. Su tono sonó más serio de lo que pretendía cuando dijo:

—Siéntense en el sofá, niñas. Tengo una noticia que anunciarles.

Lydia le murmuró algo a su hermana, mas Sebastian no pudo escuchar desde su posición. Mary Ann la reprendió con un gesto. El duque alzó una ceja e interrogó:

—¿Tienes algún problema, Lydia? —La niña miró a su padre con sus ojos bien abiertos. A Sebastian le sorprendió aquella reacción. Jamás, ninguna de sus hijas, lo había mirado con una expresión de miedo desde que él tuvo que confirmarles la muerte de Felicity.

Intentó suavizar su tono de voz e insistió:

—¿Pasa algo malo? —Su atención se centró en su hija mayor. La niña parecía estar al tanto de la situación que las convocaba—. ¿Mary Ann, sabes algo?

Grace notó cómo el rostro de la niña era el fiel reflejo de Sebastian cuando había algo que le molestaba. Incluso su tono fue sereno e inquisidor cuando interpeló:

—¿Es verdad que vas a reemplazar a mamá?

Sebastian estaba muy seguro de quién fue la fuente de esa absurda idea. Su madre tenía la mitad de su cuerpo paralizado, pero su boca cada día funcionaba mejor y no dejaba de hacer su bendita voluntad.

Sebastian instó con un gesto a que sus hijas se sentaran. Él y Grace hicieron lo propio en las poltronas que estaban frente al sofá.

—¿Quién les dio esa información, Mary Ann?

—La abuela. Nos dijo que te casarías para reemplazar a mamá.

Grace cerró los ojos, y en su fuero interno masculló mil palabras malsonantes para su futura suegra. La vieja era un daño colateral del que era consciente.

Pero no por eso lo iba a aceptar sin más. Era un verdadero incordio.

Mary Ann miró de reojo a Grace intuyendo lo que su padre le revelaría.

Sebastian se masajeó la sien. Ya no podía darles la noticia de un mejor modo. Constance March tenía que arruinarlo todo.

—Tu abuela solo acertó en un punto. Es cierto, me casaré pronto. —Las niñas miraron a Grace. Sebastian no tuvo más alternativa que agregar—: Por eso está aquí la señorita Archer-Montague. Ella será mi esposa y también, vuestra madrastra.

Lydia y Mary Ann entreabrieron sus bocas y sus expresiones se llenaron de contradicción. Grace decidió que era el momento de intervenir. Después de todo, ella iba a ser «la madrastra».

—Niñas, ser su madrastra no significa que reemplazaré a su mamá… Eso no es posible porque nadie es como Felicity. Yo la conocí. —Mary Ann y Lydia alzaron sus cejas. Eran demasiado pequeñas para fingir que esa información no les asombró—. Fue mi amiga hace muchos años y tengo los mejores recuerdos de ella. No obstante, lo que sí les puedo prometer es que les daré todo el amor y cariño que quieran de mí… ¿Se acuerdan cuando hablamos de mis dos mamás? —Las niñas asintieron—. Bien, yo sé que nunca podré ser Felicity, y eso lo tengo muy claro. Me casaré con su padre porque lo amo con todo mi corazón, pero de ningún modo pretendo que olviden a su madre. No, por nada del mundo les pediría eso. Solo quiero que me den la oportunidad de quererlas como si yo fuera una mamá. Yo no tengo hijos, ustedes serán las primeras.

—¿Y va a vivir aquí con nosotros? —preguntó Lydia mirando a Grace.

—Así es. Seré parte de su familia.

Hubo un silencio en que solo se escuchó el ladrido de un perro a lo lejos. Sebastian estudiaba los rostros de sus hijas, podía intuir que bregaban con el conflicto que surgió entre la versión de Constance y los hechos que ellos presentaban.

—¿Quitarán el retrato de mamá de la galería? —interpeló Mary Ann.

«¿Cuánto veneno es capaz de inocular mi madre?», masculló el interior de Sebastian, que luchaba para no expresar su furia. Estaba cerca del límite. Con suma serenidad replicó:

—Por supuesto que no. Jamás haría algo así.

Otro silencio. Grace observaba a las niñas. Constance March había hecho un gran trabajo sembrando cizaña en sus nietas. No tenía que ser muy inteligente para suponer que aprovechó la ausencia de Sebastian para hacer de las suyas.

El silencio se llenó con el leve sonido de Lydia tomando aire para preguntar:

—¿Tendrán hijos?

Sebastian y Grace se miraron. A la postre ella respondió:

—Eso no lo sabemos.

Mary Ann se apresuró a preguntar:

—Si tienen hijos, ¿nos tendremos que ir?

Aquella pregunta escandalizó a Sebastian y a Grace y ambos respondieron a destiempo:

—No, hijas, ¿cómo se les ocurre? Eso jamás va a pasar.

—Ustedes son la razón de vivir de su padre, ¿cómo pueden pensar algo así?

—¿Aunque nos portemos mal? —añadió Lydia.

Sebastian negó con su cabeza. No podía creer que estaba teniendo esa clase de discusión y

respondió:

—Aunque se porten mal se quedarán en Oxford House… Castigadas, pero con nosotros.

—¿Es verdad que la abuela se tendrá que ir? —interrogó Mary Ann.

—No hay razón para que ella se marche. —«Pero me está dando motivos», pensó Sebastian con acritud—. Sé que su abuela les estuvo diciendo cosas acerca de Grace, ¿o me equivoco?

Las niñas se miraron de reojo.

—No me mientan, ya saben que es peor si lo hacen.

—Bueno, no nos dijo el nombre, pero sí que ibas a buscar a alguien que iba a reemplazar a mi mamá, y también que nos internarían para hacerles espacio a los nuevos hijos y…

De súbito, Grace se levantó. Les sonrió a las niñas y a Sebastian. Él se dio cuenta de que ella luchaba para que no se notara la tensión en sus labios, pero fue un fracaso.

Su esposa en ciernes ardía en furia.

—Querido, ¿puedes indicarme dónde está tu madre? Es hora de que aclare algunas cosas con ella.

Se miraron fijo por cinco largos segundos.

Al final, Sebastian tocó una campanilla y el mayordomo apareció en el umbral de la puerta.

—Meyer, lleve a la futura duquesa ante mi madre —ordenó sin dejar de observar a Grace. Un extremo de su boca se levantó sutilmente, pero colmada de satisfacción.

—Como ordene. Sígame, mi señora.

Grace salió de la estancia alzando la barbilla.

Sebastian miró a sus hijas, serio. Constance se había extralimitado.

— Mary Ann, Lydia, desde hoy y para siempre, ustedes no visitarán a su abuela a menos que yo, Grace o Evelyn las acompañe.

—¿Por qué? —preguntó Mary Ann, intrigada por aquella nueva regla.

—Porque su abuela se aprovecha de las circunstancias, y les cuenta historias que no son ciertas. Ahora que saben que me casaré con Grace, ¿ustedes creen que va a hacer todo lo que dijo su abuela?

Las niñas se miraron y recordaron lo que vivieron con Grace en los últimos días. Lo buena que era impartiendo clases, la paciencia que tenía, las dejaba jugar en los descansos, las invitaba a almorzar con tía Evelyn, incluso un día prepararon galletas, las abrazaba con cariño al despedirse y tampoco olvidaban la conversación acerca de las dos mamás.

Ellas olían como la mamá de la señorita Archer-Montague. Por eso se rociaban más colonia de limón los días que iban a la academia.

Lydia y Mary Ann negaron con su cabeza.

—Vengan, hijas. —Sebastian abrió sus brazos—. Denme un abrazo. Lo necesito.

Las niñas obedecieron y se aferraron al torso de Sebastian. Él les besó las coronillas y dijo:

—Quiero que sepan que nunca dejaré de amar a su mamá, pero ella está en el cielo. También amo mucho a Grace y estoy seguro de que será muy buena con ustedes. ¿Pondrán de su parte para que ella no se sienta sola en Oxford House?

Las niñas asintieron. Debían admitir que les gustaba la idea de tener a la señorita Archer-Montague en casa.

—Son las mejores hijas.

—¿Ya no tendremos clases de música? —preguntó Mary Ann con una cuota de incertidumbre.

—Seguirán con sus clases, Grace no dejará de ser su maestra. Ella continuará haciendo su

trabajo en la academia.

—¿Las madrastras pueden trabajar? —preguntó Lydia con un tono que iba entre el asombro y el escándalo.

—Todas las mujeres pueden trabajar si eso desean —respondió Sebastian con naturalidad. Aunque no le gustara demasiado la idea, su situación seguía siendo frágil. Siempre existía la posibilidad de que algún día sus hijas se vieran en la obligación de valerse por sí mismas. Debía inculcarles el hecho de que trabajar no las hacía inferiores.

—Pero ¿quién estará con nosotras cuando ella esté ocupada en la academia?

—Yo… Sin embargo, Grace hará lo posible por pasar la mayor parte del tiempo con ustedes. Y cuando sea necesario, su tía Evelyn las cuidará o quizás sus nuevos abuelos, los padres de Grace… ¿Sabían que también tendrán bisabuelos? —Las niñas entreabrieron sus bocas, impactadas—. ¿Recuerdan que ella tiene cinco hermanos? Ellos serán sus nuevos tíos y tías. Todos nos encargaremos de atenderlas. Nuestra pequeña familia va a crecer mucho con este matrimonio.

Ante aquella expectativa, Lydia y Mary Ann olvidaron sus temores. La abuela les contó cosas terribles porque no sabía que la futura esposa de papá sería la señorita Archer-Montague.

Sonrieron. Estaban muy seguras de que su abuela se iba a poner muy feliz cuando viera a la futura duquesa en su alcoba.

—¿¡¡Qué se ha imaginado usted entrando en mi habitación sin más!!? —interpeló Constance en el momento en que Grace apareció en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Grace la ignoró. En cambio, miró a la mujer que acompañaba a su futura suegra. Debía ser la señorita Berrow, la persona que cuidaba y atendía a la duquesa viuda.

—¿Usted es la señorita Berrow? —indagó. La mujer asintió—. Soy Grace Archer-Montague, futura duquesa de Oxford. Por favor, déjeme a solas con la duquesa viuda. Necesito conversar en privado con ella.

La mujer miró de soslayo a Constance. Como su ama no dijo nada, obedeció la orden.

El sonido de la puerta cerrándose fue la señal de privacidad. Grace, seria y calmada, avanzó hasta la cama de la madre de Sebastian, tomó una silla y se sentó con propiedad.

—Usted ya sabe a lo que vine, así que ahórrese el esfuerzo y no se haga la estúpida. Soy la futura duquesa y señora de esta casa. Empiece por tratarme con el debido respeto, o la enviaremos a cualquier tierra lejana sin ninguna clase de remordimiento. —Inclinó su cabeza y añadió—: Está demasiado pálida, le hace falta tomar un poco de sol. Dicen que vivir una buena temporada en las colonias de África es suficiente para lograr un color saludable.

—Sepa usted que no la apruebo.

—Lo sé, Sebastian me contó que solo se animó a dirigirle la palabra para decirle eso. Pero no me sorprende, usted no se aprueba ni a sí misma. Pareciera que lo único que le hace sentir viva es fastidiar a su familia. En fin, me voy a casar con Sebastian le guste o no. Y si usted cree que ha logrado poner a las niñas en mi contra, pues le ha salido el tiro por la culata. Su hijo está furioso e indignado… Y yo también.

Ninguna de las dos se quitaba los ojos de encima. Constance arqueó su ceja y declaró con soberbia:

—No me asustas, niñita.

Grace rio.

—No me interesa asustarla, su excelencia… Eso sería una pérdida de tiempo. —Suspiró.

Una sonrisa de falsa amabilidad quedó en sus labios y dijo—: Dígame, ¿usted ama a sus nietas?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—No responda con una pregunta, su excelencia. Sabe que es de mala educación y de pésimo gusto. Seré bastarda, pero me sé comportar como una dama.

Constance encajó ese golpe con dignidad. Esa mujercita tenía un punto plausible.

—Nadie ama a mis nietas más que yo.

—¿En serio? —ironizó—. Pues no se nota. ¿Por qué ha hecho algo tan horrible como aprovecharse de su inocencia y sembrar el miedo en sus corazones? —Constance abrió sus ojos ante esa interpelación. Grace alzó su voz un poco más y añadió—: ¡Cómo se atrevió a manipularlas de un modo tan bajo! ¿Solo porque no me aprueba? Es lo más aberrante de lo que he sido testigo. No le tembló la mano en mentirle a sus nietas sobre lo que ocurrirá en el futuro cuando yo me case con Sebastian. Con todo respeto, usted es una vieja abusadora, retorcida y perversa. Es peor que las madrastras de los cuentos de hadas. —Se inclinó hacia ella—. Si me ha declarado la guerra sin siquiera conocerme, entonces eso va a tener. Se atrevió a usar a sus propias nietas para menoscabar las intenciones de Sebastian de darles la noticia sin que supusiera un golpe, y no le importó llenar de temor a las niñas. Usted no es mejor que su difunto esposo. Es tan egoísta e hipócrita como él.

Hasta ese momento los labios de Constance estaban sellados. Solo la mención de su difunto esposo la sacó de su estado de estupefacción.

—Tú no sabes nada de él, mocosa.

Grace se enderezó e hizo una mueca que demostraba indolencia.

—Sé lo suficiente para juzgarlo, su excelencia. No me venga con sus aires de superioridad moral, que no le queda. Se atrevió a usar a mis niñas para sus intrigas… —Constance jadeó escandalizada ante esa declaración. Grace enfatizó, orgullosa—: Sí, son mis niñas. Sebastian es mío y todo lo de él es mío, incluyendo sus hijas. —Se levantó. La miró desde arriba—. Está advertida, yo no le tengo compasión por estar ahí postrada… Si usted se comporta como una bruja conmigo o con mis seres queridos, yo le pagaré con el doble. Seré su maldita espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza.

—Usted no es una dama, es una cualquiera.

Grace rio con malicia y subrayó:

—A su hijo le encaaaaaaaaanta esta cualquiera. Esta cualquiera será la nueva duquesa de Oxford. Esta cualquiera la puede mandar a una casa de reposo en una colonia si así lo desea. ¿Tiene una ofensa más original?, ¿no?… Bien. No sé si Sebastian va a tener la consideración de invitarla a nuestro matrimonio, pero si no asiste, yo no la extrañaré. —Se dirigió a la salida, mas antes de abandonar la estancia, miró por sobre el hombro a Constance y añadió—: Si no me quiere ver aquí, no se atreva a fastidiar a las niñas. No me busque, porque me va a encontrar.

Cerró la puerta tras de sí. Todo se sumió en un ominoso silencio.

Constance resopló por la nariz.

Su respiración se transformó en furiosos bufidos.

Se sentó sobre la cama…

Con su mano derecha, tomó un vaso que yacía sobre la mesa de noche. Tembló de pura rabia antes de lanzarlo con fuerza hacia la pared.

Y, tal como su temple, estalló en mil pedazos.

Da capo

Dos días después, Sebastian estaba frente a la puerta de la residencia de los duques de Ravensworth, Westwood Hall. En los últimos días, Londres se veía asediado por un frío inclemente. Miró hacia el cielo, ligeros copos de nieve caían sobre la ciudad.

Sin embargo, ni mil inviernos lo persuadirían de no estar ahí.

Según lo acordado con Grace, esa tarde ella debería estar con su familia, la cual se había reunido para disfrutar de unas inéditas piezas de vals que compuso Caleb para interpretar con el Quinteto Divino.

Grace consideró que, aprovechar esa instancia musical, era la oportunidad perfecta para tener a las personas más cercanas e importantes de su vida reunidas en un solo lugar.

Era una puesta en escena de lo más dramática.

Para Sebastian, la peor parte del matrimonio era pedir la mano y enfrentar a la familia de la novia. Y, pese a que él tenía buenas relaciones con los padres de Grace, aquello no significaba que él fuera el esposo ideal que deseaban para su primogénita.

No fue fácil cuando pidió la mano de Felicity.

Sentía que era mucho peor la presión de pedir la mano de Grace.

No obstante, pese a que ellos estaban libres de las convenciones y formalidades, y habían comenzado su relación de una forma muy poco ortodoxa, quería darle a su prometida lo que le fue negado cuando era una inocente jovencita.

El ritual. La pompa. El drama. La noticia que nadie esperaba.

Era volver al principio, él también se sentía como un jovencito inexperto.

A sus oídos llegó el sonido de los aplausos desde el salón de música de la residencia.

Dio media vuelta. De pronto sintió que alguien lo observaba.

La calle cubierta de un manto blanco de nieve. El frío. Unos carruajes. Personas caminando. Un chico que limpiaba bosta de caballo. Sebastian le ofreció unas monedas por su servicio. Esperaba que fuera suficiente para que volviera a su hogar antes del anochecer… Si es que lo tenía.

Sacudió su cabeza para deshacerse de la molesta sensación. Debían ser los nervios.

Tocó la aldaba tres veces.

El mayordomo abrió la puerta.

—Buenas tardes, Risley —saludó Sebastian con amabilidad. El vaho traspasaba la bufanda con cada palabra que salía de su boca. Ofreció su tarjeta y el mayordomo la leyó, entretanto, añadió—: Necesito una entrevista con el duque de Ravensworth.

Por un segundo, a Risley le costó reconocer al hombre alto al que solo se le veían los ojos verdes. No obstante, el nombre escrito en la tarjeta confirmó sus sospechas.

Abrió más la puerta y lo dejó entrar.

—Aguarde mientras tanto en el despacho personal de su excelencia —indicó. En esa casa era costumbre hacer esperar a una visita en ese lugar, en vez del frío vestíbulo. Después de todo, el duque de Ravensworth jamás se negaba a atender a alguien—. Si fuera tan amable, siga al lacayo. Veré si lo puede recibir.

—Muchas gracias.

Gregory aplaudía sintiendo un inmenso orgullo por sus hijos. Grace era una mujer que irradiaba vida cuando hacía lo que más disfrutaba, y Caleb, un muchacho ejemplar que, gracias a Dios, no

siguió los mismos pasos que él en su juventud.

Sin quererlo, el amor que su hija mayor sentía por la música salvó a su heredero de ser un libertino con todas sus letras. Caleb tenía un carisma natural, y ese mismo encanto sin artificios era una cualidad que apreciaban las mujeres, sin importar la edad. Y si a aquello le agregaba un aspecto de buen ver, era la receta infalible para obtener a un calavera.

No obstante, Caleb prefería componer en vez de saltar de cama en cama.

Tampoco se quedaban atrás los demás, Matt, el hijo de su primo, el conde de Corby, y los hijos de los vizcondes Rothbury, Anthony y Florence, eran jóvenes que no atendían a las convenciones.

Todos conformaban un grupo excepcional.

De soslayo notó que entraba Risley en la estancia. Se dirigía hacia él.

Pocos segundos después tenía la tarjeta de presentación de Oxford en sus manos y su solicitud de entrevista.

Alzó su ceja. Oxford era un hombre serio y solemne, pero a esas alturas Gregory creía que el duque ya había superado la etapa de ser tan estirado.

Suponía que tenía que ser importante. Oxford no era aficionado a las bromas de mal gusto.

Emma, su esposa, no tardó en notar que algo inusual sucedía.

—¿Pasa algo malo, Greg?

—No, extraño diría yo, gatita… Oxford necesita hablar conmigo ahora.

Emma arqueó sus cejas. Menos mal que el concierto había concluido. El duque parecía tener un sentido de la oportunidad único.

—Ve, Oxford no es asiduo a hacer visitas de cortesía. Debe ser importante.

Gregory le guiñó el ojo y se levantó. Mientras dirigía sus pasos a la puerta, hizo contacto visual con Grace, quien frunció el ceño ante su intempestiva salida.

—Volveré en un momento —informó a sus invitados—, Oxford necesita conversar algo conmigo.

Grace se encogió de hombros. Todos los demás, presos de la curiosidad, arqueaban sus cejas o contraían sus ceños, excepto los abuelos de Grace, que apenas contuvieron una sonrisa. A pesar de que no habían vuelto a ver a su nieta desde su conversación de la semana anterior, sabían que algo bueno sucedió, era cosa de ver lo radiante y perenne que era su sonrisa ese día.

Florence, quien estaba al lado de Grace, le dio un discreto tironcito a su vestido para llamar la atención.

Se miraron. Grace le guiñó un ojo. Solo eso le bastó a Florence para saber que ese fogoso beso que vio en la academia llegaba a buen puerto. Se llevó la mano al pecho de pura felicidad —y de alivio— por su amiga. Eso explicaba los cambios sutiles que percibió ese día, en el ensayo previo a la presentación. Se veía más risueña, relajada y enérgica.

Grace le hizo un gesto con su índice sobre sus labios para que no dijera nada.

Mientras tanto, Oxford esperaba a Gregory en el despacho personal del duque. Las palmas de sus manos sudaban y no se podía quedar quieto. Caminaba intranquilo. De tanto en tanto estudiaba nimiedades de la estancia, solo para distraerse.

No obstante, sus pasos se detuvieron. En una de las paredes había un retrato familiar de cuando apenas eran tres miembros; los duques de Ravensworth y Grace.

Se quedó ensimismado apreciando a la pequeña que le devolvía la mirada.

La pericia del artista que inmortalizó a la familia era impresionante, pudo captar tanto en

los ojos de Grace. La inteligencia combinada con la inocencia empañada por haber vivido demasiado a tan corta edad. Cada vez eran más populares los daguerrotipos para inmortalizar momentos importantes, pero consideraba que los retratos pintados al óleo tenían su encanto. El color les daba la viveza que tenía la vida misma, en contraste con los realistas, pero lúgubres daguerrotipos repletos de grises, blancos y negros.

En su mente se hizo vívida la imagen de una niña idéntica llamándolo «papá»…

Sin embargo, lo invadió el súbito miedo de perder a Grace tal como perdió a Felicity. Evadió la mirada bicolor de la niña del retrato, concentrándose en sus manos. Las mujeres estaban dotadas de una valentía que superaba su comprensión. Sabían que corrían el riesgo de morir en cualquier momento de un embarazo o después de este, pero siempre tenían la inquebrantable fe de que todo saldría bien.

Esa fe era contagiosa. Al punto de olvidar que la vida era más frágil de lo que se suponía. Había perdido el juicio al hacer el amor con Grace, sin ninguna clase de precaución. Ella ya podía estar embarazada… En peligro.

Sebastian estaba muerto de miedo. Si se echaba para atrás, la mujer que adoraba no correría el riesgo de morir… Volvió a mirar el retrato, Grace lo desafiaba. Su amor por ella era más grande que ese terror. El amor que ella sentía por él era tan gigantesco como su fe. Se maldijo, era un hombre débil. Si se arrepentía, Grace lo odiaría, y sin ella, sin su amor, estaría muerto en vida.

No, no era el momento de permitir esa clase de pensamientos. La vida no podía ser tan injusta de quitarle a Grace después de haberle arrebatado todo.

No, el arrepentimiento ya no tenía cabida en su vida. Jamás volvería a ser cobarde. Nunca más se preguntaría «¿Qué hubiera pasado si…?».

—Bienvenido, Oxford. —Sebastian escuchó la voz de Gregory a sus espaldas y lo sacó de sus cavilaciones. Dio media vuelta—. Esta es una grata y curiosa sorpresa. —Se estrecharon las manos.

—Muchas gracias por recibirme, Ravensworth. Mis disculpas por interrumpir su reunión.

—No se preocupe, ya estábamos terminando… —Gregory hizo un gesto, invitándolo a sentarse frente a su escritorio y él tomó su lugar en el lado opuesto—. Dígame, ¿a qué le debo el honor de su presencia en Westwood Hall?

Sebastian tomó una profunda inspiración y dijo:

—Sé que le parecerá extraña y repentina mi visita, pero… He venido a pedir la mano de su hija, Grace.

Gregory parpadeó… ¿Había escuchado bien? Su boca solo pudo balbucear un:

—¿Cómo?

—Lo que escuchó. Le pedí a la señorita Grace que fuera mi esposa y…

—Espere un momento ahí… —Gregory entrecerró sus ojos—. Me ha llegado el rumor de que la única persona que podía heredar el ducado de Oxford falleció, ¿es eso cierto?

—Lamentablemente, así fue.

—Entonces, ¿me puede explicar por qué piensa que es apropiado proponerle matrimonio a mi hija? ¿Solo para tener a su heredero? —interpeló conociendo el valor de Grace. No deseaba que ella fuera la yegua de cría de nadie.

Sebastian endureció su gesto. El padre era tan difícil de convencer como su hija, por lo que intentó imprimir toda su convicción al responder:

—Tener un heredero es lo que menos me importa en este momento. Estoy trabajando para que la situación económica de mis hijas y de mi futura esposa no dependan de un título

empobrecido. Lo que yo deseo es pasar todo lo que me queda de vida junto a Grace porque la adoro.

Escuchar el nombre de su hija en la voz de Sebastian con tanta familiaridad le produjo un sentimiento extraño a Gregory… Algo no encajaba.

—¿Y en qué minuto se enamoró usted de ella? ¡Apenas se conocen!

—Ravensworth, ni yo sé cómo o cuándo la empecé a amar. A Grace no la conozco desde hace un segundo, precisamente. Lo único que le debe importar es que la amo.

—Y supongo que eso Grace lo sabe.

—¿Usted cree que ella habría aceptado un enlace sin amor?

—No responda con una pregunta, Oxford.

«Esa réplica es de familia», pensó Sebastian.

—Ella lo sabe a la perfección… Y para que no crea que es algo unilateral, Grace me corresponde y aceptó mi propuesta.

Gregory lo observó en silencio. Hizo una mueca que señalaba que estaba considerando el asunto.

—¿Usted está al tanto de que ella no tiene dote?

—Sé que Grace ha invertido el dinero de su dote en independizarse y abrir su academia de música. Y sobre eso mismo, quisiera que me ayude a encontrar una forma para que esa propiedad no quede a mi nombre cuando nos casemos. Quiero que sea de ella y solo de ella. También hemos acordado que no impediré que continúe con su carrera musical.

Gregory alzó una ceja. El duque había hecho su tarea.

—Bien… tengo solo una pregunta más, antes de decidir si le doy mi bendición. —Sebastian asintió—. ¿Qué opinan sus hijas de todo esto?

Sebastian recordó el momento en que Grace volvió de su «conversación» con la duquesa viuda. La expresión furibunda de su prometida cambió en tan solo unos segundos cuando recibió el abrazo de Lydia y Mary Ann para darle la bienvenida a la familia.

—Mis hijas aprecian mucho a Grace… También son sus alumnas en la academia de música y con ello se ha formado un vínculo especial. Estoy seguro de que no pasará mucho tiempo para que la amen tanto como yo.

En ese momento la puerta se abrió. Era Grace. Detrás de ella, la familia en pleno la seguía con sus expresiones llenas de curiosidad.

—Papá, deja de torturar a Sebastian y danos tu bendición de una vez por todas —exigió al tiempo que entraba en la estancia dando zancadas largas y apresuradas. Se situó al lado de Sebastian y posó sus manos sobre sus hombros.

Un asombrado «¡¿Quéééééééé?!» colectivo se elevó en el rellano y en el despacho.

Gregory, parsimonioso, juntó las yemas de los dedos. La miró a los ojos y ordenó:

—Quiero escucharlo de tu boca, Grace.

Los dedos de Grace se enterraron en los hombros de Sebastian y ella respondió:

—Papá, amo a Sebastian y él me ama. Nos queremos casar lo más pronto posible y…

—¿Por qué tanto apuro? —cuestionó frunciendo el ceño.

—Creo que no hay necesidad de dilatarlo más… No tengo dieciocho como para esperar a que madure o conozca a alguien más… Y tampoco digamos que esta familia es de compromisos largos.

Una risita burlona provino de parte de la abuela de Grace. Gregory puso sus ojos en blanco.

—Oh, está bien. Cásense. Tienen mi bendición.

Se levantó de su asiento y Grace fue a su encuentro para abrazarlo.

—Gracias, papá.

—Oh, ¿cómo me iba a negar? —Besó la coronilla de su hija—. Un hombre que se toma en serio tus pasiones no se ve todos los días. Creo que elegiste bien.

—Ambos nos elegimos.

Grace miró de reojo a Sebastian. Él se levantaba de su asiento y, en ese momento, Emma le tomaba las manos para decir:

—Bienvenido a la familia, Oxford.

—Es un honor para mí, duquesa.

Emma le sonrió con los ojos vidriosos. Dirigió su atención a Gregory, quien no quería soltar a su hija, y le dijo:

—Ya sabes lo que sintió tu madre cuando llegó Grace. ¡Nietas instantáneas para consentir! —Miró a Sebastian—. ¿Podemos visitarlas mañana? Me encantaría que empecemos a familiarizarnos de inmediato.

Aquellas palabras sorprendieron a Sebastian. Quizás nunca se acostumbraría a las personas que siempre estaban abiertas a entregar afecto. A la familia de su prometida no le importaba nada más que el amor y el respeto que él le prodigaba a Grace, para ellos era suficiente.

—Por supuesto. Será un placer recibirlos a todos en casa.

Emma sonrió con amplitud.

Gregory se separó tan solo un poco de su hija para decir:

—¿Qué tal si esta reunión se convierte en una fiesta de compromiso? Digo, ya que tienen tanto apuro por casarse, debemos ganar tiempo.

Media hora después, Sebastian y Grace bailaban su primer vals, uno de los que Caleb compuso, y se titulaba *Amore e libertà.*

A pesar de que su hermano creó esa pieza hacía seis meses, Grace la sintió como la definición misma de lo que tanto esperaba, un amor que no le cortara las alas, sino que volara junto a ella, en libertad.

Sebastian se dejó envolver por la música y, aunque fuera por unos minutos, en el mundo no existía nadie más que él y Grace. No hablaron, solo se miraban casi no creyendo que estaban viviendo ese momento.

Nunca más tendría que esconder o reprimir lo que su corazón sentía. La dicha que experimentaba en ese preciso minuto era especial, y se filtraba en su sangre junto con la música que flotaba alrededor de ellos.

En el pasado, Sebastian no se consideró un gran estudioso de la música. Sin embargo, desde aquella noche en que conoció a Grace, comenzó a prestar más atención y a descubrir lo que los compositores querían transmitir. Quizás esa fue la forma que su corazón encontró para estar enlazado a esa joven que tarareaba para sí misma, balanceándose en el columpio a la luz de la luna.

Al compás de ese vals volvió a ver a esa joven, con su mirada pícara, franca y con destellos de ilusión. Sebastian sonrió. No importaba el paso del tiempo, ni que sus pieles y facciones ya no fueran lozanas ni exudaran juventud. Eran ellos con sus aciertos y fracasos, con sus dichas y sus amarguras… Dispuestos a intentarlo.

A no tener miedo de vivir ese amor en libertad.

Dos días después, el ambiente festivo se trasladó al pequeño auditórium de la Academia Cross. Al atardecer del 3 de febrero, la señorita Lizbeth Cross daba el discurso de inauguración ante la

mirada atenta de familiares, amigos, alumnos y admiradores.

Entre esos admiradores se encontraban Sebastian junto a sus hijas que sonreían con orgullo. A Lydia y Mary Ann les impresionaba ver a una mujer frente a un podio, que hablaba en público sin siquiera sonrojarse. La futura duquesa de Oxford era una persona que podía hacer de todo.

Después del discurso, fue el momento de presentar al cuerpo docente compuesto por tres profesores, aparte de Grace: Florence estaba a cargo de las lecciones de teoría musical; el señor Brooks era el encargado de instrumentos de bronce, tales como trompeta, trombón y tuba; y la señora Elworthy, maestra de piano. También fue presentada la secretaria de recepción, la señorita Josephine Anderson.

Tras los aplausos, Grace, acompañada de los profesores, cortó la cinta roja que daba inicio oficial al funcionamiento de la academia en medio de aplausos y buenos deseos.

Sebastian nunca olvidaría la expresión de satisfacción de Grace; su sonrisa, su mirada brillante, la voz que a veces temblaba de emoción. Esa era la alegría de concretar su sueño, su legado.

En ese momento le pareció tan absurda esa norma de los de su clase de encerrar a las mujeres en jaulas de oro y cristal. No solo bastaba la gran e importante tarea de la maternidad, también debían llenarlas de deberes que consumían su tiempo y vigor. Presionarlas hasta llegar al punto de impedirles momentos y ocupaciones meramente personales… Quizás temían que se encontraran a sí mismas y emprendieran un vuelo en solitario.

Tras dos horas de ceremonia y celebración con música y bocadillos, los invitados se marcharon. Grace se quedó sola en el auditórium admirando los ramos de flores que ese día le obsequiaron.

Sebastian volvió a regalarle muérdagos con hojas de laurel, «Supero mis dificultades y gloria». Cuando le entregó el ramo se sonrieron con complicidad y cierta malicia al recordar lo que sucedió ese decisivo día.

En invierno era difícil conseguir flores sin gastar una fortuna, mas no faltaba el admirador que compraba rosas traídas desde exclusivos invernaderos o países más cálidos. Había otros que se las ingeniaban haciendo hermosas flores hechas de papel o cintas de colores rociadas con algún perfume. Otros eran frágiles ramos de flores secas.

No obstante…

Entre toda esa diversidad hubo uno que le llamó la atención. Un simple manojo de ramas y hojas secas atados con una humilde cinta negra. Grace lo tomó con cuidado, era aromático y en extremo delicado, las hojas se caían ante el menor movimiento.

La fragancia que despedía le era familiar.

—¿Dónde? —susurró… Volvió a aspirar el aroma. Cerró los ojos por un largo rato. El recuerdo de Baudin en la cocina… a veces lo ponía en algunas preparaciones—. ¡Eso! ¡Albahaca! —Frunció el ceño por lo extraño del presente. Aspiró la fragancia dulzona de la hierba seca…Tenía que significar algo…

Sí, tenía que ser un mensaje… Grace hacía memoria murmurando:

—Albahaca, albahaca, albahaca… ¿Qué diantres significaba? Albahaca…

Y lo recordó. Apretó los labios y quebró las ramas. Las hojas se desintegraron y cayeron al suelo.

—«Odio»… ¿Cómo se me pudo olvidar? —Solo una persona podía ser tan desagradable como para regalar un manojo de albahaca. Dio un pisotón—. ¡Ay, esa vieja insoportable se las arregló para enviármelas! ¡Pero qué infantil!

Tiró al suelo las ramas desnudas y quebradas.

Puso las manos en jarras y soltó un resoplido. Su atención se fijó en el brillo de la elegante araña de cristal que pendía del techo al centro del auditórium. Relajó su cuello moviendo la cabeza.

Inspiró hondo.

—¡Qué me importa! ¡Me da lo mismo! ¡Que se vaya al infierno!

—¿Quién se tiene que ir al infierno? —preguntó la voz de Sebastian.

Grace miró a su prometido. Su tono no fue el mejor cuando interpeló:

—¿Por qué siempre entras sin avisar?

Sebastian alzó una ceja y respondió:

—No respondas con una pregunta. —Se acercó a Grace y la abrazó por la cintura. Ella se dejó hacer—. Cuéntame, ¿por qué estás molesta?

Grace estuvo tentada a decir «Nada»… Su voz vaciló. No, eso no era nada.

—Entre los ramos de flores que recibí hoy había un manojo de albahaca. —Sebastian no respondió, pero su mirada se endureció—. Sabes lo que significa. En este momento de mi vida solo hay una persona que me puede dar ese mensaje.

Sebastian inspiró hondo, al tiempo que asentía con su cabeza.

—Entiendo… Mi madre no me lo está poniendo fácil. —Besó a Grace en la coronilla e inspiró su aroma. Ahora entendía ese «Que se vaya al infierno». No podía reprochárselo, a veces él también lo decía. Pero luego de soltar esa maldición, venía el sentimiento de culpa por desearle algo así a la mujer que le dio la vida—. Haré los preparativos para enviarla a Liverpool antes de que nos casemos. Es la propiedad que tengo más alejada de Londres.

—De verdad lo siento, Sebastian… yo sé que no es fácil. Sea como sea es tu madre, la quieres y...

—Y le está haciendo la vida imposible a mi esposa, le llenó la cabeza de estupideces a mis hijas, por no decir el resto de las atrocidades que cometió en contra de Evelyn. Yo… —La abrazó más fuerte—. Yo pensé que, con el tiempo, entendería.

Grace apoyaba su cabeza sobre el pecho de Sebastian, podía escuchar su corazón. Perdida en sus latidos, reflexionó:

—Algunas personas creen tan firmemente en sus convicciones que cuando se dan cuenta de que están equivocadas, se aferran más a ellas. —Suspiró.

—Y mi madre es la que más se aferra, solo por orgullo. Si tengo que elegir, es obvia mi elección; tú estás en primer lugar. Después de todo, mi esposa será quien esté a mi lado hasta el final de mis días, no mi madre… En esto no puedo transigir.

Se quedaron abrazados sin hablar durante un largo rato. Sebastian había vuelto a la academia para pasar la noche con Grace, no esperaba encontrarse con aquel mal trago.

—¿Te sientes mejor?

—Sí… Perdóname por desquitarme contigo.

—Yo solo me preguntaba en qué me había equivocado —Rio—. Siempre pienso lo mismo, no sé por qué.

—Con una madre como la tuya, es lógico que pienses que cada vez que alguien se enfada es por tu culpa… Para la próxima intentaré no escupirte mi veneno.

—Al menos te dejas abrazar cuando escupes veneno.

—Una cosa es que esté molesta, pero creo que siempre querré tus abrazos… Vamos a mi alcoba. —Lo besó y sus lenguas se tentaron por un breve segundo—. Súbeme el ánimo.

Una media sonrisa maliciosa se dibujó en los labios y los ojos del duque. Su voz grave y

seductora sentenció:

—Di las palabras mágicas.

—Ahora, Sebastian.

Y Sebastian obedeció.

Ritornelo

Sebastian entró en la habitación de su madre. Constance no le quitó la mirada de encima. Él, por su parte, dirigió su atención hacia la señorita Berrow y ordenó:

—Déjenos a solas, por favor.

La mujer le dio una breve mirada a Constance. La duquesa viuda dijo:

—Puedes hablar frente a la señorita Berrow. A estas alturas, todo lo que ocurre en esta casa es de dominio público.

Sebastian decidió no responder esa pulla.

—Bien, no tardaré demasiado. En tres días te vas a Green Cross Park.

Constance frunció el ceño. Sabía que estaba jugando con fuego al presionar a Oxford, pero esa medida era extrema. Controló el tono de su voz para aparentar indolencia y replicó:

—No necesito ir a Liverpool, y mucho menos en invierno.

—Quiero que te vayas para siempre.

Esa voz tan fría y cortante. Tan parecido a la de su esposo. Constance estalló.

—¿¡Cómo te atreves!?

—¿Y tienes la osadía de preguntar cómo me atrevo? —Soltó un resoplido, frustrado—. Lo único que has hecho, desde que empezaste a hablarme, es hacerme la vida imposible.

—¿Y qué se supone que hice ahora?

—Esto es inaudito. ¿En serio no asumirás tu culpa?

Constance consideró que hasta el momento ya la habían enfrentado por todas sus acciones. Si hizo algo, no fue a posta, por lo que interpeló:

—¿Culpa de qué?

—El presente de mal gusto que le enviaste a Grace ayer, para la inauguración de su academia de música. Un manojo de albahaca seca.

Constance arqueó sus cejas y rio.

—Soy mejor que eso, puedo expresar mi odio de otras maneras más creativas… Además, ¿de dónde voy a sacar dinero para llevar a cabo esa ridiculez? No he visto una moneda en mis manos desde hace dos años.

—Porque eres peligrosa. —Sebastian apretó los labios, le dolía desconfiar de su madre hasta ese punto—. ¿Sabes? No voy a seguir tolerando esto. Tú y yo ya no podemos vivir en la misma casa, y menos aún cuando Grace se convierta en mi esposa.

—¿Me vas a echar de mi casa? ¿Por culpa de esa bastarda? —Constance, de estar recostada sobre las almohadas, se irguió en un movimiento fluido y seguro hasta quedar sentada. Sebastian abrió sus ojos y entreabrió su boca. Aquella acción no era un simple «milagro», su madre podía moverse.

—¿Desde cuándo te recuperaste? ¿Por cuánto tiempo me lo ibas a ocultar?

Ella se dio cuenta muy tarde de su error.

Constance evadió el escrutinio de Sebastian. Estaba tan furiosa que solo actuó por instinto. Blasfemó en su fuero interno. Atrapada.

—Que no me mueva frente a ti no significa que no lo haga el resto del tiempo. —La memoria de Constance se llenó de recuerdos, de las largas horas en que intentaba recuperar el dominio sobre su cuerpo. La señorita Berrow fue esencial para lograr obtener su preciada autonomía.

Ni siquiera ella misma entendía por qué seguía ocultándolo.

En medio de ese silencio y la mirada llena de reproche y dolor de su hijo, sintió cierta

satisfacción. Quizás solo quería seguir castigándolo por todo lo vivido, por todo lo perdido…

—¿Las niñas lo saben?

Quizás no estaba castigando solo a su hijo. La satisfacción murió cuando respondió un escueto y lapidario:

—No.

—¿Ves? Por eso mismo las niñas tienen prohibido venir a verte sin supervisión. ¿A qué estás jugando? ¿Qué es lo que pretendes, madre? ¿Hacerme sentir miserable? ¿Castigar a mi padre a través de mí? ¿Acaso dimensionas lo que obtienes con tu maldita actitud?

La duquesa viuda jadeó.

¿En qué momento Oxford había podido ver a través de ella? Constance se sintió desnuda, expuesta… y lo peor, vulnerable. Necesitaba escapar.

—No te permito que maldigas en mi presencia, Oxford, más respeto.

—No estás en posición de exigirme nada, madre. A estas alturas apenas te respeto… Y no desvíes mi atención… —La señaló con su dedo índice—. Es por este mismo tipo de cosas que te conviertes en una persona peligrosa y en la que no le confiaría ni a mis hijas; me ocultas que puedes moverte, utilizas a las niñas para dificultar su relación con Grace, no me dejas vivir en paz, desprecias a mi futura esposa. ¿Qué demonios pretendes? ¿Qué quieres? ¿Que me case con una chiquilla que sea diez años mayor que Mary Ann? ¿Una muchachita recatada, pudorosa, que no tenga carácter? ¿Una mujercita que sea un títere para ti y cumpla tus expectativas? Para eso mejor me compro una muñeca. Dime, ¿qué quieres obtener con todo esto? Sé honesta por una vez en tu vida.

Sin atreverse a mirarlo, Constance se sinceró por primera vez en mucho tiempo.

—Quiero que todo sea como antes.

—¿Antes de qué? ¿De ayer? ¿De dos años? ¿Quince?

—Antes de saber que tu padre fue un… —Constance no fue capaz de terminar su oración.

—Antes de enterarte de que fue un cerdo hipócrita e infiel. Antes de saber que no eras nada para él. Antes de que tu mundo se cayera a pedazos, sin la posibilidad de reprochárselo. Sé a la perfección lo que se siente, madre…

»Nosotros solo fuimos un requisito social, lo que pedía el ducado. Quizás nos tuvo afecto, mas no fue suficiente para respetar lo que juró ante el altar cuando se casó contigo. Pero eso no te excusa ni te da la potestad de desquitarte con el resto. Debes aceptar que la vida no es justa y que Dios, si es que existe, es un mero observador. No hace nada por nosotros, ni para bien ni para mal. Las cosas solo pasan y la gran mayoría son la consecuencia de nuestros propios actos. ¿O acaso crees en la idea infantil de que el diablo instigaba a padre para que tuviera una amante? Escuchar voces es de locos, y él no lo estaba, todo lo hizo con premeditación.

La mirada de Constance se encontró con los ojos duros y fríos de su hijo. No era la primera vez que Sebastian le hablaba de esa forma, directa y sin sutilezas, mas no había llegado al extremo de atreverse a verbalizar muchas cosas que ella sintió y pensó, pero que no se aventuró a seguir profundizando. Era menos doloroso que aceptar los hechos.

Era más fácil la ira, el desdén, la soberbia, el odio.

Apenas se dio cuenta de que su boca fue más rápida que su mente al preguntar:

—Si tu padre fue tan ruin, ¿por qué aceptaste a su bastarda en la familia?

—No voy a permitir que llames de esa forma a nadie, madre. Ni a Evelyn, ni a Grace. Deja de juzgar a los demás con tanta soltura. Tú has cometido peores pecados que nacer como una hija ilegítima.

»No sé por qué me haces esa pregunta, si he estado todo este tiempo contándote lo que

hago y lo que pienso, con la estúpida esperanza de que me comprendieras. Eres tan orgullosa que no quieres reconocer que Evelyn es más que su origen y su pasado. Sin ella, a las niñas y a mí nos habría costado años superar la falta de Felicity… Y estoy seguro de que padre nunca la quiso. Debe estar retorciéndose en su tumba al verla en esta casa y saber que amo a mi hermana, a la niña que siempre ocultó… No puedo cambiar el pasado, solo aceptar con humildad lo que la vida me da. —Sebastian y Constance mantenían el contacto visual. Lo único que él pudo ver fue soberbia y terquedad. A la postre, negó con la cabeza—. No voy a cambiar de parecer y tú tampoco. Si quiero vivir en paz con mi familia, tendrás que marcharte. No te comportas como la madre que necesito, ni como la abuela que mis hijas anhelan, y ni siquiera tengo la esperanza de que seas una suegra que aprecie y apoye a la futura duquesa. Grace tiene otras ocupaciones en la vida que organizar eventos sociales y cotillear con el resto de las aristócratas. Ambos sabemos que no cederás y yo ya me rendí. —Constance estuvo a punto de replicar, mas Sebastian no se lo permitió al añadir—: Te vas a Liverpool. Señorita Berrow, por favor, necesito conversar con usted.

La joven se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza y siguió a Sebastian, quien ya salía por la puerta. Le dio una última mirada a Constance, la duquesa viuda parecía más pequeña y perdida de lo que la había visto nunca.

La puerta se cerró.

Constance se quedó mirando la nada. Largos segundos transcurrieron, en los que intentaba hacerse la idea de no ver a sus nietas. No cabía duda, Oxford no estaba jugando. Él siempre cumplía con su palabra.

Su voz se quebró al decir:

—Lydia… Mary Ann.

Su mentón tembló. Sin sus nietas no tenía nada. Sin ellas no valía la pena vivir.

Y ante esa expectativa, Constance lloró en silencio.

Fue inútil, los sollozos y los gemidos fueron más fuertes que su orgullo. Diminuta e impotente, se entregó a las lágrimas como no lo hacía en mucho, mucho tiempo.

Sebastian se sentó frente al escritorio que gobernaba la biblioteca. La señorita Berrow estaba ante él, de pie sin saber dónde mirar.

El duque observó a la mujer por breves segundos antes de iniciar su interrogatorio:

—Señorita Berrow, quisiera saber el motivo por el cual no me informó de los avances de mi madre.

La mujer se retorció las manos y respondió, cabizbaja:

—La duquesa viuda me lo prohibió, su excelencia… Us… usted sabe cómo es ella y también lo que pasa cuando un sirviente desobedece a su amo.

—Es despedido. —Entrecerró sus ojos—. Y, entre obedecer a uno o al otro, optó por mi madre porque usted es la única que atiende sus necesidades.

La señorita Berrow asintió con un gesto vacilante.

—¿Desde cuándo mi madre puede moverse?

—Desde hace unos tres meses más o menos empezamos a ver avances significativos, y han progresado a lo largo de todo este tiempo.

—¿Puede caminar?

—Con el tiempo, quizás. Si no hubiera estado empeñada en ocultarle esto a su excelencia, ya podría estar dando sus primeros pasos. Detesta la idea de usar bastón.

Sebastian todavía estaba impactado ante aquel hecho. La única pregunta que se hacía era ¿cuál eran los límites de su madre?, ¿acaso los tenía?

—¿Usted ayudó a mi madre para hostigar a mi prometida?

—La verdad, su excelencia, si la duquesa viuda hizo algo, yo no participé en ello. Eso se lo puedo jurar por todo lo sagrado que tengo.

Sebastian no esperó aquella respuesta. Algo no encajaba. No confiaba en Constance, pero la señorita Berrow parecía ser sincera. Necesitaba, de alguna forma u otra, tener a su madre alejada, pero bajo control.

Si la señorita Berrow apreciaba su trabajo podría ser una aliada. De todas formas, instruiría a la señora Sullivan para que vigilara tanto a su madre, como a la señorita Berrow.

Odiaba tomar esas medidas, pero Constance no le dejaba muchas opciones.

—Bien, señorita Berrow… —La aludida dio un leve respingo—. Usted podrá conservar este trabajo, solo si cumple con mis condiciones, de lo contrario, se puede marchar ahora, con el pago que le corresponde hasta el día de hoy y le daré una buena carta de recomendación.

A la señorita Berrow le sorprendió aquella oferta. Sin importar cuál fuera su respuesta, saldría beneficiada. Hasta hacía cinco minutos, temía ser despedida sin dinero ni recomendaciones. Pocos aristócratas comprendían lo difícil que era tomar partido en una familia dividida sin salir perjudicada. El duque era estricto, pero justo.

No le costó decidir.

—¿Cuáles son sus condiciones, su excelencia?

—Viajará con mi madre a Liverpool y la atenderá tal como lo ha hecho hasta el día de hoy. Me escribirá cada dos días informando de forma detallada todo lo que mi madre haga o diga.

A la señorita Berrow no le sorprendieron las condiciones, pero, de todas formas, no le agradaba la idea de ser una especie de espía. No obstante, necesitaba el trabajo y, a la larga, no tenía nada que perder.

—Entonces acepto. Iré a Liverpool… ¿Qué excusa le doy a su madre sin que sospeche de nuestro acuerdo? Debe estar segura de que me despedirá.

—Dígale que es temporal mientras encuentro a alguien que pueda reemplazarla. Lo cierto es que pocas personas duraron en el puesto que usted desempeña y, aparte de su omisión, no tengo quejas de su trabajo.

—Muy bien. Así será, su excelencia.

Grace se miró al espejo de cuerpo completo del camarín del Hanover Square Rooms. Esa noche de miércoles, se presentaría junto con el Quinteto Divino y otros músicos solistas, en una serie de conciertos que culminarían el día de san Valentín.

Su hermano, Caleb, apareció en su reflejo. Se veía muy elegante con su frac. Ambos se parecían en sus facciones —con las salvedades propias de su género—, lo único que los diferenciaba era el color de los ojos. Su hermano había heredado el precioso y cristalino azul de los de su madre.

—Te ves hermosa esta noche, ¿lo sabías?

Una sonrisa bailó en los labios de Grace y replicó:

—¿Desde cuándo me dices que soy hermosa? ¿Dónde está mi hermano y qué has hecho con él?

Caleb rio.

—No lo decía, porque temía que se te subieran los humos a la cabeza y te volvieras

insoportable. Sin embargo, si ese duque olvida decirte que te ama y que eres hermosa… se lo recordaré como es debido.

Grace se giró, le arqueó una ceja y sugirió:

—¿Pistolas, esgrima, boxeo? ¿Quién lanza más lejos un escupitajo?

Caleb arrugó la nariz al recordar esas repugnantes competencias infantiles. Lo cierto era que Grace se aprovechaba de su ventaja de edad y les ganaba. Se preguntó quién sería el triunfador si hicieran un reto de ese estilo ya de adultos. Se deshizo de esa ridícula imagen mental y respondió:

—Esgrima no, porque Oxford está al nivel de Lawrence y sería un suicidio. Me decanto por el boxeo. —Y procedió a dar unos golpes en el aire, los músculos de sus brazos se tensaron aumentando su tamaño, y Grace creyó que reventaría las costuras de su levita.

En ese momento supo que su hermano era capaz de darle su buena golpiza a Sebastian… Pero dudaba que eso fuera a suceder en algún momento. Su esposo en ciernes no era un imbécil.

Matthew, Anthony y Florence se encontraban a poca distancia y escuchaban atentos la divertida conversación de los hermanos. Cuando vieron la demostración pugilística de Caleb, aplaudieron y lanzaron vítores, y él agradeció una reverencia haciendo exageradas florituras con su mano.

Anthony, al dejar de aplaudir, le preguntó a Grace:

—¿Oxford vendrá a verte hoy?

—Dijo que intentaría venir a todas las presentaciones, pero depende de sus labores parlamentarias. Además, ayer escoltó a su madre a Liverpool para que pasara una temporada indefinida en Green Cross Park, y no sé si alcance a llegar a tiempo esta noche. —Se encogió de hombros—. No puede haber dos duquesas en Oxford House, sobre todo si una odia a la otra.

Anthony hizo una mueca que reflejó el inconformismo que sentía por la complicada situación, y repuso:

—Como siempre dices, no se puede tener todo en la vida. Me imagino que debe ser muy difícil para Oxford.

—Lo es. La duquesa viuda es una mujer complicada, y será lo mejor para todos que esté lejos. No digamos que anhelo su aprobación, pero espero que recapacite por el bien de las niñas.

Matthew, para aligerar el ambiente, intervino, socarrón:

—Cualquiera haría lo mismo que Oxford con una madre como la duquesa viuda. Esa señora es más peligrosa que un mono jugando con navajas.

Todos rieron al imaginar a un mono con la cara de la duquesa viuda, blandiendo navajas a diestra y siniestra. Matthew solía bromear y expresarse haciendo comparaciones jocosas y estrafalarias.

Florence era la que más reía, y no podía parar. Era terrible cuando le daban ataques de risa, y tal parecía que en ese momento era víctima de uno.

—Ay, Matt… es que… la duquesa… mona… —Carcajadas… Carcajada… Carcajada de cerdito—. Ay, no…

Y esa risa era contagiosa. Cuando Florence alcanzaba las cotas de parecer una adorable cerdita gruñona, los demás estallaban.

El sonido de tres golpes en la puerta, junto con el aviso del director del evento que les indicaban que tenían dos minutos, eran la señal para salir al escenario.

—Ay, no… —Florence no podía detener su risa.

Su hermano mayor, Anthony, la tomó por la cintura y decidió cortar por lo sano. Ni siquiera ante una presentación cesaba el ataque de risa de Florence.

Problemas desesperados, requerían medidas desesperadas… y arteras.

—Hermanita, querida, piensa en los patitos que asesinaste cuando eras niña.

La cara de Florence alternaba entre la risa y la vergüenza.

—Oooooooh, Tony —Las carcajadas decaían—. No puedes ser tan cruel.

—Recuerda sus cuellitos quebrados y cómo sus cabezas se meneaban.

Florence se tapó la cara, habían pasado casi veinte años y todavía le avergonzaba.

—Ay, no era mi intención. Solo tenía cuatro años. No sabía cómo tomarlos… Les hice un funeral.

Tony lo recordaba. Una sonrisa nostálgica se asomó en sus labios, pero su objetivo debía cumplirse.

—Lo sé, siempre fuiste una amable y considerada asesina de patitos.

—¡Tony! —lo amonestó dándole un manotazo en el brazo.

—¿Ya ves?, tu ataque terminó… —Le besó la frente, ofreciendo su rama de olivo—. Vamos, tenemos que dar un concierto.

Cinco minutos después, en el escenario, Grace buscó con la mirada a Sebastian entre el público. No estaba. Si bien entendía y sabía que su ausencia era una posibilidad, una parte de ella sintió tristeza y desilusión. Quería ver esos ojos intensos y orgullosos, mientras le aplaudía de pie.

Soltó un resoplido para expulsar su pesar.

Concentración.

Miró a sus compañeros, Florence, Tony, Matt y Caleb. Ellos estaban atentos y pendientes de su señal. Grace llenó de aire sus pulmones, alzó levemente su violín y la música reinó.

Ya no hubo más mundo para ellos.

Sebastian caminaba apresurado para llegar a tiempo al concierto de Grace. Su bastón repiqueteaba en la acera, y marcaba el ritmo de su andar. El vaho salía por su boca en cada respiración y, pese al frío, sentía calor por el vigor de sus zancadas. Iba por Saint George Street, se encontraba a tan solo una manzana de Hanover Square. No había mucha gente en la calle, pero sí carruajes que iban en dirección a los diversos eventos sociales de la temporada.

Logró conseguir un ramo de rosas rojas para regalárselas a Grace. Sonrió imaginando su hermoso rostro al recibirlas.

Percibió un movimiento brusco por el rabillo del ojo, mas no fue suficiente para reaccionar.

Con fuerza, alguien lo tomó del abrigo y las costuras se rasgaron. Con la inercia del movimiento se vio arrastrado a la negrura de un húmedo callejón.

Las rosas cayeron al suelo manchado de nieve sucia, y los frágiles pétalos rojos como la sangre, quedaron desperdigados por doquier.

Accelerando

Cuando el concierto finalizó con la actuación del Quinteto Divino, el público aplaudió con fervor. Grace y los demás agradecieron con una reverencia y sendas sonrisas de satisfacción.

El salón podía albergar a más de quinientas personas y, en esa oportunidad, debía haber al menos trescientas almas que disfrutaron de la muestra inspirada en el día de san Valentín. Las piezas que ejecutó el Quinteto Divino fueron composiciones de Caleb y Anthony.

Aquella actuación era la primera que entregaban al público como una agrupación formal, por lo que todos sus seres queridos conformaban una buena parte de la audiencia. En primera fila se encontraban los progenitores de los integrantes del quinteto; los duques de Ravensworth aplaudían a Caleb y Grace; los condes de Corby exclamaban con orgullo «Bravo, bravo» a Matthew; y los vizcondes Rothbury ovacionaban a Anthony y Florence. En las siguientes filas se situaban primos, tíos y amigos.

En el escenario se les unieron los demás músicos participantes del concierto y el aplauso se convirtió en una ovación de pie.

Los músicos volvieron a dar una reverencia. Sin embargo, en el momento en que Grace se erguía notó que el señor Parsons, uno de los administradores de Hanover Square Rooms, ingresaba apresurado al salón y caminaba directo hacia ellos.

Cuando llegó al escenario, el señor Parsons llamó la atención de Matthew y le habló con discreción en un rincón.

Tras unos segundos de conversación, Matthew —también conocido como el vizconde Hudswell— miró a Grace de soslayo por un breve instante y luego le contestó con una negación al señor Parsons. El hombre parecía no aceptar la negativa; no obstante, la expresión del joven vizconde mostraba vehemencia y zanjó el asunto con un cejo fruncido. El señor Parsons solo asintió con resignación.

Matthew se aproximó a Grace, quien aplaudía a sus compañeros de esa jornada, y le dijo con cierto tono de premura:

—Acompáñame, Oxford ha llegado. Está en el camarín.

La primera reacción de Grace fue una explosiva alegría que colmó su corazón; sin embargo, con la misma abrumadora velocidad, esa emoción cambió a la preocupación.

Matthew tomó de la mano a Grace y se dirigieron al camarín sin perder más tiempo. Su salida no pasó inadvertida para los demás, era inusual ver seriedad en el rostro de Hudswell.

Cuando entraron en el camarín, Matthew soltó la mano de Grace y, de inmediato, ella se encontró con la respuesta a ese mal presentimiento que se iba acrecentando a medida que se aproximaban a la estancia.

Sebastian estaba desmayado a los pies de una silla, con un cuchillo enterrado en el brazo, lo que había dejado rastros de sangre por doquier. Grace jadeó y su voz quebrada solo musitó:

—Dios santo, Sebastian… no… —Y corrió a auxiliar a su prometido, adelantándose a su primo.

Matthew, intuyendo que Oxford perdió el conocimiento mientras el señor Parsons le informaba la situación minutos atrás, masculló una palabra malsonante y ordenó:

—Ayúdame a acostarlo en el sofá. Sujétalo de los pies —indicó, al tiempo que él lo tomaba con cuidado por las axilas—. A la cuenta de tres. Uno… dos… tres.

Lo levantaron y Matthew farfulló. Sebastian era más pesado de lo que suponía. Lo bueno era que el sofá estaba cerca. De seguro el duque terco no quiso acostarse y prefirió la silla.

Matthew soltó un resoplido cuando recostaron por fin a Sebastian. Primero lo primero.

Ignoró el rostro magullado y estudió el cuchillo enterrado en el brazo y, para poder examinar mejor la herida, rasgó una a una las capas de ropa. Agradeció al cielo que Sebastian hubiera usado la cabeza y no cometió la estupidez de extraer el arma, la hemorragia se mantuvo bajo control gracias a ello. No se veía tan mal, mas debía actuar con celeridad.

Sus ojos se desviaron hacia Grace, que observaba a Sebastian con la impotencia dibujada en el rostro. De todas maneras, prefería que ella estuviera ahí, paralizada, en vez escuchar sus reproches en el futuro por no haberle informado nada.

—Grace… ¡Grace! —Ella parpadeó y lo miró—. En el perchero está mi abrigo, en uno de los bolsillos interiores hay una cajita metálica cuadrada. Tráela, por favor.

Ella asintió e hizo lo que Matthew le pidió. En ese momento el señor Parsons entró al camarín, acompañado por un sirviente. Traían consigo una tetera con agua caliente, toallas de mano, una palangana y unas tijeras.

Cuando Grace le llevó la cajita a Matthew, él le agradeció en un susurro y la abrió, en ella había una aguja curva, hilo, un frasquito con whisky y una pequeña pastilla de jabón, la cual dejó a mano en una mesita auxiliar. Acercó una silla al lado de Sebastian.

Era momento de proceder.

Con las tijeras terminó de rasgar la ropa del duque para poder quitársela sin la necesidad de extraer el cuchillo. Cuando su inesperado paciente quedó desnudo de la cintura para arriba, ordenó:

—Grace… —Le dio lo que quedaba de la camisa de Sebastian—. Corta unas vendas con las tijeras. Señor Parsons, deje una toalla seca aparte y remoje el resto con agua hirviendo en la palangana… Usted… —Miró al sirviente. Al tiempo que se levantaba para quitarse la levita y se arremangaba la camisa, indicó—: Necesito que me ayude a lavarme las manos. Siga mis instrucciones. —El sirviente, un tanto confundido, obedeció—. Vierta poco a poco el agua mientras yo me lavo… Si lo hago del modo tradicional no servirá de mucho porque sería lo mismo que hacerlo con agua sucia. —El sirviente asintió, encontrándole sentido a la explicación. Bajo el chorro de agua, el vizconde se lavó con jabón las palmas, el dorso, entre los dedos. Al finalizar, dijo—: Grace, lávate las manos de la misma forma en que yo lo he hecho, para que me asistas… —Ella asintió sin vacilar y, con premura, acató la orden. Acto seguido, Matthew indicó al sirviente—: Traiga ese candelabro y alumbre la herida para poder suturar, por favor. Señor Parsons, necesito la palangana con las toallas.

Mientras los demás obedecían las órdenes de Matthew, él empapó el hilo con el whisky de la botellita y preparó la aguja, quemando la punta con la llama de la vela. Aquella era una costumbre que tenía su abuelo, el vizconde Grimstone, quien tenía conocimientos farmacéuticos y fue ayudante de cirujano durante las guerras napoleónicas. El veterano aseguraba que, debido a esa «limpieza», las suturas no se infectaban con tanta facilidad. Matthew no sabía cómo comprobarlo sin que la comunidad médica se le fuera encima, pero a su juicio, si resultaba, servía. Su abuelo lo inspiró a estudiar medicina.

Enhebró la aguja.

Se sentó al lado de Sebastian. Tomó una bocanada de aire. Con la aguja colgando entre sus dedos, quitó el cuchillo y lo dejó caer. La sangre comenzó a manar como si fuera una vertiente carmesí. El sirviente jadeó y miró hacia otro lado.

Matthew examinó el corte y constató la gravedad de la herida. Tras unos segundos, soltó un suspiro. Al parecer, no había tendones comprometidos, solo el músculo.

—Grace, haz presión, como si quisieras juntar la herida de esta forma… Eso, muy bien. Respira con tranquilidad, no quiero que te desmayes igual que tu prometido. Me ayudarás a

controlar la hemorragia.

Ella tragó la saliva que inundaba su boca y presionó. El olor de la sangre entraba por su nariz y su mente le mostraba fatídicos supuestos.

Con su mano libre, Matthew estrujó una toalla. Siseó, el agua todavía estaba muy caliente. Procedió a limpiar la herida en la medida de lo posible.

Eficiente, preciso y raudo, Matthew cosió siete puntos como si se tratara del mejor sastre. Limpió la herida y vendó en cuestión de minutos. Improvisó un cabestrillo con otra de las prendas rotas de Sebastian y con ello, dio por concluida la atención médica.

—Ahora esperemos a que despierte…

Minutos más tarde, Grace terminaba de lavarse las manos. Su vestido azul estaba manchado de sangre. Un nudo en la garganta dificultaba su respiración.

Mientras se secaba las manos, su voz sonó estrangulada cuando preguntó:

—¿Sebastian se pondrá bien?

Matthew asintió y añadió:

—Al parecer no perdió tanta sangre. En este momento, el único riesgo que siempre existe es que la herida se infecte. Hay que cambiar el vendaje dos veces al día y limpiar con agua hervida.

Grace se sentó al lado de Sebastian y acarició su rostro. Besó los labios que no le respondieron y susurró:

—Despierta, te lo suplico.

El señor Parsons y el lacayo, con suma discreción, abandonaron la estancia con el agua y toallas ensangrentadas. Matthew les agradeció la colaboración.

A la postre, él y Grace se quedaron a solas en el camarín. Para él era extraño ver a su prima en una faceta romántica, preocupada por un hombre, demostrándole amor.

Él fue uno de los que pensó que ella nunca se casaría, y no porque no fuera digna de ello, sino al revés. Siempre le dio la impresión de que ningún hombre daba la talla para ser el compañero de una mujer que no tenía nada de convencional.

Y Oxford parecía ser el único que sacaba a relucir el lado vulnerable de Grace con tan solo parpadear. Pues en ese instante el duque comenzaba a recuperar la consciencia. Lo primero que hizo fue llamarla:

—Grace…

—Sebastian…

Las lágrimas que pendían de las pestañas largas y negras cayeron y, emocionada, tomó la mano de Sebastian y le besó los nudillos.

—¿Cómo te sientes, cariño?

Sebastian sentía la boca seca, mas aquello no le impidió responder:

—Me he sentido mejor en otras ocasiones. —Intentó incorporarse y lanzó un quejido—. Creo me quedaré quieto por un rato.

Golpearon la puerta y Matthew fue a atender. Debían ser los demás. Era mejor darles un instante de privacidad a Sebastian y a Grace y él iría a explicar lo sucedido… Bueno, en realidad, lo que sabía que era bien poco. Además, el duque necesitaba ropa y debía conseguírsela.

Grace esperó a que Matthew cerrara la puerta tras de sí y besó a Sebastian. El alma le volvió al cuerpo cuando él respondió, lánguido y suave debido al dolor en su mandíbula. Ella cortó el contacto al sentir el sabor de la sangre en su boca.

Posó su mano sobre el pecho de Sebastian y preguntó:

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Ni yo lo entiendo…

En medio de la oscuridad, Sebastian no alcanzó a detener el puñetazo que le asestaron en la mandíbula y que lo dejó atontado. Sintió el sabor metálico de la sangre en su boca y eso le hizo reaccionar.

Pero no a tiempo.

Sus atacantes eran dos hombres, uno lo tomó del cuello por la espalda, y el otro aprovechó de asestar un puñetazo en el abdomen. Sebastian se quedó sin aire, tanto por el golpe como por ese brazo que no dejaba de presionar su tráquea. Entre la desesperación por no poder respirar, la agilidad de sus atacantes y el desconcierto, el bastón que portaba se resbaló de sus manos.

Pensó en Grace, podía estar embarazada, en sus hijas. Temió por su vida, por el futuro de su familia… Todo eso pasó por su mente en menos de un segundo.

No intentó forcejear. En vez de ello, hizo fuerza con sus pies para empujar hacia atrás. Con esa acción logró que su captor retrocediera, alejándose del otro. Paso a paso fue ganando velocidad y se adentraron aún más en la oscuridad del callejón. No sabía a dónde iban a parar, pero el farfullo desesperado de su agresor fue una buena señal, tarde o temprano caerían.

Y así fue.

Trastrabillaron. Sebastian aprovechó lo aparatoso de la caída para alejarse lo suficiente. Raudo, se levantó y, a ciegas, dio un fuerte pisotón a su atacante, sin importarle nada. Un crujido y un alarido reverberó en el callejón. Por la resistencia que sintió en el pie, el duque infirió que golpeó al desconocido en la cabeza. Propinó un último puntapié para asegurarse y, como única respuesta, solo escuchó el gemido lastimero del sujeto perdido en la negrura.

No alcanzó a sentir satisfacción por dejar fuera de combate a uno, cuando el otro sacó un cuchillo y se acercaba con lentitud amenazante.

Sebastian tanteó al aire, intentando encontrar la pared y retrocedió un par de pasos para ganar tiempo. Su mirada alternaba entre el sujeto que se sabía dueño de la ventaja y el suelo. Necesitaba hallar su bastón. Todo estaba demasiado oscuro.

Y todo era demasiado extraño. Ninguno de los sujetos lo amenazó o le exigió sus objetos de valor o dinero.

Sus ojos percibieron el destello metálico del mango de su bastón.

Sebastian no lo pensó dos veces. Lanzó un grito gutural y se abalanzó sobre el sujeto, no sin antes alejar el cuchillo, tomándolo de la muñeca. El tipo opuso resistencia, mas no la suficiente. Sebastian era más alto y corpulento, y le hizo perder el equilibrio.

Con eso ganó un par de segundos preciosos. Alcanzó su bastón y desenvainó.

El sonido del acero lamiendo la vaina que lo confinaba fue una señal de control. Su respiración se fue regulando. El sujeto se preparó para luchar, incluso tuvo la osadía de sonreír.

—¿Así que el señorito sabe pelear?

—Averígualo.

Sebastian nunca imaginó que tendría que usar de verdad su bastón para defenderse. Antes era de los que consideraban que esconder un estoque era digno de calaveras y de baja clase.

No obstante, ahora era diferente…

Tenía todo para ganar, destreza y alcance.

Sin mediar ninguna estúpida cortesía, blandió su estoque y avanzó.

El perpetrador tenía buenos reflejos, se notaba que su experiencia callejera era vasta. Sus movimientos eran fluidos y no desperdiciaba energía en demostrar su habilidad.

Pero…

Sebastian era más rápido y su arma ya era una ventaja. Esgrimió el acero con agilidad y con una rapidez que a él mismo le sorprendió. Asestó un golpe con la vaina, mas su atacante lo evadió. Eso era lo que el duque buscaba, una distracción para propinar un corte en el antebrazo, otro en el pecho y una certera estocada que se hundió profundo en el abdomen. Sangre.

El sujeto supo que no saldría vivo si continuaba con su misión. Pensó que era solo un ricachón que alardeaba y que se acobardaría, pero se equivocó. Mientras presionaba su herida para mitigar la hemorragia, hizo su último movimiento; lanzó el cuchillo directo al pecho de Sebastian, quien alcanzó a moverse lo justo, mas no lo suficiente, y el acero se clavó en su brazo izquierdo.

A Sebastian no le importó, avanzó para seguir atacando.

El sujeto le dio una breve mirada a su cómplice, no se movía. No le quedó más alternativa que abandonarlo a su suerte y escapar.

Sebastian dirigió su atención hacia la salida del callejón sin saber qué hacer.

De pronto, el mundo siguió girando. El estupor abandonó a Sebastian. Sintió su corazón palpitar, su respiración agitada, el sabor de su sangre, el dolor en su cuerpo. La fría hoja de acero enterrada en lo profundo de su carne.

Cada movimiento era tortuoso, como si el cuchillo penetrara más y más. Meditó qué era mejor, quitarlo o dejarlo en su lugar. Recordó una de las tantas recomendaciones del maestro de esgrima, una que nunca pensó que iba a necesitar. Era mejor no extraer el arma hasta que un cirujano lo hiciera, pues la hoja cumplía la función de contener parte de la hemorragia y, si se retiraba sin precaución, podía dañar nervios o tendones.

Miró hacia atrás…

Caminó de regreso hacia el hombre que yacía al fondo del callejón. Necesitaba respuestas. El móvil del ataque no era el robo.

Al llegar, movió el cuerpo con el pie, y el hombre se quejó. Sebastian lo amenazó con la punta del estoque rozando su cuello. Al sentir el toque gélido del acero el desconocido gimió. El duque tensó la mandíbula para aguantar el punzante dolor. Tras un instante, dijo:

—Haz cualquier estupidez y te mato. ¿Puedes hablar?

El hombre gimió y solo emitía sonidos ininteligibles.

A Sebastián no le gustó nada ese intento de respuesta y no por la forma sino por el fondo. Tuvo un mal presentimiento. Sin dejar de amenazar al desconocido, se atrevió a agacharse. Con movimientos lentos y premeditados dejó la vaina de su estoque a un lado y tanteó la cara del hombre en medio de la penumbra.

La mandíbula parecía estar desencajada a causa del pisotón que dio a ciegas. No había forma de sonsacarle información en ese momento… y tal vez nunca.

Cauteloso, tomó la vaina y esta se resbaló de sus dedos. La sangre empezaba a empapar su mano y le recordó que debía buscar un cirujano. Masculló un frustrado:

—Joder. —Y tomó la vaina con más determinación pese al dolor.

No tenía más opción que marcharse y dejar al atacante a su suerte. Se dirigió hacia la luz de la calle principal mientras envainaba el estoque y volvía a ser un bastón ordinario.

Cuando llegó al punto en que lo atraparon, notó que las rosas todavía estaban en el suelo, destrozadas y cubiertas de nieve sucia.

Entre los integrantes del Quinteto se encontraba Matthew Moore y, si no mal recordaba, el año anterior había terminado sus estudios de medicina. En la actualidad se dedicaba a perfeccionar sus conocimientos. No sabía a ciencia cierta en qué hospital trabajaba.

Menos mal que conocía a los administradores del Hanover Square Rooms, no tendría que entrar haciendo un escándalo.

Al finalizar el relato, la estancia se sumió en el más absoluto silencio. Grace tomó aire y conjeturó:

—Dudo que ese ataque haya sido algo al azar. Si yo fuera una ladrona te habría robado hasta las botas… Pero ¿quién fue?, ¿por qué?

—No lo sé… —Tomó la mano de su prometida, que aún yacía sobre su pecho—. Grace, yo quería que tuvieras una boda de ensueño, junto a todos tus seres queridos, pero… Necesito casarme contigo pronto… Lo único que me mantuvo centrado en no rendirme fuiste tú y mis hijas… No pensé en nadie más… Y si hubiera…

—No, Sebastian, no lo digas.

Grace no deseaba que el hilo de los pensamientos de él fuera por esos derroteros; sin embargo…

—Si hubiera muerto en ese callejón… Yo sé que tú te habrías hecho cargo de las niñas. Ni siquiera me cabe duda de que tomarías las riendas de mis negocios. Y si tienes un hijo mío en tu vientre, podría ser el próximo duque, pero nada de eso sería posible si no estamos casados… Si tengo que confiarle el destino de mi familia a alguien sería a ti y a Evelyn, pero en este momento, legalmente, ustedes no tienen ninguna clase de potestad en caso de que muera… Mi madre sí. Acabo de dejarla en Liverpool porque no confío en su criterio. Yo… Yo no puedo esperar más. No es un capricho… es solo que…

Grace lo entendió. En la mirada de Sebastian había un temor legítimo y profundo. Ante la sociedad, ante las leyes, solo el matrimonio les daba las armas para proteger el legado de Sebastian.

«Nos pertenecemos, todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío», pensó Grace. No eran una simple pareja de enamorados que pretendían construir algo juntos. No, ambos tenían sus propios mundos que unieron cuando sinceraron sus sentimientos.

No querían forzar el matrimonio, pero dadas las circunstancias, debían acelerar lo que ya estaba acelerado *per se*.

—Está bien, Sebastian… Está bien… Nos casaremos con una licencia. En cuanto Matt te dé el alta, iremos a la iglesia. —Enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano—. Yo también temí lo peor… Sabía que no era grave, pero, aun así… Llevamos tan poco tiempo, hemos esperado tanto… Y no quiero perderte. No ahora…

Sebastian instó a Grace a que se refugiara en su pecho y el llanto de ella estalló. Con su mano libre acariciaba la espalda de su prometida…

Prometida, una palabra que significaba tanto, pero en la práctica valía tan poco.

Debía darle a Grace el lugar y el poder que le confería su título y su riqueza. Por deber, por honor…

Y por amor.

Cuarto Movimiento: Presto

A las diez de la mañana del 12 de febrero, Gregory Montague, duque de Ravensworth, le ofreció el brazo a su hija frente a las puertas de la iglesia de Saint James en Picadilly. Enmarcó el amado rostro ovalado y se centró en la mirada bicolor de su primogénita, quien iba ataviada de un vestido azul, prescindiendo del cada vez más tradicional blanco. Lo único que llevaba de ese color eran las rosas de su ramo de novia, adornadas con ramas y bayas rojas de muérdagos.

—¿Estás lista, hija mía? —Grace asintió—. ¿Estás segura? Nos podemos devolver si quieres.

Grace rio, mas sus ojos se anegaron en dulces lágrimas.

—Estoy muy segura. Esto es lo que más deseo. —Le besó la mejilla—. Te amo, no pude pedir un mejor papá.

Cada vez que Grace decía esas palabras, a Gregory se le hinchaba el pecho de emoción. El día que su hija llegó a su vida siempre se cuestionó si él sería todo lo que esa niña sagaz e impetuosa necesitaba.

Grace le enseñó a ser padre. Esas palabras reafirmaban que lo hizo bien.

—Yo también te amo, hija… —Tomó una profunda inspiración y le dio su señal a los lacayos, quienes aguardaban en la puerta de la iglesia—. Entremos y saca de su miseria a Oxford.

Las puertas se abrieron. Los esperaban las hijas de Sebastian, Lydia y Mary Ann, quienes encabezaban su entrada regando pétalos de flores en el pasillo central. Parecían adorables hadas, orgullosas de ser parte de la ceremonia.

No podía faltar la música del Quinteto Divino —por ese día, trío, debido a que Florence era su dama de honor—, ejecutaban una pieza de Bach, dándole en el gusto a la novia que sentía predilección por la música barroca.

Interpretaban *Jesús, la alegría de los hombres*.

En su origen era una cantata, mas prescindieron del coro. La premura les hizo tomar esa decisión, lo que a Grace le pareció un inesperado acierto. Soberbia en su sencillez.

A medida que avanzaban hacia el altar, la música resonaba en el cielo abovedado, decorado con antiquísimas molduras doradas. Por la premura con que se organizó la boda, a Grace le sorprendió ver a todos sus seres queridos repartidos en las dos naves centrales: sus familiares, sus amigas de la Academia Hope y del Colegio New Hope. Incluso llegaron a la iglesia Frank y Ernest, sus amigos que ya no vivían en Londres. La boda les dio la mejor excusa de pasar una temporada en la capital. De hecho, todos los Herederos del Diablo y sus familias estaban reunidos en ese lugar. Para ellos, los matrimonios eran sagrados, debían estar ahí. Grace se sentía dichosa, no necesitaba la pompa, ni las grandes celebraciones, solo a quienes amaba.

Y al final del pasillo estaba él. Aguardando por ella.

A espaldas de su inminente esposo se apreciaba un hermoso retablo compuesto de tres partes, que conformaban una magnífica obra de arte en la que la naturaleza reinaba. Aves, flores, frutos tallados en madera, todos símbolos de la belleza y pureza de la obra del Señor en el mundo. Tenerlo como telón de fondo reafirmaba que su unión ya era definitiva, independiente de si la bendecía un hombre de Dios.

Habitualmente, Sebastian se mostraba serio y severo. Su personalidad se reflejaba en su ropa oscura que calzaba en sus formas a la perfección. Sin embargo, una inusual e inmensa sonrisa engalanaba ese rostro maduro y viril, y contrastaba con su atuendo, poniendo en evidencia la dualidad de su carácter.

Escoltando a Sebastian se encontraba Lawrence, que oficiaba de padrino. En el lado opuesto, Florence, su dama de honor, la observaba con cariño.

Al llegar al altar, Gregory, conminado por las palabras del sacerdote, entregó la mano de su hija a Sebastian. Con un tono que parecía una amenaza, dijo:

—Demuestra que eres digno de ella, Oxford, siempre.

Ni siquiera esas palabras borraron la sonrisa de Sebastian al responder:

—Todos los días. Se lo prometo. —Miró a Grace, le besó la mano y añadió—: Te he estado esperando…

Y la ceremonia comenzó.

Cada cierto rato Grace apretaba la mano de Sebastian, y él respondía el gesto. Ambos compartían la sensación de que ese momento que tanto anhelaron era solo un sueño. No obstante, ahí estaban sintiendo el calor y la fuerza del otro, ajenos a las palabras del religioso que bendecía su unión.

Sobre el libro de oración yacían dos alianzas. Sebastian decidió honrar la tradición de todas esas familias que lo recibieron con los brazos abiertos en su momento más oscuro. Para ellos, las promesas y los símbolos eran mutuos. Ambos debían portar un anillo de matrimonio. No era lo habitual, pero tampoco estaba prohibido.

Usaron el mismo anillo que él le entregó a Grace semanas atrás al comprometerse, Sebastian mandó a hacer uno idéntico para él. Una banda de oro con hojas de muérdago labradas.

Un anillo nuevo para la nueva duquesa. Una nueva tradición para el ducado.

Sebastian no deseaba usar el que usó su madre y Felicity. Prefería que ese símbolo no pasara a la siguiente generación y se convirtiera en una reliquia que recordara el fin de una era.

Solemne, Sebastian recibió el anillo del sacerdote y recitó por segunda —y esperaba que fuera la última— vez sus votos:

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo yo te adoro, y todos mis bienes mundanos yo te los doy. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. —Deslizó la alianza en el dedo de Grace. Su corazón latía con brío y esperanza. No se contuvo de agregar solo para ella—: Ahora todos saben que tú eres mía y que yo soy tuyo.

Le guiñó un ojo. Grace apretó los labios para reprimir una sonrisa pícara. «Duque bribón», pensó.

Ella recitó los mismos votos, con su voz firme pero colmada de emoción. Tomó la mano izquierda de Sebastian y él no pudo contener una mueca de dolor. Su herida estaba sanando y, cada día que pasaba, se alejaba el riesgo de una infección.

—Perdón, querido —susurró e hizo una mueca como si también ella hubiera sentido esa punzada de dolor. Deslizó el anillo y añadió—: Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío… incluidas esas dos damitas que no nos quitan los ojos de encima.

Miraron de reojo a Lydia y Mary Ann, quienes los observaban sonrientes y atentas a todo lo que sucedía. Ellas no sabían en qué consistía una boda, pero estaban seguras de que nunca verían una tan bonita como esa. Era una lástima que la abuela tuviera que irse lejos para poderse recuperar de su parálisis. Decían que el aire del mar era bueno para sus avances.

La ceremonia concluyó con la firma de los novios y de los testigos en el registro de la iglesia.

Sebastian miró a los ojos a Grace y solo dijo:

—Bésame, mi duquesa.

—Di las palabras mágicas.

—Ahora, ya.

Ella se colgó de su cuello y obedeció.

Westwood Hall se llenó de vida durante ese desayuno nupcial. Una alegre cacofonía de voces, música y risas reinaba en el lugar.

Grace pensaba que no podía ser más perfecto. A lo lejos veía a Sebastian, que conversaba con Frank y Ernest, sus amigos que vivían sus vidas en Somerton. Junto a ellos, se encontraban Thomas y Alec. Esos cuatro hombres fueron los primeros Herederos del Diablo, los que decidieron frenar el hostigamiento de sus pares en Eton, pagando con la misma moneda, lo cual allanó el camino de los demás que, si bien también eran perseguidos, contribuyeron a engrandecer el mito, retorcerlo y convertirlo en leyenda entre sus pares. Y esa misma fama los acompañó hasta la adultez.

Dio un respingo cuando unas manos cubrieron su vista.

—Es hora, Murmur —sentenció una voz grave que, por un extraño motivo, ella no pudo reconocer. Era uno de esos demonios que cambió su tono e impostación a propósito—. Cuenta hasta cien y ve al jardín sola.

—¿Quién eres? —preguntó mientras tocaba las manos grandes que la cegaban.

Una risita corta y burlona fue la única respuesta. El demonio desconocido se aclaró la garganta y repuso:

—No mires atrás, o perderá el encanto.

Aquellas manos le permitieron ver otra vez.

Grace no se atrevió a desobedecer la instrucción del demonio incógnito. Había llegado su hora, nunca imaginó que sería en el desayuno nupcial. Miró en dirección hacia Sebastian. Necesitaba una confirmación.

No estaba.

Toda ella tembló de emoción. Apretó sus puños, contó hasta cien, rápido y sin pausa… Eso no calificaba como hacer trampa. Al terminar, inspiró profundo y se dirigió a su destino aparentando naturalidad.

Al llegar al jardín cubierto por una fina capa de nieve, notó que había muchas pisadas yendo a una dirección en específico. Las siguió. Pasó por el lado del lugar donde conoció a Sebastian hacía nueve años. Se dio cuenta de que ya nunca vería ese columpio con una sensación agridulce.

Nunca más se preguntaría qué habría pasado si ella, en vez de aconsejar a Sebastian para que cortejara a otra dama, hubiese sido más osada, menos orgullosa y menos cínica. Si se hubiera propuesto cautivarlo, monopolizando su atención, conversando hasta el amanecer… Quizás, se habrían dado cuenta de que esa atracción primaria que sintieron esa noche no fue cualquier cosa, era el llamado de sus almas. Ahora lo sabía.

Siempre fingió que su decisión no le pesaba, pero cada vez que veía ese columpio se lo reprochaba y se preguntaba «¿Qué hubiera pasado si…?».

Grace siguió el rastro de las huellas. Rodeó el invernadero de su madre y se encontró de lleno con un círculo de hombres que vestían capas y cubrían sus cabezas con una capucha. Debían ser sus amigos, los Herederos del Diablo. También estaba Marian, se notaba por su vestido que se vislumbraba bajo la capa y era la de menor estatura de todos.

Un tímido fuego humeaba al centro de ese círculo.

De pronto, Sebastian salió al paso. Serio, anunció:

—Es hora de cumplir con mi promesa, Murmur. Anoche fue mi iniciación y ahora entras

tú.

—Por un momento pensé que…

—¿Creíste que no cumpliría?

—Sí… no. Pensé que sí lo harías, pero no ahora, que no era el momento, por todo lo que ha sucedido.

—Te hice una promesa, diablesa. Aunque en la ceremonia nupcial solo tú me juraste obediencia, yo también he jurado ante ellos que debía obedecerte… Requisitos adicionales para los miembros honorarios. —Le ofreció una capa y Grace se la puso. Acto seguido, Sebastian le tomó la mano y la guio al círculo. Mientras avanzaban, añadió—: No necesitaba jurarlo, es algo que es intrínseco en nuestra relación, pero les di en el gusto.

Al llegar, tomaron lugar dentro del círculo. Frank, marqués de Somerton, más conocido como Amudiel dijo, grave y severo:

—Ahora estamos todos. —Miró a Sebastian—. Azael, ¿esta mujer es quien debe entrar en el círculo?

—Sí. Cumple con todos los requisitos.

—¿Ha pecado?

Sebastian evocó todas esas veces en que ambos habían tenido el placer de pecar. Su voz bajó un tono cuando respondió:

—Murmur ha pecado de todas las formas que te puedes imaginar.

Los hermanos de Grace se aclararon la garganta. Frank los fulminó con la mirada antes de proseguir:

—¿Esta mujer ha elegido un nombre?

Sebastian respondió con firmeza:

—Murmur, gran duque y conde del imperio infernal, demonio de la música.

Caleb alzó una ceja, aprobando el nombre de su hermana. Muy apropiado.

—¿Hay un padrino que guíe al nuevo miembro?

Lawrence —Samael, la serpiente del Edén— dio un paso al frente y sentenció impostando su voz con gravedad:

—Yo, Samael, soy su padrino y seré su guía.

Grace alzó sus cejas. Ese demonio fue el que le dio el mensaje.

—Bien, comencemos —sentenció Frank—. Da un paso al frente, Murmur, y muéstrate ante nosotros.

Grace se lamió los labios. Pese a saber en qué consistía el ritual, las piernas le temblaban, pero logró su cometido. Frank la miró fijo y prosiguió:

—Murmur, ¿es tu deseo ser una Heredera del Diablo?

—Sí, Amudiel, ese es mi deseo.

—Herederos, ¿es su deseo recibir a Murmur como camarada?

—Sí, es nuestro deseo —respondieron los demonios al unísono.

Thomas, alias Alastor, dio un paso al frente. Su mano derecha sostenía una palmatoria con una vela encendida y la izquierda, un cuenco de madera con una aguja en su interior.

Se situó frente a cada uno de los demonios, quienes llevaron a cabo su parte del ritual; quemar la punta de la aguja en la llama de la vela, pinchar uno de sus dedos para dejar una gota de su sangre en el cuenco.

Cuando todos los Herederos del Diablo ofrecieron su sangre, Alastor se detuvo frente a Grace y los demás empezaron a recitar al unísono:

—Un secreto pacto de sangre que nos hace hermanos, uniéndonos en la adversidad, en la

derrota de nuestros enemigos, auxiliándonos en cada paso que demos, aportando nuestro talento, incrementando nuestra riqueza.

Alastor, solemne, quemó la punta de la aguja y preguntó:

—Murmur, ¿aceptas este pacto? —Le ofreció la aguja.

—Acepto. —Grace imitó a los demás, y pronto una gota caía en el centro del cuenco mezclándose con la del resto de sus camaradas.

Alastor esbozó una media sonrisa y susurró:

—No esperaba menos de ti, diablilla.

Alastor le entregó el cuenco a Amudiel, y este sentenció:

—Que el fuego selle nuestro pacto. —Lanzó el cuenco a las llamas para que se consumiera—. No hay cielo, no hay infierno. Solo la tierra y la consecuencia de nuestros actos. Murmur, que el amor y la fraternidad sean tu guía para honrar este compromiso. Bienvenida al círculo.

Amudiel descubrió su cabeza. Una sonrisa orgullosa se dibujaba en sus labios y fue al encuentro de Grace.

—Bienvenida, querida. Te habías tardado. —Le dio un beso en la mejilla y la abrazó. En su oído susurró—: Has elegido bien a tu esposo. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Se separó de ella. Y así, el resto de los Herederos del Diablo le dio la bienvenida a Murmur, la nueva camarada. Abrazos, parabienes y bromas fueron la tónica de sus palabras.

El ritual terminó cuando el cuenco de madera se consumió en el fuego, el cual fue apagado con nieve.

Cuando volvían al salón principal de Westwood Hall, Sebastian se inclinó hacia ella y le susurró:

—Al final, te casaste con un Heredero del Diablo. Vas a tener que comerte tus palabras.

—Duque bribón.

De pronto escucharon la voz de Nathaniel, el hermano menor de Grace, que amonestaba:

—No monopolices a mi hermana, Oxford. Tengo que aprovechar mis horas en Londres.

Sebastian no opuso resistencia y le cedió su lugar al jovencito que apenas había iniciado sus estudios universitarios en Cambridge.

Jack, el otro hermano de Grace, también estudiaba en esa universidad, por lo que de igual modo se situó al lado de ella, añadiendo guasón:

—Ahora, cuéntanos, ¿en qué diantres estabas pensando cuando te fijaste en este demonio santurrón?

Grace rio. Sebastian era de todo, menos santurrón, por lo que respondió:

—Es una historia muy larga…

Caleb, a sus espaldas, intervino:

—Ustedes todavía no aprenden que mientras más reservado es un hombre, es peor. No les des tantos detalles, Grace, los traumatizarás…

Sebastian negó con una sonrisa en sus labios. De súbito notó que alguien le palmeaba la espalda, llamando su atención. Era Horatio, serio.

—Sé que no es el momento más apropiado, pero necesito conversar contigo acerca del incendio de las bodegas.

El tono comedido del detective puso en alerta a Sebastian. Era importante y no podía esperar.

Detuvo sus pasos y se apartaron de los demás.

—Dime, ¿qué has averiguado?

—Tengo que decir que tu administradora tiene buenas corazonadas. El incendio fue intencional, pero no para perjudicar a Dutton, sino a ti. Hay evidencia de que el fuego se originó en las mercaderías de tus clientes menores, uno de ellos tenía veinte cajas de botellas de aceite, esas mismas botellas se encontraron en los otros dos almacenes.

»Según mis averiguaciones, esa noche los guardias fueron distraídos por un sujeto borracho que entró en la propiedad, con el objetivo de que no se percataran del cómplice que iniciaba el fuego. Cuando notaron el incendio, ya se había propagado lo suficiente para que no pudieran apagarlo sin la ayuda de bomberos. Si hubieran querido solo perjudicar a Dutton, habrían quemado las otras cuatro bodegas donde almacenaba el resto de su mercadería. Es *vox populi* que tu situación financiera no es de las mejores y perjudicarte con cualquier cliente supone un golpe inmenso, no solo a nivel monetario, sino que compromete la reputación de tu negocio.

Sebastian no habló, solo inspiró profundo y soltó el aire con pesar. Si Dutton no fuera un hombre razonable y hubiera exigido su indemnización inmediata, el duque habría vuelto a endeudarse por años. Si tenía suerte, con el informe de bomberos y el de Horatio, sería suficiente para cobrar el seguro.

—¿Tienes algún indicio de quién fue o el motivo?

—Lo primero es casi imposible, de momento. Si solo hubiera sido el incendio quizás habría pensado que se trataba de la competencia, que, como bien sabes, en Liverpool es feroz. En este momento estás ofreciendo garantías y precios más bajos por metro cuadrado de almacenamiento, y eso es suficiente para enfadar a los otros… Sin embargo, ahora no puedo evitar pensar que el incendio y el ataque del que fuiste víctima la semana pasada están relacionados. Considero que se trata de algo personal… Ayer mis contactos en Scotland Yard me informaron que encontraron muerto a un sujeto con la mandíbula quebrada, fue identificado como Rusell Potts, un ladrón con un nutrido prontuario. El cuerpo lo encontraron flotando en el Dead Man’s Hole, en la torre de Londres. Esta madrugada fui con el doctor Reynolds para realizar la autopsia y descubrió que la fractura en su mandíbula llevaba varios días… quizás de hace una semana o menos, y fue producto de un golpe bien dado, no una golpiza como suele suceder, y aquello coincide con tu testimonio. El sujeto fue asesinado por una puñalada en el pecho. No creo que sea coincidencia… dudo que lo puedas identificar por el estado del cadáver, pues lleva unos cuatro o cinco días muerto.

—De todas maneras, puedo ir… —Miró de soslayo hacia el salón principal de Westwood Hall—. ¿Mañana puede ser?

—Mañana lo enterrarán en una fosa común… —Chasqueó con su lengua—. ¿Será demasiado inapropiado si nos escapamos una hora? No tardaremos más que eso.

—Hablaré con Grace, sé que entenderá…

—Ya lo he arreglado. En cinco minutos Marian la encerrará en la biblioteca para que les cuente a las demás cómo se enamoraron. Les encanta ponernos en ridículo. Es parte del ritual de las Damas del Diablo…

Sebastian lo miró, horrorizado. Horatio rio, pese a lo complicado de la situación.

—Vamos, los caballos están listos.

Mezzoforte

Sebastian sujetaba las riendas con la mano derecha. El tranquilo y constante sonido de los cascos del caballo era lo único que escuchaba en ese momento. No importaba el ruido de la actividad cotidiana en pleno Mayfair. El trayecto de vuelta a Westwood Hall estaba sumido en una terrible pesadumbre.

Rusell Potts resultó ser uno de sus atacantes. Pese al estado del cadáver, lo reconoció solo por la forma de la nariz y la fractura que le provocó en la mandíbula.

Pobre diablo.

Se preguntó si aquella muerte fue fortuita o no.

Se preguntó si su madre y la señorita Berrow tenían algún grado de participación en el asunto. Había perdido tanto la fe en su progenitora que no sabía si decía la verdad sobre el incidente del ramo de albahaca. A esas alturas ya dudaba que fuera un hecho aislado.

Se preguntó quién era su enemigo y por qué… Solo podía sospechar de los Aylett. Su relación con la familia de Felicity era más que tensa. Las pocas veces que coincidieron a lo largo de los últimos años solo se limitaron a hacer comentarios desagradables. Si él moría, podían aspirar a quedarse con sus hijas.

Aunque en su testamento ya había nombrado a su cuñado, Justin Montgomery, como tutor, la familia de Felicity podrían ser un fastidio… Pero, pensándolo bien, serían los emperadores de la estupidez si se atrevían a impugnar el nombramiento de su cuñado en Cancillería.

Otra posibilidad residía en el Parlamento. En su labor como legislador sostuvo debates acalorados respecto a muchos temas delicados; no obstante, no consideraba a sus adversarios políticos como una amenaza. Era absurdo.

¿Quién? ¿En qué beneficiaba a esa persona que lo quería ver dos metros bajo tierra?

De lo único que estaba seguro era que, si le ocultaba información a Grace, ella se pondría furiosa. Prefería un ambiente de preocupación que de reproche.

La única tranquilidad que sentía en ese momento era haber asegurado —en cierta parte— el futuro de las mujeres que amaba; al casarse, Grace tenía todo el poder sobre su legado, lo cual quedó estipulado en su testamento.

—Creo —dijo Horatio, interrumpiendo sus pensamientos. Cabalgaba a su lado— que debes considerar tomar medidas preventivas respecto a la seguridad de las niñas, Grace y tú mismo. Ellas son lo más importante para ti, y un enemigo puede atacarlas con el fin de dañarte.

Sebastian no quería pensar demasiado en ello, pero Horatio puso el asunto sobre la mesa. No podía evadirlo sin más, por lo que dijo:

—¿Tienes alguna sugerencia que no implique coartar la libertad de Grace? Ella está en plena temporada de conciertos. Incluso hoy tiene una presentación con el quinteto, y se extenderá hasta el día de san Valentín. También está su academia. No puedo encerrarla en Oxford House de manera indefinida.

Las desventajas de haber adelantado la boda era que no podían cancelar los compromisos adquiridos con antelación… Los de ambos, a decir verdad; él no podía dejar de lado sus negocios y sus labores parlamentarias, ni Grace podía cambiar sus rutinas y cancelar sus compromisos sin más.

Horatio hizo una mueca, entendiendo la situación. La vida, implacable, seguía su rumbo, y replicó:

—Bueno, sé que es complicado, pero considero que, en esos lugares públicos, está más que segura. Por ejemplo, en sus presentaciones deberá tener la precaución de no separarse de los

demás, también podría solicitar a la administración que restrinjan el acceso de los admiradores al camarín. —Chasqueó su lengua—. Eso es lo malo del medio artístico, está muy arraigada la costumbre de «patrocinar» a un artista para obtener favores sexuales. Bailarinas, actrices… los músicos tampoco se salvan, y muchos creen que, por ser adinerados, tienen el derecho de importunar con sus intenciones indecentes.

—Grace siempre ha evidenciado que no necesita el patrocinio de nadie…

—Así es, y eso lo refuerza presentándose con el Quinteto Divino, jóvenes aristócratas que cuentan con la venia de sus progenitores, es una señal más que potente para indicar que no necesitan el dinero de nadie…

—Esta noche quedará más que claro que ella lo único que necesita de un admirador es el aplauso… —Esbozó una sonrisa maliciosa. Él, lejos de sentir celos, sentía orgullo. Era el esposo de esa talentosa mujer que otros admiraban. Tenía sus noches, su amor, sus caricias. Lo tenía todo y los demás solo podían aspirar a escuchar la música de Grace. Volvió al momento y agregó—: Para sus rutinas en la academia me encargaré de llevarla con las niñas, y que ellas se queden en el apartamento de soltera de Grace. La institutriz podría residir allí mismo. Nuestras actividades cotidianas se centrarán en ese lugar.

—Es imperativo cubrir todos los flancos. Tú también debes velar por tu propia seguridad, por lo que tendrás que ingeniártelas para estar siempre acompañado.

—Espero que esta situación no se prolongue demasiado tiempo.

—Esta persona, tarde o temprano, cometerá un error. Mientras tanto investigaré a los tipos con los que Russell Potts solía trabajar. Tiene que haber alguno con una herida en el abdomen… Espero que esté vivo.

Sebastian asintió. Apuró el trote de su caballo.

Necesitaba abrazar a su esposa.

Grace nunca imaginó que terminaría con su rostro encendido al contar cómo surgió su relación con Sebastian. Pero ahí estaban todas las damas casadas y las solteras mayores de edad escuchando los pormenores…

—Yo intuía que algo se traían ustedes. Ese día que practicaste con Lawrence se notaba que ahí había una situación no resuelta —intervino Evelyn, la hermana de Sebastian.

—Sí, quién lo hubiera imaginado —terció Marian, esposa de Horatio—. Lo que más me sorprende es que Oxford aceptara ser tu amante y que no haya perdido la cabeza cuando fuiste a verlo vestida de caballero. Por lo general, se escandalizan y se convierten en idiotas… Como si alguien nos fuera a reconocer.

Risitas pícaras se elevaron en la estancia. Ninguna dama presente desconocía el hecho de que Marian también se disfrazó de hombre para acompañar a Horatio a un burdel. Todo fuera por la investigación que llevaban a cabo en ese momento.

—Ninguno de nuestros maridos se atrevió a tanto —terció Sarah, la esposa de Lawrence.

Bernadette, quien estaba casada con Thomas, asintió y sentenció:

—Ninguno de ellos. Pero claro, estamos hablando de una Heredera del Diablo… —Se aclaró la garganta y preguntó a Grace—: ¿Y no tienes algún indicio de que ustedes se conviertan en padres en ocho meses más?

Todas miraron de soslayo a Sarah, su primogénito nació mucho antes de lo previsto y soltaron risas acusadoras.

Grace, con su rostro colorado, alzó su barbilla y sentenció:

—No. Así que tendrán que esperar… —Esbozó una sonrisa ladina y añadió—: Pero lo intentaremos todos los días.

—Uuuuuuuuuh… —corearon las damas.

Entre carcajadas, Diana, la esposa de Frank, bromeó:

—Si Grace se ve tan entusiasmada con la práctica, es porque el duque no es un imbécil. Qué afortunada… —Miró a las solteras, a quienes la sociedad ya tildaba de solteronas, y añadió con más seriedad—: No se sabe que un caballero es imbécil hasta llegado el momento decisivo, pero siempre hay señales que los delatan y deberán estar atentas. Si no se sienten cómodas con las atenciones de sus futuros pretendientes, y con atenciones me refiero a besos y caricias, mejor corran tan lejos como puedan. No todas las mujeres tienen la suerte de tener padres que no las obligarán a hacer algo que no quieren, ni les concertarán un matrimonio a la fuerza.

Todas las damas casadas asintieron, coincidiendo con Diana.

Las damas solteras arqueaban sus cejas con ese arranque de cruda sinceridad.

Tres golpes resonaron en la biblioteca. El tiempo de privacidad femenina llegó a su fin. Por su parte, Grace autorizó la entrada de quien fuera que estuviera del otro lado de la puerta.

A los pocos segundos Sebastian se asomaba con cautela. Él, al observar a Grace azorada, se preguntó qué tan terrible había sido ese interrogatorio. Solo esperaba que su esposa —qué bien se sentía pensarlo con toda propiedad— no diera demasiados detalles íntimos.

Contuvo la respiración. Tenía la horrenda sensación de que esas miradas femeninas estaban más que pendientes de él. No le cabía ninguna duda de que cualquier palabra que saliera de su boca iba a ser objeto de burla.

No podía estar callado para siempre. Resignado, volvió a respirar y anunció con tono monocorde:

—Grace, ya es hora de ir a casa.

Un coro ladino exclamó:

—¡Uuuuuuuuuuh!

Todas volvieron a reír, mas Charity, hermana de Lawrence y Thomas, exclamó en medio de las carcajadas:

—¡Lanzarán el ramo! ¡Vamos a ver quién será la siguiente!

En la última boda, la de Sarah con Lawrence, el ramo cayó en las manos de Grace, quien ni siquiera hizo el intento por atraparlo.

Una divertida cacofonía femenina burbujeó en la estancia. Las casadas lanzaban bromas a las solteras, y las solteras intentaban aparentar que aquella tradición solo eran pamplinas.

Sebastian le ofreció la mano a Grace y ella, sonriente, se levantó y fue al encuentro de su esposo.

Cuando sus dedos se entrelazaron, él la atrajo a su cuerpo y la abrazó soltando un largo suspiro. Besó su coronilla y murmuró:

—Te amo…

—Yo también, cariño. —Se separó levemente y preguntó—: ¿Pasa algo? Te noto extraño.

—Solo es el cansancio… —mintió. Ya le contaría la verdad en Oxford House. No quería arruinar el momento—. Vamos a despedirnos de las niñas.

Minutos después, Grace se agachó frente a Lydia y Mary Ann, les tomó las manos y dijo:

—Pórtense bien con tía Evie y tío Justin. Volveremos por ustedes en dos días, ¿de acuerdo?

Pese a que las niñas les fue explicado que su padre y su madrastra debían pasar unos días a

solas, Mary Ann preguntó:

—¿Por qué no podemos estar con ustedes?

Grace sonrió, le acarició el rostro y respondió:

—Porque su padre y yo nos tenemos que acostumbrar a vivir juntos.

Lydia frunció el ceño e intervino:

—Pero nosotras también nos tenemos que acostumbrar a vivir con usted.

«Ay, estas criaturas, no se les escapa una», pensó Grace, orgullosa de la agudeza de las niñas… de sus niñas. Sonrió y explicó:

—Lo sé, pero primero debemos estar a solas y conocernos más. No se preocupen, en un par de días las iremos a buscar. Se los prometo. —Las abrazó y aspiró el aroma de las pequeñas—. Me encanta su fragancia, huelen a amor, mis queridas… ¿Puedo llamarlas «hijas»?

Lydia y Mary Ann se miraron, luego observaron a su padre, quien, conmovido y orgulloso del intercambio de Grace y sus hijas, solo dijo:

—No es una obligación, solo ustedes pueden decidirlo.

Las niñas se miraron otra vez. Lydia le cuchicheó al oído de Mary Ann, quien negó con la cabeza… Luego asintió… Volvió a asentir… Miraron a Grace.

Mary Ann, tomando el rol de hermana mayor, sentenció:

—Puede hacerlo, seño… Eeeeeem… ¿Cómo quiere que nosotras la llamemos?

—Como ustedes quieran… Bueno, ya no me pueden llamar señorita Archer-Montague, pues ya me he casado. Ahora soy una March. —Las niñas volvieron a mirarse entre sí. Al parecer tenían un dilema, por lo que Grace agregó—: Si quieren, pueden hacer lo mismo que hice yo cuando conocí a mi segunda mamá. Yo la llamaba de cariño «mamá Emma», en vez de madrastra. —Arrugó su nariz—. Esa palabra nunca me gustó.

Lydia y Mary Ann arquearon sus cejas, sorprendidas. No se les había ocurrido. Coincidían con Grace, tampoco les agradaba la palabra madrastra, mas no hallaban un término medio.

—Mamá Grace… —murmuró Lydia, probando esas palabras en su boca. Su hermana mayor la imitó.

«Mamá Grace, mamá Grace, mamá Grace», repetían sin cesar en su mente… Sonaba muy bien… Era lindo…

—La llamaremos mamá Grace —zanjó Mary Ann con seguridad, ignorando el incipiente nudo que se instalaba en su garganta.

Grace les brindó una gran sonrisa y las abrazó muy fuerte. A cada una le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Así será… Quiero que sepan que las amo con todo mi corazón. —Las niñas se aferraron más a ella y sus ojos se anegaron en lágrimas—. Estoy feliz de ser su mamá Grace.

Le dio otro beso a cada una. Se obligó a separarse de las niñas y se enjugó las lágrimas con el dorso de su mano. Sonreía y lloraba.

Lydia, sin pensarlo demasiado, esculcó su pequeño ridículo y sacó su pañuelo para ofrecérselo a Grace, quien notó al instante que se trataba del que perteneció a Felicity. Alguna vez fue blanco, mas llevaba dos años sin ser lavado para que no perdiera la esencia de mamá.

Aquello hizo llorar más a Grace. Recibió el pañuelo, sintiendo el enorme honor y responsabilidad que significaba ese acto. Era un símbolo sagrado.

Grace se secó las lágrimas y, reverente, se lo devolvió a Lydia.

—Gracias por prestarme tu pañuelo especial, Lydia. Eres muy amable. —Inspiró hondo y les sonrió a ambas—. Nos veremos en un par de días, hijas mías… Ahora lanzaré el ramo antes de irme…

Sebastian, anticipando lo que sus hijas dirían, terció:

—Cuando crezcan podrán participar. Ahora son muy pequeñas, y no deseo que se casen pronto… Sean buenas, denme un abrazo grande.

Lydia y Mary Ann rieron e hicieron lo que su padre les pedía. Él acarició sus cabellos negros, adornados con unas coronas de flores de papel.

—Las amo, hijas mías. Estoy muy orgulloso de ustedes. Gracias por darle la bienvenida a Grace a la familia. Lydia, fue todo un detalle prestarle tu pañuelo favorito. Mary Ann, eres una niña muy cariñosa. —Besó sus coronillas. Al levantar la mirada, divisó a su hermana que era acompañada por su cuñado, el cual cargaba a su pequeño sobrino—. Ahora vayan con tía Evie y tío Justin.

Evelyn le guiñó el ojo a su hermano y abrazó a sus sobrinas, al tiempo que apremiaba a los recién casados:

—Váyanse pronto.

Sebastian asintió, tomó de la mano a Grace. Avanzaron entre los invitados. Florence salió al paso y le entregó el ramo a su amiga.

Siguieron avanzando hacia la salida, todos ya se estaban despidiendo de la pareja. Los padres y los abuelos de Grace observaban con emoción a la distancia, grabando en sus memorias el momento en que Grace partiría a formar su nueva familia.

En esos ojos vidriosos había felicidad, melancolía… La agridulce sensación de que sus vidas cambiaban para siempre.

Grace les lanzó un beso al aire y agitó su mano.

Thomas llamó al orden con un silbido poco aristocrático e interpeló a viva voz:

—¡Que vengan las damas solteras a cumplir con la tradición!

Diana, entre risas, prorrumpió:

—¡Los varones también!

Al escuchar aquella orden, los más jóvenes se hicieron a un lado. Lawrence exclamó:

—¡Son unos cobardes!... Ah, tú no, Alec. —Le palmeó la espalda—. No esperaba menos de ti.

Y así, el señor Alec Croft, sin mediar palabras, se situó entre las damas. Grace reía ante ese espectáculo, su amigo sobrepasaba a las demás por una o dos cabezas. Aquella era una ventaja insoslayable.

Les dio la espalda. Todos contaron:

—¡¡A la una!!... ¡¡A las dos!!...

Y Grace lo lanzó.

El ramo describió una perfecta parábola que pasó por sobre las cabezas de todas, rozó los dedos de Alec y llegó a las manos de la hermana de él, Laura, quien no ocultaba su sorpresa y solo se limitó a admirar el ramo con una sonrisa en los labios.

Se despidieron de todos y caminaron hacia la puerta. Risley, el mayordomo de Westwood Hall, mientras la abría, dijo:

—Espero verlos pronto, sus excelencias. En nombre del servicio de Westwood Hall, les deseo la mayor de las dichas.

Después de agradecer el gesto del mayordomo, Grace y Sebastian cruzaron el umbral y la puerta se cerró tras ellos. Subieron al carruaje que los esperaba y se dirigieron a Oxford House.

—Damas y caballeros —anunció el maestro de ceremonia del concierto de la semana de san

Valentín—. Es un honor para mí, presentar a los siguientes artistas. El Quinteto Divino es una agrupación de músicos que ostenta una trayectoria de más de cinco años y que, durante esta última temporada, ha pasado de los salones de Londres al Hanover Square Rooms. Esta noche nos presentarán tres composiciones de sus propios integrantes: «*Sonata de Invierno, opus 9 en Do menor*», «*Vals Número 6, Visitando el Edén, en Fa menor*» y «*Vals Número 7, Fantasía de medianoche, en Fa menor*».

»El Quinteto Divino está conformado por: lord Windlesham, destacado pianista; la señorita Florence Witney, consumada violista; lord Hudswell, prominente violonchelista; el señor Anthony Witney, emergente segundo violinista; y, por último y no menos importante… La duquesa de Oxford. —La sorpresa colectiva se evidenció en murmuraciones asombradas y miradas indiscretas hacia Sebastian, quien estaba en primera fila con un rictus severo y altivo. El maestro de ceremonias añadió, elevando su tono de voz—: La duquesa es la prodigiosa primera violinista y fundadora de la agrupación. Los invito a dar la más calurosa bienvenida al ¡Quinteto Divino!

El público aplaudió sin dejar de comentar. A esas alturas era *vox populi* que la señorita Lizbeth Cross era el nombre artístico de la señorita Grace Archer-Montague. Todos sabían, gracias al anuncio en los periódicos, que se casaría en marzo con el duque de Oxford.

No obstante, el que fuera presentada como duquesa, solo significaba que la boda se adelantó.

Un matrimonio ya anunciado solo se apresura por un motivo: embarazo.

Eso pensaba la gran mayoría. Eso significaba que la carrera musical de Lizbeth Cross estaba arruinada. No por el matrimonio en sí. Quedaba muy claro que el duque había llegado al extremo de aprobar la carrera musical de su esposa, el impedimento de la duquesa por continuar estaba ligado por la inminente maternidad.

No se podía tener una carrera musical en esas condiciones.

Otros rumores decían que Oxford tomó de amante a la dama y que el duque de Ravensworth no lo toleró, por lo cual se vieron obligados a casarse. De haber sido una artista cualquiera, Oxford no habría tenido que actuar con honor. Quizás fue premeditado por aquella mujer, después de todo, era una Archer.

Los aplausos cesaron cuando el Quinteto Divino hizo un breve preludio para afinar sus instrumentos.

Grace se veía radiante. Sus ojos se posaron en Sebastian. Recordó la conversación que sostuvieron después de hacer el amor. Alguien quería dañar a su esposo, y ella estaba de acuerdo con las medidas que Sebastian pretendía tomar para proteger a su familia y a sí mismo. La preocupación se cernía sobre su corazón, pero tampoco dejaría que la incertidumbre empañara su felicidad.

Miró a sus compañeros y la música se sintió en el aire.

En primera fila, había un hombre que maldecía en su fuero interno. Miró de reojo al duque de Oxford.

Maldito.

Cada uno de sus intentos por separarlo de la señorita Cross fue infructuoso. No sirvió arruinar sus finanzas, ni provocar la discordia familiar entre Oxford y la duquesa viuda.

Debió contratar a un par de asesinos profesionales. No contaba con que Oxford fuera capaz de defenderse en desventaja numérica. Tal parecía que eso solo aceleró lo que intentaba evitar…

Le faltaba tan poco para acercarse a la señorita Cross. Su plan de conquista no tenía fallos, pretendía hacerla suya cuando ella inaugurase la academia, pero ese duque infeliz se le adelantó.

¿Por qué?

¿Por qué ella fue tan fácil? ¿Por qué se entregó tan pronto? ¿Era solo una fachada hacerse la difícil y decente? ¿Por eso era amable pero fría? Claro, Oxford tenía posición, dinero, un título; asegurar su futuro con el duque era lo lógico. Cualquier mujer haría eso.

Era una interesada. Todas las mujeres lo eran, ninguna se salvaba.

La odiaba… A veces la odiaba. No todo el tiempo, porque la amaba más que a la vida. Desde la primera vez que la vio en los Jardines de Vauxhall quedó prendado de la belleza y del talento de la señorita Cross. Ella le sonrió a él, solo a él…

Y era divertida. Le pareció tan gracioso cuando ella le contó el motivo por el que usaba el parche en el ojo. Incluso le mostró que no era verdad que lo había perdido, sino que se trataba de una puesta en escena dramática, y que lo cambiaba de ojo de tanto en tanto.

Cada vez que podía, la visitaba en el camarín y le hacía saber cuánto apreciaba su talento.

Había sido un idiota al pensar que ella lo aceptaría tarde o temprano. Él era solo el cuarto hijo de un conde, pero tenía suficiente para ofrecer una vida llena de lujos, su amor y su eterna admiración. La señorita Cross era igual a él, eran almas gemelas, disfrutaban de lo mismo. Lo sabía, lo sentía.

Su plan era sencillo, acercarse de a poco, ganar su confianza y proponerle ser su amante… Era lo más justo para ambos.

¡Y Oxford lo arruinó!

El duque no entendía que la señorita Cross era un alma libre. Una mujer hecha para deleitar con su talento. Oxford solo la usaría, la llenaría de hijos, de responsabilidades y ella dejaría la música para siempre.

Necesitaba eliminar al duque… y luego esperar unos meses para tomar su lugar en el corazón de la señorita Cross.

Su objetivo solo se había retrasado.

No renunciaría. Jamás.

Sull'arco

Una calma y tensa rutina fue tomando forma a medida que los días pasaban. Oxford siempre se las ingeniaba para ir acompañado. A veces iba con un Heredero del Diablo, un familiar y, si tenía mala suerte de no contar con nadie, procuraba estar en un lugar público como el club Brooks o el Parlamento.

Grace, por su lado, pasaba la mayor parte del tiempo en la academia y suspendió las lecciones particulares de manera temporal, dejándole a sus alumnos la opción de asistir a clases grupales. Dedicaba medio día a su trabajo y el resto lo pasaba con sus hijas. Además de recibir instrucción académica y musical, empezaron practicar boxeo con Grace. Su método, aparte de propinar golpes, incluía improvisar patadas y agarres. No lo consideraba solo un deporte masculino, sino una forma de defensa personal para las mujeres.

Con el tiempo les enseñaría a disparar armas de fuego.

Sebastian confiaba en ella y, dadas las últimas experiencias, necesitaba saber que sus hijas podrían defenderse de alguna u otra forma. Y para ello, nadie mejor que Grace.

Esa mañana de marzo, los recién casados cumplieron tres semanas de matrimonio. Sebastian y Grace desayunaban con las niñas, aquella era una nueva tradición familiar que Mary Ann y Lydia disfrutaban mucho.

Cuando eran más pequeñas, solían desayunar en la habitación infantil con su niñera porque la duquesa viuda las consideraba muy ruidosas. Felicity cedió en ese aspecto a las costumbres de Constance, las cuales dictaban que los niños no podían estar en el mismo espacio que los adultos a la hora de comer. Felicity quería criar a niñas que no fueran tan sumisas, que pudieran desenvolverse en un ambiente adulto, pero para ella era difícil contradecir a su suegra.

Tras la muerte de Felicity y la parálisis de su madre, Sebastian hizo que sus hijas lo acompañaran el mayor tiempo posible, y eso incluía las comidas.

Nunca dudó de que Grace lo apoyaría en ese aspecto. Todos los Herederos del Diablo provenían de familias que hacían caso omiso a las costumbres, y los niños siempre tuvieron un lugar en la mesa de los adultos.

Sebastian observaba en silencio a su esposa. Ella gesticulaba y hacía voces para dramatizar una divertida anécdota de su infancia. Mary Ann y Lydia reían al imaginar las peripecias de su mamá Grace.

Suspiró. Alcanzó la mano de su esposa y se la tomó. Ella dejó de hablar y lo miró:

—¿Pasa algo, cariño?

Sebastian solo le besó los nudillos y respondió:

—Nada, solo quería tomar tu mano. Continúa, quiero saber cómo termina tu historia…

Grace le sonrió con un atisbo de timidez. Parpadeó, había perdido el hilo de la conversación.

—Ay, ¿en qué parte iba?

Sebastian rio flojo y grave.

—Ibas en que fuiste a buscar una rana. Estabas enojada con Lawrence por haberte cortado de verdad el cabello.

—Ah, sí… Bueno, al final, encontré una pequeñita en el estanque. En Rosebud Manor, la propiedad del vizconde Rothbury, ponían a los varones en una habitación y a las niñas en otra. Esperé a que todos se durmieran y me fui caminando de puntillas al dormitorio de los chicos…

—¿Le iba a poner la rana en la cara a lord Bolton? —interrumpió Mary Ann.

—¿O en las piernas? —añadió Lydia.

—En las piernas no, porque la rana se podía morir si él hacía un movimiento brusco. Decidí que un buen lugar era en la cara. —Rio como si volviera a ser esa Grace de ocho años—. Estaba todo oscuro. No se veía nada… El asunto es que iba caminando y choqué con alguien. El frasco se cayó, yo me encorvé para recogerlo y, al levantar la cabeza… ¡Pum! —Las niñas se sobresaltaron—. Sentí que algo hacía ¡crac!, y no era mi cráneo. Era la nariz de Lawrence… Se la quebré.

—Entonces, tú eres la culpable de que Bolton tenga el tabique torcido. —Grace asintió—. Mira qué mentiroso es, a mí me dijo que fue por una pelea en un café de la universidad.

—Noooo, fui yo… Bueno, mi cabeza. Fue una venganza no premeditada.

—¿Y la rana sobrevivió? —preguntó Lydia, preocupada por el inocente batracio.

—Ilesa. Menos mal que el frasco no se quebró con la caída… Ay, hubieran visto el escándalo. La sangre de Lawrence por doquier. Se hacía el valiente para no llorar, pero de todos modos su cara pecosa estaba mojada por las lágrimas. Pobrecito.

—¿Y qué hacía lord Bolton en medio de la noche? —preguntó Mary Ann—. ¿No los castigaron?

—Por supuesto que no, fue un accidente. Su explicación fue que pretendía emparejar el corte de cabello que me hizo mientras dormía. Ya me había quitado diez centímetros, y me quedó horrible. Si me lo emparejaba, estoy segura de que me hubiera dejado calva. Bolton, de pequeño, quería ser barbero. Menos mal que cambió su profesión a arquitecto. Se hubiera muerto de hambre con sus cortes horribles. ¿Se imaginan, dejando el lado derecho con cabello y el izquierdo sin nada?

Las niñas prorrumpieron en carcajadas, era divertida la imagen mental de lord Bolton como un barbero cortándole mal el cabello a sus clientes.

Sebastian también reía… La admiró, embelesado de esa natural gracia. Por un momento pensó que estaba soñando, apretó un poco la mano de Grace y, sin palabras, le pidió un beso.

Necesitaba sentir que ese momento era real.

Ella se inclinó y sus labios se rozaron con recato. Al mismo tiempo ellos susurraron un dulce:

—Te amo.

Sebastian recordó su primer encuentro con Grace en aquella lejana noche de verano. A su mente volvió esa súbita y fugaz ensoñación, en la que se veía conversando con ella durante un desayuno de un día cualquiera. En esa fantasía sintió que todo era correcto.

La realidad superaba con creces a su imaginación. No importaba que hubiera alguien al acecho, tampoco que no se sintiera tranquilo, ni que sus noches fueran un interminable duermevela. En ese pequeño instante, solo sentía felicidad y la certeza de que amaría a esa mujer por el resto de sus días.

Esa misma noche, Sebastian revisaba su correspondencia en la biblioteca. Desde la habitación contigua, la de pintura, se escuchaba la música de Grace. Aquella melodía era hermosa, pero desconocida para él. Quizás era el trabajo de un nuevo compositor. Después le preguntaría.

Los días se volvieron tan ajetreados que sus costumbres cambiaron sin remedio. No obstante, no le molestaban esas nuevas rutinas.

Una de ellas era leer los informes de la señorita Berrow antes de ir a acostarse, los cuales eran enviados con regularidad religiosa. Debido a los tiempos de espera del correo, solía tener una diferencia de cinco días entre la fecha en que era escrita y en la que él la recibía. A veces

acumulaba las cartas de la semana, para no perturbar su paz mental.

Las primeras misivas solo narraban el estado taciturno de Constance: no hablaba, no comía, no dormía.

Con el paso de los días, la tristeza se manifestaba en llanto...

> *…La duquesa viuda se la pasa llorando por sus nietas. Me ha pedido que le pregunte cuándo vendrán las niñas de visita. Ella no es tonta, está al tanto de que yo le informo a su excelencia todo lo que hace. De cualquier modo, si fuera por ella ya se lo habría hecho saber por sus propios medios, mas aún no tiene la suficiente habilidad para escribir. Puede tomar objetos grandes como vasos o copas, pero cucharas y plumas requieren de movimientos más afinados de su parte. Considere traer a sus hijas cuando mejore el tiempo. Le hará bien a su madre.*

Al leer, Sebastian experimentaba tanto la culpa como la tranquilidad. Intentaba expiar su conciencia con pequeños actos disfrazados de autoritarismo.

> *…A su madre no le gustó el tono dictatorial de su última misiva, y miró con recelo la silla de ruedas; sin embargo, ha sido de ayuda. Hoy la duquesa viuda quiso salir a pasear por los alrededores y aceptó usarla. Nos facilitó mucho la tarea.*
>
> *Mientras recorríamos la propiedad, hablaba de lo hermoso que era Green Cross Park antes de la ruina. Pensé que iba a mirar con desdén los almacenes que ahora ocupan gran parte de lo que eran los sembradíos. No obstante, solo lanzó un suspiro y dijo que su esposo no se hubiera atrevido a tanto. Me aventuraría a conjeturar que en su tono no había reproche.*

—Hubiera sido mejor que me lo dijera cuando tuvo el tiempo… —murmuró Sebastian. No quería sentir lástima por su madre.

> *…Al fin la duquesa viuda se animó a usar el bastón y dio sus primeros pasos. Es todo un avance. Incluso me pareció que sonreía.*

En otra carta todo fue rutinario hasta que Sebastian leyó:

> *…La duquesa viuda se ha enterado del matrimonio de su excelencia por medio del periódico. No habló en todo el día.*

Aquella actitud no le sorprendió a Sebastian; sin embargo, esperaba que hubiera una reacción más dramática por parte de su madre.

> *…Hace unos días, mientras le leía el periódico a la duquesa viuda, nos encontramos con una crítica a los conciertos de san Valentín, en los cuales participó su esposa. Aparte de elogiar el virtuosismo del Quinteto Divino, también especulaban sobre los motivos del apresurado matrimonio de sus excelencias.*

Me sorprendió el comentario de la duquesa viuda cuando terminé de leer. «Estos idiotas no saben nada. En lo único que se parece Oxford a su padre es en lo tozudo. Tenía a esa mujer entre ceja y ceja y no se detuvo hasta que se casó… Más vale que valga la pena todo esto».

Sebastian suspiró. Por supuesto que Grace valía la pena. Jamás había vivido a tanta plenitud como en ese momento. Simplemente era feliz, muy feliz. Podía ser él mismo, no necesitaba pretender ser algo que no era.

Abrió la siguiente carta que le envió la señorita Berrow. Estaba fechada el 7 de marzo. Frunció el ceño al leer:

Hoy la duquesa viuda recibió una inesperada visita…

~~~~

Esa soleada tarde, Constance paseaba en su silla de ruedas. La señorita Berrow la empujaba sin prisa. Se notaba que la primavera se avecinaba, el frío no era tan intenso y, en algunas ocasiones, el cielo se despejaba conforme avanzaba el día.

Pasaban cerca de los almacenes, y se detuvieron a observar los toques finales a la reconstrucción de los que fueron incendiados.

Constance, con la vista perdida en los trabajadores, comentó:

—Si el incendio hubiera sido en verano, no habrían tardado tanto en reconstruir. La lluvia es un incordio cuando suceden estos imprevistos.

La señorita Berrow se protegió de los rayos del sol con su mano y replicó:

—Me contó la señora Sullivan que el seguro ya le dio una respuesta positiva respecto a la indemnización. Estaba muy contenta, me dijo que eso era importante para estabilizar las finanzas del ducado.

De pronto, notaron que se acercaba a ellas un caballero que provenía de los almacenes. Constance no lo reconoció hasta que lo tuvo frente a ella. El hombre se quitó el sombrero para presentarle sus respetos.

—Señor White, qué agradable sorpresa. —La duquesa viuda hizo memoria, el hombre era el cuarto hijo del conde de Elsworth—. ¿Hace cuánto tiempo que no nos vemos? ¿Tres años?

—Así es, su excelencia. —Se volvió a poner el sombrero—. He estado ocupado… Veo que su salud ha mejorado.

—Algo se hace. ¿Y qué me cuenta de su padre?

—Pues… Se encuentra delicado de salud. Mi hermano mayor ha tenido que encargarse del condado por el momento.

—A veces pasa. Nunca se sabe cuándo es necesario tomar las responsabilidades antes de tiempo. Lo lamento mucho.

—Era algo que veíamos venir.

El silencio se instaló entre ellos. Fueron conscientes del bullicio de los trabajos de reconstrucción. Constance casi ni recordaba lo que era tener vida social. Incluso le pareció molesta aquella conversación trivial, pero debía hacer su papel de «señora de la casa».

—¿Qué lo trae a los almacenes de Green Cross Park?

—Estoy evaluando los servicios. La señora Sullivan me estaba dando un recorrido por el lugar.
~~~~

—¿Y qué le ha parecido? ¿Lo convence?

—Aún tengo dudas. Me preocupa la seguridad. —Miró de reojo los almacenes siniestrados.

—Oh, debería ser lo contrario. Mi hijo cuenta con una sólida política de indemnizaciones. La seguridad es lo primordial.

—En eso tiene razón, no todos dan esa garantía… Por cierto, mi enhorabuena por el matrimonio del duque de Oxford. Usted debe estar muy satisfecha de que su hijo vaya en busca del heredero.

Constance alzó su barbilla y respondió:

—Oxford no pudo elegir mejor. La nueva duquesa es una dama que está muy preparada para la tarea que se le avecina.

La señorita Berrow notó una leve expresión de desprecio en el rostro del señor White, mas su respuesta fue todo lo contrario.

—Qué bien que apoye la unión. Ha habido muchos cuestionamientos respecto a la edad de la dama, su origen y su ocupación. Pero lo que importa es la familia, ¿no cree?

—Su edad es lo de menos, proviene de una familia famosa por su fertilidad. Todo el mundo sabe que su madre no engendró con su esposo porque era un viejo sin semilla. Bastó una noche con Ravensworth y el resto fue historia… y eso que la condesa de Castairs no era tan jovencita en aquel entonces… Y acerca de su ocupación, ¿tiene algo de malo la música? Las grandes familias de Londres suelen exhibir las dotes artísticas de sus hijas sin contemplaciones. No veo que sea tanta la diferencia que la duquesa muestre su arte, el que, sin lugar a dudas, es superior al de cualquier jovencita.

—Usted ya sabe lo que se dice de los artistas…

—Solo los hombres que tienen una mente tan sucia como una alcantarilla osan mezclar el arte con la prostitución. Mi nuera es una dama casada. Si el rumor no tiene nombre ni apellido, entonces resultan ser una falsedad. Siempre es así.

La señorita Berrow, al margen de la conversación, solo se limitaba a arquear las cejas en su fuero interno. ¿Acaso la duquesa viuda era tan orgullosa, que prefería no reconocerle a su hijo que aprobaba a la esposa que había elegido, pero sí lo hacía frente a un conocido irrelevante para la familia?

O quizás solo era el ser más hipócrita de la tierra.

¿Qué significaba todo ello? No sabía qué pensar. ¿Constance solo lo hacía por conservar la reputación del ducado o porque, en el fondo, estaba cambiando de parecer?

La duquesa viuda de Oxford era una misteriosa contradicción.

Por un breve segundo, el señor White también pareció desconcertado con la respuesta de Constance, mas compuso una sonrisa y añadió:

—Veo que se lleva muy bien con su familia.

Constance asintió con una languidez altiva.

—Con el tiempo hemos arreglado nuestras desavenencias… Decidí venir a Liverpool para favorecer mi recuperación, el aire de Londres es irrespirable en esta época.

El señor White sonrió y convino:

—Está en lo cierto, en invierno es fatal… Bien, no le quito más tiempo. Tengo que seguir con mi recorrido. Envíele mis respetos a su hijo.

—En su nombre. Le deseo éxito en su búsqueda.

—Gracias.

El señor White se alejó de ellas a paso relajado. Constance suspiró y dijo:

—Estoy demasiado cansada y vieja para seguir luchando en una guerra perdida…

~~~~

…Sinceramente, su excelencia, no sé qué pensar sobre las intenciones de la duquesa viuda. No obstante, frente a este conocido, defendió a su familia con orgullo.

Sebastian alzó las cejas. ¿Constance March estaba dando su brazo a torcer? Hablaría con Grace y le pediría su opinión. No se confiaba del todo.

Abrió la siguiente carta… Fechada el día anterior. No tenía estampilla, por lo que asumió que alguien vino directo desde Liverpool para traerla a Londres. Debía ser urgente.

Tuvo un mal presentimiento.

Mi señor duque:
Lamento informarle que ha sucedido una tragedia…

~~~~

Constance despertó de súbito. En su mente no había reminiscencias de la pesadilla que acababa de tener, solo la sensación de ser perseguida. Estaba todo oscuro.

El sonido de las cortinas abriéndose la sobresaltó, y reveló la silueta de un hombre. No se veían sus facciones.

La voz de Constance se ahogó. El miedo la paralizó.

¿El ángel de la muerte venía por ella? ¿Iba a pagar sus pecados en ese momento?

Intentó erguirse, pero fue inútil. El hombre se abalanzó sobre ella y la montó, inmovilizándola. Ambos farfullaban. Constance lanzó un grito desgarrado. Violento y apresurado, el perpetrador tomó la almohada y, con fuerza, la puso sobre su cabeza, asfixiándola.

Constance manoteaba hacia la cara del hombre, intentando hacerle alguna clase de daño con las uñas. Sus dedos por inercia se anclaron en el bolsillo superior de la levita. Tiró. La tela se rasgó.

El hombre esbozó una siniestra sonrisa. Todos los intentos de la vieja eran inútiles.

No obstante, esa sonrisa se borró al sentir el dolor en su rostro y el arrastre implacable de las uñas de Constance sobre su piel. La vieja podía moverse más de lo esperado. No estaba tan decrépita como aparentaba.

Iracundo, el hombre presionó más la almohada y siseó:

—Maldita, muérete ya… —Presión—. Muere…

Esa voz. Constance sudó frío al reconocerla.

El señor White… ¿Por qué?

La muerte se alzó sobre ella, desesperante y sin piedad. Los brazos de Constance ya no tenían fuerza.

«¿Así termina todo?... No quiero morir… No ahora…», fueron sus pensamientos en el fin de sus días. Empuñó su mano que albergaba una prueba. Con los vestigios de su vigor la deslizó por debajo del cobertor. No se iba a ir de este mundo sin señalar a su asesino de algún modo.

Sus miembros ya no le obedecían. Las tinieblas la devoraron. En su último estertor de

consciencia, su mente pudo hilar con mortal claridad: «Dios, protege a mi familia… a todos… sin excepción».

~~~~

…Nadie escuchó nada. La policía constató que la muerte no fue natural, pero está indagando la causa. Hallaron rastros de sangre sobre las sábanas, en la almohada y en las uñas de la duquesa viuda. Además, en su mano encontraron un pañuelo escondido con las iniciales BW. Se especula que perteneció al asesino.

Lamento ser la portadora de esta trágica noticia. Le doy mi más sincero pésame.

La señora Sullivan ya contrató las pompas fúnebres. Solo falta que venga usted a la brevedad para darle sagrada sepultura.

Sigo siendo, mi señor duque, la más obediente servidora de su excelencia.
Atentamente.

Monica Berrow

La carta temblaba en la mano de Sebastian. El resto de su cuerpo perdió toda capacidad de moverse.

«Los hombres no lloran», bramó la voz de su padre en su mente.

«Deja que esas lágrimas fluyan, deja que el dolor se vaya», susurró la voz moribunda de Felicity.

Y ya no pudo más.

Sebastian se permitió llorar y gemir. Sus lágrimas se desbordaron como nunca. Su espalda convulsionaba al compás de su dolor y su culpa.

La música cesó.

—¿Sebastian?... ¡Oh, Sebastian!... —Sintió que Grace lo abrazaba, lo instó a que la mirara a los ojos—. ¿Qué pasa, mi amor?

El duque solo negó con la cabeza y atrajo a su esposa a su cuerpo, rogando con ese movimiento para que ella se sentara en su regazo.

Cuando sintió su calor, la abrazó por la cintura y lloró sobre su hombro. Era lo único que necesitaba. Un ancla que lo mantuviera firme en ese océano turbulento.

Lloró… lloró y no supo cuánto tiempo pasó.
~~~~

Giù arco

Grace besó la frente de Sebastian cuando logró comprender el motivo de su inesperado lamento. Debía ser inmenso el dolor y la culpa que sentía su esposo. No importaba si era justa la razón por la cual Oxford relegó a su madre en Liverpool, el consuelo no existía para tal pérdida.

En lo personal, Grace no sentía tristeza por la duquesa viuda, sino por su esposo y sus hijas. Muchos podrían tildarla de malvada, pero ella nunca se relacionó con la madre de Sebastian más allá del duro enfrentamiento que tuvo con la mujer antes de casarse, y solo conocía el lado vengativo y maquiavélico de Constance cuando quiso perjudicar a Evelyn.

Tras leer las últimas cartas, y aún sin poder dilucidar si de verdad la duquesa viuda estaba cambiando de parecer, solo le preguntó a su esposo:

—¿Qué necesitas de mí? ¿Cómo puedo ayudarte, cariño?

Sebastian, más repuesto del impacto inicial, respondió:

—Sé que ella no era santo de tu devoción, pero deseo que me acompañes a Liverpool con las niñas… No quiero hacer esto solo.

Grace acariciaba el cabello de Sebastian con dulzura y replicó, cautelosa:

—Supongo que les ocultaremos a las niñas la forma en que tu madre falleció.

Sebastian tragó saliva. Volvió a sentir ganas de llorar. Reprimió ese impulso, su ceño se frunció y sus facciones se contrajeron en una expresión de sufrimiento. Solo asintió.

Sus hijas eran demasiado pequeñas e inocentes para saber la cruda y cruel verdad en ese momento. Mary Ann y Lydia únicamente conocieron el lado bueno de Constance. Solo era suficiente con decirles que una vez más un ser querido había partido de forma inesperada.

Grace abrazó a Sebastian y él respondió aferrándose con fuerza. Ella inspiró el aroma masculino y su mentón descansó sobre el hombro de su esposo. En voz baja resolvió:

—Si te parece bien, enviaré mensajes a todos, informando lo sucedido. También puedo pedirle a Florence que se haga cargo de la academia por unos días.

»Mañana nos levantaremos temprano y conversaremos con las niñas sobre lo sucedido. Luego prepararemos el viaje para partir al mediodía a más tardar. —Suspiró—. No podemos hacer nada más por el momento.

—Hazlo… —Instó a Grace a que lo mirara. Cuando sus ojos se encontraron, Sebastian enmarcó el rostro de su duquesa entre sus manos—. Gracias por estar conmigo. Por un momento pensé que te negarías.

Grace imitó el gesto de Sebastian. En sus palmas sintió la aspereza de la incipiente barba. Aquello no le impidió acariciar con sus pulgares y decir:

—¿Cómo te voy a abandonar en un momento como este? Soy tu esposa, tengo que acompañarte en tu dolor y el de las niñas. Puedes apoyarte en mí. Quizás, el no haber tenido la oportunidad de estrechar mi relación con tu madre es la única ventaja que tengo en este momento, pues no estoy tan afectada por su deceso. —Besó a Sebastian con dulzura—. Te amo, no lo olvides.

Tres golpes en la puerta interrumpieron la respuesta que iba a dar Sebastian. Se trataba de Meyer. Grace intentó levantarse del regazo de su esposo para no escandalizar al mayordomo, pero la mano del duque viajó directo a su cadera, obligándola a permanecer tal como estaba. Se aclaró la garganta antes de decir:

—Adelante, Meyer.

Si el mayordomo se escandalizó, no lo demostró. Impertérrito, anunció:

—Disculpen la interrupción, sus excelencias. —Sus ojos se centraron en Sebastian y

añadió—: El señor Horatio Montgomery lo busca.

—Que pase de inmediato, por favor.

Ni bien Oxford terminó la oración, y Horatio ya entraba.

—Ahórrese la pompa, Meyer. Otro día sigo todo el protocolo, esto me urge. —Al notar las sombrías expresiones de Grace y Sebastian, preguntó—: ¿He venido en un mal momento?

El mayordomo se retiró, discreto. Sebastian respondió:

—Mi madre falleció anoche. Según la policía de Liverpool, hay indicios de que fue asesinada.

Aquella noticia tomó desprevenido a Horatio. La duquesa viuda era una mujer difícil, pero para el duque debía ser, de todas formas, un golpe terrible.

—Mis más sinceras condolencias, Oxford. Qué desgracia…

Horatio no supo qué más agregar. Su mente trabajaba a una velocidad que a él mismo le sorprendía.

Grace, extrañada del mutismo de su amigo, repuso:

—¿Qué asunto urgente necesitas tratar con Oxford?

Horatio parpadeó, saliendo de sus cavilaciones.

—Perdón… He encontrado al compinche de Russel Potts… Vivo. Ha estado todas estas semanas escondido, recuperándose de una estocada en el abdomen. Lo acabo de interrogar. Me parece que mis resultados pueden llevar a alguna parte, pero creo que será cuestión de tiempo y de suerte. —Hizo una pausa. Sebastian y Grace estaban atentos a cada una de sus palabras, por lo que añadió—: El tipo que heriste con tu estoque se llama Rick Coombs. Según su testimonio, hace unas semanas, un sujeto lo abordó en la calle y le propuso el trabajo de seguir a Oxford, que buscara el mejor momento para atacarlo y que pareciera un robo. —Horatio arqueó sus cejas—. Llegaron hasta Liverpool siguiendo tus pasos, pero eras demasiado escurridizo.

»Este sujeto le pagó muy bien y aseguró que completaría el resto cuando estuvieras muerto. También le encomendó que buscara un compañero, pues tenías habilidad para defenderte en igualdad de condiciones, por lo que Coombs se asoció con Potts. Varias veces estuvieron a punto de tener un momento propicio, pero algo lo arruinaba. Esa oportunidad llegó cuando te dirigías al Hanover Square Rooms.

Con aquel relato, Sebastian confirmó que esa sensación de sentirse observado no eran ridiculeces. A su mente volvió el socio de Coombs y preguntó:

—¿Supiste algo de la muerte de Potts?

—Al principio pensé que el sujeto que lo contrató lo mató para borrar sus huellas. Pero solo fue coincidencia. Los testimonios apuntan a que Potts le debía dinero a las personas equivocadas. Coombs me lo confirmó.

—¿Y qué información te dio Coombs del sujeto que contrató sus servicios? ¿Alguna descripción?

—Era un hombre que vestía bien. Posiblemente, de clase alta o burgués. Cabello y ojos castaños, alto… bueno, no tanto como yo, pero quizás sea un poco más bajo que Oxford. Sus rasgos eran más bien comunes, lo más peculiar era un lunar en la mejilla izquierda.

»Se cuidó de tener el menor contacto posible con Coombs. Si el trabajo se llevaba a cabo con éxito, asunto que saldría en todos los periódicos, él dejaría el resto del pago en la taberna Fish and Beers que se encuentra en Docklands. Más allá de eso, solo se identificó como el señor Jones. Ya saben, eso no significa nada, hay que ser muy idiota para dar un nombre real. Sin embargo… —Grace y Sebastian se inclinaron, a la expectativa. A Horatio le pareció graciosa esa sincronía, ni siquiera se daban cuenta—. Un sujeto como Coombs suele despreciar a la gente con

dinero y siempre quiere algo más para jactarse de su superioridad. Y esta vez no fue la excepción. Robó el reloj del señor Jones sin que se diera cuenta, y lo conservó como trofeo. —Esculcó uno de sus bolsillos y exhibió el objeto en cuestión. Con una sonrisa, añadió—: Tiene grabada sus iniciales con unas lindas florituras. Sé que en este momento no significan nada, pero…

Horatio dejó el reloj de bolsillo sobre el escritorio y se sentó frente a ellos. Los duques de Oxford contuvieron el aliento al estudiarlo.

—Dios santo, Sebastian —murmuró Grace—. Son las mismas.

Horatio frunció el ceño, intrigado, y preguntó:

—¿Las mismas qué?

Sebastian tomó el reloj y acarició el relieve del grabado. A la postre, respondió:

—Las iniciales del presunto asesino de mi madre…

Y Sebastian procedió a relatarle lo acontecido respecto al fallecimiento de la duquesa viuda y el viaje que emprenderían al día siguiente.

Al finalizar, Horatio solo asintió. Tantas coincidencias no podían ser circunstanciales. Nadie le quitaba de la cabeza que el asesinato de la duquesa viuda y los ataques hacia Oxford eran perpetrados por la misma persona. Se puso en pie y sentenció:

—Si no les importa, seré su mensajero y comunicaré la noticia a todos los que me sea posible esta noche y continuaré mañana temprano. —Sebastian y Grace, agradecidos, aceptaron la propuesta con un asentimiento de cabeza—. Bien… Considero que tomaron una buena decisión de ir juntos a Liverpool. Estoy seguro de que el autor intelectual de estos crímenes no ha encontrado ninguna oportunidad para atacar a Oxford, pues siempre está acompañado. El intempestivo funeral de la duquesa viuda es la oportunidad que buscaba para que el duque esté solo y vulnerable. No hay que ser un genio para llegar a la conclusión de que la duquesa viuda no aprobaba este matrimonio debido al origen de Grace, por lo que supongo que esta persona estaba al tanto de la mala relación entre ellas, y espera que la nueva duquesa no acompañe a su esposo… Arruinarán su oportunidad.

La habitación se sumió en un silencio denso y pesado. Incluso se pudo escuchar el leve sonido de Grace tomando una bocanada de aire antes de preguntar:

—¿Y si tiene la osadía de ir al funeral de todas maneras? ¿Y si logra…?

Horatio comprendía muy bien los temores de Grace, por lo que repuso:

—Por eso mismo, no solo avisaré el deceso de la duquesa viuda, sino que también pondré al tanto a los demás sobre la situación de Oxford para que vayan al funeral. Esa es la idea, blindaremos a Sebastian con nuestra presencia. Tendría que ser muy osado o estar muy desesperado si intenta hacer su movimiento con tanta gente rodeando al duque… Si tenemos suerte, lo forzaremos a cometer un error…

Ya era de noche cuando los miembros del ducado de Oxford entraban a Green Cross Park. Lydia y Mary Ann tenían expresiones somnolientas y extenuadas, se restregaban los ojos y bostezaban. Grace las llevaba a cada una de la mano y las animaba con dulzura:

—Ya falta poco, mis niñas valientes, pronto podrán descansar.

Las pequeñas asintieron con pereza, sus párpados se abrían y cerraban con languidez.

La señora Sullivan, quien ya se encontraba en el vestíbulo, los recibió con evidente alivio en su rostro:

—Qué bueno que pudieron llegar tan rápido, sus excelencias… En nombre del servicio

doméstico de Green Cross Park les damos nuestras más profundas condolencias. —Hizo una reverencia y añadió—: Bienvenidos sean.

Sebastian, ojeroso y cansado, respondió:

—Gracias, señora Sullivan, por todo lo que ha hecho por la familia. Llevaremos a las niñas a su habitación, no dan más.

—Por supuesto, está todo preparado… —Hizo una pausa antes de agregar—. Perdone la impertinencia, pero… ¿La duquesa y las pequeñas damas no tienen vestidos de luto?

Grace se apresuró a responder:

—Con la premura no alcanzamos a comprar o teñir nada. Supongo que mañana temprano podremos encontrar algo rápido.

La señora Sullivan asintió. Ella anticipó aquella dificultad y señaló:

—Lo supuse, su excelencia. Me tomé la libertad de solicitar al taller de la señora Rowland vestidos para usted y las pequeñas damas. Mañana vendrá temprano y hará los ajustes que sean necesarios… —Entrelazó los dedos de sus manos y sus pulgares juguetearon entre ellos antes de acotar—: Sin embargo, debo señalar que la anterior duquesa solía pedir vestidos en ese taller y… bueno, no se me ocurrió otro lugar.

—Oh, no se preocupe. Usted es un ángel. Me ha sacado un peso de encima, señora Sullivan. No tengo problema con que sea la misma modista que atendía a la antigua duquesa, de seguro cuenta con la confianza de Oxford.

La señora Sullivan sonrió y asintió.

—¿Ya cenaron? Puedo pedirle a la señora…

Sebastian alzó su mano para interrumpir al ama de llaves y repuso:

—En el tren comimos algo ligero. No es necesario, señora Sullivan. Muchas gracias por la preocupación.

—Es un placer, su excelencia.

—Vaya a descansar, mañana será un día eterno. Nosotros nos ocuparemos de acostar a las niñas.

Media hora después, Grace y Sebastian se dirigían a la capilla de Green Cross Park, lugar donde eran velados los restos de Constance. Cuando ingresaron, los pasos de la pareja hicieron eco en las alturas del cielo abovedado, lo cual hizo patente la soledad del féretro rodeado de flores y velas.

A un costado estaba la señorita Berrow haciendo vigilia, orando por el eterno descanso de su señora. Al notar la presencia de los duques, interrumpió sus plegarias y se levantó. Hizo una humilde reverencia, mientras decía:

—Bienvenidos sean, sus excelencias. Les ofrezco mi más sincero pésame.

Grace y Sebastian hicieron una leve y regia inclinación de cabeza. Acto seguido, el duque respondió:

—Estoy agradecido por su dedicación y lealtad… —El aroma de la tierra humedeciéndose evidenció que empezaba a llover. Sebastian contempló el ataúd. Todavía no se atrevía a ver a su madre. Su atención volvió a la señorita Berrow y preguntó—: ¿Hay alguna novedad por parte de la policía?

La joven asintió y replicó:

—Hoy confirmaron que fue un asesinato por asfixia. No obstante, no nos dieron muchas esperanzas de encontrar al criminal. Esa noche nadie vio algo fuera de lo común, ni merodeadores… nada.

Sebastian y Grace se miraron de soslayo. De momento, no le informarían sobre las pistas e

hipótesis que manejaban.

El silencio, incómodo y lúgubre, solo era interrumpido por la tímida lluvia que ganaba fuerza conforme avanzaban los segundos. La señorita Berrow se veía pálida y ojerosa. Por más que intentó aguantar, dio un largo bostezo. Esa fue la señal que Grace buscaba para decir:

—Señorita Berrow, ha sido un día extenuante y usted necesita descansar. Reciba nuestra sincera gratitud por todo lo que ha hecho en estas terribles horas.

—Es lo menos que podía hacer por el ducado, su excelencia. —Vaciló por unos segundos, a la postre, repuso—: ¿Necesitan algo más?

Grace esbozó una sonrisa beata y replicó:

—No se preocupe por nosotros, mi esposo desea tener un momento a solas con su madre… Mañana, de seguro, vendrán algunas personas de Londres a dar su pésame. Todos debemos reponer energías y el servicio doméstico más que nadie… Vaya a la casa antes de que llueva con más fuerza y quede empapada.

—Tiene razón, su excelencia. Muchas gracias por su consideración… —Hizo una reverencia—. Si me disculpan…

Al quedar a solas, Sebastian inspiró hondo buscando el valor para avanzar hasta el ataúd. Soltó a Grace, quien se quedó relegada a unos cuantos pasos de distancia.

Sebastian acarició la lustrosa madera. Tragó saliva antes de posar sus ojos en el rostro de su madre. Parecía dormida, sumida en un sueño intranquilo. Se veía más canosa, más vieja de lo que estaba ese día cuando la abandonó en Green Cross… Su lado racional sentenciaba que su madre hizo todo lo deleznable para que él tomara esa determinación, pero una vocecilla en su cabeza rumiaba que la familia era la familia, y que su deber era estar a su servicio sin importar el daño que causara.

Pensó en la terrible forma en que murió su madre. Nunca le deseó la muerte. La quería lejos, pero viva… La vida era siempre una oportunidad de redención.

Pese a lo que Constance hacía o decía, él conservó la esperanza de que ella se diera cuenta de lo equivocada que estaba, de todo lo que perdía con aferrarse al pasado.

Ya era tarde. Para todos.

Cerró la tapa del ataúd, cabizbajo. No podía seguir mirándola, no soportaba ver a los muertos… A sus muertos.

Debía reconocer que aún era un cobarde. Extendió su mano ofreciéndosela a Grace. Ella la tomó. Sus dedos se entrelazaron.

—Vamos, querida. Necesito abrazarte y dormir.

El ajetreo en Green Cross Park se inició al alba con la llegada de la modista, quien traía la ropa de luto que usaría la duquesa y las pequeñas damas. Fue un proceso que duró más de dos horas, pero que rindió los frutos esperados; Grace y sus hijas tenían atuendos apropiados para dar el último adiós a la duquesa viuda.

Sebastian no tenía ese problema, el negro era un color que siempre vestía, y cuando estaba de luto lo acentuaba usando camisas y pañuelos negros.

En el transcurso de la mañana, comenzaron a llegar los familiares y amigos de Grace y Sebastian a dar su pésame, su apoyo y a acompañar al ducado de Oxford en aquel aciago momento.

Decenas de personas abarrotaron el salón principal de Green Cross Park. Los duque de Oxford oficiaron de anfitriones y las pequeñas Lydia y Mary Ann eran cuidadas y mimadas por

las hermanas menores de Grace; Caroline de quince años, e Iris de doce. Ambas jóvenes parecían más primas que tías.

Hacia el mediodía, llegó el rector de la iglesia de Saint Luke para oficiar una misa en la capilla donde era velada la duquesa viuda. Al verlo, Sebastian tragó saliva y tensó las mandíbulas. Cada vez se acercaba más ese momento que tanto odiaba…

Sebastian se agachó y recogió un puñado de tierra húmeda del cementerio familiar de Green Cross Park. Al levantarse, lo arrojó al ataúd que yacía al fondo de la fosa. La voz del rector que daba el luctuoso sermón era un eco ininteligible en sus oídos. El cielo estaba cubierto de nubes grises que amenazaban con soltar un aguacero.

Pronto Grace y los demás imitaron su gesto y arrojaron tierra y algunas flores. Los sepultureros iniciaron el ritual de lanzar paladas para cubrir el féretro.

Cuando la ceremonia terminó, Sebastian se quedó con la mirada perdida en aquel montículo de tierra. Ya era un hecho que su madre había muerto.

La lluvia comenzó a caer, lo que apresuró a todos a abrir sus paraguas y enfilar sus pasos de vuelta a sus respectivos lugares de hospedaje.

Grace también abrió su paraguas y lo compartió con Sebastian. Él agradeció que su esposa siempre estuviera a su lado y a la altura de la situación: organizó al servicio doméstico para atender a los visitantes, les dio soporte emocional a las niñas, y siempre estaba lista y dispuesta para resolver cualquier imprevisto que surgiera.

Lo liberó de gran parte de esa carga que siempre estaba obligado a tomar. Le dio tiempo y espacio, le dio amor y consuelo… No podía pedir mejor compañera.

Grace era alivio. Se sintió afortunado de ser su esposo.

A la mañana siguiente, Sebastian entró a la habitación que había pertenecido a su madre durante su exilio. Como hijo, él debía decidir qué hacer con las pertenencias, algo que no era demasiado complicado, pues ya lo había pensado. Donaría la ropa y accesorios a la iglesia Saint Luke. El mismo destino tendrían las pocas joyas que usaba la duquesa viuda, que en realidad no valían nada, eran imitaciones. Él lo descubrió cuando las llevó a un joyero para tasarlas y le dieron ese balde de agua fría.

Conjeturó que, en algún momento del pasado, su padre debió empeñarlas. La debacle del ducado llevaba décadas gestándose, a él le tocó la misión de verlo hundido e intentar sacarlo de esa situación.

Nunca le contó a su madre que esas joyas eran falsas.

Recorrió la mirada por la habitación para hacer memoria, sentía que se le olvidaba algo. Se detuvo en el escritorio y le llamó la atención una pila de papeles, una pluma y tinta.

Se acercó, y halló los incontables intentos de su madre por escribir. Los trazos eran errantes e irregulares. En una de las hojas pretendía iniciar una carta. No tenía fecha. Logró reconocer la letra de Constance que decía:

> *Querido Oxford:*
>
> *Sé que lo que hice fue imperdonable. Por favor, ten compasión, trae a las niñas… Lo siento tanto, por todo.*

Y no había nada más. Solo el vacío.

Sus lágrimas cayeron sin más, sus piernas flaquearon y se sentó en la silla que se encontraba frente al escritorio.

—Yo también lo siento, madre.

Sumido en aquella solitaria catarsis, perdió la noción del tiempo. Lloró hasta que la habitación se llenó de silencio.

De pronto golpearon la puerta. Sebastian autorizó la entrada. Se trataba de la señora Sullivan:

—Disculpe que lo moleste, su excelencia, pero… Ay, le juro que lo intenté… Es más sencillo cuando usted está en Londres.

Sebastian se masajeó la frente y replicó:

—Sea directa… Empiece por el principio.

—Bien… Verá, el señor White es uno de nuestros nuevos clientes, y hoy ha venido a supervisar el ingreso de una de sus cargas y, según él, el almacén asignado no cumple con sus exigencias. Quiere hablar directamente con usted. Intenté hacerle razonar que su excelencia está de luto y…

Sebastian interrumpió el relato de la señora Sullivan con solo un ademán.

—Iré a hablar con él, no se preocupe. ¿Dónde está?

—Se encuentra en el vestíbulo, su excelencia.

—Bien. Iré enseguida.

Grace se dirigía hacia la biblioteca con su violín y sus partituras cuando escuchó la voz de Sebastian en el vestíbulo. Hablaba con otro hombre.

La curiosidad le ganó, pues la voz del desconocido le pareció muy familiar.

Con sumo sigilo se asomó. Sebastian y el visitante salían de la casa, y no alcanzó a verlo. Hizo una mueca de frustración y retomó su rumbo hacia la biblioteca, ahí había una ventana que le permitiría saciar su curiosidad.

Al entrar, se encontró con la señora Sullivan, que ordenaba unos documentos. Ambas se sonrieron cuando sus miradas coincidieron.

—¿Quién es nuestra visita, señora Sullivan? —preguntó Grace y dirigió su atención hacia la ventana.

—Oh, es un cliente de los almacenes. Parecía simpático al principio, pero resultó ser un petulante insoportable.

—¿Y cómo se llama este cliente?

—El señor White, su excelencia.

Si no fuera porque tenía curiosidad, no le hubiera dado importancia. White era un apellido común; sin embargo, al escucharlo, Grace lo relacionó de inmediato con una persona.

—¿No notó que tuviera alguna herida, como un rasguño? En las manos, en la cara…

—Ahora que lo menciona, sí. En la mejilla.

Grace sudó frío.

—¿El nombre del señor White es Bruce? —preguntó para confirmar.

—Así es. ¿Lo conoce, su excelencia?

Ese era el motivo por el cual le era familiar la voz del hombre, Bruce White era uno de sus alumnos de la academia. No era un músico profesional; no obstante, tomaba clases para perfeccionarse. Era un tanto obsesivo, siempre asistía a sus conciertos y le enviaba flores. De vez

en cuando, la visitaba en su camarín para presentar sus respetos y admiración…

Su profunda admiración.

Grace tuvo una horrorosa epifanía. Las tarjetas que acompañaban las flores las firmaba como BW…

Bruce White…

Era un poco más bajo que Sebastian, pelo y ojos castaños… un lunar en la mejilla izquierda.

Bruce White… BW…

—Santo cielo —murmuró Grace abriendo sus ojos con horror—. ¡No! ¡Sebastian!

Presto

Sebastian caminaba rápido para terminar pronto con el asunto que aquejaba al señor White. No estaba de humor para discutir con nadie, pero negocios eran negocios y, al fin y al cabo, era lo que le daba dinero en ese momento.

Llegaron al almacén de la discordia y Sebastian abrió el portón.

—Supe que se casó hace poco, su excelencia —comentó de pronto el señor White.

A Sebastian le pareció extraño el cambio en el tono de su cliente, hasta hacía unos instantes le resultaba grosero. Mientras entraba al almacén medio vacío le respondió, lacónico:

—Así es.

El señor White lo siguió a sus espaldas, no sin antes entrecerrar la puerta tras de sí y no delatar sus intenciones. Su voz hizo eco cuando comentó:

—Si no mal recuerdo, su esposa es la bastarda del duque de Ravensworth.

Al escuchar ese término tan peyorativo, Sebastian detuvo sus pasos, dio media vuelta con su ceño fruncido y enfatizó con severidad:

—Mi esposa es la hija del duque de Ravensworth y es la nueva duquesa de Oxford. No es un secreto que la sangre que corre por sus venas es tan azul como la de cualquier aristócrata. Le exijo el respeto que le otorga su rango.

White llevó una de sus manos al pecho y mientras hacía una leve inclinación, replicó con ese típico tono de falsa humildad:

—Mis disculpas, su excelencia. Es así como todos se refieren a ella, no creí que le fuera a ofender.

Sebastian no quiso seguir con ese odioso tema de conversación y decidió desviarlo. No servía de nada amonestar a personas como White.

—Y dígame, ¿en qué lugar de este almacén se supone que encontró el excremento de rata?

El señor White apuntó con su índice hacia el centro del almacén y dijo:

—Por allá. Justo en el haz de luz central. Por eso me di cuenta.

Sebastian se dirigió al lugar señalado. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz mortecina que provenía de los tragaluces y las entradas de ventilación. A la derecha del almacén se encontraba la mercadería del señor Dutton, a la izquierda, el área disponible para el señor White. Al llegar, estudió el suelo de cemento. Frunció el ceño, solo había polvo.

—Aquí no hay… ¡¡¡Aaaaaaah!!!

Todo fue muy rápido.

Las manos de Sebastian fueron directamente a su cuello. Una soga presionaba contra su tráquea y le impedía respirar. Desesperado, tanteaba para encontrar un espacio entre el cuello y la trampa mortal.

Sin embargo, White no tenía piedad, tensaba la soga como si se le fuera la vida. Su respiración se agitó, la misma que Sebastian perdía.

Los segundos se tornaron eternos y el duque sintió que sus fuerzas lo abandonaban. Necesitaba aire. Era imposible aflojar la soga metiendo sus pulgares.

Si seguía intentándolo de esa manera, no podría escapar con vida. Nadie podía ayudarlo, estaba solo…

Grace… No quería irse de este mundo sin verla por última vez.

¡No!

De súbito, en medio de la creciente oscuridad, tuvo un destello de lucidez. Con todo lo que le quedaba de fuerza, giró su cuerpo para meter su hombro hacia el pecho de su atacante, y

obtener un espacio que le diera la suficiente movilidad y una pizca de aire. Lo intentó una… dos… tres veces y, antes de perder toda su energía, pudo asestar un débil golpe en la entrepierna de su oponente.

Eso fue todo lo que necesitó.

White se encogió del repentino y agudo dolor. Sus manos aflojaron la tensión de la soga, y Sebastian pudo llenar sus pulmones del bendito aire, al tiempo que caía al suelo. Sus miembros apenas le respondían. Se arrastró a duras penas, resollando. Necesitaba más aire. Sudaba. Su corazón latía desbocado.

El pecho de White subía y bajaba con furia y el dolor fue remitiendo. De haber recibido el golpe de lleno en su entrepierna, no habría podido recuperarse tan rápido. Oxford era más duro de lo que se suponía, aunque no estuviera armado. No quiso apuñalarlo para no mancharse de sangre ni dejar huellas. Ahora se arrepentía de haber decidido estrangularlo. Adolorido, se abalanzó contra Sebastian.

—No te vas a escapar, maldito. Grace tiene que ser mía… ¡Muere! —Otra vez intentó ahorcarlo con la soga, pero Sebastian logró girar a tiempo, quedó de espalda contra el suelo y sus pulgares volaron al cuello de su oponente.

White no se dejó ahorcar, se impulsó hacia el costado para rodar. Ambos hombres se vieron enfrascados en una lucha interminable, se revolcaron por el suelo intentando ganar ventaja uno sobre el otro.

La soga había quedado relegada a unos cuantos metros de distancia.

Sus piernas se enredaron, deteniéndolos, justo cuando White estaba sobre Sebastian. Aprovechando esa superioridad, le asestó un duro puñetazo en la mandíbula, que dejó al duque atontado.

La ansiada ventaja.

—Llevo tanto tiempo… —Golpe—. ¡Esperando! —Golpe—. Y a la primera, te casas con ella. —Golpe—. Debía ser mía… La quería para mí.

Sebastian no alcanzaba a reaccionar. Veía doble. Intentaba contrarrestar el ataque, pero solo daba al aire. Las palabras de White, que escuchaba a lo lejos, no tenían sentido para él.

Su vista se nubló… Cerró los ojos…

—Dios, White es el asesino… —susurró Grace, observando cómo Sebastian y Bruce se alejaban dando largas zancadas. Soltó el estuche de su violín y sus papeles. Necesitaba un arma. Desperdiciaría minutos preciosos si subía al segundo piso a hurgar en el equipaje por su pistola y cargarla. Con las niñas revoloteando por doquier era un peligro tenerla a mano—. ¿Dónde demonios la vi? —Buscó con la mirada una daga que estaba en exhibición en la biblioteca.

¿Dónde, dónde, dónde? Miró de un lado a otro.

Ahí, arriba de ese librero.

La señora Sullivan, sin entender mucho lo que estaba sucediendo, jadeó cuando Grace tomó una silla, se alzó las faldas para poder subir y alcanzar la antigua daga que se encontraba dentro de una caja de cristal, la cual arrojó al suelo y estalló en mil pedazos.

De un salto, Grace bajó de la silla y tomó la daga. Miró a la señora Sullivan.

—¿Sabe a dónde va Sebastian con White?

—A… Al almacén número tres… ¿Qué está pasando, su excelencia?

—White es el asesino de la duquesa viuda… Él quiere matar a Oxford. —«Por mi culpa», pensó. Se dirigió a la puerta.

—¡Cielo santo! —Al darse cuenta de las intenciones de Grace, exclamó—: ¡Aguarde! Deje que llame a los hombres primero.

—¡No hay tiempo! Acompáñeme…

Grace salió sin esperar a que la señora Sullivan dijera algo más.

Una vez fuera de la casa, Grace se alzó las faldas y corrió. Maldijo los tacones bajos que le hacían trastabillar, se enterraban en la tierra húmeda y le impedían avanzar tan rápido como lo deseaba. En todo caso, era mejor eso que ir descalza, las piedrecillas sobresalían y era terrible el dolor que producían en los pies. A sus espaldas escuchaba la jadeante respiración de la señora Sullivan, que intentaba alcanzarla.

Grace se detuvo y, mirando por sobre su hombro, le ordenó:

—Vaya por los guardias y espere el momento oportuno. No intervenga de inmediato o puede ser peor. White es peligroso.

A lo lejos, divisó a Sebastian y White, ya entraban al almacén.

Volvió a emprender su carrera.

No obstante, no duró demasiado.

—Dios… ¡Ay, demonios! —exclamó al sentir que se torcía un pie.

Ignoró el dolor. Apoyó su peso en su otro pie y siguió avanzando tan rápido como pudo… Aunque le destrozara el tobillo.

Rogó al cielo no llegar tarde. Sabía que Sebastian se podía defender, pero también era consciente de que el factor sorpresa era determinante.

Todo estaba a favor de White.

Pese a las dificultades, al fin llegó al almacén. El portón estaba entreabierto. Se asomó, sigilosa, y espió.

Un escalofrío le recorrió toda la espalda. Sebastian todavía estaba vivo, pero luchaba contra White. La ventaja la tenía este último. Apresurada, se quitó los zapatos, el sonido de los tacones podía delatarla.

Sin hacer ruido, entró apegada a las paredes de la derecha para mantenerse oculta, valiéndose de las cajas de mercadería almacenada y la penumbra que se producía por la débil luz. En sus manos estaba la daga y la vida de Sebastian. No podía fallar…

Sebastian abrió los ojos.

Distinguió una figura femenina vestida de negro, que alzaba una daga a espaldas de White, quien no era consciente de que el ángel de la muerte acechaba sobre él.

Era su hermosa y valiente Grace… Por algún extraño motivo, Sebastian se vio invadido por un profundo alivio y se permitió sumergirse en la negrura, esbozando una débil sonrisa.

White sintió la estocada en su espalda, mas no percibió la profundidad. Desconcertado, miró hacia atrás.

Grace, empuñaba una daga ensangrentada. Su expresión era una máscara vacía salpicada con sangre, parecía inmersa en un trance en el que nada ni nadie la alcanzaba. Ni una palabra salía de su boca. No desperdició ni un segundo y asestó otra puñalada que dio justo en el costado. Giró la hoja.

White dio un alarido al sentir su carne abriéndose. Grace retiró la daga sin piedad.

La sangre fluía y él, desesperado, se manchaba las manos al tratar de contener la hemorragia, mas sin lograr su objetivo. En cuestión de segundos se sintió débil y mareado.

Bruce White no podía dar crédito a la imagen de esa mujer que desconocía. Grace amenazó

su cuello con la daga, su rostro era una máscara vacía, inexpresiva.

Enterró la punta justo en la hinchada yugular y un hilillo de sangre corrió por la piel de White, tiñendo de rojo el cuello de su camisa. Él no se atrevió a moverse, sabía que sería su final si lo hacía. Los ojos de Grace se clavaron en los de él. Su voz femenina, fría y letal sentenció en voz baja:

—Pagarás por haber tocado a mi esposo y asesinar a la duquesa viuda. Morirás como un perro, solo, encerrado en una celda oscura, rodeado de ratas… Y lo disfrutaré.

White tragó saliva. Sus palabras sonaban estranguladas cuando rogó:

—Entonces, mátame… No soporto ver que le perteneces a otro.

Grace esbozó media sonrisa.

—No… Creo que te dejaré vivir, maldito. Pero no tendrás ni un segundo de paz…

En ese momento irrumpió la voz de la señora Sullivan, quien daba órdenes a los guardias de los almacenes que la acompañaban.

Grace dejó de amenazar a White solo cuando los hombres llegaron a ella e intervinieron con cautela para apresarlo. Se apartó, sin quitarle los ojos de encima. No confiaba en ese lunático.

Cuando se aseguró de que White no haría nada más, miró hacia donde se encontraba Sebastian. Su esposo yacía inconsciente. Solo en ese instante sintió que volvía a ser ella misma.

Todo su cuerpo tembló y se arrodilló al lado de él. Su esposo sangraba por la boca y la nariz. A Grace se le apretó la garganta, sintió ganas de llorar, pero se tragó el impulso. Se secó el sudor de la frente con el dorso de su mano y sacó un pañuelo para limpiarle el rostro magullado a su esposo.

Necesitaba ver esos ojos verdes devolviéndole la mirada. Anhelaba con su vida escuchar la grave voz de Sebastian. Parecía que dormía en un sueño más profundo que el océano.

—Sebastian —murmuró acariciándole las mejillas—. Despierta, querido… Mi vida…

A lo lejos, Grace escuchó a uno de los guardias que informaba:

—Necesitamos un médico, señora Sullivan. Este tipo no para de sangrar.

La señora Sullivan, asintió y ordenó:

—Wilson, ve a buscar a lord Hudswell. Él es médico, se está hospedando en la posada Blanche’s Place.

—Sí, señora…

La señora Sullivan miró a Grace, quien atendía a su esposo con devoción. Limpiaba sus heridas y le rogaba que volviera en sí.

—Sebastian —susurraba Grace—. Vuelve a mí, cariño… No me dejes… No nos dejes. Las niñas te necesitan… Este hijo que espero te necesita… No quería contártelo hasta estar segura, estoy vieja, puedo perderlo… —Lloró cuando notó que los párpados de su esposo se movían con pereza—. Oh, Sebastian…

Él abrió sus ojos, lento, pausado. Ahí estaba su hermosa y valiente mujer.

—Grace… ¡Ah! —Se masajeó la mandíbula adolorida—. Ese cretino tiene puños de acero. —Hizo el ademán de incorporarse y su esposa lo asistió—. Creo que me soltó un par de muelas.

Grace lo abrazó, lo besó con cuidado por todo el rostro y el alivio le calentó el alma. Tras unos segundos en que solo disfrutó del calor de su esposo, se alejó lo suficiente para apreciar su estado y preguntar:

—¿Estás bien?

—Sí… Me duele todo. —Miró hacia donde estaba White. El hombre tenía la vista perdida en el tragaluz—. Todavía no entiendo nada. —Su atención volvió hacia Grace—. ¿Cómo supiste

que estaba en peligro?

Grace le relató lo ocurrido cuando escuchó la voz de White en el vestíbulo y cómo llegó a la conclusión de que él era el asesino de la duquesa viuda. Después agregó:

—Conozco a White desde ese día en que me presenté en los Jardines de Vauxhall. ¿Recuerdas ese concierto?

—Creo que esa noche me enamoré un poco más de ti… Nunca vi una sonrisa tan deslumbrante como la tuya.

Grace sonrió, ella pensó lo mismo de él, mas no perdió el hilo de su relato y añadió:

—White fue a cada concierto, por más pequeño que fuera. Me obsequiaba flores… yo las recibía, como las de todos. Me conoces, nunca animé a nadie a…

—Lo sé. Yo también iba a verte de vez en cuando.

—Con el tiempo se convirtió en uno de mis alumnos en la academia… tomaba clases avanzadas de violín. Nunca sospeché que él sintiera algo como… como esto. Es que todavía no lo puedo creer ni entender.

—No es tu culpa, Grace. Todos somos responsables de lo que hacemos y él… Nada lo justifica.

—¡¡Está muerto, señora Sullivan!! —exclamó uno de los guardias. La atención de Grace y Sebastian fue directo hacia White. No se movía, la sangre era un verdadero charco que solo aumentaba de tamaño. Sus ojos inexpresivos ya no percibían la luz—. ¡Ya no respira!

—Dios santo… —La señora Sullivan se pellizcó el puente de la nariz y resolvió—: Robson, vaya a buscar a la policía… Y sea discreto, no queremos más habladurías que perjudiquen el negocio. —Negó con su cabeza—. Este tipo solo trajo problemas.

Grace entreabrió la boca, consciente de la gravedad de lo que hizo. Apartó la vista y cerró sus ojos. Había matado y no era motivo de orgullo.

A Sebastian no le costó inferir lo que sentía Grace. Enmarcó el rostro de su esposa entre sus manos y dijo firme y serio:

—Grace, era él o yo. No es tu culpa, no tenías alternativa de medir el daño. —Ella no abría los ojos. Sebastian endureció su tono y ordenó—: Mírame, ahora. —Tras unos segundos, Grace inspiró hondo. Soltó el aire y se atrevió a obedecer—. Hiciste lo correcto, defendiste lo tuyo, a tu hombre, al padre de tus hijas… Al padre de tu hijo…

Al escuchar esas palabras, ella jadeó y se tapó la boca. Por un instante pensó que él no la había oído. Sebastian acarició su rostro con los pulgares y declaró:

—Sí, te escuché, pero no sabía si era real o mi imaginación. Supe que era cierto al abrir los ojos y ver que estabas a mi lado… Me has hecho inmensamente feliz. —Posó la mano sobre el vientre de su esposa—. Pero también debo admitir que siento un miedo atroz.

Grace cubrió la mano de Sebastian con la suya. Se ilusionó con que ese hijo pudiera arraigarse en su vientre con fuerza. Deseó tener la salud y el vigor necesarios para poder sobrevivir al embarazo. Con un hilo de voz reconoció:

—No puedo asegurar que este bebé se va a quedar con nosotros, yo…

Sebastian la interrumpió atrayéndola hacia él y la abrazó.

—No. Mi miedo no es por el bebé, es por ti… Llámame desalmado, pero temo solo por ti… Quiero envejecer a tu lado. No me importa si me das hijos o no… En el futuro, si quieres, buscaremos una forma de evitar…

—Oh, Sebastian… No me digas nada más, por favor. Vivamos esto. Que sea como tenga que ser.

—Como si fuera el último día.

Grace se apartó solo para mirarlo y negó con la cabeza. Dos lágrimas cayeron y ella las limpió. Con su voz temblorosa, pero que irradiaba determinación, dijo:

—Mejor pensemos como si fuera el primero.

Sebastian enmarcó el rostro de Grace y lleno de esperanza reafirmó:

—Como si fuera el primero…

El día no terminó ahí.

La policía tomó las declaraciones de todos los involucrados, quienes entregaron las evidencias del crimen.

Volvieron a declarar ante el magistrado.

En el intertanto, comenzaron a llegar los curiosos, los que fueron contenidos por los guardias del almacén. No faltó el que les ofreció dinero para poder ver de cerca al muerto.

La señora Sullivan envió a un mensajero a Londres para comunicar a la familia de White los terribles sucesos.

Cuando llegó Matthew a Green Cross Park, ofició de médico forense y constató tanto las lesiones del cadáver como las de Sebastian. También atendió el tobillo de Grace que se hinchó, mas no a extremos alarmantes; el diagnóstico: un esguince.

Luego llegaron los amigos y familiares que todavía permanecían en Liverpool tras el funeral de la duquesa viuda. Por fortuna, no era la primera vez que pasaban por una situación similar y fueron más un apoyo que una odiosa carga, contuvieron a Lydia y Mary Ann, distrayéndolas y disfrazando el cómo ocurrieron los hechos —si es que eso era posible—.

El duque de Ravensworth se ofreció a dar las declaraciones oficiales a la prensa. A lo largo de la tarde, varios periodistas se apostaron fuera de la propiedad de Sebastian para obtener una exclusiva.

Ya era pasada la medianoche cuando Sebastian cerró la puerta de su alcoba. El dolor no se iba, mas no quiso tomar ninguna clase de calmante.

El dolor lo hacía sentir vivo.

Grace ya estaba en la cama, desnuda, esperándolo, apenas manteniéndose despierta. Sebastian se despojó de su ropa y, procurando no rozar el tobillo lesionado de su esposa, se acostó de lado y sus cuerpos se acoplaron.

Sentir el calor de sus pieles les confirmaba que estaban juntos una vez más, que por más dura que fuera la realidad, no era un sueño. El cansancio era monumental, en ese momento era más sublime experimentar la cercanía, que la pasión. La mano de Sebastian recorrió la piel de su esposa, desde la cintura siguió por sobre la cadera, hasta llegar al vientre. Se quedó ahí.

Con su voz preñada de sueño dijo:

—Te amo, Grace… No sé si ya te lo dije, pero gracias por salvar mi vida.

Grace, apenas manteniéndose despierta, esbozó una sonrisa perezosa y respondió:

—Yo también te amo, Sebastian… Soy tu dama de brillante armadura…

No hubo más palabras. El sueño los encontró al compás del sonido de sus respiraciones constantes y regulares. Sus espíritus quedaron suspendidos en el mar del sosegado alivio, recuperándose, a la espera de un nuevo día para vivir.

Allegro

Los días se sucedieron con rapidez. Grace fue a juicio por la muerte de White, mas fue absuelta de los cargos. Todas sus acciones fueron en defensa propia. Con tantos testimonios, testigos y pruebas no le quedó más remedio al juez que dejarla en libertad.

De lo que no se libró fue de las habladurías y rumores que amenazaron su carrera musical y la reputación de su academia. Sin embargo, los condes de Elsworth, los padres de Bruce White, avergonzados por las acciones de su hijo, se encargaron de darle su apoyo público para mitigar los daños colaterales que afectaron a Grace.

Debido a ello, Grace fue retomando, poco a poco, el control de su vida. El Quinteto Divino continuó ofreciendo conciertos. Ella siguió enseñando en su academia. No obstante, cambió el sistema de admisión. Solo recibía como alumnos a mujeres y niños.

Las reglas también cambiaron en lo concerniente a los admiradores. No permitió obsequios, ni admitió a nadie en los camarines. Las únicas personas autorizadas a tal privilegio eran los allegados al Quinteto Divino.

Sin embargo, como duquesa de Oxford, decidió ser más activa socialmente y aceptó las invitaciones a eventos que no eran organizados por sus familiares o amigos… ni de la aristocracia. Los socios comerciales de Sebastian pertenecían a la burguesía y necesitaban estrechar lazos con ellos. A él no le importaba «bajar al nivel» de sus contactos. El duque era consciente de que el dinero y la influencia ya no provenía de las tierras, sino de las industrias que año a año ganaban terreno en la economía. Su negocio era estar al servicio de ellas y, por eso mismo, dejaría su escaño en el Parlamento al final de su periodo.

Los números positivos aumentaban mes a mes. La riqueza que se acumulaba era solo de Sebastian y su familia. El título se reducía a un nombre, historias que no se deseaban repetir, y tradiciones que era mejor dejar en el pasado.

Si Sebastian seguía por el sendero que él trazó con la ayuda de sus amigos, el futuro estaba asegurado. Al menos en esa generación. Todo iba a depender de la siguiente. Esperaba ser un ejemplo para sus hijos, era su deseo que ellos, con sabiduría, conservaran y engrandecieran su legado.

Ese 21 de abril fue especial. Se cumplía el segundo aniversario del fallecimiento de Felicity. Para conmemorarlo, Sebastian fue al cementerio acompañado por sus hijas y Grace.

Dejaron flores. Mary Ann y Lydia pudieron leer por sus propios méritos la lápida.

Su gracia, la duquesa de Oxford,
Felicity Elizabeth March
30 de mayo de 1817 - 21 de abril de 1842
Amada por todos quienes formaron parte de su vida.

«No me llores, porque he vivido. Hónrame viviendo, siendo feliz… amando como me amaste.»

Todos inspiraron profundo. Unas tibias lágrimas cayeron… oraron por la memoria y el eterno descanso de Felicity.

El dolor de Sebastian y de sus hijas solo volvía cuando evocaban esos terribles días en que

la perdieron. Sin embargo, gracias a Grace, lo enfrentaron de manera diferente. Ella siempre les decía a Lydia y Mary Ann que Felicity vivía en ellas, en sus ojos, en sus sonrisas. Poseían una parte de su madre en su sangre y, algún día, lo transmitirían a sus hijas e hijos, si es que los tenían.

Era un hermoso consuelo perpetuar de esa forma el recuerdo de Felicity.

Mary Ann se secó las lágrimas ante la tumba de su madre. El significativo epitafio la conminó a honrar su deseo. Miró a Grace, su segunda mamá, acto seguido su atención se centró en su vientre y preguntó:

—¿Mamá Grace, tú también vivirás en el bebé cuando nazca?

Grace sonrió y asintió. Hacía poco decidió contarles a las niñas y a toda su familia la noticia de su estado de buena esperanza.

—Así va a ser. Ya quiero que nazca para poder conocerlo.

Lydia sonrió y añadió:

—Yo también quiero que nazca… ¿Cuánto falta?

—Si todo sigue bien, en algún momento de octubre. Será una sorpresa, solo ese día sabremos si es un niño o una niña.

Lydia y Mary Ann, recitaron los meses del año en un caótico murmullo y, al sacar cuentas, exclamaron al unísono:

—¡¿Tanto falta?!

Grace rio. Sus niñas estaban escandalizadas.

—Solo son seis meses, no se darán ni cuenta cuando el bebé esté con nosotros.

No, eso no animaba a las niñas.

A Sebastian le gustaba observar a sus hijas y a su esposa cuando conversaban. Le fascinaba esa especie de magia que se obraba entre ellas, donde primaba el amor, el respeto y la confianza.

Grace, ajena al escrutinio de Sebastian, añadió:

—Estoy segura de que el bebé se parecerá a ustedes. Aunque no lo crean, tienen muchos rasgos de su padre, el color de cabello, la forma de hablar…

Mary Ann intervino:

—Quiero que el bebé tenga los ojos de mamá Grace.

—¿Por qué? —preguntó Grace arreglando un mechón del cabello negro de su hija mayor.

—Porque son los ojos de tu primera mamá. Podrás ver sus ojos cuando veas al bebé. No solo en el espejo.

A Grace le conmovieron aquellas palabras. No se contuvo, se agachó y abrazó a sus hijas.

—¿Saben que las amo mucho?

Las niñas respondieron con fuerza al abrazo de Grace. Lydia se apresuró a decir:

—Sí… yo también te amo, mamá Grace.

Casi al mismo tiempo, Mary Ann convino:

—Sabemos que nos amas mucho, mucho, mamá Grace… y yo te amo de aquí al cielo.

Sí, ese día fue especial. El dolor se atenuó con el amor.

La vida continuaba, a principios de julio el Quinteto Divino se presentó en el tradicional concierto que ofrecían en nombre de sus progenitores. Ese año en particular hubo más espectadores; más parejas casadas, más hijos llegaban al mundo. Las familias crecían.

El vientre de Grace cada vez se abultaba más y, conforme pasaban las semanas, el temor a perder su bebé se desvanecía, quedando relegado a un rincón de sus pensamientos.

Nuevas composiciones vieron la luz. En aquella presentación, cada uno entregó una pieza para el deleite de la audiencia.

Cuando llegó el turno de Grace para presentar su obra, ella se puso en pie. Como nunca, sintió que el rostro se le calentaba. Rara vez sentía esa timidez frente al público.

Tomó una gran bocanada de aire y dijo:

—La siguiente pieza es una sonata para violín. La empecé a escribir en enero y la terminé hace un mes. Mis compañeros me permitieron ejecutarla en este concierto por un motivo especial. Los cuatro movimientos de esta obra representan momentos significativos de dos personas, las cuales se conocieron hace nueve años, en una noche igual a esta. —Sus ojos se centraron en su esposo, esbozó una sonrisa y finalizó—: Les presento *Una sonata para Oxford*.

Sebastian sintió que el corazón se le llenó de algo inefable que exacerbaba el amor que le profesaba a esa mujer. Él pensaba que Grace no recordaba la fecha exacta de su primer encuentro, mas esa hermosa sorpresa le señalaba lo contrario.

Estaban de aniversario. Al parecer tenían tres: el de la noche en que se conocieron, el de amantes y el de matrimonio.

El salón se silenció ante los primeros acordes del violín.

El primer movimiento inició con un *tempo* de Adagio. Al duque le hizo recordar el vaivén del columpio, lánguido y suave en esa fresca noche de verano. Una cierta melancolía inundó su corazón, la melodía era lenta, triste, pero había acentos en algunas notas que marcaban el cambio de velocidad que le evocaban la esperanza. Sebastian identificó esos trascendentales momentos en que sus vidas se cruzaron.

El segundo movimiento fue más alegre, un contrapunto con el anterior. Estaba marcado por tempos divertidos y notas que cambiaban de intensidad constantemente. Eran un reflejo de sus almas y cuerpos en los albores de su relación, cuando fueron amantes. Breve e intenso.

El tercer movimiento fue una extensión del segundo. Era una música llena de vigor, de pasión, de volver a empezar, de vivir a placer las nuevas experiencias. Porque así era la vida, siempre cambiante e inquieta; a veces pacífica, a veces belicosa, a veces triste, a veces dichosa. No quedaba más que aceptarla tal como era, por el tiempo que fuese, porque era prestado.

Y el cuarto y último movimiento fue el momento culmen que sacó a relucir todo el virtuosismo de Grace, tanto en la ejecución como en la música que creó. Para Sebastian fueron los acelerados y turbulentos sucesos que marcaron un antes y un después en su matrimonio, y que les dio una nueva perspectiva de vivir la vida, al máximo, como si fuera el primer día, juntos.

Cuando Grace terminó, su pecho subía y bajaba agitado por la intensidad del gran y emocionante final. Se hizo un silencio absoluto, tal era la forma en que la audiencia se compenetró con la música. Todavía resonaban en sus mentes las últimas notas que se alejaban, como un eco que se negaba a abandonar sus sentidos.

Ese silencio solo se quebró por los aplausos que los mismos integrantes del quinteto le brindaron a Grace, y sacaron al resto de esa especie de conmoción.

Los aplausos fueron calurosos. La estancia se colmó de vítores, silbidos, y también hubo algunos ojos llorosos.

Sebastian solo atinó a levantarse de su asiento. Y, rememorando la primera vez que vio a Grace, avanzó hacia ella como si estuviera bajo el efecto de un hechizo.

Cuando estuvo frente a su esposa, solo pudo decir con un tono juguetón:

—Satisfaga mi curiosidad. —En los labios de Grace danzó una sonrisa. Sebastian continuó—: ¿Con esto usted pretende que la ame más?

—Atrapada. ¿Lo conseguí, su excelencia?

—Me falta corazón para tanto amor… —Puso su mano en el vientre de su esposa y lo acarició—. Te amo, Grace. Todo lo que me das es invaluable.

Ella posó su mano sobre la de Sebastian y lo besó.

Y el público los ovacionó.

El verano llegó. Entre julio y agosto, Londres se vació y la temporada terminó, llevándose los escándalos y los cotilleos.

El vientre de Grace seguía creciendo sin prisa ni pausa. Según, Matthew, el nuevo doctor de cabecera del ducado, la salud de la duquesa era formidable y nada indicaba que fuera a haber algún problema durante la gestación.

Grace sobrepasó el fatídico sexto mes de embarazo. El que no superó Felicity. Hasta ese momento, Sebastian no había querido tocarla de puro miedo a provocar una desgracia.

Por supuesto que la duquesa comprendía los temores de su esposo. No obstante, tenía el pequeño, minúsculo e insignificante problema de que necesitaba Sebastian con su cuerpo y su alma. Si antes de quedar embarazada lo deseaba a todas horas, ahora era una urgencia vital.

La paciencia se le agotó a Grace un sábado de mediados de septiembre.

Lydia y Mary Ann salieron de paseo con su bisabuela Iris, su abuela Emma y sus tías, Evelyn, Caroline e Iris.

El servicio doméstico tenía su día libre.

El ambiente era propicio. Ese día cumplían siete meses de matrimonio.

No había ninguna excusa.

Sebastian se encontraba en la biblioteca completando los libros contables. El sonido de la puerta abriéndose llamó su atención y levantó la mirada.

Grace solo vestía una camisa de él y medias.

Tragó saliva. Llevaba semanas soñando con ella, tal cual, con esa misma ropa que traslucía su maravilloso cuerpo, mirándolo con determinación y deseo.

Su esposa estaba desafiando a su voluntad… y a su miedo.

Provocativa y contoneando sus caderas, se acercó y se sentó frente a él. Sebastian no podía dejar de mirarla, el embarazo todavía no difuminaba sus curvas. Su sensualidad no radicaba en su cuerpo sino en todas las dimensiones que conformaban su persona.

Grace se abanicó con su mano y dijo:

—Hoy está haciendo mucho calor, ¿no crees?

Sebastian se lamió los labios e intentó continuar concentrado en los libros contables. A sus fosas nasales llegó el aroma a lirios de su esposa. Entintó la pluma y, mientras recordaba —sin éxito— lo que debía sumar, interpeló:

—Si hace tanto calor, ¿por qué te has dejado las medias?

Una sonrisa maliciosa se asomó en los labios de Murmur…

—Porque a mi esposo le fasciiiiina hacerme el amor mientras las tengo puestas. Es muy singular esa preferencia, pero debo reconocer que tiene su encanto. —Sebastian se resignó, dejó los números de lado y la observó. Ella soltó un botón de la camisa—. Puedo estar desnuda en la cama con las piernas abiertas y parece no afectarle tanto como esta simple prenda. —Soltó otro botón. Una parte muy específica del cuerpo del duque se tensó al punto del dolor—. ¿Sabes?, estuve conversando con mis amigas, las casadas.

Ante ese inesperado cambio de tema, Sebastian frunció el ceño. Grace reprimió las ganas de reír y añadió:

—Les pregunté si ellas tenían intimidad con sus esposos cuando estaban embarazadas… Adivina qué me dijeron.

Sebastian arqueó una ceja e infirió:

—¿Abstinencia?

Grace rio. Desabotonó otro botón. Sebastian se obligó a volver la vista a los números. Entintó la pluma.

A Grace le hizo gracia que su pobre esposo ya no supiera qué hacer con la bendita pluma. A la postre repuso:

—¿Abstinencia? No, ni de lejos. Lo cierto es que las parejas se vuelven más activas en ese sentido, pues no hay peligro de embarazo. —Arqueó sus cejas, ladina—. Tiende a liberarlos un poco más, es una preocupación menos.

—¿Y no temen por… las consecuencias?

—Las únicas consecuencias fueron del tipo placenteras y contribuyeron al buen humor de la pareja… Solo hay que ser más suaves, claro está. Así que… Estaba pensando en… Si puedo… Solo un poco… Tú puedes echar un ojo si quieres.

Sebastian alzó la mirada. La pluma quedó suspendida en el aire.

La mano de Grace descendió y se perdió entre sus piernas. Ella cerró sus ojos. Sebastian, incrédulo de lo que era testigo, solo podía quedarse quieto mirando cómo los dedos de su esposa jugueteaban entre los pliegues de su intimidad, la que pronto se empapó.

La estancia se colmó de leves jadeos y gemidos. Sebastian sentía que se volvía loco por esa tentadora y diabólica mujer.

De haber sido otra clase de hombre, él se habría enfurecido por tal afrenta a su masculinidad.

Pero aquello era una invitación. Ella lo quería a él.

—Introduce uno de tus dedos, Grace —ordenó Sebastian con su voz preñada de lascivia—. Ahora.

Esa orden fue como un triunfo para ella. No perdió el tiempo y obedeció. Al sentir en su dedo la cálida y resbalosa humedad, sus caderas cobraron vida, y con su otra mano intensificó el estímulo sobre esa brillante perla divina.

Abandonada a aquel juego, Grace siguió buscando su propia satisfacción con su esposo como espectador.

La respiración de Grace se tornó superficial.

Sí, ahí estaba ese destello de placer, ella se encontraba a las puertas del deleite. Solo tenía que moverse con más brío y cruzar el umbral.

—Detente. —Escuchó la voz de su esposo y acató. Grace gimió de frustración. El miembro de Sebastian pugnaba por liberarse y entrar en su esposa—. Empieza de nuevo… esta vez con dos dedos.

—¿No quisieras ser tú el que esté dentro de mí? —Jadeó al sentirse más llena al introducir sus dedos, siguiendo al pie de la letra la orden de su esposo. Pronto volvía a escalar hacia la cima—. Oh, qué bien se siente… echaba tanto de menos esto.

—Yo también lo extraño. —Soltó la pluma y se desabotonó el pantalón. Liberó su dolorido y rígido miembro—. Me acostumbraste a tenerte todas las noches…

Siseó al acariciarse. Su esposa se encontraba tan cerca del éxtasis y a él le bastaría con solo sentir el húmedo calor de ella. Ambos estaban alcanzando esa sensación casi olvidada.

—Sebastian… ven conmigo… por favor.

Aquel ruego quebró lo que le quedaba de voluntad. Se levantó, y con su brazo barrió con la

mitad de lo que había sobre el escritorio. Los libros contables y papeles quedaron en el suelo, el tintero se salvó de caer por un pelo.

—Sobre la mesa.

No fue necesario repetir la orden. En tan solo unos segundos, Sebastian le estaba ayudando a su esposa, con suma gentileza, a acostarse sobre el escritorio. La altura era perfecta.

Rompió la camisa, los botones que quedaban saltaron lejos... A Grace no le importó. El duque saqueó la boca de su esposa con dureza y sus besos descendieron por el cuello y los pechos. No obstante, estaba demasiado ansioso como para entretenerse mucho tiempo en ellos. Después de todo, Grace ya había adelantado la tarea encendiéndolos a ambos.

Abrió las piernas de su esposa.

Sebastian tomó su pulsante miembro, y con el hinchado glande acarició a lo largo de toda esa anhelante feminidad, empapándose de ella.

Ambos gimieron de puro gusto.

—Podría derramarme en ti sin más… —Penetró lento, lento, lento… Al punto de la desesperación. Soltó un jadeo estrangulado—. Te prometo que lo haré con cuidado.

Se retiró…

Entró…

—Te siento… te siento entero… al fin… —susurró Grace con ese tono de voz reservado solo para la intimidad. Lánguido, erótico… al igual que las embestidas de Sebastian.

Firmes, pausadas, hasta el fondo.

Las piernas de Grace cambiaron de asidero, del escritorio pasaron a los brazos de su esposo, quien se aferró a sus caderas con fuerza.

—Termina lo que empezaste… —Sebastian dio una última estocada y se detuvo—. Acarícíate, úsame como quieras.

Grace volvió a estimularse con sus dedos. Su interior apresaba con codicia el miembro de Sebastian, quien apenas entraba y salía al compás del cadencioso adagio de su esposa.

Pronto ella volvió a rasguñar la gloriosa cúspide. Sus dedos resbalaban presionando con maestría sobre ese punto perfecto.

Ella lo sintió, ese agudo palpitar en lo profundo de su ser, previo a la liberación. Sí, sí… ahí.

Y se dejó llevar. Sus gemidos se elevaron hasta el cielo.

El brutal clímax la poseyó y la arrojó a ese mar infinito y efímero en que solo existía la paz y el placer. Nadó y nadó en esas aguas cálidas y doradas hasta que la fuerza la abandonó.

Y Sebastian también lo sintió. Dejó que el estremecimiento del interior de Grace lo arrastrara y lo llevara junto con ella. No necesitó nada más. Vació todo su ser, toda su vida en su esposa para llenarla de su esencia, reclamándola una vez más después de tanto tiempo.

La necesitaba y el miedo lo devoró. Le hizo olvidar que tenía fe…

Y ahí estaba esa mujer que siempre lo desafiaba, con los ojos cerrados y una sonrisa de pura satisfacción. Adoraba a su valiente esposa.

Grace abrió los ojos y sus miradas se encontraron.

—Aaaaah, qué bueno fue eso, cariño. De verdad lo necesitaba.

—¿Estás satisfecha? —Una pequeña sonrisa inundó los labios de Sebastian. El miedo se diluía al ver la expresión risueña de Grace. Sí, todo iba a estar bien.

—Sí… por el momento. ¿Repetimos cuando te recuperes?

—Lo que tú ordenes… Todavía tengo mucho para darte. Perdón por hacerte esperar.

—Estás perdonado… Te amo, Sebastian.

—Y yo también te amo, mi lirio de los valles, mi Grace.

Bis

Londres, sábado 1 de abril de 1854.

Esa mañana, Sebastian entró al salón de estar de Oxford House llevando del brazo a su esposa. Era un día especial, ella cumplía cuarenta y un años, y como regalo pidió un opulento desayuno en el Verrey's, y en la noche irían a un concierto.

Cuando Mary Ann notó que sus padres se aproximaban, exclamó con cierta severidad:

—¡Al fin llegaron! ¡Tenemos hambre!

Grace y Sebastian se miraron de soslayo. El sexo matutino de cumpleaños los retrasó media hora. No importaba, el restaurante no se cambiaría de lugar, y el duque replicó:

—Tu madre estaba leyendo las cartas de cumpleaños. No la regañes.

—Los estaba regañando a los dos. —Mary Ann esbozó una sonrisa y fue al encuentro de Grace, le dio un gran abrazo y dijo—: Feliz cumpleaños, mamá. —La apretó un poco más—. Que sigas cumpliendo muchos más.

—Gracias, mi hijita preciosa. —Le besó la mejilla y admiró a Mary Ann, quien se había transformado en una hermosa jovencita de diecisiete años. Sus rasgos cambiaron con el tiempo y alcanzó un gran parecido a Felicity.

Lydia se unió a ese abrazo. La joven de quince años, y más parecida a su padre, prorrumpió con ímpetu y cariño:

—¡Feliz cumpleaños, mamita! —Besó la mejilla de Grace—. Te amo, mucho, mucho, mucho.

—Yo también, mi querida Lydia.

—Mary Ann y yo te daremos tu regalo después del desayuno, iremos a Floris a buscarlo.

—¿Me han preparado un perfume? —Ambas jovencitas asintieron—. Oh, qué maravilla.

—Huele delicioso, ya verás. A papá le encantó.

La voz de Vincent, marqués de Halewood, irrumpió:

—¿Por qué siempre tenemos que saludar por orden?

Lydia replicó:

—Antigüedad constituye grado. Serás el heredero, pero eres el tercero en saludar, pequeñajo.

Vincent se cruzó de brazos y fulminó con su mirada a sus hermanas mayores.

Grace susurró a sus hijas:

—Déjenme saludar a Vincent, no sean malas.

Las jovencitas rieron, les gustaba fastidiar a su hermano menor, pero lo cierto era que lo adoraban. Liberaron a Grace y, por fin, su primogénito la abrazó por la cintura.

—Feliz cumpleaños, mamá. Eres la mejor. —Alzó su mirada bicolor, idéntica a la de Grace—. Aprendí una canción especial para ti. La tocaré en el piano cuando volvamos.

—Ya quiero escucharla, mi niño. —Le besó la frente. Recordó el día en que nació casi diez años atrás. Fue una jornada caótica y llena de emoción y dolor, pero fue bendecida por un buen parto, un hijo sano y fuerte y una excelente recuperación. Sintió un tirón en su falda.

—. ¡Oh! ¡Te habías demorado, Alfred!

Siguiendo con el orden establecido, Alfred exigió su turno. El pequeño de seis años heredó los ojos de Sebastian, y le ofrecía una tarjeta hecha a mano. Grace la recibió con ilusión y, al mirarla, jadeó. Los trazos del pincel, irregulares pero claros, formaban unos hermosos lirios de los valles.

Sebastian seguía llamándola así en sus cartas cuando tenían que separarse por algún viaje.

—Feliz cumpleaños, mamita… Papá me dio la idea. Me dijo que eran tus favoritas.

—Tu padre está en lo cierto, me encantan. Te quedó precioso, tienes mucho talento, Freddy. Gracias, querido.

Por increíble que pareciera, a los duques de Oxford les costó un poco más concebir a su segundo hijo en común… y ya estaban perdiendo la esperanza de conseguir un tercero.

Aquello no les quitaba el sueño. Era lógico, el tiempo no pasaba en vano y lograron concebir dos hijos sin mayores contratiempos. No podían pedir más.

Sebastian se mantenía apartado, no se cansaba de admirar a su familia, a su esposa. Sin embargo, a medida que sus hijos saludaban a su madre, llegaban a él para darle un beso o recibir un abrazo de oso.

A él le encantaba esa cálida cercanía. Los besos, las caricias, los abrazos, ir de la mano. Le gustaba sentir el amor de los suyos en la piel.

—Ahora es mi turno —sentenció con su voz de mando.

Grace arqueó su ceja y replicó:

—¿Otra vez?

—Dijiste que querías repetir… tu regalo.

Ella rio. Sebastian le señaló con sus ojos hacia la derecha. Grace notó que había un atril cubierto con un trozo de algodón.

La emoción se reflejó en su sonrisa. Le encantaban las obras de su esposo. Se acercó y tomó un extremo de la tela.

La tiró… El retrato era el de una hermosa mujer de cabellos castaños, ataviada por un elegante vestido de seda rosa al estilo de principios de siglo. Tenía una vivaz y desafiante mirada bicolor.

Las lágrimas de Grace corrieron como ríos al reconocerla. Acarició con reverencia el óleo, solo para confirmar que ese momento era real.

—Mamá… Es mi mamá…

Frente a ella tenía el retrato de lady Castairs fechado en 1810, tres años antes de que Grace naciera.

Sebastian le ofreció su pañuelo, mas Grace lo abrazó y se refugió en su pecho. Él besó su coronilla y aspiró su eterno aroma a lirios.

El duque llevaba años rastreando el cuadro. El condado de Castairs estaba arruinado desde hacía décadas, por lo que todas las obras de arte y objetos de valor fueron empeñados y se desperdigaron por Inglaterra.

El cuadro de la infame condesa de Castairs fue vendido a un coleccionista privado, que se especializaba en obras hechas por el famoso pintor Thomas Lawrence.

Lo encontró hacía dos años, pero el dueño de la colección no quería desprenderse de esa obra. No obstante, el hombre falleció y desde hacía unos meses sus herederos comenzaron a venderlo todo. Sebastian pudo comprarlo justo antes del cumpleaños de Grace. Parecía ser el destino.

Al fin, lady Castairs tendría el lugar que merecía, en el hogar de la única persona que la amó con el alma, su hija.

De pronto, Grace se vio rodeada de sus cuatro hijos, quienes, conmovidos por el regalo que su padre le dio a su madre, se unieron a ese conmovedor momento que jamás olvidarían.

Grace se sintió afortunada. Al ver el retrato de su madre se dio cuenta de que la maldición de las Archer se había roto desde hacía mucho tiempo. Era una mujer que lo tenía todo,

absolutamente todo.

Una vocación por la enseñanza y una pasión por la música.

Familia y amigos incondicionales.

Hijos a los que adoraba.

Un legado.

Un esposo devoto.

Grace le dio gracias a la vida. Esa vida que al principio parecía dar y quitar lo que más anhelaba… Sin embargo, solo la estaba preparando para algo más grande.

Alzó la mirada y se encontró con la de su esposo. Admiró sus canas, esas líneas de expresión que se profundizaron con el paso del tiempo. Eran un reflejo de sus propios cambios. Estaban viviendo su gran aventura y faltaba tanto, tanto por vivir.

Porque cada día, pese a todo, lo seguían sintiendo como si fuera el primero.

Grace suspiró, besó los labios de su esposo y dijo:

—Sigamos envejeciendo, cariño.

—En eso estamos, mi lirio de los valles… En eso estamos.

Agradecimientos

Llegamos al final de mi vigésima cuarta novela y siempre le temo a esta parte. Me esfuerzo con que este mensaje sea diferente con cada historia, así como también me esfuerzo en crear escenas de alcoba que no sean un copiar y pegar, y ustedes no la sientan como un *déjà vu*, y empiecen a dudar de mi capacidad creativa, y…

Bien, ¿en qué iba? Ah, sí. En lo difícil que es agradecer a tanta gente y no morir en el intento (y sin dejar a nadie fuera)…

En fin, aquí vamos… Si no se sienten aludidos, lo siento de antemano.

Un agradecimiento al Equipo Amistad, que ofician de betas y me sacan a pasear una vez al mes para que respire aire puro y me alcoholice y coma como chancha. Las amo.

También le agradezco a mis otras betas que siempre me dan sus impresiones y me guían en el arduo camino de crear una historia que tenga todos sus cabos atados.

No menos importante son las lectoras de Wattpad que se arriesgan a leer el borrador y con sus nervios de acero esperar los capítulos semanales. Gracias por los comentarios que muchas veces no puedo contestar por tiempo (tengo que elegir, escribir mensajes o escribir la novela) o tendinitis.

Quienes no pueden faltar en estos agradecimientos son Mile Bluett y Julia Pinto por echarle el ojo final a la corrección.

Tampoco puedo dejar atrás a las lectoras que adquieren un ejemplar de mis historias y me permiten seguir en este oficio. Son una parte vital de este trabajo…

Y las que leen pirata… bueno, recomienden mi trabajo a las que sí pueden comprar, y se mantenga el equilibrio del universo, ja, ja, ja, ja, ja…

En serio, recomiéndenme.

Gracias a mi mamá y mi papá por apañar y darme una familia funcional (un privilegio en estos días) y por ser capaces de romper círculos que duraron generaciones.

Gracias a mi hija que por su afición al violín me dio material técnico para crear esta historia (y la serie, ténganlo por seguro). Créanme, es algo impresionante ver cómo es un ensayo de una orquesta, es tan mágico como el resultado.

Tampoco puede quedar atrás mi hijo. Siempre hay una parte de él en mis historias.

Y, por último, le doy toda mi gratitud a mi esposo, lord Alfrelailo. Por hacer de estos trece años mi final feliz. Sin nuestra propia novela de romance, no existiría «La Hilda Rojas Correa». Te amo.

Nos leemos en la próxima historia. Se les quiere.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, sígueme en mis distintas plataformas de compra y redes sociales, y regálame un comentario.



[1] *Desde el principio*